

Rastros de mi pueblo



Manuel Paiva





Manuel Paiva

Proveniente de una familia campesina de la comuna de Pelarco, provincia de Talca a los 15 años de edad emigra a Santiago e ingresa a trabajar como operario en una empresa industrial, complementando su cultura campesina con la del obrero urbano.

A los 18 años ya es líder de organizaciones juveniles en comunas del área sur de la capital y dirigente sindical en la empresa donde laboraba.



Manuel Paiva

...veniente de una familia
...mpesina de la comuna de
...barro, provincia de Talca a los
... años de edad emigra a Santiago
...grinas a trabajar como operario
... una empresa industrial,
... cementando su cultura
... moviera con la del obrero urbano

Rastros de mi Pueblo

Manuel Paiva

Registro de Propiedad Intelectual N° 146.857
Primera edición chilena

Santiago de Chile, mayo de 2005

I.S.B.N. N° 956-8290-12-5

Producción y Diseño Gráfico: Editorial Quimantú
Purísima 114. Barrio Bellavista.
editorial@quimantu.cl



Presentación

Comúnmente la historia la escriben aquellos que tienen el poder y la misión de explicar la vida y los sucesos desde una óptica oficial, favoreciendo a quienes gobiernan, a quienes han forzado los hechos a su favor y lo explican luego desde sus particulares visiones. En Chile, sin embargo, en los últimos años algo ha estado pasando. Quienes irrumpieron en la vida del pueblo cargando las bayonetas, asesinando, robando y torturando, elaborando un periodo contrarrevolucionario para restaurar el orden burgués, quienes vencieron y detentaron el poder, explicando luego los hechos desde sus particulares puntos de vista para justificar los crímenes y el saqueo, han terminado juzgados por la Nación, como se los sentenció el presidente Allende. Pero no sólo eso, unos pocos han terminado procesados y condenados como criminales, delincuentes, otros están siendo juzgados por errores. Así la historia oficial empieza a ser cuestionada y va surgiendo desde el pueblo mismo, desde los trabajadores, desde los pobladores, la historia oficial de los pobres. Aquellos fragmentos de la vida del pueblo, contados por quienes la vivieron, la gozaron y la sufrieron. En el Chile de hoy empieza a surgir la historia de los que fueron «vencidos», derrotados, perseguidos, de aquellos que solían conquistar una vida digna, una sociedad justa y solidaria.

«Rastros de mi Pueblo» es un relato de la vida de un hombre común y corriente de nuestro pueblo, un hijo de familia campesina, humillado por la prepotencia patronal latifundista. Manuel Palma viene del campo, donde vivió junto a catorce hermanos su niñez, vio la furia del patrón descargarla contra su padre y su familia, conoció las injusticias y las reglas del juego en la sociedad de clases que vivió. Pero Manuel nos trae algo más que sus relatos. Adentrándonos en su vida nos sumergimos en la de aquellos que vivieron una época particularmente dramática. Más aún, en el trayecto de sus relatos nos vamos encontrando nosotros mismos, y eso ocurre cuando habla un hombre sencillo de nuestro pueblo. Vamos recorriendo los hechos, lugares, conociendo la geografía, las culturas, las costumbres de mujeres y hombres. Con él entramos con más claridad en los oscuros laberintos de la historia de Chile.

Colección Re-Sabios



quimantú

Rastros de mi Pueblo

Manuel Peiva

Registro de Propiedad Intelectual N° 146.857
Primera edición chilena

Santiago de Chile, mayo de 2005

ISBN N° 956-3296-10-5

Producción y Diseño Gráfico: Editorial Quilicura
Parícuta 114, Casca Godoy, Santiago
www.editorialquilicura.cl



Editorial Quilicura

Colección Re-Sabios

Presentación

Comúnmente la historia la escriben aquellos que tienen el poder y la misión de explicar la vida y los sucesos desde una óptica oficial, favoreciendo a quienes gobiernan, a quienes han forzado los hechos a su favor y lo explican luego desde sus particulares visiones. En Chile, sin embargo, en los últimos años algo ha estado pasado. Quienes irrumpieron en la vida del pueblo cargando las bayonetas, asesinando, robando y torturando, abriendo un periodo contrarrevolucionario para restaurar el orden burgués, quienes vencieron y detentaron el poder, explicando luego los hechos desde sus particulares puntos de vista para justificar los crímenes y el saqueo, han terminado juzgados por la historia, como se los sentenció el presidente Allende. Pero no sólo eso, unos pocos han terminado procesados y condenados como criminales, delincuentes, otros están siendo juzgados por ladrones. Así la historia oficial empieza a ser cuestionada y va surgiendo desde el pueblo mismo, desde los trabajadores, desde los pobladores, la historia oficial de los pobres. Aquellos fragmentos de la vida del pueblo, contados por quienes la vivieron, la gozaron y la sufrieron. En el Chile de hoy empieza a surgir la historia de los que fueron «vencidos», derrotados, perseguidos, de aquellos que soñaban conquistar una vida digna, una sociedad justa y solidaria.

«*Rastros de mi Pueblo*» es un relato de la vida de un hombre común y corriente de nuestro pueblo, un hijo de familia campesina, humillada por la prepotencia patronal latifundista. Manuel Paiva viene del campo, donde vivió junto a catorce hermanos su niñez, vio la furia del patrón descargada contra su padre y su familia, conoció las injusticias y las reglas del juego en la sociedad de clases que vivimos. Pero Manuel nos trae algo más que sus relatos. Adentrándonos en su vida nos sumergimos en la de aquellos que vivieron una época particularmente dramática. Más aún, en el trayecto de sus relatos nos vamos encontrando nosotros mismos, y eso ocurre cuando habla un hombre sencillo de nuestro pueblo. Vamos recorriendo los hechos, lugares, conociendo la geografía, las culturas y vivencias de mujeres y hombres. Con él entramos con más claridad a los oscuros laberintos de la muerte del entonces Estadio Chile, reapa-

recen los militares con su carga de odio, asesinando a hombres, mujeres y niños mostrando sus verdaderos rostros, los que se pasean con la bandera de la patria por los recintos militares jurándole lealtad, mientras el extranjero se lleva gratis el cobre, saquea los bosques nativos, se compran las regiones de abundante agua para conformar los futuros enclaves de las potencias económicas.

A través de Manuel también conocemos esa otra historia, casi inédita, de aquella generación única de jóvenes, mujeres y hombres que intentaron tomar el cielo por asalto, muchos pagando con sus vidas la osadía, otros sobrevivían. Manuel Paiva fue uno de ellos y muestra cómo esa generación mantuvo el grado de compromiso con los pobres, como cuando asumió la defensa de la industria en que trabajaba y salió a la calle con un revolver calibre 22 a enfrentar al ejército traidor para el día del golpe de estado.

Este libro también nos ve a aquellos que dejaron atrás las posibilidades de una vida tranquila, seres queridos, esposas, compañeros, hijos, y retornaron al pueblo, retomaron la lucha contra la dictadura y, en su gran mayoría, murieron bajo las balas, las bombas y la tortura del régimen militar que defendía los privilegios del gringo y el patrón criollo. Vemos a la generación que vistiendo las banderas rojinegro de los rebeldes, enfrentaron con las armas en la mano la contrarrevolución. ¿Qué pasa con los sobrevivientes de esa historia?

Manuel Paiva nos ha retado a seguir su ejemplo, a relatar más rasgos de nuestro pueblo, por ejemplo aquel negro periodo de la contrarrevolución 73 - 76, cuando sólo los miristas enfrentaban a la dictadura, trataban de reconstruirse y articularse en un cambio tan brutal, tan violento y tan repentino de las condiciones de vida, como estos combatientes fueron construyendo una retaguardia profunda en el seno de su propio pueblo, porque era la única posibilidad de sobrevivir a la contrarrevolución y levantar otra vez nuestros sueños. La mayoría de ellos murió, fueron detenidos y sólo un pequeño destacamento logró sobrevivir ese período e intenta en los años 77 - 78 algunas iniciativas a un alto costo de vidas. Sin embargo de todo ello quedó una importante presencia moral, ética y política, pero también vínculos leales con el pueblo que permitirían otras iniciativas desde los años ochenta adelante.

También podemos recordar aquellos esperanzadores días en que, ocupando las calles, se fortalecía en la lucha por la libertad y se

preparaba para nuevas ofensivas contra la dictadura, las protestas nacionales y los paros comunales, las negociaciones y las traiciones de quienes luego iniciarían la administración del sistema dejado por los militares para asegurar la ganancia sin límites de los empresarios contra los sueños e intereses del pueblo trabajador, pero además nos encontramos con el relato de lo actual, con la juventud de hoy que busca nuevos caminos para construir sus sueños.

Vemos la historia de un hombre que ya pintado en canas sigue la ruta de los pobres, aportando, con su experiencia, sus vivencias para las nuevas generaciones, para las nuevas luchas que empiezan a despuntar perfilando un nuevo sujeto social que pronto hará soplar los vientos libertarios.

Manuel Paiva

Víctor Flores
Editorial Quimantú

Rastros de mi pueblo

las esperanzas

nón respiran

tu corazón aún late,

con fuerza valiente

Manuel Paiva

tu enredo total

y tu conciencia infinta

tu ideal que no marcha

ni la locura, ni los rejes

podrán encerrar jamás

los prismas de la libertad

que pesan en tu pecho.

Extracto del poema «El sol no está muerto» de Horacio Vera, joven prisionero de la Perestroika La Victoria, amenazado por una patrulla militar el 2 de julio de 1985.

Rastros de mi pueblo

Manuel Pavia



Agradecimientos

Quiero expresar mis agradecimientos a todas aquellas personas que colaboraron para que esta vida siga siendo una realidad, en primer lugar a mi esposa por su apoyo permanente, Leonor Espinoza por leer el manuscrito, cuestionario y hacerme sugerencias, al editor por su presentación, la periodista Viviana Aliya por su apoyo, a Mariya y Antonio Mondalano por haberme hospedado y dedicaron a leer el segundo manuscrito, a Díaz que me surtió de información, Pedro por su experiencia y Acción de Población La Victoria por su apoyo, a las compañeras jóvenes que gracias a sus experiencias de organización en los diversos miembros del Centro Cultural de la Villa Francisca, Lucía Paz, con su experiencia, a Susán Chiang y Marius Perdomo por haberme prestado sus personas que han colaborado para ser posible la edición de este libro. A mis hijas que no pusieron obstáculos en comprar el computador conmigo.

Extracto del poema «El sur no está muerto» de Boris Vera, joven poblador de la Población La Victoria, asesinado por una patrulla militar el 2 de julio de 1986.

vida sigue
las esperanzas
aún respiran
tu corazón aún late,
con fuerza palpita
tu rebelde indómita,
tu entrega total
y tu conciencia infinita
tu ideal que no marchita
ni la lectura, ni las rejas
podrán encerrar jamás
las palomas de la libertad
que llevan en tu pecho.

Extracto del poema -El sur no está muerto- de Boris Vian, joven
poblador de la Población La Victoria, asesinado por una patrulla
militar el 2 de julio de 1980.

Dedicatoria

Este texto va dedicado con afecto a mi esposa.

Agradecimientos

Quiero expresar mis agradecimientos a todas aquellas personas que colaboraron para que este texto pueda ser una realidad, en primer lugar a mi esposa Hilda Amalia por su apoyo permanente, Leonor Espinoza por leer el primer borrador, cuestionarlo y hacerme sugerencias, al escritor Martín Fáunes por su orientación, la periodista Viviana Atiya por ayudarme a revisar el texto, a Maruja y Antonio Mondalaeus, matrimonio belga que el verano pasado se dedicaron a leer el segundo borrador, mi amigo Manuel Díaz que me surtía de información, Pedro Pablo del Colectivo Memoria y Acción de Pudahuel, Santiago Meneses de las Brigadas Muralistas de la Población La Victoria, Patricio Lagos del CER, todos ellos, compañeros jóvenes que generosamente compartieron sus actuales experiencias de organización, Manuel Vergara y Hernán Figueroa miembros del Centro Cultural Recuperando la Memoria de la Villa Francia, Lucía Paz, compañera que diseñó la portada del libro, Siujen Chiang y Manuel Paredes, editores, a todas aquellas personas que han colaborado para ser posible la edición de este libro. A mis hijas que no pusieron obstáculos en compartir el computador conmigo.

...man familiar en enero de 1973, en un momento del Cerro Chorrillos de Villa del Mar.

A los hombres y mujeres que sobrevivieron a los campos de exterminio creados por la ultraderecha nazi, detenidos e torturados en cárceles, cuarteles militares y campos de concentración, por el simple hecho de ser estudiantes y constructores de una sociedad con valores más humanos, en la perspectiva de una mayor felicidad social.

Santiago de Chile, 2004

Quiero expresar mis agradecimientos a todas aquellas personas que colaboraron para que este texto pueda ser una realidad, en primer lugar a mi esposa Hilba Amalia por su apoyo permanente. Lugar especial por leer el primer borrador, cuestionarlo y hacerme sugerencias, al sector Martín Fierro por su orientación, la periodista Viviana Añón por ayudarme a revisar el texto, a María y Antonio Montebano, matrimonio de los que el verano pasado se dedicaron a leer el segundo borrador, mi amigo Manuel Díaz que me sirvió de intermediario, Pedro Pablo del Colectivo Memoria y Acción de Friburgo, Santiago Martínez de las Brigadas Murallas de la Fobadeo, La Victoria, Pedro Lagos del CER, todos ellos, compañeros jóvenes que generosamente compartieron sus actuales experiencias de organización. Manuel Viquez y Hernán Figueroa miembros del Centro Cultural Recuperando la Memoria de la Villa Francia. Luis Paz, compañero que diseñó la portada del libro, Guojan Chiang y Manuel Parada, editores, a todas aquellas personas que han colaborado para ser posible la edición de este libro. A mis hijos que no pusieron obstáculos en compartir el computador conmigo.

Dedicatoria

Este texto va dedicado con admiración y respeto:

- *A los hombres y mujeres de mi pueblo, que expuestos a las humillaciones y al sometimiento de quienes se sienten poderosos, sobreviven del salario que reciben por largas jornadas laborales.*
- *A los hombres y mujeres de nuestro país, asesinados y desaparecidos en las luchas de resistencia o de liberación a partir del 11 de septiembre de 1973, y sus familiares que durante todos estos años siguen buscando respuestas y exigiendo justicia.*
- *A la memoria de Lumi Videla Moya, detenida y asesinada por la DINA en septiembre de 1974 en la casa de torturas de José Domingo Cañas 1367, comuna de Ñuñoa, y después lanzada al interior de la Embajada de Italia. A su tía Laura Moya, que ha luchado todos estos años por mantener viva la memoria de su sobrina.*
- *A la memoria de Patricio Sobarzo Núñez, asesinado por los servicios de seguridad la noche del 2 de julio de 1984, en la esquina de Américo Vespucio con José Pedro Alessandri, en los momentos en que efectuaba una acción de solidaridad a favor de la vida de un hermano de clase que se encontraba herido.*
- *Recordando a Alejandro Villalobos (Micke), militante revolucionario asesinado por los servicios de seguridad del régimen militar en enero de 1975, en un domicilio del Cerro Chorrillos de Viña del Mar.*
- *A los hombres y mujeres que sobrevivieron a los campos de exterminio creados por la dictadura militar, detenidos y torturados en cárceles, cuarteles militares y campos de concentración, por el simple hecho de ser soñadores y constructores de una sociedad con valores más humanos, en la perspectiva de una mayor felicidad social.*

Santiago de Chile, 2004

Este texto va dedicado con admiración y respeto:

A los hombres y mujeres de mi pueblo, que expuestas a las humillaciones y al sometimiento de quienes se sientan poderosos, sobreviven del salario que reciben por largas jornadas laborales.

A los hombres y mujeres de nuestro país, asesinados y desahuciados en las luchas de resistencia o de liberación a partir del 11 de septiembre de 1973, y sus familias que durante todos estos años siguen buscando respuestas y expiando justicia.

A la memoria de Lumir Véliz Moya, detenida y asesinada por la DINA en septiembre de 1974 en la casa de fortuna de José Domingo Cañas 1385, comuna de Ñuñoa, y después lanzada al interior de la Estrejada de Italia. A su hija Laura Moya, que ha luchado todos estos años por mantener viva la memoria de su mamá.

A la memoria de Patricio Sobrero Fábregas, asesinado por los servicios de seguridad la noche del 2 de julio de 1984, en la espina de Andrés Bello con José Pedro Alessandri, en los momentos en que efectuaba una acción de solidaridad a favor de la vida de un hermano de clase que se encontraba herido.

Recordando a Alejandro Villalón (Mickel), militante revolucionario asesinado por los servicios de seguridad del régimen militar en enero de 1975, en un domicilio del Cerro Chimilín de Villa del Mar.

A los hombres y mujeres que sobrevivieron a los campos de exterminio creados por la dictadura militar, detenidos y torturados en cárceles, cuarteles militares y campos de concentración por el simple hecho de ser soñadores y constructores de una sociedad con valores más humanos, en la perspectiva de una mayor felicidad social.

Santiago de Chile, 2004

Palabras iniciales

La tarea de escribir este texto la realizo en mi condición de luchador social, ruta a la cual opté desde los inicios de mi juventud. En ese carácter hago un alto en el camino, me siento frente al computador y escribo sobre la trayectoria que he recorrido al interior de la organización social y política de este desigual país. Como soy parte del golpeado mundo de la organización popular, a la vez sobreviviente de los campos de torturas y detención de la dictadura militar, he tomado la decisión de escribir experiencias vividas como persona y como activista. La base de este texto se remonta a un testimonio que escribí en 1979, en un momento en que me encontraba agobiado por la cesantía. Después que se produjo el golpe de Estado en 1973, miles de hombres y mujeres fuimos quedando sin trabajo a lo largo y ancho del país, a raíz de que las fábricas manufactureras fueron cerrando sus puertas como resultado del nuevo modelo económico que la dictadura militar estaba ensayando.

En algún momento tomé lápiz y papel y escribí la primera parte de este texto, como una forma de rebeldía o una práctica más de resistencia al hambre y a la dictadura. Para dar a conocer esos escritos, en 1983, junto con el inicio de las protestas, un equipo de amigas y amigos del campo de la acción cultural, juntaron algunos pesos y me apoyaron para que hiciera una publicación. Con ese aporte se financió un pequeño texto que se llamó «*El rostro de mi pueblo*» y se editaron dos ediciones en forma clandestina a través del Taller de Acción Cultural, de quinientos ejemplares cada una y se distribuyeron entre las organizaciones de pobladores, al calor de las jornadas de protestas, para que los compañeros y compañeras hicieran uso de él, como un instrumento motivador en el duro trabajo de resistir al régimen militar.

Hoy día, cuando ya ha pasado mucha agua bajo el puente y nos encontramos a más de veinte años de la fecha en que se imprimió «*El rostro de mi pueblo*», retomé el antiguo texto y lo volví a trabajar. He mantenido el testimonio del Estadio Nacional, pero he profundizado más en reflexiones sobre los distintos momentos de mi vida, especialmente de aquellos años de adolescencia y mi encuentro con el mundo de la organización popular. También me introduce en

hechos protagonizados por las organizaciones populares a lo largo de esos diecisiete años de dictadura militar y ciertos períodos de los catorce transcurridos de gobiernos de la concertación, los que han ido dejando una huella que vale la pena registrar. El resultado de este nuevo trabajo es el que estoy presentando, esta vez con el título de «*Rastros de mi pueblo*».

Después del golpe militar, fuimos muchas las personas que pasamos a engrosar el contingente de cesantes, en esa época sólo pude obtener algunos trabajos temporales como obrero de la construcción. Los militares habían impuesto y expandido un estado de terror generalizado, el deambular por las calles en busca de una ocupación se debía realizar en forma sumisa e individual. Si caminaban más de dos personas juntas en busca de un quehacer laboral, era una acción sospechosa que daba pie para ser interceptados y detenidos por las patrullas militares. Cuando se lograba una vacante en las empresas constructoras, no se podía contradecir a la jefatura, porque funcionaba el soplónaje. Llamaban a una patrulla, quienes llegaban en forma rápida, los afectados eran acusados de marxistas y trasladados a campos de detención.

De la noche a la mañana, producto del terror impuesto por el Estado chileno, nos convertimos en seres silenciosos, nos habían robado la voz, las esperanzas de un mundo mejor, la comunicación con quienes nos rodeaban, porque surgió la desconfianza, el miedo al soplónaje. Se acabó ese pueblo alegre, con las bromas a flor de labios, la conversación a viva voz en la vía pública, el barrio, lugares laborales, o en los medios de transporte colectivo. Nuestra cultura de pueblo había sido aplastada, lo que es peor, no sabíamos como recuperar, aunque fuera una parte de ella, por lo menos la voz, para poder denunciar lo que estaba sucediendo.

En la práctica, se había acabado el veranito de San Juan: Ese mejoramiento en la calidad de vida del pueblo chileno que venía en ascenso desde mediados de los años sesenta, pero que no era por buena voluntad del Estado, si no por la organización de los trabajadores y del mundo poblacional, que fueron tomando mayor conciencia de su necesidad de ser protagonistas de nuevos cambios en la sociedad, y a fuerza de movilizaciones y de crear instrumentos inéditos de orden político fue posible que otros sectores también se integraran al avance popular, hasta crear una fuerza que avanzaba con paso firme en la búsqueda de transformaciones.

El sufrimiento del pueblo en esta parte del continente ha sido histórico, esta consternación tuvo una expectativa de superación, de cambiar esta cruda realidad y trajo muchos sueños y esperanzas a un sector importante de la sociedad. De esta luz que se divisaba a lo lejos, surgió una generación de jóvenes dispuestos a dar la vida por hacer realidad los cambios que provocaba la historia y que por fin asegurarían la felicidad para los desposeídos. Pero del sueño y de las acciones para obtener la transformación de la sociedad, pasamos brutalmente a vivir de nuevo la realidad histórica: nuestra pobreza. Además, ahora había que sumarle la violencia terrorista que nos imponían las clases dominantes haciendo uso de la detención, la tortura, muerte y desaparecimiento de personas detenidas.

El invierno de 1979 fue especialmente duro con los pobres de nuestro país, el frío y la lluvia en ofensiva con su traje gris, nos arrinconaban en nuestros cuartuchos, pasando hambre, sin voz y con las manos atadas para la autodefensa. Fue en uno de esos momentos en que el hielo, el hambre y la dictadura militar, aliados entre sí y gozosos de tenernos temblando, con impotencia y miedo, surgió la idea y las intenciones de escribir algunas de mis experiencias de vida, donde el tema central eran los acontecimientos vividos aquellos primeros días del golpe, fecha que fui detenido en la empresa donde trabajaba.

Mientras escribía sobre aquel 11 de septiembre, acerca de los hechos y estados de ánimos de quienes nos encontrábamos al interior de la empresa, fueron apareciendo en mis recuerdos aquellos pasajes de mi vida, que se remontan desde los momentos mismos de mi infancia, que en principio uno los asocia como parte de la cotidianidad. Es común que los hechos vividos en la niñez sean recordados como lo anecdótico, lo que está destinado a ser vivido. Uno dice: *«esto es lo que a mí me tocó vivir y punto»*, pero al hacer la reflexión va descubriendo que esa parte de la vida está relacionada con el lugar que le correspondió ocupar al interior de la sociedad.

La sociedad fue diseñada por un pequeño segmento de personas que se autodefinieron como ilustres, lo cuales desde el nacimiento de la república se apropiaron de las riquezas naturales y económicas, asignándonos a un sector importante de la población a un rol de sometimiento y esclavitud. Quienes controlan el poder, elaboran instrumentos de observación para asegurar una dominación en las

prácticas de vida de las clases desposeídas. Siempre los instrumentos de control son en base a la violencia, no sólo la de las armas, que es sólo una forma, también a través del trabajo, con sus salarios bajos, o la amenaza sistemática de quedar cesante y sumido en una mayor pobreza, que trae como consecuencia para el trabajador y su grupo familiar, ser arrastrado a uno de los estados más violentos y crueles por los que puede pasar un ser humano: el no tener alimentos para consumir. Quienes hemos atravesado por esos momentos trágicos, conocemos en toda su magnitud los horrores del hambre como flagelo humano.

Reflexionar sobre aquellas experiencias, fue un ejercicio que enriqueció mi existencia, un proceso que me condujo a observar con ojos más críticos el modelo de sociedad en la que me desenvuelvo diariamente, descubriendo, por ejemplo, el daño cultural que deja en nosotros la creación de esta sociedad de estructura vertical, que si nos damos el tiempo para graficarla, inevitablemente dibujaríamos una pirámide, en cuya cúspide se ubican las élites sociales poseedoras del capital, los bienes raíces, el acceso a los bienes de consumo, por lo tanto, creen tener las facultades para dictar e imponer las normas de convivencia, haciendo uso de las instancias de justicia y la administración del poder político y militar de la nación. Desde la cima, el poder se vienen extendiendo hacia abajo, introduciendo una cuña en el resto de la población, fraccionando y sometiendo al segmento aparentemente inferior en relación al fragmento superior. De ahí entonces nuestro comportamiento personal que peca de humildad excesiva frente a personajes que visualizamos como el patrón, el empresario o el propio jefe en nuestros lugares de trabajo. Nuestra actitud sumisa es parte de esa cultura impuesta desde las élites con la finalidad de que acatemos nuestra realidad de pobres como un mandato divino y nos conformemos en enfrentar la vida sólo en la perspectiva de sobrevivencia.

Otro de los descubrimientos en estas reflexiones, es la confusión ideológica que se fue introduciendo en las ideas revolucionarias en el transcurso del gobierno de la Unidad Popular. Un ejemplo claro fueron las consignas de «no a la guerra civil», o las campañas por levantar la producción en las industrias y el campo. Mientras un sector de la izquierda creaba y promovía conciencia revolucionaria y se impulsaban acciones para ir desarrollando un poder del pueblo, un

espacio donde la gente, además de trabajar, debatir y aportar con ideas, fuera protagonista de un proceso de cambios desde la base misma; otro sector de la izquierda entrababa el avance, recorrían el país haciendo campañas por levantar la producción, que los trabajadores entregaran más de su esfuerzo físico e intelectual para producirle más a los patrones, sin tomar en cuenta que los dueños de los medios de producción preparaban el golpe militar, escondiendo o acaparando los productos que se producían en el campo y la ciudad. Asesinaban a importantes personeros de las fuerzas armadas, como el General Schneider, comandante en jefe del ejército y el comandante Araya, edecán presidencial. En el congreso se aprobaba la ley de control de armas, en la que se ampararon los militares para atemorizar la población, allanando empresas, hospitales, cementerios, deteniendo y torturando a uniformados constitucionalistas.

También se me esclareció la importancia que tiene para las clases dominantes el servicio militar obligatorio. La juventud de los sectores populares es obligada a realizar este servicio militar, con penas del infierno si no acata el llamado a inscripción y posterior reclutamiento, pero los jóvenes de los estratos altos no son obligados, ellos optan en forma voluntaria la carrera militar y estudian para ello en una academia especial, para después realizar la tarea de instruir a los reclutas que vienen de las clases subordinadas. Curiosamente, la instrucción apunta al odio de clases, son enemigos todos aquellos que aspiran a sueldos dignos, quienes se sindicalizan y sueñan con realizar cambios en la sociedad. En este odio se incluye a la familia y los pueblos vecinos con ascendencia indígena. Toda esta reflexión constituye la primera parte del texto y la hice en ese invierno de 1979.

La segunda parte del texto se centra más en las experiencias de construcción de organización popular, este tipo de organización es histórica. Cada vez que los pobres de la ciudad, del campo o de las minas abren los ojos y toman conciencia de que los problemas que les afectan en la vida, tiene relación con el lugar que se les impuso dentro de la sociedad y deciden unir fuerzas y presionan a la minoría en el poder, esa unión de fuerzas que surge de los propios afectados, quienes de acuerdo a su realidad le dan una estructuración y una identidad en las formas de funcionar, es lo que denomino como *organización popular*. Esta organización no es nueva, surge en cier-

tos períodos de la historia con mucha fuerza, se estructura y coloca en mal pie a los gobernantes e incluso cuestiona todo el sistema, como ocurrió en el período en que gobernó la Unidad Popular, donde la organización del pueblo llegó a constituir bases embrionarias de una sociedad alternativa.

Pero también es cierto que después de un tiempo las clases dominantes salen del asombro inicial, se recomponen y golpean con extrema dureza a las iniciativas populares. La intención de la segunda parte del texto es ir rescatando algunas iniciativas interesantes de organización popular, que nos puedan orientar, en este nuevo período, para encontrar el camino que nos facilite el ir saliendo del aplastamiento organizativo en que se encuentra la población. Después de catorce años de gobiernos del bloque político de la concertación, no tenemos movimiento popular, sólo existen intentos de recomposición por parte de pequeños sectores de jóvenes que intentan acelerar el proceso, pero éste todavía es muy lento y tardará algún tiempo en madurar y crecer. El modelo neoliberal es demasiado fuerte en nuestro país, los militares tuvieron todo el tiempo del mundo para imponerlo en la cotidianidad de los chilenos.

Con la llegada de la débil democracia, los gobiernos de la concertación siguieron profundizando y administrando el modelo de sociedad dejado por la dictadura y hoy día nos encontramos que la gente vive atada al sistema, en una lucha constante consigo mismo y con los demás, en la perspectiva de consumir productos que no son esenciales, pero que el mercado los promueve imponiéndolos como necesidad, es una de las formas para que las personas estén obligadas a trabajar en lo que puedan, sin importar la cantidad de horas que se les exija. Es así como el sistema va atrapando al consumidor y lo introduce en callejones de los cuales es difícil salir, verdaderos laberintos: endeudados con financieras y locales comerciales, no tienen tiempo de pensar en ser persona y de aspirar a vivir con cierta felicidad, se le complica la vida en el momento de pensar en la formación de una nueva familia, o en participar en la organización gremial.

A estas alturas de la vida, los espacios donde se puede reflexionar sobre las proyecciones de la organización popular son escasos. Ni siquiera los partidos de la izquierda clásica y no adherida al bloque de la concertación cuentan con ellos, los ex prisioneros políticos

tampoco aportan mucho en este campo; sus experiencias estuvieron vinculadas a los partidos políticos y su conocimiento no es muy amplio sobre el mundo de la organización social, sus prácticas estuvieron orientadas a crear y desarrollar su entidad política y en disputar espacios de poder con militantes de otras entidades. En el período actual, al no ser miembros activos de un partido, se encuentran preocupados por reivindicar ante el Estado, sus derechos como víctimas durante el régimen militar e intentan, en algunos casos, ser agentes de apoyo en las nuevas experiencias de construcción que están efectuando las nuevas generaciones.

Pero, dentro de esta crisis de desarrollo en la organización popular, hay que destacar a dos personas que de alguna u otra forma en todos estos años han trabajado en la creación de espacios para que los activistas del mundo social se encuentren, intercambien experiencias, analicen parte de la historia popular y vayan proyectando las experiencias actuales: en el terreno laboral, conozco los esfuerzos que realiza el economista Rafael Agacino, a partir de la creación de los Colectivos de Trabajadores, instancia en la cual se organizan las escuelas para el análisis de experiencias populares y encuentros semanales de debate. El historiador Mario Garcés, desde ECO: Educación y Comunicación, realiza algo parecido, gestiona encuentros entre actores sociales del mundo poblacional y estudiantil en la búsqueda de rescatar la memoria histórica, debatir sobre la práctica y reforzar los proyectos de organización en construcción. Ambos profesionales se han constituido para el mundo de la organización popular como intelectuales para el pueblo y como no cuentan con apoyo económico para financiar los encuentros, en cada evento de educación popular que organizan tienen que acudir a la vieja destreza de pasar el sombrero para obtener algunos esquivos pesos y lograr el financiamiento de materiales, o la cancelación del local ocupado en cada ocasión. Experiencias como la de estos dos compañeros y otras que existen, es necesario apoyar para que se multipliquen en el transcurso del tiempo.

Como militante del mundo social, he tomado la decisión de escribir sobre experiencias vividas desde el interior del universo popular, aquellas que han dejado rastros y que con el transcurso del tiempo tienden a desaparecer, por ello es necesario rescatar para la memoria el nombre y la obra de hombres y mujeres que han sido protago-

nistas en los momentos de auge de las organizaciones sociales y políticas vinculadas a la dura vida marginal, la de aquellos seres anónimos que siempre estuvieron bregando por cambiar el mundo, ellos son los que disfrutaron con los pequeños triunfos, pero también son los que sufrieron los efectos que dejan las derrotas, en múltiples casos muchos de ellos se transformaron en mártires, pero al mismo tiempo fueron quedando en el olvido de la memoria colectiva.

Estamos en un período donde el tiempo transcurre con rapidez y sucede una gran cantidad de hechos, muchos de ellos no tienen ninguna relevancia para nuestra cotidianidad, sin embargo entorpecen la retención de sucesos, proyectos contruidos y el nombre de aquellos constructores que siendo y proviniendo de la modestidad, quedan velados por el tiempo, por el sistema, y también por los intelectuales vinculados al mundo popular, los cuales por lo general se preocupan de los grandes hechos y de los personajes de élites que tuvieron responsabilidades de dirección. Por esa razón, quienes nos sentimos comprometidos con la marginalidad, no sólo debemos ser constructores desde la base, también es una necesidad, el de sistematizar experiencias, rescatar memoria, reactivar debate en torno a experiencias anteriores y crear instrumentos que posibiliten enfrentarnos con la realidad, tomar conciencia de ella y desde de ahí surjan acciones transformadoras. Este texto es parte de mi mayor madurez como constructor social e intento a través de «Rastros de mi pueblo» entregar a las nuevas generaciones constructivas, parte de mi experiencia como luchador social.

Espero que en este período de oscurantismo social y político, donde la población y los trabajadores atrapados por el modelo neoliberal se niegan a participar en la construcción de un mundo propio, los contenidos de este texto sean útiles como incentivo para la autocrítica, paso previo para atreverse a ser nuevamente protagonista de la historia y de paso colaborar en el surgimiento de ideas renovadas y la recreación y fortalecimiento de las nuevas prácticas de organización que los jóvenes han estado impulsando estos últimos años. De paso darle un aliento a la juventud que intenta reconstruir un movimiento popular, del cual nosotros, los que fuimos muchachos en el pasado, tenemos una importante cuota de responsabilidad por su desmoronamiento.

Manuel Paiva

Primera Parte

11 de septiembre de 1973

Una decisión difícil

Era la mañana del martes 11 de septiembre de 1973, y al igual que todos los días, salí desde mi hogar muy de mañana para integrarme a las labores de la empresa en la que trabajaba como obrero. Al dirigir la vista hacia las alturas de nuestro infinito, se podía observar que la mañana todavía no estaba completamente clara y unas estrellas que se visualizaban hacia el lado poniente, nos indicaba de que el cielo estaba absolutamente despejado, estábamos en el período donde el invierno se encuentra en retirada, en los próximos días, la primavera estaría tomando el sitio que le corresponde en esta época del año. Todo hacía predecir, que al igual que días anteriores, nuevamente tendríamos la tibieza del sol iniciando su tarea de broncear los rostros de quienes vivíamos y trabajábamos en esta región del país. Pero, a pesar de lo optimista que pudiésemos estar los chilenos, cada día que uno se levantaba de su lecho y salía a la calle para emprender la marcha diaria rumbo al trabajo, una cierta inquietud estaba produciendo un cosquilleo al interior del pecho, esa sensación de inseguridad que nos invade y que tiene que ver con el olfato instintivo que tenemos los seres humanos, que algo anormal puede suceder, lo que puede transformarse en un hecho que altere la cotidianidad.

Yo trabajaba en IRT (Industria de Radio y Televisión), una de las principales industrias pertenecientes al área social del Estado, que se encontraba en la Avenida Vicuña Mackenna, vía que corre paralela al cordón montañoso de la Cordillera de los Andes y a la actual línea cinco del metro, cuya función específica es unir Santiago Centro con la comuna de Puente Alto. En esta vía existía un cordón industrial con grandes y medianas empresas donde laboraban miles de trabajadores, los que en cada mañana, al inicio de las tareas, le daban vida al sector con ese caminar apresurado para ingresar a

sus respectivas fábricas y reencontrarse nuevamente con su faena productiva. Al atardecer se repetía el trajinar de los trabajadores, pero a diferencia de la mañana, la salida era paulatina y en las veredas se formaban grupos de hombres y mujeres de diversas empresas que se enfrascaban en debatir distintos temas. Era una época de mucha apertura social, donde no era necesario conocerse demasiado para establecer un debate, bastaba con saber que trabajabas en alguna de las empresas del sector. Se producía el encuentro en el paradero del bus, se iniciaba una conversación y a los pocos minutos uno contaba con una nueva amistad.

Hacía dos años y medio que laboraba ahí, y le había tomado un cariño especial a la fábrica y a la faena que cumplía como obrero. Era la primera vez que trabajaba en una industria de las llamadas grandes y desde un comienzo conocí la camaradería de mis compañeros, se trabajaba en un ambiente de colaboración interna, donde las demostraciones de solidaridad entre los pares eran constantes, uno como trabajador realizaba sus labores a satisfacción y con la seguridad de que nadie le apuñalaría la espalda con intención de perjudicarlo. En esa época no se daban cursos para enseñar el trabajo en equipo, no era necesario, porque esa forma de proceder era parte de la cultura popular.

La organización gremial al interior de IRT no siempre fue de las mejores, por el hecho de que la empresa había pertenecido a una transnacional de procedencia norteamericana, pero a pesar de ello, igual los trabajadores contaban con estos valores de la camaradería que se daban independiente del tipo de dirigente con que contaba el sindicato. En 1970, cuando fue elegido Presidente Salvador Allende y al momento de asumir su mandato, como parte de su programa de gobierno, inició la tarea de rescatar las riquezas nacionales para el uso y goce de todos los chilenos. En ese rescate, el Estado adquirió a RCA-Víctor las instalaciones de la empresa de radio y televisión, y desde ese momento los trabajadores iniciaron un nuevo aprendizaje social que los llevó a constituir un tipo de organización vinculada a los nuevos vientos de cambios que atravesaban a la sociedad chilena.

Las labores al interior de la empresa comenzaban a las 7:45, pero, como de costumbre, todo el personal estaba en el casino a las siete y media sirviéndose el desayuno, preparado gracias al esfuerzo

madrugador del personal que trabajaba en esas dependencias. A esa hora se saboreaba la leche, que mostraba su rostro inocentemente albo dentro de los jarros de plástico verde, o se bebía el café humeante que hacía alejar definitivamente el sueño que todavía permanecía en algunos rostros. Hombres y mujeres de las distintas áreas nos agrupábamos en diferentes mesas enfrascados en diversas conversaciones, algunos serios y otros en broma. Por lo general, los diálogos serios estaban referidos a los sucesos nacionales. Ese día, al parecer, había muy poco de bromas, se notaba un ambiente diferente, se podía palpar alrededor de cada mesa y en el rostro de cada una de las personas que se encontraban sentadas, una tensión que flotaba en el aire. Los comentarios estaban referidos a la gran cantidad de tropas militares que ese día circulaban en las calles céntricas, fuertemente armadas. Aunque todos los años por esa fecha se procedía a preparar el desfile militar que se efectúa anualmente el 19 de septiembre, por la celebración de las Fiestas Patrias, y era tradición ver a los militares marchando en dirección al Parque O'Higgins.

El movimiento de aquel día difería de lo tradicional, por el tipo de armamento y por los lugares donde se habían visto apostados los militares.

Pablo, un compañero de mi sección, vivía en la comuna de Barrancas (en un sector que en la actualidad pertenece a la comuna de Cerro Navia) y diariamente debía atravesar toda la ciudad de poniente a oriente para llegar a la empresa, al parecer era el trabajador cuyo trayecto era el más distante entre su hogar y la compañía. Siempre le estábamos haciendo bromas sobre la cantidad de tiempo que ocupaba en trasladarse, que el que ocupaba en sus labores diarias en la fábrica. Era un muchacho serio y se jactaba de ser militante del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), uno de los partidos pertenecientes al conglomerado de Gobierno. Constantemente estaba exponiendo con calor los proyectos que favorecían a los trabajadores y sus grupos familiares, hablando del progreso que los pobres del país habían obtenido gracias a las medidas impulsadas por el gobierno popular.

Aquella mañana Pablo nos comentaba, un poco preocupado, de la inusual fila de tanques que logró observar en su paso por la Alameda Bernardo O'Higgins, que se dirigían hacia el poniente de la ciu-

dad y en compañía de camiones militares repletos de soldados. La lógica era que los militares marcharan en dirección al parque y no al sector poniente de la ciudad, pero también era cierto que desde que se produjo un alzamiento de algunas unidades de militares en el mes de julio anterior, medio Chile andaba sobresaltado viendo a militares insurrectos y nos subíamos con mucha facilidad a la copa del árbol, viendo hechos que no necesariamente podían ser efectivos.

-Seguramente van a guerrear con los marxistas -decía en tono de broma el Negro Luis, que era otro de mis compañeros y que nada conversaba con seriedad, en especial a Pablo, lo molestaba siempre, porque se entretenía haciéndolo rabiar- Así que ¡cómo te verías flaco, haciendo pedazos los tanques a peñascazo limpio!, pero ten cuidado, porque en una de estas te toman prisionero por destrozar material bélico-. En esa ocasión se estaba dirigiendo a mí, como una forma de hacer bromas, ya que para nadie era un misterio mi militancia política y las responsabilidades al interior de la organización de los trabajadores. Por ello repliqué que, de acuerdo al carácter que estaba tomando la situación en el país, a las vacilaciones que el gobierno estaba mostrando para impulsar su programa, a simple vista daba la impresión de que nuestra instancia ejecutiva estaba atravesando por un momento de desprotección; sin embargo, existía un pueblo que estaba en un avance organizativo que superaba el caminar gubernamental, sólo bastaba con aceptar el apoyo activo que se estaba ofreciendo desde los cordones industriales y las poblaciones para mostrar al enemigo de clase, un gobierno con mayor fuerza y protección.

Desde los intentos subversivos de un sector del ejército que salió a la calle y se instaló con tanques a disparar contra la casa de Gobierno y de la gente que circulaba en su entorno el 29 de julio recién pasado, el Presidente hacía oídos sordos al clamor popular de colocar mano dura a los subversivos y a la derecha en general, que actuaba en permanente sabotaje. Sólo aceptó que el pueblo saliera a la calle ese día en la tarde a manifestar su repudio a los golpistas. Aquella gigantesca manifestación realizada al frente del edificio de gobierno, el clamor popular vociferaba exigiendo el cierre del congreso, el cual se había constituido en la trinchera desde donde los políticos de oposición disparaban sus artillerías de verborreas con-

tra el gobierno y las organizaciones propias del pueblo.

Así como marchaban los acontecimientos, estaban dadas las condiciones para usar como pantalla las preparatorias de la parada militar e intentar un golpe de Estado de verdad, ¿quién podría negar que el tanquetazo de julio sólo fuera una preparatoria para probar la respuesta popular?

-Se equivoca compañero -dijo Don Carlos, que hacía quince años que trabajaba en la empresa y llevaba treinta como militante del Partido Comunista- aquí en Chile los militares son constitucionalistas, de eso debemos estar orgullosos, por lo tanto respetarán la democracia. Cuando se produjo el tanquetazo quedó demostrada la lealtad de los militares, el General Prats con la compañía del general Pinochet nos demostraron que se puede confiar en las Fuerzas Armadas, ambos oficiales a la cabeza de los regimientos de Santiago, aplastaron al grupo insurrecto del regimiento de Blindados.

Para Don Carlos, los únicos responsables de no haberse constituido un frente entre la izquierda y los progresistas de derecha, eran los sectores políticos ultra, tanto de derecha como de izquierda. -Porque aquí -continuó- estamos en una transición al socialismo y para llegar a ella le demostraremos al mundo entero que no se va a disparar ningún tiro, los responsables de que no se logre constituir un amplio frente nacional para asegurar el camino que nos conduce al socialismo, son los dos extremos de la política chilena-. Don Carlos se refería a lo que se llamó «la vía chilena al socialismo», que significaba conquistar el socialismo en el país a través del consenso político, haciendo uso del sufragio universal, como un proceso pacífico de obtener un socialismo a la criolla.

Una vez terminada su arenga, Don Carlos se puso de pie y nos invitó a que fuéramos a trabajar, -la única forma de combatir a los dueños de las riquezas en este país y de impulsar la revolución, es subiendo al máximo la producción-.

-Ese cuento está más rayado que traje de loco -respondió el Negro Luis. Todos nos reímos y cada uno se dirigió hacia su unidad de trabajo.

Trabajaba en la división discos, y junto a mis compañeros de sección nos encaminamos en dirección a nuestras labores. Me había dejado pensativo la conversación anterior, mientras nos servíamos el desayuno en el casino, se estaban viviendo momentos políticos

difíciles. El partido en el cual yo militaba había comunicado a las bases que las condiciones se estaban dando para que en el transcurso de las Fiestas Patrias se intentara un alzamiento militar. Las versiones de la gente en el desayuno hacían presumir que el momento se acercaba, el problema estaba en que nosotros, los trabajadores, no teníamos claro qué hacer en un alzamiento violento. Salvo la huelga general y la protesta callejera, no poseíamos otra arma que supiéramos utilizar, pero era seguro que nuestros dirigentes políticos, teniendo una visión más amplia sobre el país y los hechos que estaban aconteciendo, tendrían claro como orientarnos y conducirnos para revertir las posibles acciones de los militares.

El tipo de sociedad construida en nuestro país, nos había dotado de una de estructura vertical y nuestro funcionamiento cotidiano era de dependencia con relación al peldaño superior de la escala social, de ahí que era parte de nuestra cultura el estar en manos de las instrucciones de los dirigentes, o en el caso laboral, de nuestros jefes más directos. Con el régimen de la Unidad Popular esta estructura permanecía intacta y a pesar de que predicábamos sobre la creación del hombre nuevo y el constituir un centralismo democrático, de tal forma que los obreros tuviéramos un espacio para opinar y se nos respetara nuestra experiencia al interior de los partidos de izquierda, todo se seguía dando de arriba hacia abajo. No había confianza en la militancia de base, ni en la masa popular para entregarnos los instrumentos que nos permitieran crecer como pueblo y tener mayor capacidad de tomar decisiones maduras frente a los problemas contingentes.

Chambo era un camarada de partido que trabajaba en la sección mecánica, ambos militábamos en el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), y esa mañana en el trayecto hacia la unidad laboral nos encontramos por casualidad, y me detuvo unos instantes para contarme sus aprehensiones, ya que un numeroso contingente de militares se encontraban fuertemente armados y con un gran ajetreo en el interior de los patios de FAMA E, empresa estatal administrada por personal del ejército y dedicada a producir herramientas y armamento liviano para las fuerzas armadas y cuyas instalaciones estaban ubicadas frente a la casa donde residía mi amigo y camarada. - Ni que fueran a tener guerra con los argentinos -acotó- en la Unidad Popular hay mucha gente confiada compadre, no quieren ver el ros-

tro oculto de la derecha política, pero no van a pasar muchos días en que empujen sobre nosotros a los militares y estos nos peguen una desconocida de la que nos tendremos que recordar toda la vida -diciendo esto, mi amigo dio media vuelta y se marchó a su unidad de trabajo.

A primera hora de aquella mañana, me había tocado la responsabilidad de trabajar en la máquina principal. Por el calor que existía dentro del local de trabajo, cómo consecuencia del vapor que se usaba para el funcionamiento de ese inmenso armatoste que procesaba la resina, transformándola en material para imprimir los discos fonográficos, se transpiraba intensamente, por lo que era necesario irse relevando cada dos horas para evitar una deshidratación. Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando Pablo entró a mi zona de trabajo con gran agitación e intentaba contarme sobre las informaciones que la radio estaba entregando en ese momento. A decir verdad, no logre oír bien por el ruido mismo de las máquinas, así que detuve la que era de responsabilidad mía y le grité a Pablo que me esperara afuera con los otros compañeros. Cuando salí estaban todos muy pálidos y atentos al receptor, sin obedecer las órdenes del supervisor de continuar con las actividades.

El Presidente Allende estaba entregando al país aquellas últimas palabras que quedarían grabadas en nuestra historia, y mis compañeros, visiblemente conmovidos, escuchaban con lágrimas en los ojos el término del mensaje. De inmediato terminaron de colocarme al tanto sobre lo que estaba sucediendo. La casa presidencial estaba rodeada de militares y se combatía intensamente, había un general llamado Augusto Pinochet, el mismo que acompañó al general Prat dos meses antes en el aborto de la intentona golpista de julio. Ahora, en esos precisos momentos, se había declarado jefe de una junta militar y daba plazo hasta las once horas para que el Presidente Allende con sus colaboradores evacuaran el Palacio Presidencial o, de lo contrario, lo bombardearían, ya que las fuerzas militares obedientes a la junta de gobierno tenían controladas otras ciudades.

Como yo era el delegado de la sección ante el Sindicato, además de ser el Presidente del Comité de Producción de la división, respetado como militante de partido, por lo tanto poseía la responsabilidad de dar conducción política a la gente de la empresa, en especial a los de mi unidad de trabajo en casos de emergencia como

estos. Ordené la paralización de faena, tomé contacto con el resto de la división para que paralizaran y nos juntáramos en el casino para una reunión, llamé al Directorio del Consejo de Administración y al Sindicato para que los dirigentes se movieran y convocaran con urgencia a una asamblea general con el conjunto de los trabajadores de la empresa.

Al comunicarme con Chambo para ver el quehacer como partido frente a la difícil situación, me informó que acababa de comunicarse con las direcciones políticas internas de otros partidos y que nos reuniríamos a las 10, vale decir, quince minutos después. A esa hora había diversos rumores, traídos a la empresa por personal que andaba afuera y que iba regresando desde el centro de la ciudad, o por dirigentes de la misma Unidad Popular que en el fondo no querían ver la realidad de ese momento e imaginaban a las fuerzas armadas divididas en la calle y combatiendo entre sí. Como era lógico, rumores como este nos llevaron a ilusionarnos acerca de que se combatía entre militares y que el Gobierno tenía respaldo, por lo que la tarea nuestra podía estar limitada al resguardo de las empresas y a la espera de que alguien nos hiciera llegar algún armamento para apoyar a las «fuerzas leales». Pero nada de eso sucedió: no existieron fuerzas leales, ni tampoco tuvimos armas y nuestros sueños sólo fueron voladores de luces.

La reunión entre direcciones internas de los partidos fue corta. Los compañeros hablaban del fracaso de la experiencia y de lo mal agradecidos que eran los militares, y un sinfín de cosas que no tenían demasiada base política. Incluso hubo un dirigente que ingenuamente manifestó que nos estábamos ahogando en un vaso de agua y que todo quedaría arreglado en el Congreso, cuando los parlamentarios decidieran el retiro inmediato de los militares golpistas del gobierno por inconstitucionales. Con Chambo intentamos aclarar aquella ingenuidad, haciendo comprender a los compañeros que se olvidaran del Congreso y de conquistas obreras si es que en definitiva los golpistas controlaban el poder. El golpe no está dado porque los militares por sí solos se lo hayan planteado y ejecutado, detrás de todo eso estaba la derecha política, las transnacionales y el gobierno norteamericano. Si los golpistas lograban su propósito seríamos severamente reprimidos, las instituciones y organizaciones obreras desarticuladas, en función de su principal objetivo: recuperar los

terrenos agrícolas y las empresas requisadas por el gobierno popular y centralizar nuevamente el poder económico en pocas manos. Recalcamos también lo que muchas veces habíamos manifestado, que el proceso desarrollado tendría que ir al fracaso, porque no era auténticamente popular, no estaba apoyado en un cimiento firme como el movimiento de masas, y todo proceso popular requiere de confiar en el pueblo y que éste tome responsabilidades dentro de dicho proceso. Por último, que aquello sólo había sido un gobierno, vale decir, una instancia de la sociedad dominante, desde donde se gobierna la nación, pero distaba mucho de haber sido un régimen, es decir, el conjunto de las instancias de la sociedad usadas para gobernar. Pero de todo aquello que estaba sucediendo, necesariamente deberíamos aprender, porque aquella era una experiencia que posiblemente sería muy dura, pero teníamos que hacerla nuestra y sacar las enseñanzas requeridas para el transcurso de la historia. Aquella enseñanza no podía ser otra que las fuerzas del pueblo unidas, organizadas y copando espacios en la construcción de un poder del pueblo y si era necesario, hacer uso de las armas para consolidar lo que se construya. En aquel momento era la única forma que veíamos de destruir la sociedad de los capitalistas.

Algunos compañeros estuvieron de acuerdo y manifestaron que confiaban en que los jóvenes organizados en los partidos revolucionarios serían en definitiva los encargados de revertir el posible desastre de la Unidad Popular, por último, acordamos no exigir a los compañeros su permanencia en la empresa y dejar la decisión a su voluntad. Pero era obligatorio para el equipo de direcciones de diferentes partidos políticos quedarnos a modo de ejemplo. Al final, sólo unos treinta hombres nos quedamos en la fábrica para defenderla de la usurpación militar, todos militantes de partidos obreros y, con nuestra decisión, estábamos demostrando un real compromiso de clase. Pero estábamos muy lejos de imaginarnos la real magnitud de lo que vendría más adelante.

Desde la oficina de la gerencia me mandaron a llamar. El gerente de área intentaba suavizar su habitual gesto agrio queriendo ser agradable, pero esto le causaba muchas dificultades. Hizo un carraspeo con su garganta, como si le costara un poco empezar a hablar. Cuando lo hizo, realizó una introducción con alabanzas hacia mi persona, sobre mi actuar como obrero y quiso hacer referencia a las diferen-

cias que se produjeron en negociaciones por problemas laborales, durante el tiempo en que fui delegado de personal ante el sindicato. -Pero todo aquello -manifestaba- no es más que el cumplimiento del deber profesional de cada uno, y hoy día, flaco, y permíteme que te trate como un amigo, tenemos un problema muy serio, parece que se vino abajo el Gobierno, y tú sabes que también me afecta, aunque tengas tus dudas, como me lo has manifestado siempre. Mi intención en este momento es darte un consejo que agradecería tomaras en cuenta por tu propio bien. ¿Sabes flaco? No hagas tonterías. Los militares al parecer van a tomar el control del país y seguramente, en caso de combate, ellos van a llevar las de ganar. Tú eres demasiado joven todavía y tienes una vida por delante, además de una esposa y una hija tan pequeña, y ellas te necesitan, así que vete directo a tu hogar, como lo vamos a hacer todo el personal, la Gerencia General ya ordenó que los buses estén aquí a las 11, para que media hora más tarde se haya movilizado todo el personal a sus hogares. Pero en fin, la decisión es tuya viejo, y te deseo suerte. Colocándose de pie me tendió su mano, como una forma de despedirse. Como militante, tenía un compromiso, y no era posible que consejo alguno me hiciera desistir de la decisión tomada. Pero de todas formas me sentí apreciado y agradecido que el jefe de la división se haya preocupado por mi seguridad personal.

Cerca del medio día, el plazo dado por los golpistas al Presidente había finalizado, en el aire se veía un bombardero de la fuerza aérea que hacía vuelos rasantes sobre el centro de la ciudad y fuertes explosiones llegaban hasta nuestros oídos, al tiempo que todos los medios de comunicación radial y televisivos ya estaban controlados por el golpismo. La gente de la empresa, a medida que llegaban los buses, los fueron abordando con la intención de regresar luego a sus hogares. Con tristeza fui viendo que eran muy pocos los compañeros que respondían a nuestro llamado de quedarse voluntariamente para resguardar la fábrica.

De pie y dando la espalda a la oficina del personal, fui viendo pasar a mis compañeros hacia los buses. Muchos de ellos iban con la frente baja, con un sentimiento de pesar y de derrota o bien de vergüenza por no quedarse en su lugar de trabajo. Varios de los compañeros de la división se acercaban para despedirse y sugerir que nos cuidáramos. Pablo se me aproximó despidiéndose con un

abrazo, -es posible -dijo- que esta sea la última vez que nos veamos. Tú sabes flaco, que me quedaría con gusto, pero tengo miedo, así que perdóname compadre y cuídate-. Terminó sus últimas palabras con un quiebre en la voz y unas luminosas gotas en los ojos. En cambio, el Negro Luis me golpeó la espalda y me lanzó toda una arenga. -Es tu deber compadre y yo sé que lo vas a cumplir. Pero tu deber no es el mío, ¿quieres que te diga una cosa? No vale la pena morir sacando la cara por estos compadres que se llenaban el hocico con la revolución y ahora se van para sus casas huyendo-. No supe qué responder, sólo me limité a encogerme de hombros y a sonreír. Así, uno por uno, los compañeros y mis amigos se marchaban, despidiéndose con alguna disculpa.

Alberto, un hombre muy honesto y ya con algunos años de edad encima y con quien mantenía una relación muy afectuosa, que se podía comparar a la de un padre con su hijo, se abrazó a mí y con voz enronquecida me pidió que lo perdonara, pero dijo que era un hombre de edad y con varios hijos que lo amarraban para participar en una acción tan peligrosa. Me pidió que me cuidara y dijo que, si yo moría, algún día la historia se encargaría de aplicar justicia.

Parece que todos se habían puesto de acuerdo en que quienes quedarían en la empresa estábamos destinados a ser futuros difuntos. Lo demostraban en su forma de despedirse e incluso por un momento hasta yo mismo lo creí así. Cuando ya se habían retirado los buses, di media vuelta y me dirigí hacia el local de la enfermería, con la vista baja, como observando mis propios pies en el momento de caminar y haciendo recuerdos sobre mi infancia campesina.

Huencuecho, nombre mapuche para una hacienda ubicada en la comuna de Pelarco, provincia de Talca, en la Séptima Región del país. El lugar era un valle con largos pastizales, granados arrozales y caminos pedregosos, con arboledas en ambos costados. Los álamos, pinos y aromos servían de cortavientos protectores de los cultivos que se producían en aquellos prodigiosos terrenos, además de adorno forestal. Ahí nací y pase mi infancia, mi madre dio a luz quince hijos, entre ella y mi padre hacían malabares para poder alimentar tal cantidad de chiquillos, vestirnos y enviarnos a estudiar en la modesta escuelita que existía en el sector. Aunque fuera solamente para aprender a leer y escribir. Privilegio que en aquella época nos podíamos dar, no así en la infancia de mis viejos, quienes se

tuvieron que conformar con ser analfabetos, lejos de tener la oportunidad de tomar conocimiento a través de la lectura o comunicarse a través de lo escrito.

Pero a mi también me costó bastante motivarme para asistir a la escuela. Debió ser porque tenía como un convencimiento psicológico que yo era animal de carga y que no servía para aprender las letras, y claro, si todos los mayores me decían "este es como animal de porfiado". Por eso sería que cuando el director de la escuela (que además era uno de los profesores), iba a la casa a buscarme para que fuera a estudiar, yo decía que no, porque no se me quitaba lo de animal. Debió quitárseme alguna vez porque cuando bordeaba los ocho años de edad, me convencieron y como lo hice por mi propia voluntad, a los tres meses ya leía diarios y escribía cartas. La profesora prácticamente me exponía ante el resto de los alumnos, mostrándome como ejemplo.

Era sacrificada la forma de vida para un niño de campo. Había que cumplir deberes con la familia, donde estaba involucrada la supervivencia y la formación del conjunto familiar. Para ello era importante el ejemplo de los mayores y mis padres fueron un buen modelo por el cual guiarse, siempre asumiendo con responsabilidad las obligaciones para con la familia y con el trabajo. Además, mi viejo fue el primero en impulsar, en forma clandestina, el Sindicato Agrícola de la localidad, a mediados de los años sesenta, lo recuerdo porque en esas primeras reuniones que se realizaban amparados por la oscuridad de la noche, yo lo acompañaba y cumplía la tarea de loro, para avisar en caso de que apareciera gente extraña.

El movimiento se construía sin mayor asesoría, más por instinto de clase. Esa visión de unir al trabajador agrícola para proyectarlo a futuros desafíos, mi viejo la obtuvo como referencia de alguna información entregada por la radio, la hora de las noticias eran momentos sagrados para él y nadie tenía autorización para interrumpirle el placer de informarse sobre los acontecimientos que sucedían mas allá del estrecho mundo local.

Larga espera

-¡Listo compañero!- me decía un joven compañero, interrumpiendo mis recuerdos- tenemos reunidas unas cien botellas pisqueras, ¿dónde las dejamos?-. En la fábrica de pastas, le respondí. Se le había dado como misión a dos compañeros preparar bombas molotov.

Otro equipo asumió la responsabilidad de fabricar miguelitos en el taller mecánico. Con este artesanal «armamento», más dos revólveres que el personal de portería poseía como cargo, sería todo nuestro potencial de fuego para enfrentar al enemigo si éste se atrevía a apropiarse de la empresa.

Después que se retiró el personal, el pequeño grupo de no más de treinta compañeros, nos reunimos para estructurar el equipo y asignar las tareas, Chambo y yo éramos los dos militantes con más trayectoria de nuestro partido al interior de la empresa. Como en la evaluación hecha anteriormente por las direcciones partidarias internas se había concluido que la responsabilidad histórica, desde ahora en adelante para la conducción en la respuesta a los golpistas, la tendría mi partido, nos nombraron como «Comandantes» del pelotón de autodefensa de la empresa. Con nuestro nombramiento y nuestras presillas de oficiales, nos distribuimos con Chambo, un revólver cada uno, armamento que, de paso, no sabíamos manejar. Eran armas calibre 22, lo que comúnmente se denomina «un mata-gatos». A pesar que desconocíamos el manejo y funcionamiento de ese tipo de armas, nos sentíamos protegidos y seguros de ser buenos conductores en las posibles batallas por dar respuesta armada en la lucha por mantener el control de la empresa.

Para las comunicaciones contábamos con el teléfono privado de la gerencia general y el teletipo; un instrumento usado por aquellos tiempos por los medios de comunicación para recibir y enviar información. Era una herramienta importante para las comunicaciones y en todo el cordón industrial era el único que existía; esto nos dio una categoría de instancia estratégica en el manejo de las informaciones con el resto de las empresas del cordón industrial y con las cuales se mantenía una coordinación. Con esos dos medios logramos comunicarnos con empresas de otros cordones industriales. En una de ellas se encontraban instalados algunos dirigentes de la Central Única de Trabajadores (CUT), quienes de acuerdo a sus propios análisis, entregaban órdenes de seguir manteniendo las fábricas en nuestro poder, a la espera de un posible armamento, porque todavía estaba la posibilidad de combatir en igualdad de condiciones, puesto que existían unidades del ejército que se mantenían leales a la Constitución y al gobierno popular.

Con el correr del tiempo, me quedó claro que nunca existieron esas

unidades. Lo concreto es que, en la práctica, los obreros de los cordones industriales no lo palpamos ni en ese momento, ni después. Este hecho de aferrarse a esperanzas de que agentes externos puedan salvarnos no es nuevo entre nosotros los chilenos. A pesar que la historia nos lo va demostrado constantemente, nos cuesta mucho comprender que quienes dependemos de un trabajo para sobrevivir, debemos tener nuestras propias fuerzas y depender sólo de lo que tenemos, independiente de que, producto de alianzas con otros sectores, también se reciba algún apoyo, pero este se logrará de acuerdo a la fuerza que podamos mostrar. Si somos débiles ningún superhéroe se atreverá a salvarnos.

Durante el transcurso del día la atmósfera fue cambiando, aquella luminosa mañana la fue empañando unas nubes de aspecto sombrío de las cuales a media tarde se desprendían gruesos goterones de lluvia, demostrando que no sólo las personas estábamos tristes. En las alturas, los nubarrones se hacían parte de nuestro dolor y desprendían aquellos goterones como si fueran lágrimas vertidas por la sabia naturaleza, haciéndose eco de lo que estaba sucediendo. Por otro lado, la densa columna de humo que salía desde el Palacio de Gobierno como consecuencia del bombardeo sufrido al medio día, y que se podía apreciar desde todos los puntos de la ciudad, terminaba por dar un aspecto sobrecogedor al ambiente de la ciudad. A eso de las tres de la tarde, además de la extraña lluvia, por todos lados se sentía el tronar de la metralla, que era también como una especie de lluvia que atravesaba la ciudad y que procedía de todos los puntos cardinales. Nosotros, los voluntarios que nos quedamos para resistir desde nuestro lugar de trabajo, permanecíamos parapetados en el segundo piso de la empresa, en cuyo frontis y sin saber de donde, los proyectiles rebotaban.

La tarde fue cayendo lenta y triste para envolvernos en una oscuridad que nos mantenía tensos, donde sólo se escuchaba la sinfonía fúnebre de los fusiles golpistas que se hacían oír a lo largo de los cordones industriales de Vicuña Mackenna y San Joaquín, la existencia de un helicóptero que sobrevolaba por sobre las industrias y las poblaciones que existían alrededor, alumbrando permanentemente con un potente foco, del cual se desprendía una luz que giraba y giraba en búsqueda de objetivos en movimientos, aquel juego mortal con las luces, se completaba con el lanzamiento de bengalas cada



cierto tiempo. Todo aquello nos producía una sensación de pequeñez e impotencia por no tener ninguna capacidad de respuesta.

Para nosotros sólo cabía la espera. Aquella espera larga que nos mantenía unidos a todos los compañeros que allí nos encontrábamos, independiente de cualquier militancia, quizás, por primera vez en los últimos tres años. Habíamos un grupo de militantes de izquierda por sobre la militancia partidaria y nos sentíamos responsables de cuidarnos los unos a los otros, sin resentimientos, con lealtad y dispuestos a la generosidad entregando nuestras propias vidas, por un ideal que nos era común. En medio de la oscuridad de la noche y con la sola compañía de las luminarias que procedían desde el alumbrado público, nos encontrábamos reunidos en la sala del Consejo Administrativo, esperando una orden superior que nadie sabía de donde vendría, y un armamento de combate que jamás iba a llegar, porque ningún partido lo poseía y tampoco nunca hubo preocupación de parte del Gobierno, de que el pueblo obrero, ese sector de la sociedad que aunque crítico por algunas medidas siempre le fue leal al Gobierno de Allende, tuviera la oportunidad de armarse, por lo menos para ofrecer resistencia en una situación como esta.

Nosotros seguíamos esperanzados de que esas armas ofrecidas a través del teletipo pudiesen llegar para ser distribuidas en las empresas del cordón industrial. En informaciones que íbamos recibiendo, se daba a conocer que se había distribuido armamento en algunas empresas de los cordones industriales de Cerrillos y San Joaquín. En esa larga noche del martes, con Chambo, ya que ambos andábamos con revólveres, decidimos salir a la calle a resistir artesanalmente. Para ello, nos aprovisionamos con una cantidad importante de «miguelitos» que los compañeros habían fabricado en la sección de mecánica y provistos de estas pequeñas puntas, salimos amparados por la oscuridad a sembrarlos en la avenida, con el fin de romper neumáticos. Pasamos la noche corriendo y saltando panderetas, ocultándonos de las patrullas a lo largo de la avenida, habría sido fácil ametrallar golpistas si hubiéramos tenido algún armamento un poco más pesado que dos revólveres calibre 22.

Los vehículos de los golpistas quedaban a merced nuestra, con los neumáticos pinchados por nuestro armamento casero y nos teníamos que limitar a escuchar llenos de regocijo los insultos lanzados

en contra de los desarmados que oponían resistencia. Llegó un momento en que debieron recurrir a la colocación de rastras con ramas de árboles por delante de los vehículos, para barrer la avenida y evitar los pinchazos. Esta fue nuestra única experiencia como combatientes, podíamos haber hecho mucho más con un costo pequeño en el transcurso de aquella noche, pero sólo éramos dos y nuestros pertrechos de guerra demasiado pobre, creo que las acciones nos dejaron con una sensación de haber cumplido en parte, pero nos quedó ese sabor con gusto a poco.

Con Chambo nos habíamos hechos muy amigos, además de ser camaradas de partido compartíamos contándonos nuestro historial personal. Mi amigo era hijo único de madre soltera que tenía una afición insoportable por los gatos. Recuerdo que conocí a Chambo al día siguiente de una asamblea de trabajadores dentro de la empresa, donde hubo una discusión acalorada con relación a un proyecto de participación presentado por la gerencia general. Como esta era una empresa mixta, donde la mayoría de las acciones eran del Estado, el gerente general estaba nombrado por el Gobierno a través de CORFO. El proyecto de participación era defendido por los simpatizantes de la Unidad Popular, y como era lógico en un estado de politización como el que nos encontrábamos, la gente que simpatizaba con la derecha, se oponía haciendo intervenciones con mucho énfasis para atacar el proyecto.

Cuando se realizó el encuentro ampliado, yo llevaba trabajando en la empresa alrededor de medio año y fue la primera vez que intervine en un encuentro de esa magnitud. Hablar en una asamblea de mil trabajadores no fue fácil, ya que eran muchos los que querían tomar la palabra y quienes tenían la responsabilidad de facilitar el micrófono, se lo entregaban a las personas más conocidas y que por lo general sobresalían por sus intervenciones. Cuando pude apoderarme de un micrófono, coloqué toda mi sangre fría para explicar las virtudes y defectos que le encontraba al proyecto. No debe haber estado tan mal la exposición, porque sentía a mi lado un silencio que demostraba atención e interés en los asistentes. Al terminar mi intervención recibí un aplauso general; había conseguido que el conjunto de los trabajadores, tanto de derecha como de izquierda, escucharan una proposición distinta de participación y no era otra que la propuesta que de alguna forma se iba elaborando al interior del partido. Recuerdo que al final de la asamblea se acercó mucha gente para

saber quien era yo, recibí muchas felicitaciones y preguntas, sobre todo para saber en que partido militaba, información que no podía dar por razones de seguridad. El propio Gerente General envió por mí para que me ubicaran, quería saber el tiempo que llevaba en la empresa y, por supuesto, la militancia. A partir de ese día tuve el respeto de los trabajadores de la empresa y la amistad del Gerente General, que resultó tener militancia socialista.

Fue al día siguiente, a la hora de almuerzo, que se me acercó Chambo cuando yo salía del casino con mis compañeros de unidad laboral, y me solicitó hablar algunas palabras conmigo. Él había averiguado en que sección trabajaba y se había dado cuenta perfectamente el tipo de cultura política a la cual pertenecía. Apenas se presentó, me contó que hacía un mes que trabajaba en la empresa, que era militante y que tenía misión de partido para realizar trabajo político al interior, me expresó su alegría de encontrar un camarada y que el partido desconocía que existiera otro militante al interior de la fábrica. Mi labor política hasta ese momento lo realizaba en el sector poblacional y a partir de aquella conversación, quedamos en que pediría mi traslado oficial, a través de los conductos regulares del partido, para cambiar de frente de trabajo.

Chambo era un joven que no sobrepasaba lo veinte años en el momento que lo conocí, yo era un par de años mayor que él. La característica de nuestro partido era la juventud de su militancia y la transparencia de nuestra personalidad frente a los demás, Chambo no era una excepción, tenía todavía cara de adolescente y uno podía decir al momento de conocerlo ¡este es un buen muchacho! Observaba y actuaba frente a los demás en forma demasiado sana, que llegaba a veces a ser ingenua, por creer que todos los que le rodeaban eran tan sanos y transparentes como él. Era de físico liviano, tez blanca, de estatura baja y delgado, pero tenía mucha valentía para los combates callejeros. Cuando nos enfrentábamos en el centro de la ciudad con miembros de la oposición, siempre estaba en primera línea con las piedras en la mano o dando golpes de puño y pie. Eran aquellas tardes donde los pijes jóvenes del barrio alto con Patria y Libertad a la cabeza se tomaban las calles del centro de Santiago. Cuando se terminaba la jornada laboral, los obreros nos íbamos hacia el centro y empezábamos peleando con ellos hasta que los expulsábamos y después terminábamos peleando con la policía

uniformada, que acudía en ayuda de los niños hijos de papá. En una ocasión que la oposición había organizado un paro de estudiantes y camioneros, en octubre de 1972, un grupo espontáneo de obreros y estudiantes tratábamos de expulsar del centro de la ciudad a los huelguistas que destrozaban e incendiaban vehículos. Lo logramos, y cuando una columna marchaba victoriosa, fuimos interceptados por buses de la policía que bajaron disparando sus metralletas sobre nosotros, quienes tratábamos de refugiarnos en edificios y desde allí, nos dispararon civiles. Varios compañeros cayeron baleados en aquella ocasión. Recuerdo que un muchacho cayó baleado al lado de Chambo. Íbamos corriendo y un joven estudiante se llevó la mano a un costado lanzando un grito de dolor y cayó de rodillas. Acudimos con Chambo y otra persona en su ayuda, mientras tratábamos de atenderlo, la tercera persona que estaba con nosotros también recibió un proyectil disparado desde un edificio, quedando con una herida en la espalda.

Con mucho esfuerzo logramos echarnos al hombro a los compañeros heridos y corrimos con todas nuestras fuerzas para no ser detenidos por los policías, quienes atacaban lanzando bombas lacrimógenas, mientras un escuadrón avanzaba por el centro de la calle, golpeando y deteniendo a la gente de izquierda. Cuando la policía estaba a punto de atraparnos apareció en la esquina de las calles Huérfanos con Estado, una camioneta estatal, que al vernos en el centro de la calzada se detuvo, nosotros lanzamos los cuerpos de los heridos dentro del vehículo, nos identificamos como partidarios del Gobierno y le solicitamos al conductor que los llevara a un centro de primeros auxilios. No supimos que más pasó con ellos, porque seguimos corriendo junto con mucha gente, buscando algún lugar de salvación, al fin lo logramos en el Cerro Santa Lucía, que nos acogió con las ramas extendidas de sus árboles, como si estuvieran preparados para darnos protección. En esa ocasión saqué dos conclusiones: que Chambo era frágil en apariencia, pero fuerte en la práctica, y que por muy Gobierno que fuera la Unidad Popular, las fuerzas policiales seguían siendo obedientes a los empresarios. Estaba claro que no se podía confiar en ellas.

El miércoles 12 de septiembre, amaneció con un cielo nuboso. Algunos de nosotros, en especial aquellos que estuvimos incursionado durante la noche en contra de los golpistas, sentíamos un cierto

cansancio y tratábamos de dormir recostados sobre un sillón, el mismo ejercicio realizaban otros compañeros, tendidos sobre una alfombra. Estuve un rato tratando de cerrar los ojos, pero el recuerdo de mi esposa y de nuestra hija, que estaba próxima a cumplir seis meses de edad, no me lo permitían. Vivíamos en el campamento de pobladores sin casa Nueva Habana, ubicado en el sector sur-oriental de la ciudad y era muy posible que el peso de la represión militar hubiese caído sobre el conjunto de los pobladores. Este campamento, en su corto período de existencia, se había destacado por su propuesta organizativa y por las combativas acciones que realizaban los pobladores en las movilizaciones por obtener la construcción de sus viviendas y en una proyección de sociedad más humanista.

Había dormido un par de horas, cuando al lugar ingresó Juan, un antiguo trabajador de la empresa y militante del Partido Socialista, diciendo que había recibido información a través del teléfono sobre combates en la empresa textil Sumar y la población La Legua, un sector poblacional que también contaba con mucha trayectoria desde su fundación y que se ubica al lado de la empresa textil. La verdad es que durante la tarde del día anterior y gran parte de la noche se había escuchado intensas balaceras hacia el lado del cordón industrial de San Joaquín. Por la información que nos entregaba Juan, los compañeros de Sumar habían recibido algún armamento y tenían el privilegio de responderle al golpismo.

La noticia fue como una inyección de vitaminas, todos empezamos a cifrar esperanzas de que podía llegar de algún lado armamento. - Pero si eso no sucede -manifestó un compañero- esperemos que llegue la noche y nos mandamos a cambiar de aquí-. El compañero estaba en la razón, a esta altura del día, cuando ya eran alrededor de las diez de la mañana, lo más probable era que los golpistas tuvieran absolutamente detectados la gran cantidad de trabajadores que se encontraban en las diversas empresas y es seguro que los militares no se quedarían de brazos cruzados esperando que se les boicoteara. Así que lo más probable es que estuvieran preparando algún ataque al sector.

A esa hora, en la calle no había un sólo movimiento, el país estaba en estado de sitio y bajo el toque de queda. Toda alma viviente estaba obligada a permanecer en su hogar sin salir a la calle. Uno que

otro vehículo militar rompía el silencio con su patrullaje monótono y amenazador. Pero con el correr de la mañana, se empezó a sentir un fuerte ametrallamiento hacia el lado oriente del sector en el cual estábamos ubicados, era como si cientos de ametralladoras estuvieran entonando una sinfonía de terror y muerte, muchos de aquellos proyectiles fueron a rebotar a la fachada de la fábrica obligándonos a parapetarnos en las oficinas del segundo piso. A pesar de tanto ruido, no se veía a golpista alguno, lo que nos hacía suponer que todo ese aparente combate se estaría dando alrededor de las industrias que existían en la Avenida Pedro de Valdivia o en la Escuela de Sub-Oficiales de Carabineros que se ubicaba en esa misma dirección. La explicación que nosotros le dábamos a esta terrible balacera era de que en alguna parte cercana se estaba combatiendo, siempre con la esperanza de dar respuesta al golpismo y rescatar el Gobierno para el pueblo. Mientras tanto, al igual que el día anterior, nuevamente el cielo se ensombreció con las nubes que fueron tomando posesión para expeler aquellos gruesos goterones, como si de alguna parte del más allá se estuviera llorando por la muerte de los seres humanos caídos durante el transcurso de las primeras veinticuatro horas del Golpe Militar.

El Golpe y su violencia destructiva

Fue alrededor del medio día, mientras alguien comentaba que en el cordón industrial de Cerrillos, desde una fábrica, habían derribado un helicóptero, aparecieron ante nosotros los responsables de la balacera escuchada durante el transcurso de la mañana, vestían uniforme verde oliva y llevaban un brazalete de color anaranjado en la manga del brazo izquierdo de la chaqueta guerrera. Eran los golpistas que surgieron frente a nosotros, corriendo agazapados a lo largo de la avenida. Nos quedamos paralizados y sin habla por completo, aquellas maniobras militares y aquel armamento que se estaba instalando frente a nosotros no estaba dentro de la imaginación de quienes estábamos en aquel lugar, ni siquiera nos dejó tiempo para comentar la información del helicóptero derribado.

Cientos de golpistas, tanto militares como fuerzas de carabineros, fueron tomando posiciones frente a las fábricas. En breves minutos los sirvientes tenían montadas sus ametralladoras de distintos diámetros, listas para disparar, mientras las tanquetas de carabineros

se mostraban amenazadoras avanzando por el centro de la calzada. Unas ráfagas de advertencia dirigidas hacia las fábricas bastaron para saber que aquello iba en serio y que con nuestro débil «arsenal» era suicida hacer algo. Así que optamos por esconderlo en las alcantarillas de la empresa. Estábamos tan impactados que nadie hizo algún intento de buscar la forma de escapar de aquel lugar, ni siquiera pasó por la imaginación hacerlo. Hoy día, después de transcurrido tanto tiempo, uno puede evaluar y darse cuenta que tuvimos el tiempo suficiente para escapar por el fondo de la empresa, por donde existen unos edificios de departamentos, pero quedamos paralizados.

Desde el segundo piso pudimos observar como sacaban a los trabajadores de la empresa «Siam di Tella», compañía que se dedicaba a la fabricación de artículos de línea blanca. Los compañeros salían desde la fábrica con las manos en la nuca y al trote, la mayoría llevaban puesto sus overoles de mezclilla azul e iban siendo golpeados ferozmente en las espaldas con la culata o punta de los fusiles por miembros de las fuerzas de Carabineros. Uno a uno, cerca de cuatrocientos hombres y algunas mujeres fueron saliendo en fila india, eran revisados de pies a cabeza por los funcionarios policiales y en seguida los detenidos eran traspasados a los efectivos militares, quienes se encargaban de lanzar a los prisioneros de bruces al pavimento de la calle y de nuevo golpeados con puntapiés y culatazos, mientras permanecían tendidos en el piso y con las manos cruzadas por detrás del cuello.

Lo mismo hicieron con la gente de Textil Progreso, una empresa que quedaba justo al frente de la nuestra y cuya trayectoria de organización era bastante conocida en el gremio textil. Ni un comentario salía de nuestras gargantas, estábamos prácticamente paralizados observando con horror todo lo que les estaba pasando a nuestros vecinos de las empresas del frente. ¿Cuánto rato había pasado desde el momento que empezó el operativo hasta que empezaron a ingresar a la empresa nuestra? Sólo recuerdo que en algún momento vimos ingresar a los golpistas por la puerta principal que da a la avenida. Atravesaron el patio y buscaron la puerta de entrada que daba directo al edificio central e ingresaron a la empresa. Recién ahí reaccionamos y empezamos a bajar desde el segundo piso hacia la línea de armado de los televisores, para encontrarnos de frente con

un grupo de carabineros que avanzaban con los ojos enrojecidos destruyendo todo lo que se atravesaba a su paso, parecía una virtual estampida de animales que todo lo aplastaban. Se acercaban hacia nosotros repartiendo odio con las miradas y culatazos a los aparatos de televisores que se encontraban sobre los mesones para su embalaje. Los televisores que con tanto esfuerzo se fabricaban para el consumo de la población, se destrozaban frágilmente al paso de aquella manada. En ese momento tomamos conciencia de lo que nos esperaba. Al grito ¡caminen conchas de su madre y con las manos en la nuca! dado por un oficial, empezamos a trotar en fila india hacia el matadero militar. No sé quién fue el primero que inició el caminar ni en qué momento lo hice yo, pero los insultos y los golpes de culatas llovían sobre nuestros pechos y espaldas.

Cerca ya de la salida, en la puerta principal, sentí un golpe sobre mis espaldas, no sentí dolor alguno, pero me fui de punta y estuve a punto de caer, logré enderezarme, tampoco tuve miedo, en cambio, sentí que en mi cuerpo la sangre circulaba más ardiente que nunca y un ansia enorme de vivir empezó a golpear mi mente, la necesidad de salir con vida se apoderó de mi conciencia, para revertir aquellos horrores. En la calle empezamos a ser revisados por militares de las fuerzas especiales. Un error mío casi me cuesta la vida, en mis ropas me encontraron un brazalete del partido que tenía guardado desde tiempo atrás. El suboficial dialoga con el oficial a cargo y éste último, que era un teniente de las fuerzas especiales, es decir, un comando de boina negra, me permitió deshacerme del objeto. Creo que en aquel momento el boina negra todavía no estaba contaminado con el golpe, me trató con respeto salvándome la vida. Finalizado el registro, quedamos nuevamente en manos de carabineros.

La Avenida Vicuña Mackenna había sido testigo de nuestras salidas y entradas diarias a la fábrica durante casi tres años, en esa puerta de ingreso, frente a la cual ese día nos tenían tendidos en el piso, nos instalábamos los días viernes, con otros compañeros ofreciendo el diario del partido y después seguíamos por la avenida recorriendo otras empresas haciendo lo mismo, hasta que finalizaba la tarde y nosotros agotados y con apetito comprábamos el infaltable pan con choncho y nos sentábamos en la cuneta a darnos un respiro, evaluar el trabajo realizado y la aceptación que estaba teniendo el diario. Esta misma avenida era ahora testigo mudo del flagela-

miento de miles de obreros y el asesinato de otros. Las ametralladoras abrían fuego y los uniformados corrían parapetados por las orillas de las fábricas. Los vidrios de las ventanas caían destrozados bajo la balacera. -¡Hay francotiradores, mi teniente! -gritaba algún soldado- que esperan hueones, balas con ellos -fue la respuesta. Unas ráfagas disparadas sobre nosotros hicieron que todos bajáramos las cabezas, mientras nuestros cuerpos servían de piso para que los golpistas corrieran sobre nuestras espaldas, a unos metros de distancia se escuchaban algunos alaridos de dolor y cuerpos que se desplomaban. Los sollozos de un muchacho muy joven que estaba tendido a mi lado me llamaron la atención, lo animé como pude y hasta me arriesgué a acariciarle la cabeza. Esto hizo que el joven compañero me mirara agradecido, sintiéndose protegido. A los gritos de -¡Que se pare el negro!- que lanzaba un encolerizado golpista, muchos levantamos la cabeza. Un obrero de una fábrica cercana se colocaba en pie, -¡Vos sos cubano! -decía el uniformado-. ¡No señor, soy chileno! - ¡Sos cubano, te dije hueón!- El compañero seguía insistiendo que no. -¡Camina rápido hacia el centro, corre conche e tú madre! ¡Dispárale vos, pó hueón!- De la boca de un fusil salen varios disparos y el compañero obrero cae con la espalda acribillada. Su cuerpo sangrante queda tendido sobre la vereda poniente de la avenida, al lado de varios obreros que miran sin creer lo que ven.

Mi pensamiento retrocede al pasado infantil en Huencuecho, cuando salíamos de la escuelita. Nos dividíamos en dos bandos, unos que vivían al sur de la escuela y otros al norte. Los desafíos para competir eran múltiples, desde jugar a la pelota o competir sobre quién, orinaba a más larga distancia, por lo general la tarde finalizaba con las guerras donde usábamos las piedras como proyectiles. Tenía dos amigos inseparables, siempre estábamos juntos y pertenecíamos al bando rojo del norte, creo que constantemente fuimos los más temerarios. Siempre ganábamos las guerras, porque nos lanzábamos a cuerpo descubierto sobre el enemigo, sin importar los proyectiles que ellos nos enviaban, al final echaban a correr y nosotros los perseguíamos lanzando gritos como los indios norteamericanos.

De vez en cuando nos tocaba salir corriendo a nosotros, eso sucedía en momentos que mi amigo Mario le hacía bromas al almacenero

que había frente a la escuela -Don Enrique, ¿usted tiene bolitas de piedra? - sí ,cuántas quieres -respondía el hombre- no, nada, era para que juguemos a los tres hoyitos... Y salíamos disparados corriendo con el pobre hombre tras de nosotros, pero su pesada barriga no le permitía darnos alcance. Un día me sorprendió en un renuncio, era época de elecciones presidenciales y el almacenero había pegado un afiche de Jorge Alessandri en el corredor a la entrada del negocio, éste señor era un candidato de derecha. Yo le dibujaba una peluca de mujer al afiche. No nos dimos cuenta cuando llegó el hombre y, sin aviso alguno, de una patada me lanzó a unos cinco metros de distancia. Creo que lo amenacé hasta con degollarlo cuando yo fuera grande.

Ese fue el período de las campañas para elecciones presidenciales de 1958, en esa elección estaban de candidatos Jorge Alessandri, Salvador Allende y Antonio Zamorano, este último era más conocido como el cura de Catapilco, quien contaba con una gran popularidad en la zona, producto de que su campaña la dirigía en la provincia el animador más populachero de las emisoras radiales de Talca. El programa de Nano Neira era escuchado en todos los hogares talquinos y el cura de Catapilco, a través del programa, ingresó a los hogares piducanos y obtuvo una alta votación, los mismos votos que le faltaron a Salvador Allende para ganar las elecciones presidenciales de aquel año.

Los recuerdos de mi infancia nuevamente se interrumpen al dejarse oír la voz de uno de los golpistas -El de anteojos, que venga para acá, ¡ese mismo, el que tiene el poto levantado! - ¿Yo señor? - ¡sí, hijo de puta, para que te hací el jetón! - ¿Viste a ese que cayó baleado? - ¡Si, señor, lo vi! - Si andaí con lentes es porque te las dai de ciego, ¡conche'e tú madre!- La respiración de todos nosotros se interrumpe, pasaron largos segundos desde las últimas palabras del verdugo. De pronto la culata del fusil se agita en el aire, se mantiene un instante arriba, mientras las manos y el cuerpo del golpista toman impulso y enseguida salen disparados al pecho del hombre de los anteojos. El cuerpo se sacude como resistiendo la caída. Por fin se va de espaldas, pero no alcanza a llegar a tierra, otro verdugo se agazapa e impulsándose de abajo hacia arriba lanza a la víctima sobre el primer golpeador. El juego continúa por unos minutos, lanzándose el cuerpo del infortunado, como si éste fuera una pelota de

tenis. En cierto momento una de las culatas va directamente al cráneo del obrero el que se parte en dos, como si esto fuera poco, la otra culata del segundo golpista se pone en acción y se incrusta en lo que queda de cabeza. Los sesos del infortunado quedan incrustados en una pared cercana y algunos restos se ven en la culata del fusil. El verdugo observa el objeto utilizado para el cruel asesinato y sin mayores escrúpulos, limpia su arma en las ropas de la víctima. Nadie osa ni siquiera tragar saliva, ese simple ruido que produce la garganta se alcanza escuchar y quién sabe si a uno le puede costar la vida. El ambiente es tenso, en silencio vamos intercambiando miradas con mis compañeros de infortunio y observo que no existen signos de temor, pero sí el brillo de la venganza, el no olvido de aquellas vivencias y menos el perdón. Los puños de los obreros están apretados. En cada pecho hay un corazón adolorido por lo que está pasando, pero palpitando con dignidad para aferrarse a la vida.

El tiempo fue pasando lentamente, el sol en el horizonte fue bajando, lo que significaba que llevábamos varias horas en aquel lugar y continuábamos tendidos boca abajo con las manos en la nuca. Siento como mi cuerpo se empieza a agotar, los brazos se han dormido y es como si millares de hormigas recorrieran a través de ellos. La Avenida Vicuña Mackenna se encuentra con miles de cuerpos tendidos a lo largo y ancho, desde la calle Camino Agrícola hasta la Avenida Matta. Con mis compañeros de la Industria de Radio y Televisión nos manteníamos tendidos en forma horizontal, frente al número 3333 de la avenida, los cuatro números tres estaban grabados en la pared, frente al lugar donde estábamos ubicados, de alguna forma la repetición de los dígitos me ayudaba a distraerme para olvidar por momentos la situación en que nos encontrábamos.

Después de las primeras horas de horror, los golpistas se relajan un poco, sólo se escuchan disparos aislados y ya no se perciben tan seguido las órdenes de los oficiales, pero sí la conversación de algunos uniformados que también necesitan acortar el tiempo. Uno de ellos pregunta por la hora y otro le responde que son las cinco y cuarto de la tarde. Realizo un cálculo mental sobre la cantidad de tiempo que llevamos allí y hasta ese momento, desde que nos sacaron de la fábrica, hace ya cuatro horas y media.

Pero el diálogo de los golpistas continua- ¿Y el cabo González? - Lo

tuve que matar mi suboficial - ¿Y por qué, no eran tan amigos? - Si, mi suboficial, pero el muy bolsúo y que me perdone el finao, empezó a hablar igual que los curas, diciendo que cómo iba a disparar sobre sus hermanos, entonces mi teniente me dijo: ¡cágalo por hueón!, saqué mi revolver y le apunté, yo no estaba tan seguro, pero mi teniente lo ordenó. ¡Qué estai esperando mierda! A González no se le movió ni un músculo, ni siquiera cerró los ojos cuando yo iba a disparar, murió sin lanzar ni una maldición. ¡Pero si mi teniente lo ordenó estoy seguro que está bien su muerte!

-Fue lo mismo que sucedió con el sargento Sepúlveda -replicó el suboficial, como si reflexionara para sí mismo. -Estábamos parape-tados disparando hacia textil Sumar, yo estaba al lado de él y observé que no estaba disparando, así que le pregunté por qué no lo hacía. -Porque puedo estar disparando contra mi familia -dijo el sargento- me quedó dando vueltas en la cabeza lo que había dicho pero entre tanto disparo, se me olvidó y en un momento en que el tiroteo se había detenido, sentí la voz de Sepúlveda que decía: «¡prefiero que me maten ellos, a que yo me mate a mí mismo!» No sé lo que quiso decir, pero lo vi levantarse y correr hacia la fábrica, llevando el fusil con el cañón derecho pa'l cielo ¡Sepúlveda!, le grité, ¡Sepúlveda! pero no hubo caso. De adentro salió una andanada de disparos que atravesaron su pecho, él se detuvo un momento y después cayó de rodillas como pidiéndoles perdón a los que estaban adentro ¡Lo que son las cosas! A lo mejor esos gallos nunca van a saber que mataron a un paco que estaba de su lado.

Hacia más de cinco horas que estábamos tendidos en la calle, cuando empezó a llegar al lugar una larga caravana de buses, no sabría decir cuantos móviles eran en total. Estaba claro que nos trasladarían a otro lugar, transcurrieron unos treinta minutos más para que nuevamente se reactivaran las órdenes, las carreras y las balaceras. A la distancia algún oficial ordenó levantarse, se escuchaban los golpes dados con las culatas de los fusiles, los alaridos de dolor de los compañeros que eran golpeados y los motores de los buses que estaban en marcha.

Pasaron otros treinta minutos más para que llegaran nuevamente las órdenes al lugar donde estaba mi grupo y se escuchara la voz del golpista. -¡Todo este grupo arriba, cuidado con que algún hueón baje las manos!- Nos hicieron formar de a tres en fondo para ir pa-

sando en hileras hasta un bus, mientras apartaban a los rondines de cada fábrica para que se quedaran. Aprovechamos de empujar a Don Carlos para que se quedara entre ellos. Nos pareció que aquel viejo militante obrero debía quedar entre los rondines, para que relatar a los trabajadores de la fábrica lo que allí había sucedido. Recuerdo que quedé de pie en la parte trasera del bus, lo que me daba cierta visibilidad a través de los vidrios posteriores. Transcurrió otro espacio de tiempo para que todos los buses estuvieran repletos y luego partir en caravana.

El sol a esa hora de la tarde ya estaba próximo a esconderse tras el cordón montañoso del Pacífico, pero eso no era impedimento para que los hechos se siguieran desarrollando. Atravesamos varias calles y todo estaba vacío, a través de las ventanas de algunas viviendas, en el trayecto que estaban efectuando los buses, se podía ver las cabezas de algunas personas, las que tímidamente se atrevían a observar con curiosidad y con lástima el paso de la caravana. Después de haber dejado la calle Franklin atrás, avanzamos por Santa Rosa y seguimos por Avenida Matta, en un primer momento pensé que nos llevaban al regimiento Tacna, pero no fue así. Seguimos de largo avanzando por Blanco Encalada y doblamos en Unión Americana, al llegar a la Alameda, los buses se detuvieron. Estábamos a la entrada del Estadio Chile.

Por un instante mis pensamientos regresaron a mi entrada a la adolescencia. Había cumplido doce años cuando salí de la escuela de Huencuecho, cursé hasta el cuarto año básico porque no existían más cursos. Mis padres no me podían enviar a la ciudad por no disponer de recursos. Mis dos amigos no tenían el mismo problema y ellos, a vuelta de verano pudieron viajar a la ciudad y seguir sus estudios. Durante un tiempo sentí una gran nostalgia por no tener la posibilidad de hacer lo mismo, pero de a poco tuve que adaptarme al duro trabajo de gañán de fundo. La realidad de los pobres del campo era y es esa. Uno se adapta a lo que venga, no queda otra, es parte de lo que a uno le toca en esta distribución de roles que nos impone la sociedad.

En esta búsqueda de respuesta a lo que a uno le toca en la vida, hay que hacer resaltar lo positivo y con el trabajo logré independencia económica, la que entrega ese espacio en el cual uno puede decidir por sí mismo, no tiene que pedirle permiso a los

padres para hacer lo que se place. Esa libertad es un logro que se obtiene y uno debe mantenerla, si uno se endeuda y depende de un préstamo o de una tarjeta de crédito, la libertad económica se pierde y pasa a depender de las decisiones que toman terceros. Es lo que le sucede a una esposa cuando el marido es el proveedor y este, al darse cuenta que tiene el poder en el hogar porque realiza el aporte "económico", reproduce el modelo de la sociedad, humillando a su mujer, de repente la golpea y ella como es dependiente y no cuenta con instrumentos emancipadores, no le queda otra que vivir sometida.

A los trece años, la picota y la pala me tenían transformado en un hombre de campo, con la cultura propia del campesino, donde el hombre está obligado a demostrar que es macho, no siente miedo de pelear cuando corresponde hacerlo, no le saca el quite al trabajo pesado, si hay que beber bebidas alcohólicas se hace: con el vino y la cerveza, entre más bebes, más hombre uno se siente; por lo tanto el prostíbulo es el lugar ideal, porque ahí lo tienes todo para ser hombre: trago, peleas y mujeres, y con esto último, cierro el circuito de ejemplos sobre nuestra masculinidad.

La principal actividad que se desarrollaba en la zona era el cultivo y cosecha del arroz. Hombres de diversos lugares del país acudían a los trabajos de temporada, al parecer eran épocas de mucha cesantía, aunque yo en ese tiempo no me explicaba el por qué tanta diversidad en el tipo de personas que acudían a integrarse a las temporadas laborales. Todas las personas que venían a trabajar desde el exterior, se les denominaba los afuerinos, de estos, los que más se destacaban, eran los que venían desde el sector costero de la Provincia de Chillán, en especial porque usaban grandes sombreros de paja, al que se le denominaba "chupalla". Otra parte importante de los afuerinos provenían del centro y norte del país, estos usaban un pequeño sombrero de fieltro ladeado hacia alguno de sus ojos. Otro objeto que no podía faltar era el pañuelo al cuello y el infaltable cuchillo a la cintura, a este tipo de afuerinos se les daba el calificativo de "roto choro".

El "roto choro" tenía su propia cultura, vivía el presente, no se preocupaba de lo que podía pasar mañana, eso se vería al día

siguiente, si es que amanecía con vida. Ellos viajaban por todo el país, muchos venían de las salitreras del norte, las que al cerrar, los hombres tuvieron que trabajar después en la construcción de caminos, represas de aguas, canales de regadíos, o la preparación de campos para el cultivo del arroz, todas estas labores tenían de común el uso de la pala y la picota. Ellos no cultivaban la tierra, no hacían uso del arado, esa tarea era para el huaso campesino, un segmento distinto al "roto choro". El roto era nómade, se trasladaba a través del país de un lado a otro y de repente traspasaba la cordillera y realizaba incursiones para el lado argentino, sus bienes los transportaba en un saco a rayas al cual llamaban "linguera", estos bienes no pasaba de ser la de una muda de ropa y algunos objetos para el uso de cocina. Los propietarios del campo facilitaban un galpón para que los afuerinos tuvieran un techo que los protegiera en sus horas de descanso y estos, los hombres rudos sin procedencia definida, se conseguían unos sacos de cáñamo, aquellos que se usaban para envasar papas y con ellos se preparaban sus colchones para dormir.

En esa época en los campos siempre existían las parvas de paja, que eran los restos de cañas que se separaban de los granos de trigo o de arroz cuando se realizaban las cosechas de estos productos y se dejaban amontonados en medio del campo para usos variados, a esos lugares acudían los afuerinos con sus sacos paperos y los rellenaban de paja haciendo sus propios colchones, más conocidos dentro del ambiente como "las payasas" o "rellenos de plumas de canario". El uso de las payasas extendidas en el piso para poder dormir y la falta de aseo originaban peligrosas plagas de piojos, pulgas y chinches, causantes de desvelos y bromas entre los afectados. Pero lo entretenido de estos hombres eran sus historias, en las horas de descanso nunca faltaba la anécdota de una buena pelea a cuchillo, donde cada uno hacía alarde de valentía. Uno de estos hombres que conocían las inclemencias del tiempo y de la vida, un día contaba la siguiente historia:

"Estábamos de tomatera en la casa de remoliendas de Doña Charo, allá en Putaendo. La vieja tenía buenas minas. Creo que las había traído desde Valparaíso. A una de ellas, María creo que

se llamaba, yo le había caído en gracia, y esa noche me estaba gastando todo el dinero que me había ganado en las cosechas de trigo por el lado de San Felipe. Me gustó la Negra. No era linda, pero tenía buen cuerpo y unas piernas capaces de reventar a cualquiera si se las ponía encima; pero lo que más me entusiasmaba y era para volverse loco, un par de pechos que se movían como trompos al compás de un mambo. Por ahí bajaba el ponche de duraznos, cuando vaciábamos el jarro a la altura del cuello y encuciillados entre sus piernas, me lo iba bebiendo justo cuando llegaba al clitoris.

Eran noches tibias de humo y vino a destajo, las risas y los chillidos del mujerío se hacían eco cuando la mano pasaba más abajo del calzón y los dedos de uno quedaban enredados entre los rizos que rodean la vagina. Nos encontrábamos alegres junto con otros paisanos, cuando llegaron unos huasos. Se les notaba en la cara que eran puro campo y que no habían recorrido mundo como nosotros. Desde que entraron no me simpatizaron ipero... sí!... ¿cuándo han sido amigos un huaso con un roto atorrante? ¡Nunca compadre, nunca! Y para peor, la María me dio vuelta la espalda en cuanto llegaron los hombrones, ella empezó a coquetear con un tonto grande y maceteado. Yo me piqué, no porque estuviera loco por la mina, no. Fue más que nada porque yo había hecho el gasto de casi toda la plata que andaba trayendo y con el consumo de esa tarde, la tenía más que comprada para el resto de la noche. Y quedarme así, sin pan ni pedazo, era como una burla. -Ven para acá, le dije. ¡De mí no se ríe ni una puta e mierda! Me miró y se ríó moviendo la cabeza, como apocándoseme compadre. No aguanté más y le grité: -Te voy a pifiar la cara y saqué mi puñal. Todo quedó en silencio, parece que hasta la vitrola se le entró el habla, pero fue sólo un momento, porque de repente el mujerío comenzó a gritar. Avancé con furia sobre la mujer, pero entonces, se puso de pie el hombre que estaba con ella: -Un momento gancho, primero tiene que pelear conmigo ¡Quién me pasa una quisca!- No faltó una de entre el montón, que voló y quedó junto a los pies. Yo me había detenido, las cosas habían cambiado, ya no le iba a marcar la cara a la María, ésta iba a ser una pelea de hombre a hombre y con herramienta en mano, me simpatizó el campesino. No cualquiera sale en de-

fensa de una mujer de cabaret.

Los dos frente a frente, mirándonos como dos leones dispuestos a devorarse, él se enrolló la mano izquierda con un chamanto y yo con una bufanda que me pasó otro paisano. Nadie hablaba. ¿Y para qué? ¡Si las palabras sobraban! Los dos agazapados, empezamos a girar como estudiando los puntos débiles, de pronto vi una estocada que atravesaba el aire, y yo lance la mía y en lo alto ambos fierros chocaron, sacando chispas. Enseguida arremetí con un corte a la guata, pero me lo desvió con la izquierda. Así seguimos un rato, plumada y plumada. De pronto sentí que de una manga de mi camisa volaba un pedazo, pero a cambio me dejaba un hilo de sangre del brazo izquierdo. Arremetí, amigo mío, como lobo herido. Mi punta se incrustó en el hombro de mi rival. -Me cagaste -dijo, mientras paraba dos estocadas más. En eso sentí que me tocaba cerca de una tetilla. Ahí nos fuimos al suelo y me quiso asegurar. Los hombres pelean de pie -dijeron algunas voces. Y como éramos hombres, de pie estábamos de nuevo; volví a sentirme tocado.

Mi rival era bueno, pero a mi no me puede ganar, porque yo soy mejor, me dije, y me fui de costado. Mi cuchillo voló de derecha a izquierda y se incrustó justo en el abdomen. Fue como partir una sandía, compadre. Se dobló en dos y se llevó las manos a la zona del estómago, para evitar que se esparramaran las tripas por el piso, quise rematarlo con una estocada al pecho, pero mi mano se detuvo en el aire. -Para qué- me dije, como reflexionando para mi mismo. Es una vida joven y si lo atienden a tiempo se va a salvar y no tiene culpa de lo que me hizo la María. El mozo demostró ser hombre valiente y si recorre mundo, va a ser un roto respetado. Así que a volar, al día siguiente ya estaba en Melipilla y nunca supe que había sido de mi circunstancial rival». Eran historias que me deleitaban y aprendí a respetar a aquellos hombres duros, que por circunstancias de la vida habían tenido que salir de sus hogares a recorrer de un lugar a otro para conseguir una ocupación y lograr la sobrevivencia. Sus vidas tenían una constante transformación, algunos por necesidad habían tenido que robar, asaltar y también matar cuando la vida estaba en peligro. Pero ellos tenían su propio código, robaban por hambre y no le robaban a otro pobre. El robo o el asalto se lo hacían al que

poseía bienes y sobre todo si era tacaño, hasta en eso los tiempos han cambiado. Tampoco faltaba alguno que se había convertido en un resentido total con la sociedad, producto del tipo de vida al que fue empujado. Cuando un hombre empieza a ser perseguido socialmente, lo acorralan como una fiera, sin dejarle la mínima posibilidad de escape, pierde los más elementales valores humanos y llega un momento que actúa como si fuera una bestia.

-A este viejo lo conozco desde que éramos jóvenes -contaba en una ocasión uno de estos amigos afuerinos, refiriéndose a su socio de trabajo. El hombre al cual se refería, era de aspecto huraño, sus ojos estaban siempre observando a un punto indeterminado, desconfiando de todos los que están a su alrededor. En su rostro existían huellas de algún objeto cortante con el que en algún momento de su vida fue tocado. -Vivíamos en un pueblo cerca de San Felipe -relataba el compañero del aludido- todos nos conocíamos, cualquier cosa que sucediera, estaba en oídos de la gente del pueblo, incluso hasta las peleas entre vecinas. Para nadie era un misterio que el Ricardo se veía a escondidas con la Carmen, hija del sargento del retén de Carabineros. Al parecer el sargento era el único que no sabía nada del amorío de los dos jóvenes y era de seguro que nadie se arriesgaría ni siquiera a insinuarle, si no quería sufrir el riesgo de ser brutalmente recompensado con un apaleo y algunos días en un calabozo. Pero un día lo supo. No fue cuento ni nada que se pareciera, fue por simple casualidad. El sargento debía salir en misión hacia Los Andes y estaría ausente entre tres o cuatro días. La madre, que sabía lo de los jóvenes, no tuvo problemas para darle permiso a la muchacha para que se encontrara con su amado, con tal mala suerte, que ese mismo día al anochecer el uniformado estaba de vuelta, por haberse encontrado en el camino con un emisario de la Tenencia de San Felipe, que ordenaba suspender la misión.

Al regresar a su casa, la mujer no pudo dar una respuesta satisfactoria al hombre del paradero de la hija, por lo que tuvo que soportar tal paliza, que se vio obligada a confesar que la joven estaba a un costado de la plaza, frente a la Iglesia. Ahí el sargento encontró a los jóvenes. Golpeó duramente a su hija y a la

semana estaba en un convento de monjas en Santiago. A él lo tuvieron cinco días en un calabozo, donde sufrió los peores vejámenes, cuando lo soltaron, no pasó una semana hasta que de nuevo lo detuvieron y fue acusado de haberse robado unos vacunos a un hacendado de la zona. Todos sabían en el pueblo que era falso, pero las pruebas que los pacos presentaron eran tan contundentes, que el juez de San Felipe lo condenó a tres años de cárcel. Los cumplió en la cárcel de Valparaíso, pero de vuelta al pueblo, cualquier animal que se perdía, Ricardo era detenido nuevamente y encarcelado.

La vida de este hombre se convirtió en un infierno. Su juventud de muchacho alegre se fue apagando, como el fuego en una llanura, lentamente. Quienes no lo conocían bien, siempre lo señalaban como el "cuatrero". Fue perseguido, detenido y golpeado tantas veces, que su cuerpo se habituó a aquella vida y llegó un momento en que el hambre y el cerco que le habían tendido, lo impulsaron a rebelarse contra sus perseguidores. Para seguir viviendo tuvo que robar, cualquier cosa, pero lo hizo. Para defender su pellejo tuvo que golpear, tajar cuerpos con su puñal y hasta matar un par de veces. A los veinticuatro años, parecía un hombre de cuarenta. A los treinta, ya estaba habituado a vivir entre rejas. La vida para él era más fácil en las cárceles que en las calles. Adentro tenía techo, comida y alguno que otro amigo con quien intercambiar palabras. Afuera eso no existía, no había techo porque tuvo que emigrar de su pueblo y renunciar a su familia, no había comida, porque no se le daba trabajo y no tenía a quien dirigir palabra alguna, porque era un perseguido.

Las cárceles fueron su casa y los reclusos sus amigos y familia. Ahí adentro podía defenderse mejor que afuera. Cuando se producían riñas internas, él devolvía mano a mano los golpes que le lanzaban. Tenía la ventaja que podía devolver las estocadas cuando las peleas eran con armas blancas. Lo tajearon varias veces en el cuerpo y el rostro, pero él también hizo lo mismo con otros reos. A él se lo agarraron y tuvo que morderse cuando escuchaba la cueca en los momentos en que se lo fornicaban, pero él agarró a otros muchachos e hizo lo mismo. Muchas veces la cueca lo hizo gozar casi tanto como cuando eyaculaba en el ano de algún otro reo. Afuera era distinto, cuando lo detenían, los

pacos lo apaleaban y no se podía defender. Frente al juez no había como levantar palabra. -Así ha sido la vida de este viejo, a lo mejor no muy distinta a la mía, a lo mejor la suya puede ser igual a la de tantos otros viejos que andan por ahí. Pero con la de él se ensañaron, ¿no cree usted? Mírelo, tiene cuarenta y cinco años y parece un viejo de sesenta y cinco. Por eso paisano, yo creo que la justicia es para los que tienen plata, nosotros los pobres, somos sólo carne para ser pisoteados.

Estadio Chile

Un Campo de Concentración

El Estadio Chile era un lugar destinado a eventos deportivos de regular masividad, lo más relevante era el boxeo. Yo había estado en algunas oportunidades como espectador, quedándome con la impresión de un local moderno en esa época, en comparación con otros coliseos del mismo género existentes en Santiago. Su parte externa contrastaba enormemente con el resto de los locales comerciales y habitacionales del sector de la Estación Central. Muchos de ellos en estado calamitoso, próximos a ser demolidos. Conocía bien el barrio. Tiempo atrás, había trabajado más de cinco años en una empresa maderera ubicada en la calle Unión Americana, a unas seis cuadras de aquel lugar. Fui testigo de la finalización de las obras de construcción de este estadio, a fines de los años sesenta, y diariamente transitaba por el pasaje Politeama, nombre de ese espacio por el cual se hace ingreso a las aposentaduras del recinto, atravesando desde la calle Unión Americana en dirección a Bascuñán Guerrero.

Aquí estaba el Estadio Chile enclavado en mitad del pasaje, como cuidando la espalda a los viejos locales habitacionales que daban a la Alameda Bernardo O'Higgins. Hoy día esas viejas construcciones ya no existen, todo fue demolido y reemplazado por vistosos locales destinados al comercio. Pero en esa época, el pasaje era un mudo testigo de las peleas entre borrachos o de alguna mujer o anciano lamentándose cuando los malhechores le extraían su cartera. Acogedor lugar para vagos y pordioseros que no tenían donde pasar la noche, extendían cartones y hojas de diarios en las puertas de entrada del estadio y se tendían a dormir, como si este fuera el mejor de los hoteles.

En este lugar tan conocido para mí, se detuvieron los buses y nos hicieron bajar a la carrera, con las manos en la nuca, y nos fueron ubicando a fuerza de culatazos en varias filas de personas que se encontraban en la misma situación nuestra. Había muchos hombres en aquel lugar, todos en hilera, unos tras otros, custodiados por golpistas del cuerpo de carabineros. Ya estaba anocheciendo, las

luces de las calles se habían encendido al igual que las del recinto. Los del grupo inicial nos habíamos mantenidos unidos y en la mirada de cada uno manifestábamos nuestro cansancio, personalmente me sentía agotado, mis brazos en posición horizontal con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, llevaban más de siete horas y a duras penas podía sostenerlas.

Constantemente éramos hostigados por los golpistas, quienes nos daban de culatazos con sus fusiles y nos lanzaban sus bromas macabras, grupos de tres o cuatro policías con sus vestimentas verdes por fuera y el alma negra por dentro, cual aves de rapiña. Iban de fila en fila saqueando nuestras pertenencias y quien se oponía era duramente golpeado e insultado: -¡A ver vos, echa afuera todo lo de valor que andai trayendo!- era la frase que se iba escuchando en todos los sectores del pasaje. -Pero este reloj es de mi papá -respondió un joven cerca de mí. -Pasa pa' acá hueón, no te das cuenta que vas a morir y allá en el hoyo no te va a servir pa' ná -manifestaba un uniformado. En cierto momento se dirigieron a mí, les expliqué que lo único de valor que tenía era un encendedor a gas, recuerdo de familia. Debe ser como una frase mágica, al sólo decirla, hasta el más desinteresado levanta la cabeza -¡Pasa para cá, cabrito -me dijo un gorila con cara de pillo- ¡Sí!- le respondí- pero usted me deja bajar los brazos para descansar un momento, el hombre me lanzó algunos insultos, pero al fin me dejó bajar las manos por un breve espacio de tiempo y le entregue el encendedor.

Después de un par de horas que seguíamos en la misma posición y continuábamos siendo objetos del pillaje de los golpistas, un suboficial se dirigió en voz alta a todo el grupo: -¡Poner atención acá, el destino de ustedes va a ser la muerte, en el momento en que vayan pasando al interior del recinto van a morir. Por lo tanto, todo lo de valor que les queda, lo van a depositar en las cajas que los uniformados tienen en las puertas!. Ahora, si alguno de ustedes queda con vida, en un tiempo más podrán hacer reclamo de sus pertenencias. Era irrisoria la arenga del golpista; no cabía duda que la situación que estábamos viviendo era delicada y posiblemente muchos tendríamos que morir. Pero de ahí a que la muerte estaba destinada para todos nosotros, era otro cuento para que los más ingenuos se desprendieran de lo poco y nada de valor que les quedaba y con ello redondear el pillaje.

Alrededor de las veinte horas, empezó a avanzar la hilera de hombres en la que yo me encontraba. Unos metros más adelante pude observar que algunos de mis compañeros de la empresa se tambaleaban y estuvieron a punto de caer, cuando un gorila daba empujones y otro hacía banquillos con una pierna. Mientras tanto yo avanzaba en un estado semi-inconsciente por la fatiga y los golpes. De pronto, me sentí empujado a través de la puerta principal hacia adentro, estábamos atravesando el hall donde normalmente se ubicaban las ventanillas para la venta de entradas. Pero en esta ocasión no existía tal venta de entradas, lo que estaba frente a nuestros ojos eran imágenes que después de tantos años todavía permanecen presentes en mi imaginación. Cuerpos sangrantes tendidos en diferentes posiciones yacían en ese lugar, algunos estaban entrecruzados en pequeños montones de dos o tres y más personas, unos encima de otros; la mayoría, al parecer, estaban muertos y otros gemían en el piso en estado agónico. No sabría precisar cuántas decenas de cuerpos humanos estaban esparcidos allí, el problema es que efectivamente en este lugar se estaba efectuando una masacre humana.

La tensión era tan grande, que me sentía como un muñeco que va siendo empujado de un lado a otro, todo era como las pesadillas de una noche de mal dormir. No recuerdo cuantas veces tropecé y caí en medio de aquellos cuerpos de gente joven, que hasta unas horas antes eran parte de la riqueza humana de la clase obrera y del país. Cuando lograba colocarme de pie, veía que al resto de mis compañeros les sucedía lo mismo que a mí, caían y lograban ponerse de pie, mientras éramos azuzados por los verdugos. Es posible que más de algún compañero, de los cuales estaban en la fila, también quedaron allí, no por las balas asesinas, sino por la impresión que les producía el cuadro, y si uno caía, detrás venían muchos otros compañeros que sin querer pisoteaban a los que quedaban tendidos en el piso. Dentro del estado de semi-inconsciencia en que me encontraba, aún recuerdo como corría la sangre por la orilla de la pared, era como una pequeña acequia de líquido rojizo que circulaba sin destino fijo.

Todo era como una pesadilla, una alucinación que se iba alargando y que por momentos nos sumía en la inconsciencia, para volver de nuevo a estar concientes y encontrarnos con que todo era una rea-

lidad. Así fue como unos reflectores de gran potencia me devolvieron la luz que me faltaba en el cerebro. Mis ojos se encandilaron, los cuerpos de los compañeros caídos desaparecieron de mi vista, estábamos ingresando a un lugar mucho más espacioso. Así era, entre empujones e insultos sentí un vacío bajo mis pies, dejé de pisar en un lugar sólido, en esos momentos iba volando, e hice aterrizaje sobre algunas butacas y cuerpos de otros compañeros. Había sido lanzado junto a varias personas más desde una escala a una galería del estadio. Sentí una voz que me decía que a mi derecha había una butaca vacía, reconocí la voz de mi amigo Chambo y le agradecí su cordial ofrecimiento, como pocas veces.

Alguien estaba dando instrucciones a través de un micrófono, decía que todos los que se sentaran lo hicieran con las manos sobre las rodillas y quienes se pusieran de pie, las manos debían estar colocadas sobre la nuca. Al mismo tiempo daban a conocer las normas del comportamiento y la posición del cuerpo al momento de salir al baño, además de indicar a que lado estaban ubicados. Cuando logré un cierto relajamiento, pude observar y tener mayor conciencia del lugar dónde estábamos situados. A mi alrededor, aunque en forma separada, estaban todos mis compañeros de la empresa, nos encontrábamos en el sector norte del estadio, dando la espalda a la entrada principal. En lo alto estaban instalados algunos reflectores que constantemente iluminaban todos los sectores, como una forma de reforzar la iluminación propia del coliseo. Además se veían, por todo el interior del estadio, ametralladoras punto cincuenta, con soldados que se mantenían con el dedo en el disparador, preparado para disparar en cualquier momento. La otra novedad ahí adentro era que los golpistas no eran carabineros, teníamos como vigilantes a soldados del ejército. Eran todos muy jóvenes, lo que demostraba que eran sólo reclutas que estaban cumpliendo con su servicio militar obligatorio y estaban siendo usados para masacrar a su propio pueblo.

El estadio estaba repleto de personas, éramos solamente hombres. Es de seguro que ni en las veladas deportivas se había reunido tanta gente. No sé exactamente cuál es la capacidad del coliseo, pero hasta ese momento calculaba sobre cinco mil personas, faltando sólo por repletar la parte central, donde se ubica el espacio que normalmente se usa como cancha en los eventos deportivos. Aque-

lla noche fue terriblemente larga. Unos sentados en las butacas y otros en los pasillos y escalas, veíamos a los golpistas como amenazadoramente nos apuntaban desde distintos ángulos con sus fusiles. Algunos comentarios en voz baja se realizaban en los diferentes sectores. En la mayoría, eran grupos de una misma fábrica que hacían comentarios acerca de los que faltaban y de las propias familias. De vez en cuando las voces se alzaban sin darse cuenta, pero las ráfagas de fusiles automáticos las volvían a acallar.

A mi lado un compañero, de unos cuarenta y cinco años, que trabajaba en una fábrica de muebles, me contaba que a él no lo habían detenido en el trabajo, me decía que estaba ahí porque unos vecinos lo denunciaron de ser comunista. -Ni siquiera estaban allanando -decía- claro que a mi me gustaba el gobierno de Allende, pero nunca he pertenecido a ningún partido, como los vecinos eran de derecha y habíamos tenido discusiones por causa de los cabros chicos. Ellos crían a sus chiquillos como maricas, los míos los tocan y se colocan a llorar, ahí salían ellos a pegarle a los hijos míos y yo, cómo lo iba a permitir, les llamaba la atención y se formaban las discusiones, claro que sólo de palabra, nunca llegamos a los golpes.

Otro compañero comentaba, que cuando sus vecinos supieron de la muerte del Presidente Allende, colocaron bandera y se amanecieron bailando; llegaron otros familiares y hacían brindis por los milicos y lanzaban indirectas diciendo que todos los perros allendistas debían morir. El compañero vivía en unos departamentos de la Población Jaime Eyzaguirre, en la comuna de Ñuñoa, y comentaba que de una vivienda a otra se escuchaba todo. El día 12 a la hora de almuerzo, le bajó toda la indignación y fue a donde sus vecinos a plantearles que la cortaran y no siguieran con la provocación. -No faltó más, una vieja que era la dueña de casa salió hacia Américo Vespucio y no pasaron muchos minutos en que llegaron los pacos, pateando todo lo que encontraron. Golpearon a los chiquillos, a mi señora le pegaron en el suelo, a mí me sacaron a puros culatazos y en un bus me llevaron a la escuela de suboficiales. Ahí después de golpearme de nuevo, me pusieron junto a unos sacos de arena y cuando vi que me iban a disparar se me empezó a nublar la vista y empecé a perder los sentidos. Debe de haber sido sólo por un momento, porque de pronto escuché una voz como si viniera de muy lejos, preguntando por qué me iban a fusilar. Alguien respondió rela-

tando el cuento de que yo era un comunista peligroso, pero la voz anterior se dejó oír diciendo que me conocía porque yo era un maestro que le había hecho unas instalaciones de unos closet en su casa y no tenía nada que ver en política. Yo no pude ver a mi salvador, pero tiene que ser un oficial re' buena persona al que fui a hacerle unas instalaciones hace un par de meses atrás, mandado por la firma-terminó de comentar el compañero.

Mientras conversábamos en voz baja fueron surgiendo los comentarios y recuerdos sobre las personas más queridas y cercanas a cada uno, las esposas, las madres, los hijos. Cada ser amado que se encuentra en el quehacer diario cerca de nosotros, desfilaba tanto en los comentarios y en los pensamientos de aquel nutrido grupo de hombres, en su mayoría obreros de las diversas empresas de los cordones industriales de la ciudad. Mientras transcurrían las horas nos fue venciendo el sueño, en algún momento me quedé dormido pero no debe haber sido mucho rato lo que dormí, de pronto desperté sobresaltado al oír que alguien estaba vociferando algunas consignas. Las aposentaduras del sector norte del estadio, vibraban con el vozarrón de un compañero que se encontraba de pie sobre un escaño a escasos metros del lugar donde yo me encontraba -*viva la Unidad Popular, el pueblo unido jamás será vencido, muera el fascismo!*- Era un hombre de unos cuarenta años, solo y de pie sobre una butaca, desafiaba a los golpistas y a la muerte en aquel lugar rodeados de ametralladoras y de militares armados con fusiles de fabricación suiza.

Los reflectores apuntaron con sus luces atemorizantes el sector que nos encontrábamos, las ametralladoras no se hicieron esperar y las balas golpistas atravesaban el espacio del coliseo, incrustándose en el techo, pretendieron atemorizarlo primero con el silbar de las balas, pero aquel compañero seguía desafiando con sus consignas e insultos contra los golpistas. El resto de la gente nos agazapamos en las butacas, otros se tendieron en el piso del estadio, para evitar que una bala loca dañara a alguien. Por último se acercó una patrulla de golpistas y lo ametrallaron desde muy corta distancia, fue una suerte que las balas no se incrustaran en otras personas que habían alrededor. El compañero cayó de bruces sobre el piso, muerto en el acto. Inmediatamente levantaron su cuerpo y se lo llevaron, un silencio de sepulcro quedó en todo el coliseo. Para quienes estaban

cerca de la persona asesinada, era como haber resucitado. Pasó un buen rato en que todos permanecimos en silencio, eran muchos los hechos vividos en tan pocas horas que quienes estábamos allí íbamos perdiendo la capacidad de asombro, pero a la vez nos adaptábamos a sentir que la muerte rondaba alrededor y que cada uno de nosotros debía de estar siempre alerta para sortearla, para evitar que las balas se incrustaran en nuestros cuerpos, por ello, en una actitud espontánea, fuimos asumiendo el rol de ser nuestros propios cancerberos, de cuidar las vidas de quienes estábamos viviendo aquella dura experiencia y evitar caer en provocaciones. De ahí que conciliar el sueño ya era peligroso y cuando uno lo lograba, el dormir era absolutamente irregular, porque se hacía con un ojo cerrado y otro abierto, se dormía a sobresaltos, uno se quedaba dormido y desde algún lugar se escuchaban las balas de los fusiles o los gritos desgarradores de compañeros que estaban siendo torturados en alguna parte del recinto y la voz grave del profesor Mario Céspedes que se encontraba sentado en la primera fila de la platea sur, que nunca se cansaba de reclamar por un trato preferencial, ya que él era un personaje en Televisión Nacional y se había presentado voluntario ante las nuevas autoridades después de haber escuchado un bando militar en el cual aparecía su nombre, pero también se oía el balbuceo de algún compañero obrero que respondía «eso le pasa por hueón, compañero».

Tenía diecinueve años de edad cuando fui convocado para realizar el servicio militar. Me había inscrito en los cantones de reclutamiento que correspondían a la comuna de La Cisterna en el área sur de Santiago, hacer el servicio militar era una obsesión, especialmente porque sentía admiración del heroísmo con que a uno le mostraban la labor de los soldados. Cuando niño en la escuela nos venden el cuento de un patriotismo enfermizo, especialmente de las hazañas realizadas por estos supuestos patriotas en la defensa de la soberanía nacional y las batallas ganadas en sus luchas con los ejércitos de los países limítrofes. Pero nadie nos cuenta los trasfondos de estas guerras, los intereses económicos que existen detrás y la forma como se usa a los soldados, que por lo general siempre son los jóvenes de los sectores más humildes, usados como máquinas humanas para matar y después cuando quedaron heridos o muertos en los cam-

pos de batalla, fueron desechados y abandonados como trasto inútil.

Hasta antes que sucediera el golpe militar en nuestro país, los militares eran mirados con simpatía, se les denominaba como «los milicos patas hediondas» de una forma cariñosa y las personas acudían a la parada militar del 19 de septiembre, año tras año, en forma masiva. La parada militar despertaba tanto interés entre la población que se podía comparar con los clásicos deportivos de aquella época, a los partidos de fútbol entre Colo-Colo y Universidad de Chile o el propio clásico entre las dos universidades más tradicionales del país que, además de fútbol, se acompañaba con competencias de barras.

Me vine desde el campo a la ciudad cuando bordeaba los quince años de edad, lo hice fundamentalmente porque a esa edad organicé en el campo, mi primer paro laboral. Trabajaba en faenas pesadas y con compañeros de trabajo decidimos realizar un paro, para presionar y evitar que se nos rebajaran las tarifas en el metraje de construcción de pretilas de retención de agua. Cuando apareció el capataz y con vozarrón de dueño de fundo, amenazó que el que no quería trabajar se fuera para su casa, fui el único equivocado en todo esto, que se quedó viendo con los ojos y la boca abierta que todo el mundo tomó sus herramientas y a los cinco minutos no se les veía las manos de tanto trabajar. Con mi dignidad introducida en una mochila, tomé mis herramientas y me encaminé hacia donde vivían mis viejos, con la amenaza del capataz en mis oídos, de que me olvidara de que alguna vez me contratarían para un trabajo.

Pero vivir en la ciudad tampoco resultó fácil. Cuando alguien de la localidad donde yo vivía, se le ocurría emigrar a la ciudad, en búsqueda de una proyección personal, después de vuelta para visitar su grupo familiar en el terruño campesino, regresaba con zapatos nuevos de camisa blanca y con corbata al cuello y contaba maravillas de la metrópolis. Por supuesto que uno compraba el cuento, nadie va de regreso o de paseo expresándole a todo el mundo de lo mal que se lo pasa en la ciudad, y menos cuando la entrada a la urbe es al estilo de la Carmela, con una cultura absolutamente distinta. Estamos hablando de un Santiago de mediados de los años sesenta, con una gran emigración

del campo a la ciudad, donde los jóvenes campesinos queríamos proyectarnos un poco más allá de las pobres perspectivas que ofrecía la sociedad a quienes vivíamos marginados en las localidades rurales, sin ningún tipo de tecnología, con nula facilidad para la educación formal y alejado de las comunicaciones, incluido los medios de transporte que eran muy escasos.

Instalarse en Santiago tenía sus dificultades, primero había que tener un lugar donde dormir, solucionado ese problema tan básico pero fundamental, había que buscar trabajo. Tarea nada de fácil, si tomamos en cuenta que la cesantía de este país siempre ha sido muy alta y la cantidad de personas buscando una ocupación, era el pan de cada día en las calles de la ciudad y para lograr una ocupación, las personas valían por la cantidad de papeles que lograban presentar cuando uno ingresaba a una entrevista: su carné de identidad, papel de antecedentes, tiene que traernos recomendaciones de lugares donde usted trabajó antes o de personas con influencias sociales. Esto de los pitutos es histórico, siempre han tenido preferencias en la vida laboral aquellas personas con relaciones sociales importantes. Si uno estaba recién llegado desde el campo o es de un barrio marginal urbano, donde todo el mundo es tan pobre como cualquiera, es muy difícil tener relaciones sociales importantes, por lo tanto se queda fuera del mundo laboral, en especial de aquellas labores que son de cierta calidad y debe contentarse con ser cesante u obtener trabajos ocasionales mediocres.

Con mi experiencia campesina siempre imaginé que uno tenía vida solamente si comía a sus horas y bebía agua cuando lo deseaba. A mí nunca me había faltado la comida ni el agua. Pero en la ciudad era diferente. Se necesitaba, además de comer, papeles para poder sobrevivir. En esos tiempos no era nada de fácil obtener un papel, ni soñar que existiera la tecnología que consta actualmente, en esa época todo era manual y obtener un certificado de antecedentes demoraba semanas y se tenía que solicitar en la oficina del Registro Civil de la ciudad donde estaban tus antecedentes. Por aquellos tiempos, una persona vividora podía tener esposas en cada ciudad importante del país, alguien se casaba por las leyes civiles en una ciudad y después podía hacer lo mismo con otra comadre en otro lugar del país y

como todo era manual y la información era local, si nadie te denunciaba, los dobles estándar de vida pasaban desapercibidos. Llegar a la ciudad y no morir en el intento, se transformó en un desafío. Me significó sufrir humillaciones de parte de los pillos que siempre están atentos para sacar partido de la ingenuidad de los provincianos. Pasar hambre por no tener un peso para comer y a veces sin tener ni un lugar dónde dormir. Volver al hogar junto a los padres era como aceptar una derrota, era como volver con la cabeza baja y decir: la ciudad es un monstruo y no fui capaz de cortarle la cabeza.

Cuando fui llamado para hacer el servicio militar obligatorio, mi situación de pobreza económica no había variado mucho. Eso sí, había aprendido bastante de la ciudad. Claro que no todo lo que se debe saber para estar de pie frente a la sociedad y con las manos en los bolsillos para poder decirle, «vistes perro mundo, aquí estoy, te voy enfrentar, porque tengo la fuerza de tomar tu cabeza de monstruo y transformarte en una oveja capaz de dar lana y alimento sin excluir a nadie». Me presenté al Regimiento Cazadores una mañana de marzo, cuando el verano está intentando hacer su retirada y el otoño no se atreve a tomar su lugar y todavía el sol de Santiago no baja de los treinta grados a la sombra. Al lugar que nos habían citado se presentaron cerca de mil quinientos jóvenes. Cuando un oficial nos comunicó que estábamos convocados porque se realizaría una selección de personal para ser trasladado al Regimiento Pudeto, en Punta Arenas, para mí significaba una buena aventura, no tenía ninguna posibilidad de conocer tierras tan lejanas, así que a jugársela para estar entre los seleccionados.

Sólo cuatrocientos jóvenes fuimos seleccionados para viajar a la ciudad más austral del mundo y después de un mes de tramitaciones, logramos que en el Aeropuerto de Cerrillos nos introdujeran en aviones de la Línea Aérea Nacional (LAN) y nos transportaran al extremo sur del país. Desde el momento en que se inició la selección de los reclutas hasta la llegada a Punta Arenas, los oficiales y suboficiales a cargo de la misión nos trataban con guante de seda. Pero el placer de esta nueva aventura terminó justo con pisar tierra austral. De veintiocho grados de temperatura a la sombra que teníamos en Santiago, con seis horas de

viaje en avión, habíamos bajado a solo cinco grados. De ciudadanos reclutas (como nos denominaban mientras nos seleccionaban) fuimos ascendidos a tropa de huevones, que fue la expresión de un oficial que nos hizo formar en la loza del aeropuerto sureño. En ese primer día de reclutas, la llegada al regimiento fue con un recibimiento de los instructores que consistía en una asfixiante aporreadura con todos los ingredientes: arrastrándonos a punta y codo, acompañado con los tradicionales sapitos, flexiones para todos los gustos, patadas en el trasero. Nos vimos en la obligación de colocar a prueba nuestros oídos, soportando en una tarde, los insultos que uno en la calle se demora un año en escuchar.

Con esa experiencia inicial, llegué a la conclusión que para poder seguir la carrera militar, basta con tener creatividad para inventar nuevos insultos y aprenderse los existentes. En tres meses no éramos ni la sombra del primer día de ingreso al ejército. Sabíamos marchar, saltar, correr, disparar, robar, salir del regimiento en la noche engañando a los guardias, acaparar vino y beber todos los días con la complicidad de los instructores y un sinfín de pequeñeces más. A esa altura de nuestra preparación militar nos empezaron a instruir en el odio a los civiles. Uno de los objetivos de la instrucción militar es la acumulación de odio, el odio es segmentado. En primer lugar, la instrucción apunta a ridiculizar la vida civil: el civil no sabe caminar, el civil usa las manos en los bolsillos para que no se le arranque el que te dije, los civiles son paisanos, son tarados, etc.

Había ocasiones en que nos llevaban a un lugar llamado el «Valle de las Lágrimas» donde oficiales, suboficiales e instructores se regocijaban compitiendo entre ellos en el difícil arte de golpear y aporrear en forma más extensiva y efectiva a los pelados de la compañía para que dejáramos de ser paisanos. La metodología usada para la instrucción daba buenos resultados, ya que conseguía nuestro lavado de cerebro. Me acuerdo que después de estas instrucciones, cuando salíamos de franco los fines de semana, andábamos provocando a los civiles en la calle y en los lugares públicos. Nos sentíamos una casta superior, que nos provocaba la valentía de iniciar cualquier pelea callejera con el civil que se atravesara en el camino; siempre llevábamos asegu-

rada la hebilla del cinturón para que no se fuera a romper, porque debía estar siempre lista para romperle la cabeza a un civil, y todos los fines de semana se formaban grescas de militares con civiles en bares y casas de prostitución. En estas peleas callejeras surgió un nuevo enemigo nuestro: la policía uniformada. Siempre llegaban a detener las grescas, sabíamos que si éramos detenidos, nos pasarían a castigo en el ejército, así que nuestras peleas se extendieron también con los pacos y eran hasta vencer o salir disparados en fuga si llegaba el momento de hacerlo.

El segundo grupo al que teníamos que odiar era al resto de los uniformados. Es así como los aviadores y los cosacos de la marina no podían estar juntos con nosotros en ningún lado; los humillábamos y los lanzábamos a golpes de los bares donde llegábamos. Eso significó una alianza informal entre cosacos y aviadores para poder enfrentarse a nosotros y llegó un momento en Punta Arenas en que los fines de semana se veían sólo uniformados en las calles céntricas y grescas a cada instante. Claro, en su mayoría los uniformados proveníamos del centro del país. De Santiago, Concepción, Temuco, Puerto Montt y Chiloé, esparcidos en las tres ramas militares y sin tener donde ir ni qué hacer en los días de permiso, nos dedicábamos a deambular por las calles conquistando muchachas y armando grescas.

El tercer gran grupo al que debíamos odiar eran los comunistas. Para este el odio debía ser más poderoso porque la instrucción empezó como al sexto mes y terminó en el momento en que nos licenciaron. Todos los simulacros de asalto al cuartel, las maniobras y la vida de campaña, eran de encarnizados combates contra el invisible ejército rojo de los comunistas, que no lo veíamos nunca, pero en los ejercicios los acribillábamos diariamente a balazos y a golpes de bayonetas. Para nosotros era fácil vencerlos, si nunca lográbamos ver a comunista alguno.

Donde se colocaba más acento en la instrucción y por la cual nos hacían sufrir las penas del infierno, era cuando algún gremio pedía aumento de salarios y amenazaba con paros. Nos acuartelaban y nos llevaban de nuevo al Valle de las Lágrimas y a punta de golpes nos hacían ver que la seguridad del país estaba amenazada, porque los comunistas no se conformaban con los suel-

dos que se pagaban en las empresas y estaban dispuestos a crear el caos para conseguir sus propósitos. Fue tanto el odio que alcanzamos a tener por los comunistas, que cuando salíamos a la calle, sacábamos el yatagán escondido en las ropas por si encontrábamos un bandido rojo para ensartarlo, pero éstos nunca se mostraban. Cuando yo caminaba por las calles veía que todas las personas eran iguales, unos se veían más humildes y otros andaban mejor vestidos, pero ninguno era rojo, salvo el dependiente de una tienda de la calle Borjes que era de cabello colorín.

Un cuarto segmento que entraba en las instrucciones para el odio eran nuestros vecinos territoriales, pero curiosamente, en el sur nuestro vecino es el pueblo argentino, pero no nos instruían a ellos como enemigos directos, a pesar de la serie de conflictos entre los cuerpos armados de ese país y el nuestro. Quienes eran objetos permanentes para el ridículo siempre fueron los vecinos del norte, los pueblos hermanos de Perú y Bolivia, pero los chistes militares para ridiculizar a los vecinos del norte no estaban dirigidos ni a los militares, ni la clase dominante. El chiste siempre está creado para burlarse de las clases subordinadas, del humilde boliviano de físico delgado y bajo, con el pelo chusco, o el moreno peruano con el apelativo de cholo. Nunca se ridiculiza al rubio de ojos de colores, siempre al más modesto.

Al interior del Estadio se lucha y se muere

Al segundo día de nuestra detención los rostros a mi alrededor se veían demacrados, con los ojos un tanto hundidos en las cuencas, la vista me ardía como si alguien me hubiese lanzado arena, por la tensión y la falta de un mejor dormir, pero también eran claros los signos de debilidad física por la falta de alimento. No habíamos comido nada desde la mañana del día anterior, vale decir que llevábamos alrededor de veinticuatro horas sin nutrición y así como se veían los hechos pasarían varios días más sin tener acceso a probar algún bocado.

Durante las primeras horas de la mañana se fueron reagrupando los compañeros de cada empresa para poder entregarse ánimos unos a otros. Me había encontrado con todo mi grupo y de vez en cuando entablamos alguna conversación en voz baja, como para hacer más cortas las horas. Alrededor de las diez de la mañana apareció un

oficial rodeado de soldados. Tenía un metro setenta de estatura aproximadamente y era de contextura ancha, por el casco se notaba que su cabeza era desproporcionada y sus distintivos lo anunciaban con grado de coronel. Se acercó a un micrófono que se había instalado en una especie de balcón en el sector oriente del estadio. Con voz grave se dirigió a los detenidos. Era un vozarrón potente de esos que es difícil olvidar y que puede ser identificado nuevamente en cualquier lugar. Dos años y medio después, creí reconocer esa voz en una ocasión en que me detuvo la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), que era algo así como la GESTAPO chilena: con la vista vendada, golpeado y electrificado, me llevaron hasta el Director en persona para que me interrogara. No lo vi, pero en cuanto llegó a mis oídos ese vozarrón, lo asocié con la voz del carnicero del Estadio Chile, pero al parecer me equivoqué. Por que treinta y un años después, producto de las investigaciones del juez Juan Carlos Urrutia, supe que en realidad el chacal que comandaba el Estadio Chile era el teniente-coronel Mario Manríquez Bravo, que hasta el momento del golpe había sido oficial del regimiento de La Serena. En su alocución nos dijo que estábamos ahí porque el país necesitaba ser reordenado, en los últimos años se había producido una indisciplina que afectaba a la estabilidad de la patria, que existía una invasión foránea que resultó ser mala influencia para algunos malos chilenos. De ahora en adelante, manifestó, «conocerán en este país lo que es la disciplina hitleriana», e incluso se refirió a la existencia de una ametralladora que cortaba cuerpos como serrucho, usada por los nazi y la denominaba «la sierra de Hitler». No voy a olvidar fácilmente estas frases, ni tampoco la figura ridícula y espeluznante de aquel hombre que hablaba con tal fanatismo, que pasaron por mi mente todas las películas que había visto en el cine, referidas a la GESTAPO y los encargados de los campos de concentración en la Alemania de la segunda guerra mundial. Gesticulaba con las manos y a veces se golpeaba el pecho, como para darle más fuerza a su personalidad y se refería a que los chilenos estaban muertos de hambre por culpa de los perros marxistas que venían del extranjero a comerse la producción de la patria. Extendiendo su brazo, apuntaba a una galería donde se encontraban detenidos unos trescientos hombres, entre ellos algunas mujeres, que en sus rostros iban acusando el «delito» de ser extranjeros. Allí habían argentinos, urugua-

yos, bolivianos, brasileños y europeos que así como en los momentos de oro de los obreros chilenos, ellos entregaron su solidaridad con sus conocimientos en tecnología, ahora se mostraban unidos como un solo ser en los momentos de dificultad.

Para terminar su alocución, dijo que daría la orden para hacer una demostración de cómo hay que tratar a los extranjeros que venían a comerse el alimento de los buenos chilenos. Dio la orden para que trasladaran a los diez primeros compañeros que estaban sentados en el sector sur-oriente del coliseo. Una media docena de golpistas armados con fusiles SIG escoltaron a los hombres. Caminaban con paso firme, sus miradas se veían serenas, pasaron a unos quince metros de donde estábamos nosotros, con sus rostros demacrados por la fatiga, pero con un brillo de esperanza y un desafío a confiar en ellos. Eran hombres de diferentes colores de piel. Sus vestimentas también eran diferentes, pero sus corazones estaban unidos entre ellos y nosotros, sus manos estaban unidas y avanzaban caminando por el mismo ideal. Era la justicia para los desposeídos por lo que se luchaba y por ella se gana con gloria o se pierde con el honor ejemplar que queda incrustado en la ficha de la historia.

Ese paso fugaz frente a nosotros fue como un mensaje que se incrustó dentro de mi. Admiré enormemente a aquellos héroes anónimos, a los cuales los historiadores del sistema los cubren con un velo y nunca se habla de ellos, esos hombres que pasaban frente a nosotros y los otros hombres y mujeres que permanecían sentados en las tribunas del estadio, que no los conocía, que no tuve el honor de haber realizado algún trabajo junto a ellos, en ese instante se convirtieron en más hermanos que mis propios hermanos. No habiendo nacido en este país, en un corto tiempo se habían comprometido con los problemas de los sectores populares, hasta el punto de comprometer sus vidas en caso de ser necesario.

En lo alto del balcón que sirvió para la alocución del gorila jefe, fueron distribuidos cinco de los diez compañeros a una distancia de dos metros uno del otro. Los hicieron abrirse de piernas pateándoles los tobillos, mientras los cuerpos se sostenían con los brazos abiertos y afirmándose con la punta de los dedos en una pared. A punta de bayonetas les rompieron las ropas hasta que cayeron pantalones y ropa interior echo trizas. Dos golpistas sujetaban a cada víctima de tal forma que no se pudieran mover, mientras un tercero,

con agujas de jeringas de inyectar, realizaba con regocijo el trabajo de flagelar los genitales de los valientes compañeros. Una y otra vez se ensartaban las malditas agujas, manejadas con maestría por los chacales.

Tres tipos diferentes de espectadores poseía el siniestro espectáculo ordenado por el carnicero en jefe. Por una parte él mismo, que con las manos cruzadas por detrás del cuerpo daba unos saltitos cortos semejándose a un gorila de las películas de Tarzán, con su cuerpo ancho y su desproporcionada cabeza, gozoso por su creatividad en el arte de la tortura. En otro plano de expectación estaban los mismos soldados que hacían de guardianes nuestros, ellos no eran más que instrumentos obligados que se encontraban allí por el hecho de estar cumpliendo con su servicio militar como conscritos. Si bien es cierto que la instrucción está dirigida a producir el odio por el hombre de la calle, mostrándolo como un comunista salvaje, allí estaba la demostración que el salvaje no era el hombre de la calle, sino que sus propios jefes.

En cambio nosotros, quienes repletábamos hasta el último rincón el recinto del estadio, estábamos mudos de incredulidad, yo había oído hablar de torturas, me habían contado que la policía civil torturaba a los delincuentes, pero jamás pensé que podría ser testigo de flagelaciones ordenadas como una demostración, con el propósito de asustar a quienes estábamos detenidos en aquel lugar. Los hombres sin poder soportar el dolor lanzaban desgarradores gritos, algunos doblaban las cabezas y se desmayaban. La misma operación hicieron con los cinco restantes. Pero no terminó ahí, la voz de trueno del carnicero en jefe se escuchó clara y tajante: ¡A esas ratas, ahora mátenlas! La orden fue como un cañonazo de artillería. Se escuchó más fuerte que la descarga de los fusiles que cinco minutos más tarde se hicieron sentir afuera, en el pasaje Politeama.

Permanecimos en silencio mucho rato; nos sentíamos adoloridos en lo más profundo de nuestro ser por lo que estaba sucediendo. Creo que cada uno de nosotros de una u otra forma sintió que los compañeros asesinados eran algo muy nuestro y de ahí, ese silencio de dolor. Pero la vida continuaba y la tarea era resistir y así el silencio se fue rompiendo nuevamente en el transcurso del día, escuchándose diálogos con apagados murmullos. En mi grupo fue Rolando, un compañero de la fábrica, el que primero sacó el habla, comentando

sobre la presencia de varios niños que deambulaban por el recinto en carácter de detenidos. Las edades fluctuaban entre los doce y los quince años. En sus manos andaban trayendo la tradicional bolsa con que las madres mandan a sus hijos a comprar pan. Un chico comentaba que vivía en la Población José María Caro y lo habían mandado a la panadería que quedaba a una cuadra de su casa. Al llegar allí tuvo que instalarse en una fila de personas que esperaban su turno para comprar. El chico comentaba sobre un incidente entre las personas que conformaban la fila y por el cual aparecieron los militares disparando, dejando a una mujer muerta. Después de aquello, tendieron a todas las personas en el piso, se llevaron detenidos a todos los hombres, entre los cuales se encontraba este chico de unos trece años.

Por supuesto que a la entrada del estadio un golpista le había quitado el dinero para los dos kilos de pan que le habían pasado en su casa. Por suerte los niños no tenían problemas para moverse de un lado a otro, es que tampoco les podían retener, ellos no tenían todavía plena conciencia del por qué estaban allí. -Pobres cabros -decía Rolando- qué será de las madres de estos niños. -Seguramente piensan que han muerto; pero a lo mejor se ha corrido la voz de que los han detenido y los andan buscando por todas partes -le respondí- es cierto, continuó Rolando -sabes compadre, mi vieja es de derecha; siempre teníamos discusiones en la casa. Yo vivía hasta hace poco con mi mujer en casa de mi madre, pero las discusiones sobre la situación del país llegaron a tanto, que me lanzó de la casa y ahora... Bueno, arrendé dos piezas por allá en San Joaquín y ahí estamos. A lo mejor la vieja ahora está arrepentida y ha salido con mi mujer a buscarme. -A propósito de búsqueda -acoté- no he visto a José, el compadre de mantenimiento, desde la mañana. -Tienes razón- respondieron algunos compañeros.

José era un hombre modesto que anteriormente había tenido problemas con la justicia ordinaria por haber llevado una vida muy pobre con relación a valores humanos, como consecuencia del estado de marginalidad social que siempre tuvieron sus padres. En cierta ocasión tuvo la oportunidad de hacer unos trabajos de jardinería en casa del Gerente General de la empresa y éste, al conocer su vida, decidió ayudarlo socialmente, empezando por integrarlo al trabajo industrial. José no tuvo problemas para transformar su existencia,

en poco tiempo mejoró la calidad de su vida como nunca antes lo había hecho. Se interesó por los problemas que a él y a sus compañeros los aquejaban. Fue descubriendo en los debates que oía, su propia personalidad y su origen obrero. Así este hombre llegó a interesarse de la existencia de los partidos políticos, descubriendo en ellos que había diferencias en su accionar y hasta en la forma de vida de sus miembros. Todo eso lo reflexionó por sí mismo y un día, cerca ya del golpe, empezamos una conversación casual que se alargó por mucho rato, donde me contó sobre su crecimiento personal en el último tiempo, lo agradecido que estaba de este mundo nuevo, donde no se hacían diferencias y del cual todos tenían una cuota de participación. -Son ustedes los que más me simpatizan - me decía- son tan jóvenes todos y a pesar de eso, ustedes son responsables. Él se refería a la gente de mi partido.

Le prometí ayudarlo a su integración en alguna unidad de simpatizantes. No logré cumplir con el compromiso contraído, ya que nos había atrapado el golpe gorila por el que estábamos atravesando. Me sentía preocupado por él, porque me imaginaba que su pasado podría perjudicarlo en aquella ocasión, intenté estar cerca para ayudarlo en lo que pudiera, pero a pesar de todo se me desapareció y nadie del grupo lo había visto. Nos dimos a la tarea de ubicarlo entre aquella muchedumbre, pero fue imposible, a José se lo había tragado la tierra. Personalmente me encontré con tres compañeros de mi población que trabajaban en diferentes empresas mientras buscaba al compañero desaparecido. Uno de ellos, Ramón que además era y sigue siendo vecino mío en el barrio, pero de José, ni luces.

Con el paso de los días pensamos que a nuestro compañero le habría sucedido lo peor, pero no fue así. Cuando salí en libertad, fui de nuevo por la fábrica y me lo encontré, se había reincorporado al trabajo sin dificultad, se había fugado el segundo día y su detención la mantuvo en silencio, en esa oportunidad me contó los detalles. - Desde que nos tomaron detenidos en la calle, sólo pensé en la fuga, al segundo día en la mañana me fui a sentar cerca de donde estaba el milico con el micrófono, pensando en alguna oportunidad de escapar, que todavía no sabía cómo, de qué forma, ni a qué hora. Llevaba como tres horas estudiando las salidas y las entradas de toda persona por la puerta. En eso estaba cuando la Santa Virgen me entregó la oportunidad compadre, como a las doce, empezaron

a llamar a un grupo de viejos a través del micrófono, yo no sabía para qué era, pero estuve atento. Los nombraban y el gallo decía ¡presente!, y salía a formarse al pasillo, ya llevaban como sesenta nombrados y yo atento. De repente hubo uno que no respondió.

-Aquí está la mía me dije, cuando lo nombraron de nuevo, deje pasar un par de segundos y respondí ¡yo! Así que salí corriendo a formar adonde estaban los otros compadres. Claro que me grabé bien el nombre y como me había deshecho del carné de identidad, no me quedaba más que afirmar que yo me llamaba Juan Sepúlveda Alegría. Fueron como a ochenta personas las que sacaron en libertad. Nos llevaron en fila hasta un pasillo y ahí fueron confirmando los nombres. Cuando me tocó a mí, el milico me miró en el momento de darle el nombre. -Tu carné -me dijo. -Me lo quitaron cuando me detuvieron -le respondí. -¿Vos trabajái en la Panadería San Camilo?- Yo no sabía si decir sí o no, hasta que me decidí a decir sí. Después del chequeo nos dijeron que por ser panaderos nos largaban a todos con tal que nos fuéramos directo a trabajar. Para qué le digo como estaba de contento de poder salir de aquel infierno y de nervioso en esos últimos metros caminando por el pasaje. Antes de salir a la calle Bascuñán, cuando ya iba a llegar a esa calle, un paco me paró. -¿Y vos, pá' donde vas? -Le expliqué que era panadero y que iba libre junto con el grupo restante. Claro que casi me dio un infarto, porque pensé que ese paco me había descubierto. Usted sabe, cuando uno hace una cosa así, no las tiene todas consigo. Así que me pasaron una escoba y me tuvieron media hora barriendo, para mí fue como un día entero, porque no sabía qué iba a pasar, después de terminar el sector que me asignaron para barrer. Así que imagínese como corrí para alejarme de ahí, cuando el paco me retiró la escoba y me pegó una patada en el poto para que me fuera».

Mientras nuestro amigo José se fugaba, al resto de los compañeros nos estaba afectando la falta de alimentos, la escasez de oxígeno a raíz de tanta gente en un espacio tan reducido, la tensión reinante que era más fuerte mientras más pasaba el tiempo, la razón simple de verse apuntado con diferentes tipos de armamento, el fusilamiento constante de los compañeros extranjeros, esos malditós focos, siempre encendidos y alumbrando a la vista de uno, eran hechos más que suficientes para ir perdiendo la razón.

El suicidio es un ejemplo claro de como un hombre prefiere la muer-

te antes de seguir soportando tanta tortura física y psicológica, varios fueron los compañeros que a sabiendas de una muerte segura se abalanzaban sobre los golpistas, quienes respondían con una simple ráfaga. Los cuerpos de los infortunados y de quienes estaban a su alrededor se doblaban acribillados. Entre más tiempo llevábamos ahí, más hechos como estos se suscitaban, pero vale la pena recordar algunos que sobresalieron de lo común. Estábamos al atardecer del segundo día conversando con Chambo, cuando a unas cinco corridas de butacas, más abajo de donde nosotros nos encontrábamos, un compañero afectado por los hechos que estábamos viviendo, se levantó con los brazos alzados hacia el techo, gritando: -¡No puedo más, quiero morir peleando!, ¡que ningún milico fascista diga que los obreros somos gallinas! ¡Viva el compañero Allende, muerte a los golpistas traidores!- Mientras sus puños se alzaban en el aire, su rostro estaba enrojecido por la rabia y la impotencia. Su figura se alzaba majestuosa por sobre todos nosotros, de pie sobre una butaca, se veía impresionante. También debe haberse impresionado el gorila en jefe del recinto, porque cuando un oficial solicitó autorización para disparar, el coronel a viva voz dijo que no, que lo quería vivo. Un grupo de seis golpistas, al mando personal del comandante, avanzó sorteando butacas hasta donde estaba el hombre lanzando consignas y desafiando a la muerte.

-¡Peleen como hombres, milicos cobardes! -exclamaba- ¡Peleen con las mismas armas que tenemos los obreros, para ver quienes son más gallos! -¡Atrapen a ese huevón!- gritaba el oficial en jefe, pero no fue tan fácil atraparlo. El grupo de golpistas rodeó al compañero. Todas las personas que estaban a su lado fueron retrocediendo, hasta que el primero quedó solo frente a los verdugos. El círculo se fue estrechando y entre más estrecho, más impresionante y desafiador se veía la actitud del valiente obrero. De pronto, a las órdenes del amo, los perros se lanzaron al mismo tiempo sobre la presa, pero ésta había adquirido una dimensión física tal, que sus fuerzas ya no eran las de un hombre solo, se había transformado en un gigante y sus captores se veían enanos en sus manos. Con un par de movimientos consiguió librarse de sus captores, tomó a uno del pecho y lo levantó en vilo lanzándolo sobre el grupo que recién se reponía. Tres golpistas rodaron junto con el proyectil humano que había disparado el compañero. Entonces el Coronel dio la orden que fuera reducido a culatazos.

Al escuchar la orden de su superior, el resto de los golpistas hicieron trabajar las culatas de sus fusiles de fabricación Suiza y todos a la vez alzaron su armamento en el aire y las culatas volaron en dirección a la víctima. El sonar de las culatas chocando unas contra otras, sonó como un trueno en el silencioso estadio. -¡Redúzcanlo, tropas de inútiles! -gritaba rabioso el Coronel, mientras su figura de gorila se balanceaba en medio de las butacas. Nuevamente los golpistas iban a la carga, pero el enemigo una y otra vez los rechazaba. Ese hombre se había convertido en un tipo sobrenatural, sus captores parecían muñecos luchando con él y éste no se cansaba nunca. Llegó el momento en que la superioridad de los golpistas y las culatas de los fusiles se impusieron. Recibió un golpe en la espalda y después otro hasta que empezó a tambalearse, por fin cayó sobre una butaca, sin embargo todavía no estaba derrotado. Dos golpistas se le vinieron encima, uno logró golpearlo de nuevo, pero el segundo golpista se vio tomado de una pierna, el obrero hizo una llave torciendo con fuerza la pierna del uniformado escuchándose una exclamación de dolor del gorila, quién cayó hacia un lado. Nuevamente se vino el grupo al ataque azuzado por el amo. El obrero comenzó a recibir golpes, uno tras otro.

La sangre de un valiente empezó a salpicar escaños y vestimentas de los golpistas, quienes envalentonados con la víctima a sus pies, golpeaban y golpeaban. Ni un lamento salía de los labios del obrero, pero salían insultos contra los verdugos y consignas por la clase. Como ya no podía usar su físico para pelear, usaba sus expresiones orales para seguir dando la lucha. Es increíble como un ser humano, al aferrarse a la vida, puede realizar estos esfuerzos sobrehumanos para sobrevivir. El compañero era una masa humana sangrante. No se le distinguía rostro y su cabeza estaba partida en varias partes, pero él seguía luchando haciendo uso de sus labios como instrumento de combate. Recuerdo que al final, dirigiéndose a nosotros, nos dijo su nombre y su dirección, su nombre con el correr del tiempo se me borró de mi registro mental, y de su dirección, sólo me acuerdo que era de una población de la comuna de Quinta Normal. Pero lo que no olvidaré nunca, fue el mensaje para sus hijos: ¡Díganles que su padre murió luchando como un hombre!

Cuando fue retirado del recinto, el compañero no había muerto, no supimos más de él, es posible que se haya salvado, pero si murió, lo

hizo luchando, y luchando solo contra una fuerza poderosamente armada. Lo hizo sin ayuda, porque era inútil en ese momento integrarse y pelear junto con el compañero en las condiciones de desigualdad, encerrados y con las manos en la nuca. Sólo habríamos logrado una masacre que quizás a la larga nadie habría sabido. La muerte, la de un héroe anónimo no puede ser inútil, por el contrario, es el ejemplo que nos señala el camino a seguir, si la causa es justa, pero la lucha que se da, independiente del resultado final, alguien la debe contar. La memoria histórica, si no se trasmite, queda guardada en el baúl del olvido. Alguien debe continuar esa lucha que quedó inconclusa y para ello se requiere conocer los hechos y conservar la prudencia que te entrega la experiencia. Si queremos vencer, debemos ser cautelosos. Tenemos que cuidar la vida y arriesgarla en los momentos que sean precisos. En este proceso en el cual la dictadura militar asesinó, detuvo a la gente, torturó e hizo desaparecer a miles de personas, hay muchas acciones de valentía que se pueden destacar dentro de los relatos de memoria histórica, pero también han existido muchos análisis errados de las organizaciones políticas, que han llevado a acciones heroicas, pero con resultados absolutamente catastróficos. Aquí no se trata de luchar o de ser héroe para morir. La tarea es ser cauteloso, ser objetivo en los análisis y preparar las condiciones para dar la lucha por los cambios sociales en condiciones medianamente favorables.

El sencillo, profundo y desgarrador mensaje que este hombre envió a sus hijos, es probable que haya llegado hasta su familia a través de alguno de sus compañeros de trabajo que posiblemente se encontraba detenido en ese mismo lugar. Después de aquel suceso, en el cual el resto de los detenidos no tuvimos el coraje de involucrarnos para hacer causa común, se continuó madurando en nuestras conversaciones sobre el tema de la solidaridad de clase en situaciones extremas como estas y entre quienes nos conocíamos se desarrolló la idea de actuar en función de salvar vidas y no de exponerlas, como en el caso relatado.

Al anochecer inicié una conversación con un compañero muy humilde que estaba a mi lado. Me contó que llevaba cinco años trabajando en Fabrilana, una empresa que pertenecía al área social del Estado y que se dedicaba a la producción de lanas para tejidos, y se ubica en la misma Avenida Vicuña Mackenna. Tenía tres hijos, toda-

que fuera reducido a culatrazos.



vía pequeños y vivía en una población de la comuna de La Granja. Me manifestaba que jamás había participado directamente en política y su experiencia con el Gobierno de la Unidad Popular era que nunca se había sentido tan respetado como persona, como lo sintió en esos tres años. -Para mi eso tiene valor -expresaba- uno vale por lo que es y no por la ropa que se pone, ¿no le parece a usted? Allí en la fábrica, desde que la empresa pasó a manos del Estado, las cosas cambiaron para nosotros. Ya no tenemos a un jefe que pase al lado de uno corriendo latigazos. Ahora la producción se programaba entre todos y a conciencia trabajábamos para lograr las metas acordadas.

-Cuando recién llegué a la fábrica, el sueldo no alcanzaba ni para comer la mitad de la semana. En cambio ahora, comimos con la vieja y los chiquillos toda la semana, bien comidos y nos alcanzaba hasta para salir a ver una película. Después me preguntó el por qué los militares hacían lo que estaban haciendo. -Perdone compañero -me dijo- pero yo no lo entiendo. Usted parece más educado y le agradecería que me explicara -le estuve hablando de la relación que había entre el país y el resto de los países del mundo. La composición de clase que existía al interior de Chile, lo que significaba el poder dominante criollo. El golpe de Estado por los militares, como una acción de fuerza para evitar que se consolidara un poder político y económico alternativo. El poder del pueblo a través de sus organizaciones populares, ya era un hecho y la única forma de evitar la consolidación, era usando la fuerza contra el Gobierno Popular y las organizaciones de los trabajadores. Me aseguró que ahora comprendía mejor el golpe, y dándome las gracias por la explicación, quedamos en seguir conversando de nuevo.

Largo rato después, el mismo compañero, empezó a sentirse en mal estado. Otro compañero de su misma empresa fue el primero en darse cuenta y me advirtió que algo le estaba sucediendo a su colega. Nos dimos cuenta que sus ojos se desviaban y que de sus labios asomaba levemente una espuma blanca. Lo primero que pensamos era que se trataba de un cuadro epiléptico, rápidamente dos personas fueron a mojar sus pañuelos al baño, para colocarlos en la frente del enfermo. Mientras regresaban con los pañuelos mojados, el hombre se subió sobre un asiento, logrando gritar insultos a los golpistas. En esos momentos, las ametralladoras apuntaron directa-

mente hacia nosotros. No nos quedó otro recurso que golpear a nuestro colega, alguien dio la iniciativa, a esta altura estábamos conscientes de nuestra acción en función de salvar vidas y evitar los sacrificios heroicos.

-¡Al suelo con él! -gritó uno de sus compañeros de empresa y se lanzó a los pies, otros compañeros lo empujaron y en una especie de banquillo cayó sobre el piso del coliseo, varios hombres más se sentaron sobre el infortunado, no dejándole posibilidad de moverse. Al instante nos rodearon golpistas, apuntándonos con sus fusiles. Otro compañero logró explicar lo que sucedía, comprometiéndonos a atender al enfermo, con tal de que no se lo llevaran. Al parecer era acaloramiento al cerebro lo que afectaba al hombre, porque los paños empapados en agua fría lograron que volviera a la normalidad, a partir de ese momento se nombraron turnos para cuidar del colega. Así y todo, en tres ocasiones más en ese día y al siguiente, tuvimos que recurrir a la emergencia de sentarnos sobre él.

Cuando fuimos trasladados desde el Estadio Chile, lo perdimos de vista. Pero grande fue mi alegría cuando un mes después lo vi en el Estadio Nacional, con el mismo bolso que andaba trayendo el mes antes, colgado en el hombro derecho. En esa ocasión iba caminando con un grupo de personas en dirección a la puerta de la maratón, para quedar en libertad. Significaba que el hombre regresaba a su hogar, había superado una de las aventuras más peligrosas de su existencia y gracias a la solidaridad de sus compañeros, en ese momento conservaba su vida.

Esa misma noche, se suicidó una persona en el sector sur del estadio. En un momento determinado un hombre se subió al pasillo que tenía la forma de una terraza y que se ubicaba en el sector oriente del coliseo, en el mismo lugar desde donde el carnicero en jefe realizaba las alocuciones con micrófono en mano. Esa terraza daba directamente al vacío de la cancha y estaba protegida por una reja de metal, para que las personas que transitaban por ahí no cayeran al vacío. La altura entre la terraza y el piso que se usaba como cancha para realizar deportes, era aproximadamente unos diez metros. En un descuido del guardia, el hombre se ubicó por sobre la baranda metálica con medio cuerpo colgado hacia abajo. -¡Me voy a matar porque no soporto sufrir más! -gritó el individuo. La gente que repletaba la cancha y que estaba inmediatamente abajo del suicida,

empezó a gritar a los guardias. Dos de estos lograron tomarlo antes de que se lanzara al vacío y después de darle algunos golpes lo regresaron al lugar donde había estado sentado.

Pero durante la noche, mientras dormíamos, la mayoría sentados en las butacas, otros en las escalinatas y un número importante en el espacio que se le daba uso como cancha, el hombre subió nuevamente al mismo lugar y silenciosamente se lanzó al vacío, cayendo sobre algunas personas que se encontraban abajo durmiendo. Murió en el acto y otros compañeros quedaron bastante maltratados como consecuencias del golpe.

Al regresar a Santiago después de mi servicio militar, se habían producido algunos cambios en mi forma de enfrentar la vida, ya no era tan ingenuo y había desarrollado una mayor creatividad con relación a la búsqueda de sobrevivir y especialmente en este ambiente de la gran ciudad. Mis compañeros al interior del ejército pertenecían al ambiente duro de los sectores populares, casi todos provenían de las comunas de La Granja, San Miguel y La Cisterna, comunas absolutamente populares por aquella época y varios de ellos actuaban, en los días que nos daban salida, como verdaderos maleantes, realizando pequeños asaltos a civiles, especialmente a personas ebrias, como una forma de obtener dinero para gastar en las casas de prostitución. En mi caso, hice de amigos con un grupo bien especial, aprendí de ellos el arte popular de buscar la supervivencia en forma sana y creativa. Conformamos un grupo de amigos compuesto por siete reclutas, cuyos objetivos era pasarlo lo mejor posible dentro de aquel lugar que era lo bastante represivo en las horas de instrucción y las tareas que nos dábamos eran las de recolectar alimentación y trago durante el día para encerrarnos durante la noche, en una bodega que nos facilitaba un suboficial, a comer y beber.

Todas las noches nos dábamos como misión conseguir durante el siguiente día, cuatro kilos de carne, una docena de huevos y cinco litros de vino, como mínimo, misión que siempre lográbamos con creces, esta gracia la hicimos durante seis meses con la complicidad del suboficial que quedaba diariamente de servicio al interior de la compañía. Así como nosotros hacíamos eso, otros reclutas escapaban sus dos o tres veces a la semana para divertirse en bares y casas de prostitución y de paso asaltaban a

modestos transeúntes con tal de conseguir dinero para sus alegres vicios. Varios de estos muchachos fueron detenidos por la policía. Cuando regresamos a Santiago, en la cárcel de Punta Arenas quedaron detenidos más de diez de ellos. Había otros que se dedicaban a los placeres homosexuales, e incluso estas manifestaciones la realizaban algunos con homosexuales del personal de planta del regimiento, entre ellos oficiales y suboficiales.

En este grupo de siete reclutas que constituíamos un clan al interior de la compañía, había un compañero al que lo denominábamos con mucho cariño, como "el manzanita", se llamaba Pedro Poblete Córdova. Recuerdo en forma muy especial a este compañero, porque años después me encontré con él en un congreso para dirigentes de pobladores, organizado por el partido al cual ambos pertenecíamos. Poblete también era militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y realizaba la tarea de jefe en un campamento de pobladores sin casa en el sector de lo Sierra, que se sitúa en la actual comuna de Lo Espejo. Después de aquel primer encuentro, en varias oportunidades nos topamos en las manifestaciones callejeras, y Poblete marchaba siempre con su bandera rojo y negro flameando al viento y encabezando su grupo de pobladores. Como conscripto en el regimiento fue nombrado suboficial en reserva, no porque fuera militarista, sino porque dentro de su extremada modestia, era el mejor compañero y él más brillante por su inteligencia.

Hoy día Pedro Poblete figura en la lista de los detenidos desaparecidos, víctima de la llamada Operación Cóndor; fue uno de los ciento diecinueve compañeros que los servicios de seguridad pretendieron hacerlos pasar como muertos en enfrentamientos entre ellos, en Argentina y Brasil. De acuerdo a testimonios que existen sobre su detención, ésta se habría efectuado entre el 19 y 20 de julio de 1974, por agentes de los servicios de seguridad pertenecientes a la DINA, llevado al centro de torturas de Londres 38 y finalmente desapareció del centro de detención y torturas de Cuatro Álamos, que funcionaba en el sector de Departamental con Vicuña Mackenna, actual comuna de San Joaquín. En nuestro período de militancia, cuando nos encontramos en la calle, nunca conversamos en el plano de ex compañeros de ejér-

cito, ni tampoco como amigos, porque nuestra disciplina como militante nos hacía respetar la compartimentación al interior del partido. Hoy, después de tantos años, siento mucho no haber compartido más con este compañero, haber conocido algo sobre su familia, es posible que tuviera compañera e hijos al momento de su detención, si es así, lo único que les puedo manifestar hoy día es que Pedro era y sigue siendo digno de admiración.

Durante ese año que estuve como recluta, también aprendí a comunicarme con la juventud de mi edad y condición social. Ya de nuevo en Santiago, me fui a vivir con un hermano en la comuna de La Cisterna. Allí me relacioné con jóvenes de la población y logramos organizar un centro juvenil bastante numeroso, con el tiempo tomamos contacto con otros grupos en la comuna, llegando a constituir una especie de agrupación juvenil en el sector sur de la ciudad. Logré rápidamente consolidarme como líder juvenil de alguna importancia en el plano de la organización poblacional. Para mí era sólo un pasatiempo ya que en esa época, al poco tiempo de reintegrarme a la fábrica en que trabajaba después de volver del ejército, fui elegido dirigente del sindicato por mis compañeros de trabajo. Desconocía esta actividad, pero me entusiasmé y le dediqué mucho tiempo en aprender el arte de la vida sindical, mis principales maestros fueron unos antiguos dirigentes de las federaciones de la madera y de las industrias del plástico.

En un comienzo el trabajo poblacional estaba en un segundo plano y me servía como terapia de relajamiento, ya que nos divertíamos a rabiarnos con los muchachos. Hubo una época en que se organizaban festivales de la canción y pasé a ser el animador oficial de aquellos eventos. No había festival o espectáculo artístico poblacional en la comuna al que no me invitaran como animador o recitador de poemas. Me sentía bien delante del público; entre más gente, más seguro me sentía. Era raro porque siempre he sido tímido, pero delante de la gente era otro, mi personalidad era diferente y mis compañeros del grupo juvenil me lo hacían notar.

Hacia poco más de un año que estábamos organizando los jóvenes dentro de la población, el grupo era de unos cien mucha-

chos y había una excelente relación, salvo pequeños roces por razones sentimentales a consecuencia de algún romance que terminaba u otro que comenzaba. En el verano de 1970, se estaba iniciando la campaña para las elecciones presidenciales que se efectuarían el 4 de septiembre de ese año, un grupo de jóvenes planteó la necesidad de realizar actividades relacionadas a favorecer la campaña del candidato presidencial de la Democracia Cristiana. Yo no pertenecía a partido político alguno, nunca había tenido la oportunidad de tener esa experiencia, pero por instinto simpatizaba con la izquierda. Más que nada visualizaba a Salvador Allende como la izquierda. En otras palabras, era Allendista y como tal tenía la percepción de que los demócratas cristianos estaban más cerca de las clases dominantes que de los sectores populares del país, por mi instinto de clase, fui el primero en oponerme a la proposición y como dirigente del grupo propuse la expulsión del grupo de oportunistas del centro juvenil. Resultado: nos dividimos en dos mitades. Pero el expulsado del local comunitario donde funcionábamos fui yo, y junto conmigo se retiró la mayoría del grupo, ya que todos los dirigentes de la población eran de militancia Demócrata Cristiana.

Al día siguiente, llegó a casa un hombre al que yo no conocía, se identificó como un encargado de la Campaña Presidencial de Salvador Allende en la población. Me dijo que le habían contado nuestros problemas, que lo sentía mucho pero que las cosas se empezaban a dar políticamente y había que adaptarse a ellas. Así que me ofreció que yo y mi grupo trabajáramos en la campaña electoral a favor de la Unidad Popular y que no habría problemas de local para reunirse, porque en su casa había realizado una ampliación, por lo tanto contaba con un espacio techado bien amplio. Acepté de inmediato, pero no respondía por el resto de los jóvenes, tendríamos que llamarlos a reunión y con mi ayuda, él mismo les plantearía la proposición. Así se hizo y los muchachos aceptaron encantados, siempre y cuando nos ayudara, porque era una experiencia nueva para todo el grupo.

Se nombró un equipo directivo y diferentes comisiones de trabajo. Me eligieron presidente del grupo. Así fue como constituimos el Comité Juvenil de la Unidad Popular. Recuerdo siempre aquella casa, fue donde di mis primeros pasos en la actividad política.

Era un matrimonio obrero con varios chiquillos, todos humildes, pero con una gran fortaleza proletaria. Aprendí mucho de ellos. Aquel fue como mi nuevo hogar, desde ahí dirigí más adelante la campaña de la población y las poblaciones de alrededor. Hicimos tal cantidad de actividades con nuestro grupo, que en un lapso de tiempo que no superó los seis meses, trabajamos un sector que era el noventa por ciento de votos para la Democracia Cristiana; lo transformamos a base de puras actividades sociales y culturales en votos exclusivos para la Unidad Popular. Una semana antes de las elecciones, todas nuestras fuerzas salieron a realizar un puerta a puerta por el barrio para medir con mayor exactitud nuestro potencial, el resultado de nuestra encuesta nos daba una diferencia a favor nuestro de tres contra uno, vale decir, un setenta y cinco por ciento en relación a los otros dos candidatos. Nuestros contrincantes más cercanos habían perdido terreno en el trabajo de promover su candidato y es más, la mayoría de los jóvenes que en un principio se quedaron a trabajar en la campaña del candidato Demócrata Cristiano, fueron desertando y se fueron integrando a nuestro grupo. Al final ellos terminaron de realizar su promoción con personas que en su mayoría eran externas al barrio. Esa primera experiencia de trabajo político fue exitosa, pero no obtuve una formación política significativa que me permitiera visualizar las diferencias de ideas que existen en los diversos proyectos de la época. Pero si logré diferenciar que entre un proyecto político y otro existen culturas distintas, los militantes de un partido actúan en forma diferente que los militantes de otro partido. Eso me quedó claro comparando el comportamiento de los Socialistas con los Comunistas, o los mismos Radicales al interior mismo del conglomerado.

Los dirigentes de uno de los partidos de la Unidad Popular de la comuna, me ofrecieron el cielo y la tierra para que ingresara a las juventudes de ese partido, pero nunca acepté, había algo que no me gustaba en los dirigentes, tenía que ver con esto de la cultura, con la forma de actuar en el mundo social, el de comunicarse con quienes están a tu alrededor. A pesar de ser de izquierda, estos dirigentes tenían actitudes de patronos de fundo y eso no era lo que yo andaba buscando. Fue en esta búsqueda que po-

cos días después de terminada la campaña eleccionaria de 1970, conocí a jóvenes del mundo universitario que estaban viviendo una experiencia de organización popular en la toma de unos terrenos en la comuna de La Granja, era el campamento 26 de Enero, experiencia que dio inicio a lo que hoy es la Población La Bandera. La diferencia de estos jóvenes, con los dirigentes de los partidos que conformaban la Unidad Popular, se expresaba en el mayor grado de preparación política en el plano teórico y además de tener el gran sueño de la realización de cambios profundos en la sociedad. Aquí no se conversaba sobre la repartición de puestos en los ministerios y alcaldías, el debate era permanente sobre cómo lograr que los pobladores desarrollaran una práctica democrática, en la construcción de su nuevo hábitat, el de su propio proyecto habitacional. Partiendo desde la convivencia entre los vecinos, las responsabilidades de autodefender el espacio conquistado, el abastecimiento alimenticio, hasta la preocupación mayor de los pobladores, la construcción de viviendas dignas por parte del Estado.

La toma de conciencia sobre la responsabilidad para con su grupo familiar, era fundamental dentro de las reflexiones y acciones que se realizaban en este proyecto poblacional, ya que después comenzaba el paso superior de reflexionar y actuar en torno al ideal de clase: la solidaridad con sus pares, la construcción de un determinado tipo de organización social que nos llevara a colocar en cuestionamiento el tipo de sociedad construida hasta ese momento y la cimentación de un nuevo proyecto de sociedad surgido desde las bases de las clases dominadas.

Cuando estos jóvenes me propusieron que me fuera a vivir al campamento de los pobladores sin casa, lo hice con agrado, no poseía ningún compromiso familiar que me retuviera. Ahí recién supe que estos nuevos compañeros eran parte de un proyecto de partido, cuyas ideas eran más radicalizadas que la de los compañeros de la izquierda tradicional. 1970 para mí fue uno de esos años en que me sucedió de todo y ese todo muy diferente, desde la alegría de haber participado en una campaña eleccionaria que con el tiempo se transformaría en histórica, hasta la tristeza de haber perdido a mi padre que falleció producto de un cáncer estomacal, un mes antes de la elección presidencial. Ese

fue el año que me encontré ideológicamente con el proyecto de vida que estaba en vías de construcción y por el cual en los años siguientes, muchos jóvenes de este país ofrecimos la vida para llevarlo adelante.

El sábado 15 de septiembre, se cumplían tres días de detención en el Estadio Chile y para quienes estábamos allí era como si ya llevásemos un mes. Las sienas me latían en forma intensa, acompañando a un fuerte dolor de cabeza, las piernas me pesaban una enormidad, como si fuesen de plomo. Lo poco que había podido dormir aquella última noche, fue a sobresaltos: los lamentos por las torturas que realizaban en algún lugar del recinto, eran constantes, los quejidos de dolor de algunos compañeros que se encontraban alrededor era una parte de aquella pesadilla que estaba viviendo y además, cada vez que lograba cerrar los ojos y dormir un momento, aparecía en mis sueños mi pequeño grupo familiar. La figura de mi compañera de pie frente a la modesta cocina, introduciendo ingredientes al interior de una olla. Llenaba mis pulmones con el aroma de una comida donde la cebolla y el ajo resultaban ser protagonistas importantes para un estómago que presentía una cazuela de ave, como estímulo digno de tomar en cuenta, después de llevar cuatro días sin alimento. En el transcurso de estos sueños cortos, intentaba levantar la tapa de la olla, pero esta se daba vuelta y el contenido del tiesto se derramaba cayendo al piso de tierra, desde algún lugar, un perro saltaba sobre el contenido derramado, devorando todo lo que había. Yo quería seguir al perro para castigarlo, pero este se escurría, intentaba correr para alcanzarlo, pero mis piernas no obedecían y despertaba sobresaltado.

Durante esa mañana venían a mi mente aquellos sueños nocturnos y mi estómago deseaba como nunca recibir algún alimento, aunque fuera un simple pedazo de pan. Mis pensamientos a esa hora de la mañana se vieron interrumpidos por un rumor que empezó a circular entre los detenidos. Se decía que habían asesinado durante la noche al cantante y actor Víctor Jara, innumerables eran las versiones que se contaban. Algunos decían que lo habían muerto a culatazos. Otros, que había muerto desangrado mientras le cortaban las partes de su cuerpo pedazo a pedazo, en especial sus manos. Las versiones sobre su muerte eran varias, pero lo que sí era concreto es que al compañero lo habían asesinado. Varios años después,

conversando con una persona que vive en mi barrio y que en esa época fue detenido en la empresa de textil Comandari y llevado al recinto deportivo, me contaba que conocía bien al cantautor y que fue testigo del momento en que una patrulla militar lo fue a buscar al sector de platea para trasladarlo donde sería asesinado. El compañero Víctor, al parecer, percibió su desgracia porque ofreció resistencia física al traslado. Esa mañana la información que circulaba por todo el estadio afectó enormemente a la totalidad de los detenidos, mucho de los hombres que estábamos allí derramamos silenciosamente lágrimas de impotencia por la muerte de aquel compañero que se había constituido en un símbolo de la nueva cultura nacional, de la cultura de los dominados en su proceso de liberación.

Víctor Jara nació en septiembre de 1932 en la ciudad de Chillán, cuarenta y un año después, en un septiembre rojo, era asesinado por mandato de aquella clase dominante, que por siempre han sido los dueños del poder, de esta sociedad construida a imagen y semejanza de esta clase social llena de soberbia, que administran su sociedad, de la misma forma en que administran un fundo. Víctor era hijo de padres campesinos y en su arte siempre estuvieron presente sus raíces: estudió actuación y dirección teatral en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, tuvo una destacada labor en este campo, recibiendo importantes premios. En 1957 ingresó al Conjunto de Danzas Folclóricas Cuncumén, teniendo la oportunidad de grabar villancicos con Violeta Parra. En 1961 inicia su trabajo de creación musical y poética con el tema «Paloma quiero contarte». Entre 1966 y 1967 fue director artístico del popular conjunto Quilapayún.

Durante la campaña de la candidatura de Salvador Allende, Víctor jugó un rol importante y no podía ser de otra forma, ya que toda su trayectoria en el campo del arte popular estuvo relacionado con las penas y alegrías de los pobres del campo y de la ciudad, en los contenidos de su poesía y canto, el pueblo se constituyó en protagonista. En las expresiones de arte del sistema dominante, el pueblo no existe y en las letras de sus cantos, sólo tienen cabida los paisajes rurales, los animales y los símbolos de la patria. Pero las penas y alegrías de los desposeídos quedan veladas, los pobres de vez en cuando son tomados en cuenta como objetos pintorescos, pero no

como sujetos de la historia. Uno de los grandes méritos de Víctor Jara fue el de develar, junto con otros destacados artistas de la época, la realidad de hombres y mujeres pertenecientes a sectores obreros, campesinos y pobladores, transformando esa realidad en expresiones de arte que se vieron reflejadas en el canto, la música, la actuación teatral, las artes plásticas y las esculturas. De esta forma el pueblo fue protagonista en los contenidos de las expresiones de arte. Resurgió a la vida, asumió su rol en la historia de Chile, desde ese momento la historia no era sólo de aquellos héroes solitarios y amargados, ahora también la historia se empapaba con las vivencias colectivas y personales de un pueblo que avanzaba en transformar sus prácticas de solidaridad en un proyecto nacional alternativo.

En la mañana del 11 de septiembre, consecuente con sus ideales y la lucha popular, Víctor se dirigió a la Universidad Técnica del Estado para resistir desde ahí el golpe dado por los militares, él no era ajeno a la Universidad, ahí realizaba labores como docente y al igual que muchos otros profesores, estudiantes y personal auxiliar, decidieron mantenerse en su Universidad, como una forma de resistir el golpe militar. Pero a nadie se le pasó por la cabeza que el alzamiento de los militares traía como trasfondo un odio tan profundo contra el pueblo y sus intelectuales. En la mañana del día 12, la Universidad fue copada por los uniformados, quienes actuaban como si fueran perros rabiosos, destrozando todo, disparando como locos, golpeando, deteniendo y asesinando personas. Los sobrevivientes fueron trasladados al estadio Chile y cuando se dieron cuenta de la presencia de Víctor, se ensañaron con él y a fuerza de tortura le fueron dando muerte física, ese fallecimiento, hoy día lo mantiene con más vida que nunca.

Su nombre y su figura atravesaron las paredes del recinto deportivo, su obra se extendió por toda la nación, en los momentos en que las agencias noticiosas informaban al mundo sobre su asesinato. En las chozas humildes de los campamentos, en los ranchos de los pobres del campo y en cada uno de los rincones donde existía un trabajador, con las luces apagadas y agazapados para no recibir un balazo, de los miles que se disparaban en las noches de toque de queda, la gente, su pueblo, no dejaba de cantar sus canciones, en principio el canto era de dolor, más adelante fue de resistencia y las nuevas generaciones de jóvenes hicieron como propias su figura y

su obra, cantaron y resistieron hasta que la dictadura se fue en retirada, pero los jóvenes siguieron adelante y se apropiaron del Estadio Chile, hasta que treinta años después lograron que las autoridades del país le cambiaran nombre a ese recinto y hoy día el estadio, en forma oficial, lleva el nombre de Víctor Jara.

Cerca del mediodía, dentro del dolor que nos embargaba, tuvimos la presencia del único momento grato en aquel lugar. Se repartió una taza de porotos para cada uno; a simple vista los frijoles no tenían ningún signo de buena preparación, pero con el apetito que teníamos los cuatro porotos que nos sirvieron en unas tazas de plástico, se transformaron en un transitorio festín, creo que pocas veces he comido algo con tantos deseos y con tanto cuidado a la vez, buscando que aquel momento y que ese leve bocado, durara entre los dedos de mis manos el más tiempo posible. Fui sacando con los dedos, desde el fondo de la taza, cada uno de los frijoles sin importar que estuvieran medianamente cocidos, helados y sin sal. Total, cuando hay hambre, hasta un lomo a lo pobre es exquisito. Siempre me quedó la impresión que aquella porción de porotos tenía como objetivo el de apaciguar los ánimos entre los detenidos, por el malestar del asesinato de Víctor.

Pero ese momento agradable de tener los frijoles entre los dedos no perduró mucho, este no era un lugar para buenos momentos, lo habían habilitado los militares para detener, atormentar y asesinar a los enemigos de la clase dominante. Así que después de comer, a mi amigo Chambo le bajo la sed y se fue a los baños a beber un trago de agua para pasar el almuerzo. En ese instante en que venía de regreso, se cruzó uno de los niños que se paseaba por el recinto con una bolsa de género, con la que lo habían mandado a comprar el pan. Este era un niño que no tenía una edad superior a los trece años, ambos caminaban en direcciones opuestas y el cruce fue por delante de un guardia muy joven que se encontraba de vigilante en la travesía. Fue en ese instante en que el niño de la bolsa se lanzó en contra del guardia, tratando de arrebatarle el fusil. Chambo se detuvo con las manos en la nuca a un metro de distancia, obedeciendo a la orden de alto dada por el sirviente que tenía a cargo una ametralladora, en la parte más alta. En los ojos del niño se veía reflejada la furia enloquecida del arrebato, en cambio, en la vista del guardia joven se notaba temor, el uniformado no era más que un recluta que

estaba cumpliendo con su servicio militar, por lo tanto, estaba obligado por las circunstancias efectuar el papel de verdugo, por sus gestos se notaba que no tenía intenciones de dañar al niño.

Chambo, mi camarada y amigo estaba allí mismo, en vivo y en directo y sin saber qué hacer, y aun si pudiera hacer algo, no era recomendable, tenía una ametralladora apuntándole. A la distancia se sentía que los cuerpos estaban jadeantes en la lucha por el arma. Llegaron otros guardias que sólo se limitaron a amenazar a Chambo, sintiéndose incapaces de golpear al niño. Este en cambio, había adquirido una fuerza de adulto y en varios momentos tuvo a mal traer al militar, pero el golpista lograba rehacerse. En una oportunidad, el fusil quedó apuntando directamente a mi amigo. Cerré los ojos y presentí el disparo, el que se escuchó como un estampido seco. Con el silencio que existía al interior del local, hizo vibrar el coliseo. Abrí los ojos lentamente y vi a mi amigo que seguía allí, de pie y con las manos en la nuca. Los dos cuerpos seguían disputando el arma. Pero ésta apuntaba ahora hacía el techo, justo al lugar donde se había incrustado el disparo anterior. El cañón del fusil, tanto estaba a un lado como a otro. En una ocasión estuvo la boca del cañón afirmada en el pecho del guardia, sólo bastaba una pequeña presión sobre el disparador para que el soldado no pudiera seguir defendiendo el arma.

Eso no sucedió, en cambio, en un momento en que los dos cuerpos se veían cansados por la lucha, el militar fue lentamente inclinando la disputa a su favor y el cañón del arma se incrustó en él estómago del niño. Ahora el disparo se escucho con menos fuerza que el anterior, apagado, como los petardos de Año Nuevo. El niño soltó sus manos del arma, sus brazos cayeron primero lentamente a los costados de su cuerpo. Pasado unos segundos, sus manos fueron a su abdomen y su cuerpo empezó a doblarse en dos, como si luchara tenazmente para mantenerse erguido. Por fin, al cabo de unos treinta segundos, su resistencia orgánica se quebró. El niño, al que sus padres nunca más verían, el mocoso inocente que salió una mañana mandado por su madre a comprar un kilo de pan para el desayuno, cayó de bruces con sus manos apretando el estómago sangrante. El guardia, que al parecer no tenía intención de dañar así al niño, permaneció de pie al lado del pequeño inocente, como no creyendo lo que había sucedido. Su arma permanecía descansando a lo largo

de su pierna derecha y su mente trabajaba aceleradamente en la búsqueda de una explicación para todo aquello que estaba sucediendo.

Seis meses atrás, aquel joven vigilante había ingresado al ejército, allá en el norte del país, en la lejana ciudad de Antofagasta, para realizar su servicio militar. En su rostro estaba la huella de ser hijo del desierto. Su niñez se había desarrollado entre las historias que contaban los adultos, relacionadas con las calicheras. El salitre, que en tiempos anteriores fue el oro blanco de la zona, las personas de más edad todavía no dejaban de añorar, -todo tiempo pasado fue mejor -decían, mientras sorbeteaban la bombilla del mate y escuchaban el ritmo de un cachimbo, baile típico de la zona. El oído del muchacho estaba acostumbrado al sonido de la quena y sus ojos a ver las llamas que bajaban desde el altiplano, en dirección a la costa. Cinco días atrás, al anochecer del día lunes 10 de septiembre, formaron a todo el regimiento. El comandante hizo una arenga sobre la patria y la defensa de la libertad conseguida por O'Higgins, del heroísmo de los setenta y siete soldados que resistieron en la batalla de Chorrillos y de aquellos que se apoderaron del Morro en Arica. Por último dio media hora para que todo el personal militar de la unidad estuviera nuevamente formada con traje de combate, mochila y su correspondiente armamento.

-Debe ser una noche de maniobras -comentaban los reclutas. Otros más belicistas decían que a lo mejor había guerra contra los peruanos o contra Bolivia y posiblemente contra los dos juntos. -Claro -agregaba otro- si los viejos del setenta y nueve lo hicieron, ¿por qué no nosotros? Pero todo era un misterio, los formaron en el patio principal, el comandante pasó revista y hubo otra alocución. Se impartieron órdenes al por mayor, enseguida los subieron a unos camiones y partieron en dirección al aeropuerto para embarcarlos en aviones de transporte con rumbo desconocido.

Mientras volaban, todos se imaginaban que amanecerían en Arica. Varios se jactaban que ahí tenían familiares y éste viaje les serviría para visitarlos. Muchos durmieron en el trayecto, como lo habían ordenado los oficiales. Por fin los aviones tocaron tierra, todo el mundo a formar de nuevo. Ya estaba amaneciendo y se podía leer en un mural «Base Aérea Los Cerrillos». Estaban nada menos que en Santiago, la capital del país, a muchos kilómetros de distancia de

su querida Antofagasta y sin saber por qué y sin que lo supieran sus familiares. Seguramente a esa hora algunos matrimonios conversaban en sus lechos sobre sus hijos que deberían estar despertando por el toque de la diana para levantarse a la gimnasia diaria. Pero no era así. Ellos estaban en Santiago y había un coronel desconocido hablándoles en la loza de Los Cerrillos sobre «la patria pisoteada por el insurgente rojo, con órdenes de Moscú y La Habana para hacer de Chile una segunda Checoslovaquia». -Nuestra misión, valientes soldados de la pampa, es seguir el ejemplo de los combatientes de Chacabuco y Chorrillos, es hacer lo mismo que en Arica cuando un puñado de hombres se tomó el Morro y después se pasearon por Lima, con la diferencia que ahora escribiremos en la historia, nuestro aplastamiento a las fuerzas soviéticas, que han pisoteado nuestra tradición histórica de libertad y de patriotismo. Ustedes valientes soldados serán ya ancianos cuando tengan la dicha de contar con el respeto y la admiración de sus hijos y nietos por haber liberado a la patria mancillada por el invasor rojo.

Los muchachos no lograban entender mucho el por qué los soviéticos estaban invadiendo Chile, por qué no mejor Francia o Inglaterra que estaban más cerca de Rusia y no a nosotros que estamos a tanta distancia. Ahora recién estos muchachos lograban entender todo. Aquellos hombres de overol y de manos endurecidas por el trabajo, eran los invasores de los que les hablaron. Este joven había esperado durante cuatro días para ver a un soldado soviético y poder combatir por la defensa de la patria, pero resultaba que aquellos modestos hombres con las manos en la nuca eran parte del «invasor rojo» y ahí en sus propios pies, había uno de ellos muerto y por su fusil, él era autor de los disparos. Valiente acción, como para recibir una condecoración de guerra. El potencial bélico de este pequeño «invasor» consistía en un bolso con unas letras bordadas con hilo verde que decía «pan».

Estadio Nacional

Terror e impotencia

Después de los sucesos de aquel día, cuando ya estaba anocheciendo se empezó a ver un gran movimiento de uniformados, el gorila en jefe daba instrucciones a diestra y siniestra, los subalternos repetían las instrucciones y de pronto hizo su aparición una unidad importante de uniformados que se distribuyeron en las salidas del recinto mientras otros se dirigieron hasta el lugar donde estábamos sentados. Un oficial dio la orden a un grupo de compañeros que estaban en una hilera de butacas para que se pusieran de pie y avanzaran caminando hacia las salidas del recinto, así nos fueron sacando, en fila india en dirección a la puerta de salida. Me tocó pasar justo a los pies de la galería donde estaban sentados los compañeros extranjeros. De las trescientas personas que existían días atrás, quedaba sólo la mitad. El resto los habían sacado del lugar de a diez en diez y se suponía que eran ejecutados posteriormente.

Fuimos formados en el pasaje Politeama y nos hicieron caminar hacia el lado de la calle Unión Americana y ahí estaba de nuevo la hilera de buses verdes. Los mismos que en días anteriores se usaron para trasladarnos desde Vicuña Mackenna. ¿Y ahora para dónde nos llevaban de nuevo? fue la pregunta que alguien expresó en forma tímida. No lo sabíamos, pero no era a nuestras casas. Afuera se veían luces y movimiento de policías, no transitaba nadie que no fuera uniformado con fusil. El único civil, a excepción nuestra, era un hombre de unos cuarenta años y de regular estatura, que al parecer momentos antes debía de haber estado bien vestido, a juzgar por su traje azul, camisa blanca y corbata azul con lunares blancos. Se encontraba de rodillas, llorando. Dos golpistas del cuerpo de carabineros lo golpeaban con los pies y culatas de sus fusiles.

-¡Piedad, señor, piedad! -exclamaba el desdichado -soy funcionario fiscal y se me hizo tarde haciendo inventario con el capitán Durán. Sin hacer caso alguno, los golpistas lo levantaban del pelo y lo arrastraban salvajemente por el piso de cemento. El espectáculo era lastimoso, no tanto por el salvajismo de los golpistas, ya que en los últimos días nos habíamos habituado a ver hechos peores, era más

por las súplicas y el llanto del hombre, que se abrazaba a las piernas de un golpista y les prometía besarles los pies si dejaban de golpearlo.

Estaba claro que no era un obrero. Los obreros no suplicaban, al contrario. Los había visto morir en estos días, insultando a los golpistas y lanzando consignas. El oficial de ejército, encargado de nuestra salida del recinto al pasaje, no pudo soportar más y se dirigió a los verdugos reprobando su acción. Estos quisieron oponer resistencia a su reprobación, pero el oficial les recordó que él era un superior y que no importaba que fuera de un cuerpo armado diferente al que ellos pertenecían. Hizo que el hombre se pusiera de pie y que le explicara porque estaba allí. El hombre dijo algo de unas bodegas de ferrocarril. Se refirió al capitán Durán y que su domicilio era a dos cuadras de allí, a un costado del Cine Alameda. El oficial ordenó a los verdugos que escoltaran al hombre a su casa y que los hacía responsables si le ocurría algo al desdichado. Este quiso besar las botas del oficial, quién se lo impidió secamente. Por último los dos golpistas tomaron al hombre de los brazos y desaparecieron por Unión Americana en dirección a la Alameda.

Nos hicieron subir a los vehículos y nos ordenaron tendernos sobre el piso de los buses, unos sobre otros y con las manos en la nuca. Nuestra posición no era nada de cómoda y desconocíamos nuestro destino. Lentamente los vehículos empezaron a moverse. Como conocedor del sector, no tuve ninguna dificultad para darme cuenta que al final de Unión Americana doblamos por Blanco Encalada y que al final de ésta, dimos una vuelta alrededor del Parque O'Higgins, pero el bus seguía avanzando en dirección al oriente, al parecer por Avenida Matta. Noté que debíamos estar a la altura de Vicuña Mackenna y que seguíamos recto adelante, por lo tanto debíamos haber tomado por Avenida Grecia. A la altura de Avenida Marathon, el bus dio varias vueltas cortas y se sintieron ramas de árboles que rozaban la carrocería.

El móvil en el cual yo iba, se detuvo. Afuera se oían voces que insultaban y carreras de hombres acompañadas por quejidos. Estuvimos detenidos un par de minutos y nuevamente el vehículo en que estábamos se movió unos metros. Al detenerse se abrieron las puertas y los golpistas ordenaron que bajáramos. Llegué hasta la puerta del bus, pisándole los talones al gordo Vicente que corría a saltitos. Un

culatazo en la espalda al gordo lo hizo caer de bruces sobre el cemento. Debido a su físico no pudo incorporarse tan rápido, a pesar del incentivo de patadas que recibió de parte de varios golpistas que se encontraban a la salida del bus. Quise evitar que me golpearan saltando lo más ágil posible, pero igual sentí un golpe en el hombro y fui a caer justo encima de Vicente que trataba de incorporarse. Alcancé a recibir un par de patadas por los costados y a trastabillones logré tomar al gordo de un brazo ayudándole a ponerse de pie. Corrimos conducidos a fuerza de insultos y golpes de culatas por un pasillo de madera, que al parecer estaba recientemente construido. Sin detenernos en nuestra carrera, fuimos chocando contra una pared y cayendo amontonados unos encima de otros.

Después de unos minutos de confusión y luego que alguien nos insultara de alguna parte, sentimos una puerta metálica que se cerraba y un candado que hacia presión sobre una cadena. Entre nosotros empezamos a interrogarnos sobre donde estábamos. Conclusión: nos encontrábamos en el Estadio Nacional, encerrados en el camarín número diez y éramos un total de cien detenidos. Por lógica, la dimensión de un camarín para deportistas no está hecho para contener a cien personas cómodamente instaladas. Seguramente podrían estar allí unas treinta personas como máximo. Pero teníamos una ventaja en relación al recinto anterior, allí no había ametralladoras ni guardias con fusiles a la vista. Tampoco estaba la odiosa figura del carnicero en jefe, ordenando el fusilamiento de los compañeros extranjeros.

Estábamos encerrados en un pequeño lugar, que semejaba a una ratonera, al parecer, en cada uno de los camarines, los grupos de compañeros eran de alrededor de cien personas. Existía un espacio destinado para duchas y, otro lugar donde podíamos acomodarnos, era el que los deportistas usaban en tiempos normales para vestirse. En esas condiciones estábamos obligados a organizarnos para que nuestro encierro no fuera tan penoso como en el Estadio Chile. Así lo hicimos y mientras la mitad de los hombres se tendía en la noche para dormir, la otra mitad permanecía en posición sentada o de pie para aprovechar el espacio. Así nos turnábamos cada cierta cantidad de horas. Otro problema que nos estaba perjudicando, eran la falta de energías en cada uno de nosotros, la falta de alimentos nos hacia sentir débiles y para ello, debíamos evitar el desgaste físico.

A la salida del ejército, después de haber realizado el servicio militar, estaba físicamente irreconocible en relación a un año atrás. Mis familiares y amigos no paraban en hacérmelo notar. Cuando me fui a Punta Arenas pesaba sesenta y cinco kilos. Después de un año regresé pesando setenta y ocho. Trece kilos de diferencia y no eran para menos, en Punta Arenas vivía sólo para comer y beber, en la práctica, fui el milico menos milico que hubo. Si anteriormente soñaba con ser miembro del ejército, ahora que lo conocía por dentro, mis sueños se habían esfumado y prefería seguir siendo un civil común y corriente. Fue entonces cuando me reincorporé a las actividades que desarrollaba antes de reclutarme. Sin proponérmelo siquiera, fui encontrando la huella que me conduciría al camino de mis verdaderos ideales. No había pasado un mes desde que estaba reincorporado de nuevo al trabajo, cuando un día me llamaron a las oficinas de la gerencia. -Queremos hacerte una proposición - me dijo el hijo del dueño de la empresa que cumplía el rol de gerente, -hemos notado tu responsabilidad y tu desarrollo laboral en estos días después de tu vuelta del ejército y deseamos ayudarte para que prograses y seas un hombre importante con el tiempo. ¿Qué te parece?. Respondí que toda ayuda que estuviera relacionada con mi desarrollo y progreso, bienvenida sea, pero había que ver la forma y el precio. Lanzó una bocanada de humo después de pitear un cigarrillo y desde un sillón echado hacia atrás, me largó todo el rollo con la propuesta.

-Mira, te podemos enviar a un instituto nocturno. A la vuelta de un año puedes estar trabajando aquí en las oficinas, pero en todo este tiempo que tú vas a tener un trato especial, debes ver el comportamiento del personal e informarnos. ¿De acuerdo? - ¿Y usted cree don Arturo, que a mí me agarraron verde? -le respondí, no señor, yo no sirvo para sapo. Si así hubiera sido, me habría quedado como milico. Hasta allí llegó la simpatía de mis patrones. A la semana siguiente, salía nombrado en una terna como candidato a director del sindicato, en cuya elección ocupé el puesto de tesorero con la tercera mayoría. Tres períodos seguidos en la directiva, los dos siguientes como presidente. Me gustaba aquello, pero no caí en buenas manos para mi formación. Al principio, admiré a los dirigentes de la federación, pero

con el tiempo, durante mi desarrollo como dirigente, fui descubriendo que se habían profesionalizado como directores y existía en ellos una burocracia que después descubrí que era típico en los cabecillas sindicales. En general, el dirigente sindical tradicional es muy bueno para conversar, gustan de la buena mesa, por ello no faltan las comidas y en este caso, como sucede con la mayoría, se autodefinen como apolíticos. Ellos parten de la base que el sindicalismo es autónomo de la política y no hay que mezclar ambas cosas. Si alguien tenía una orientación partidaria, esas ideas no debían manifestarse en las actividades gremiales. Desde la federación se interesaron en mi participación, ya que en esa época era de los dirigentes más jóvenes que existía en Santiago y en ese ambiente empezó mi formación sindical. Fui invitado por los gringos del Instituto Americano para el Sindicalismo Libre (ORIT), que dependía de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y estuve durante dos años asistiendo a foros, charlas y seminarios organizados por esta institución. En esa época nunca reflexioné sobre el por qué a los "americanos" les interesaba dar esta capacitación sindical a los dirigentes de base. Mi ignorancia sobre lo que significaban las clases sociales me llevaba a participar en este tipo de eventos, sin entender los contenidos que estos poseían. Mi participación estaba dada porque lo pasaba bien, si el seminario duraba una semana, la institución me retribuía el equivalente salarial de dicha semana y en todas estas capacitaciones se recalca constantemente el principio del apoliticismo para enfrentar los conflictos laborales.

Con relación a este tipo de práctica sindical, hoy día entiendo el por qué mi compromiso con la clase se da a partir de mi trabajo en la población. En el área sindical, yo actuaba con el instinto de pertenecer a la clase obrera, pero mi compromiso consciente con la clase surgió de este encuentro con los jóvenes miristas, ya que ni siquiera en el transcurso de la campaña eleccionaria de Salvador Allende, lograba visualizar bien el sentido del antagonismo de las clases en pugnas.

Con el tiempo entendí que a los gringos no les interesaba arreglar el mundo nuestro y por ello realizaban este tipo de instrucción, con el fin de lograr la enajenación de los nuevos cuadros sindicales. La institución tenía, en aquella época, el apoyo y el

patrocinio del Gobierno. El objetivo no era otro que masificar un tipo de acción sindical relacionado con la colaboración de clases. De ahí entonces que los eventos se realizaban con el propósito de encandilarnos con luces de colores para que no viéramos lo que es realmente necesario ver, para que desestimáramos los instrumentos que efectivamente nos podían llevar a observar nuestra realidad y así analizarla para posteriormente transformarla.

De ahí que 1970 fue importante para mí. Obtuve mi compromiso de clase, se abrió mi conciencia y descubrí el camino a seguir. Defender las reivindicaciones obreras era una actividad que realizaba como dirigente en forma sólo parcial, lo hacía con todo el cariño y solidaridad hacia mis compañeros obreros, pero mi activismo sindical estaba cojo, le faltaba lo más importante, orientarlo hacia un proyecto nacional, cuyo objetivo fundamental fuera el cambio de la sociedad. Todavía, a esta altura de la vida, la gran mayoría de los dirigentes sindicales y sociales, actúan sobre la base del momento mismo, las acciones en función de la reivindicación puntual, en el hoy, pero no ven o no quieren proyectarse al mañana.

La dictadura militar introdujo en su discurso el desprestigio a la acción política, para asegurar que en el futuro los representantes sociales se limiten a una acción parcial y no incursionen en el trasfondo de los problemas que afectan a la sociedad. La clase dominante le tiene miedo a la historia y los personeros públicos en sus discursos, viven manifestando que lo importante es el presente, el pasado hay que dejarlo en el olvido, colocarle una tela encima y velarlo. Esto lo hacen a diario y los medios de comunicación lo repiten una y otra vez. Los medios de comunicación les pertenecen y la gente de nuestro pueblo escucha y muchos dirigentes sociales repiten el mismo discurso, como meros papagayos. Aunque exista el instinto de clase, los dirigentes, si no tienen otros referentes, actuarán sobre la base del momento.

A partir de 1970, mi trabajo en la población lo tomé sólo como un pasatiempo, sin embargo se tornó en un hecho importante para transformar mi vida. El incidente con los dirigentes, demócratas cristianos, la invitación del compañero de la Unidad Po-

pular para integrarme a la campaña presidencial y, principalmente, el encuentro con los jóvenes participantes de este nuevo proyecto revolucionario, fueron determinantes para empezar a entender que la lucha de los obreros y los pobladores era una sola y contra un mismo enemigo; y para que esta lucha fuera más eficaz, era necesario tener la orientación de un referente político, que en mi caso fue el partido.

Terminado mi período sindical en abril de 1970 no postulé a la reelección, por diversos hechos que estaban sucediendo en mi vida en aquel momento. Creo que fue un error, ya que debí permanecer dentro de la actividad sindical, mi retiro fue como un obsequio para los patrones del gremio, ya que si bien no fui un buen dirigente, tuve el buen tino, por el instinto de clase que poseía, de no contarle chistes a los dueños de la empresa, lo que me llevó a no tener una relación amigable con ellos. En este período también cumplía funciones como vocal de la junta de conciliación, organismo tripartita que dependía del Ministerio del Trabajo. La función de vocal obrero en la Junta de Conciliación se obtenía sobre la base de una elección entre los propios dirigentes sindicales del gremio en la provincia de Santiago. A esta instancia llegaban a su tramitación todo los conflictos laborales de un mismo gremio, por lo que no sólo era conocido por los patrones de la empresa donde laboraba, también me ubicaban todos los patrones del gremio de la madera. Resultado final: al término de los fueros con que la ley me amparaba, me despidieron de donde trabajaba y me cerraron las puertas en todas las empresas relacionadas con la actividad maderera.

No postulé a la reelección sindical, principalmente por que en aquel período mi padre enfermó y falleció de cáncer. La muerte de mi viejo también estaba relacionado directamente con la injusticia social. Había dado más de treinta años de trabajo a un hacendado de la provincia de Talca. Treinta años saludando el amanecer de pie en medio del campo, con la pala o el arado, despidiendo el día en su largo camino de regreso a casa cuando anochecía. Más de treinta años de golpes y de trabajo pesado para un mismo patrón. Cuando mi viejo enfermó de cáncer, todas las pocas pertenencias de la familia, que estaban al interior de una casa destinada para inquilinos agrícolas de la hacienda,

fueron lanzadas a la calle. Aquel pulmón ya no podía seguir siendo explotado. Se había averiado y tenía que lanzarse a la basura. Que terminara de pudrirse lejos. Mi viejo en un hospital de Santiago y mi madre con mis hermanos menores botados en la calle sin tener donde armar una cama para dormir. Cuando mi padre daba su último suspiro en el hospital, yo ya estaba resignado a su muerte. Sabía que tenía que fallecer y lo lloré cuando el doctor lo desahució. Al momento del fallecimiento ya había pasado mi dolor. En cambio había renacido dentro de mí un ser nuevo, que juraba para sí mismo sobre el cuerpo aún tibio del hombre que me había engendrado y protegido, que lucharía con todas las armas por la destrucción de la sociedad injusta que nos rodea y por la creación de una sociedad con hombres y mujeres diferentes, más humanos.

En aquellos camarines quedamos encerrados, como simples objetos perdidos. Sólo de vez en cuando sentíamos algún ruido de personas que transitaba en los pasillos, pero nadie se acordaba de nosotros. Salvo cuando nos poníamos a cantar, venía alguien y nos amenazaba desde afuera para que nos calláramos. Cuando pedíamos comida, nos aseguraban que ya venía. Así pasaron otros tres días sin comer, en siete días que llevábamos detenidos, sólo habíamos comido la taza de porotos que nos sirvieron en el Estadio Chile. -Somos hombres de organización -dijo un día un compañero -y tenemos que demostrarlo. Así es que nos vamos a dividir en grupos de a cinco y nos cuidaremos unos a otros, de aquí en adelante hablaremos justo lo necesario, caminaremos sólo para ir al baño, beberemos el máximo posible de agua y dormiremos un máximo de ocho horas, todo esto para cuidar de nuestras vidas. ¿De acuerdo compañeros? -A todos nos pareció correcta la propuesta del compañero. Dividimos los grupos y se empezaron a cumplir las instrucciones al pie de la letra. Nos convertimos en celosos vigilantes de nosotros mismos, era nuestra integridad física la que estaba en peligro en aquella ratonera. Pero llegó un día en que las fuerzas de algunos compañeros no pudieron aguantar más.

El 17 de septiembre en la mañana, Sergio, un compañero que trabajaba en mi empresa, sufrió una fatiga y un ataque de histeria. Le pusimos compresas de agua helada, pero no reaccionaba, tuvimos que recurrir a los guardias, golpeando la puerta y realizando excl-

maciones de auxilio. A nuestro llamado acudió una escuadra de golpistas a quienes se les explicó lo que sucedía. Ante la gravedad de los hechos, los militares reaccionaron sacando al muchacho fuera del camarín, para que lo viera un médico, quien, después de un chequeo realizado a ojo, llegó a la brillante conclusión que al compañero le faltaba alimentación y su receta consistía en suministrarle algo de comer, al instante lo hicieron beber un vaso de leche y lo devolvieron al encierro. Por la tarde, sucedió lo mismo con un compañero de otra empresa. Al anoecer se nos hizo llegar un jarro de té a cada uno, con un pan repartido para cuatro. De ahí en adelante nos proporcionaron alimento dos veces al día. En la mañana, té con medio pan y en la tarde, una taza de comida.

El 18 de septiembre era el día de la Independencia Nacional. Se cumplían ciento sesenta y tres años de la fecha aquella por la que, desde que uno acude por primera vez al colegio, nos están machacando con la historia de Mateo de Toro y Zambrano y su decisión rebelde dentro del Estado de la colonización Española. Se dice que este caballero llamó a un Cabildo, donde asistieron ciertos notables de la época, para discutir como continuar con esta colonización, porque la forma en que se estaba desarrollando estaba un poquito añeja y había que renovarse. Pero nunca faltan los más radicalizados y estos notables más puntudos se tomaron la asamblea y desde ahí habría surgido un plan de trabajo, que se transformó en el corto tiempo en una guerra entre dos fracciones y una de ellas se fue radicalizando más y se auto definió como patriota. Esta guerra que empezó por intereses de ambas fracciones se transformó, en definitiva, en una guerra de liberación del dominio colonialista español.

Claro está que después de los españoles se instalaron los ingleses e impusieron un dominio económico sobre nuestro territorio. Pero ese es otro cuento, lo que nos interesa ahora es el entender porque ese día al interior del camarín N°10 del Estadio Nacional, decidimos hacer un acto de celebración del aniversario patrio y de protesta por la circunstancia que en aquel momento nos encontrábamos. Todos muy débiles, nos pusimos en pie y entonamos el himno nacional. Esa ha sido la última vez que lo hice, nunca más nadie, ni por la buena ni usando la violencia, han logrado que cante el himno nacional nuevamente. Aquel día lo hicimos con fuerza, especialmente cuando cantamos el estribillo. El estómago se hundía y el pecho

subía cuando repetíamos una y otra vez en coro «o la tumba será de los libres, o el asilo contra la opresión».

Era tanta la fuerza de nuestro canto y nuestra concentración con las manos tomadas como una cadena y levantadas en alto, que nadie se dio cuenta cuando se abrió la puerta. Sólo sentimos la melodía siniestra de los fusiles disparando por sobre nuestras cabezas y una voz que ordenaba ¡A tierra los huevones! Fuimos tendidos en el piso con las manos sobre la nuca, mientras un oficial lanzaba una arenga sobre nuestra condición de prisioneros de guerra y que cualquier acto de protesta estaba penado con el fusilamiento inmediato. Al instante se escuchó respuestas desde otros lados. Llegó hasta nuestros oídos, desde distintos sectores del Estadio Nacional, el corear del himno patrio de otros miles de compañeros, que al igual que nosotros se encontraban encerrados en los camarines del recinto deportivo. En forma idéntica a lo que nos sucedió a nosotros, en los otros lugares se sintieron golpes y disparos de los golpistas. Habíamos logrado nuestro objetivo, hacer un acto de protesta.

Pero junto con todo lo que estaba sucediendo, se esfumaba el gran sueño del Presidente Allende, obtener para Chile y su pueblo, la segunda Independencia. En el proyecto del Presidente y en sus discursos, se refería a la independencia territorial, pero teníamos una dependencia económica histórica, que siempre fue sostenida en las espaldas de los sectores más humildes de la nación y en especial los trabajadores, que somos los que con nuestras manos y nuestra creatividad hacíamos producir las fábricas, construir viviendas, extraer de las entrañas de la tierra el mineral y, sin embargo, toda aquella riqueza creada por el hombre y la mujer sencilla quedaba en las manos de las empresas transnacionales y de sus socios, los patrones nacionales. De ahí el discurso del Presidente Allende: «En este proceso conquistaremos la segunda Independencia para Chile y sus trabajadores, la Independencia Económica».

El 19 de septiembre ocurrió un hecho que significó la salida de la gente de nuestra empresa de aquella ratonera. Los golpistas pasaron por los camarines pidiendo voluntarios que tuvieran conocimientos en instalaciones eléctricas para arreglar desperfectos en el alumbrado del Estadio Nacional. Alguien dijo que entre la gente de las empresas electrónicas debían de existir técnicos, así era, salieron dos compañeros que trabajaban en mi empresa y estuvieron todo

ese día haciendo arreglos en el alumbrado. El oficial que estuvo a cargo de vigilar el trabajo los reconoció en el acto. Era un capitán que unos meses antes había estado realizando una práctica de estudios durante seis meses en IRT. Este oficial prometió sacar a la gente de la electrónica de los camarines, recomendando nuestra libertad. El 21 de septiembre en la tarde, nos sacaron de aquel subterráneo. Nos interrogaron uno a uno, preguntaron nuestros nombres y el por qué de nuestra detención y cuál era nuestra implicancia política. Desde ya, todos estábamos de acuerdo en asegurar que éramos una brigada contra incendios y que nos quedamos en la empresa para sofocar unos amagos que acaecían, producido como consecuencia de balas sueltas que habían caído sobre unos cilindros de gas.

Entre la camaradería y el terror

Al anoecer de aquel 21 de septiembre, salimos por un túnel a unas de las galerías del Estadio. A esa hora, cuando la noche estaba anunciando su presencia, todo se veía vacío, sólo en la pista de cenizas se divisaban uniformados que transitaban de un lugar a otro. El coliseo deportivo, con su estructura de cemento con capacidad para ochenta mil personas, mostraba un aspecto impresionante. Nosotros, después de diez días de encierro y luego de haber comido pobremente nada más que en los últimos tres días, estábamos en estado catastrófico. Penosamente subimos los peldaños de la galería norte del Estadio, para llegar a los pasillos donde tradicionalmente se instalan los vendedores de bebidas. En ese lugar nos encontramos con una gran cantidad de personas que formaban una larga fila, tratando de obtener una ración de alimentos. Ese privilegio en los túneles todavía estaba limitado.

Avanzábamos lentamente para lograr una ubicación en aquel lugar, ayudándonos unos a otros, con los ojos hundidos, los rostros amarillos y los cuerpos huesudos, luego de haber perdido varios kilos. Pero íbamos contentos porque se nos había dicho que al día siguiente nos marcharíamos en libertad desde ese sector. Allí había unas trescientas personas, algunos de ellos en la fila para obtener alimentación, otros al parecer reposaban, ya se habían comido su porción de alimentos y otros tantos compañeros se encontraban en la faena de comer unos frijoles rojizos y mal preparados. De inme-

diato algunos de los compañeros que se encontraban allí se interesaron por los que veníamos llegando y nos sirvieron de aquellos fréjoles. En la práctica, fue como estar alimentándose en el mejor restaurante. Alguien nos pasó unas frazadas y dormimos esa noche con la ilusión de salir de ese infierno.

En la mañana siguiente, el cielo amaneció azul, sin una nube que empañara el infinito. Estábamos ni más ni menos que gozando del primer día de primavera y teníamos la dicha de observar ese cielo azul, de sentir en nuestros rostros de pueblo, la agradable brisa que atraviesa de sur a norte el espacio de la ciudad en esta época del año y de apreciar en nuestros cuerpos amarillos y esqueléticos, la tibieza de los dorados rayos de sol que momentos antes había surgido con todo su esplendor, detrás de aquella cordillera tan nuestra. En aquellos momentos nos considerábamos sobrevivientes de esos primeros días del golpe militar y todo lo que aparecía ante nuestros ojos era hermoso, el estadio con su césped verde y al parecer recién cortado, las tribunas bajo marquesinas que se podían apreciar al frente de donde estábamos. Cuando uno no ha pasado por la experiencia de estar en la delgada línea que separa la vida de la muerte, no sabe apreciar lo que existe a nuestro alrededor.

Aquella mañana estábamos valorando la Cordillera de los Andes con sus picachos blancos por la nieve caída en el invierno recién pasado y que la tenemos ahí, siempre a nuestra vista y es el gran regalo que la naturaleza nos hizo a quienes vivimos, trabajamos y también a quienes visitan nuestra capital. Ese mismo estadio, que es de todos los chilenos, construido al finalizar la década de los años treinta, por las manos y el esfuerzo de los obreros de la construcción de esa época, demuestra que el desarrollo de este país se debe en gran parte a la capacidad creadora del hombre y la mujer trabajadora, que entre alegrías, sudor y lágrimas han sido capaces de transformar la naturaleza produciendo riquezas que son disfrutadas por los parásitos de siempre y construyendo sueños que en definitiva son los que sirven para seguir sobreviviendo para el mañana.

Estimando todo lo que existía a nuestro alrededor y en nuestra condición de sobrevivientes pero, por sobretodo, con la ilusión de salir en libertad en las próximas horas, me dirigí al sector de las letrinas y mientras orinaba, alguien me golpeó la espalda. Al volverme, no reconocí quien era. Grande fue mi sorpresa al ver a Horacio, el presi-

dente del sindicato industrial de la empresa, un compañero de militancia demócrata cristiana, con quien tenía excelente comunicación, a pesar de su crítica permanente a la izquierda. Su aspecto era irreconocible. Vestía pantalón de mezclilla, una chomba desgastada y sucia, un gorro de lana incrustado hasta más abajo de las orejas, como una forma de ocultar su cabeza que había sido completamente rasurada. Este compañero era un dirigente bastante joven y se destacaba por su elegancia al vestir, era lo que las mujeres hoy día denominan «un mino». Se alegró al encontrarme, se le notaba en el rostro, él sabía que estábamos detenidos y tenía la esperanza de encontrarnos para no estar solo, y en el acto empezó a preguntarme por todos los otros compañeros de la empresa, a él lo habían detenido cinco días atrás en su casa.

Desde el Ministerio del Trabajo, los militares sustrajeron una nómina de dirigentes sindicales a detener y en ese listado figuraba Horacio. Me contó en pocas palabras que en un principio lo habían acusado de marxista, pero que pudo ratificar que era demócrata cristiano. -Igual me sacaron cresta y media -decía- preguntándome por los marxistas que operaban al interior de la fábrica. Así que están en deuda conmigo los compadres por no abrir la boca. -Eso tiene un nombre compañero, se llama solidaridad de clase -le respondí. Yo también me alegraba de encontrar a Horacio, no porque me guste que golpeen y le rasuren el cuero cabelludo a otra persona, no; porque el compañero era de aquel grupo de dirigentes jóvenes que seguían enganchados con los gringos de la ORIT, y contaba con su apoyo y asesoramiento en la conducción del sindicato. Le hacía falta una experiencia fuerte para abrir los ojos.

No salimos en libertad como lo teníamos previsto, pero desde aquel día nuestro grupo creció. El sub oficial que nos ayudó para que saliéramos de los túneles, se nos hizo humo y nosotros nos quedamos sentados en las graderías del estadio por algún tiempo más. Todavía nos quedaban varias pruebas y obstáculos que superar. Junto con Horacio se agregaron a nuestro grupo dos dirigentes obreros de connotación nacional que también eran demócratas cristianos, uno de ellos era Manuel Bustos, que tiempo después sería el Presidente de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT). Con Manuel ya nos conocíamos, nos habíamos encontrado en algunas asambleas del Cordón Industrial. Allí nos quedamos conviviendo y debatiendo

sobre nuestros ideales, con el resto de los compañeros, durante algún tiempo más. Pasaron varios días y nosotros no hacíamos otra cosa que estar sentados en las graderías que estaban destinadas para las personas que, se suponía, debían salir en libertad. Cuando llegaba la tarde, nos trasladaban al sector de los pasillos interiores, donde dormíamos acurrucados unos al lado del otro para entibiarnos un poco y no pasar tanto frío. Todas las tardes llegaba gente desde otros sectores del estadio que debían salir libre al día siguiente, pero nosotros seguíamos allí, recibiendo a los que llegaban y despidiendo a los que se iban. Habían noches en que se juntaban hasta ochocientos compañeros, pero a la mañana siguiente salían cuatrocientos o quinientos y de nuevo quedábamos los mismos. Así como había gente que salía en libertad, todo los días aparecían en las graderías un número de personas superior que el día anterior.

Al interior del estadio, los golpistas nos tenían separado en una diversidad de grupos, según ellos, de acuerdo a la «peligrosidad». Habían desde dirigentes connotados hasta personas que simplemente eran detenidos por ir transitando por la calle. Un detalle curioso es que había un porcentaje muy alto de gente que estaba allí por venganza. Como el momento que se estaba viviendo en el país con un régimen militar altamente vengativo, esta característica se extendía a través del territorio nacional y por lo tanto, el sistema estaba dado para el soplónaje, mucha gente era detenida porque existía enemistad entre vecinos. Entonces venía el más deshonesto y acusaba de comunistas a los otros, o mujeres de militares que enviaron media población detenida porque habían tenido rencillas anteriores con sus vecinos. También se daba el caso de estar detenido todo el personal de una empresa. La industria era allanada y se llevaban a todos los trabajadores. Por esa razón, a pesar de salir gente en libertad todos los días, al día siguiente se veían más personas sentadas en las graderías, sin contar a quienes aún permanecían en los túneles. Diariamente hacíamos cálculos acerca del número de detenidos, habían personas aficionadas al deporte y conocían muy bien el recinto, lo que nos daba la posibilidad de hacer cálculos bastante aproximados. El día, que percibimos más gente en el recinto, calculamos doce mil personas sentadas en los tablados.

Habían dos hechos que sucedían constantemente al interior del estadio y que producían una especie de terror colectivo: la primera era

la aparición del encapuchado, una figura siniestra con un saco negro en la cabeza y con dos agujeros para observar, lo paseaban por las graderías, custodiado por un grupo de golpistas armados. Por lo general el encapuchado era algún hombre o mujer que se quebraba producto de las torturas recibidas y se comprometía a colaborar con los verdugos. Al ser paseado por el recinto, buscaba a alguien que conociera y lo apuntaba con el dedo, al desafortunado lo sacaban del grupo y se lo llevaban con destino desconocido.

La tortura sistemática que realizaron los servicios de seguridad a lo largo de los diecisiete años de dictadura militar, la sufrí en carne propia en varias ocasiones, al igual que mi esposa. Se podría decir que somos una pareja de sobrevivientes de los campos de tortura creados por las fuerzas armadas, administrados y ejecutados por los servicios de seguridad. La tortura es una acción atroz, desgarrar el alma y el físico de la víctima, está pensada y se ejecuta para denigrar al ser humano, destrozarlo síquicamente y después sacar información. Primero despersonalizan, obligando a que uno se desnude, el tipo de vestimenta que uno usa, además de protegerlo del frío y de permitir el no mostrar sus presas al mejor postor, le entrega a las personas, en cierta forma, la identidad que cada uno tenemos, para mí por ejemplo, mis camisas con cuello mao me hacen sentir que soy yo y que eso me diferencia de los demás y me da seguridad personal.

Así, desnudo, con la vista vendada y amarrado de pies y manos, inician las sesiones de tortura. Las que más conozco son las que se efectúan en la parrilla, ese catre metálico con un somier en el cual tienden a los detenidos y los aseguran bien atándoles las piernas, el torso y la cabeza al metal y aplican electricidad. Para qué seguir dando más detalles sobre los hechos, es como volver a revivir los suplicios, lo importante es saber lo que buscan. Es destrozarse a la víctima, hacerlo sentir que es basura y que se rodea con gente inhumana, que pierda el sentido de sus ideales, que pueda recriminarse sobre lo que hace y lo que hizo, denuncie a quienes han efectuado actividades con ellos. Basta que el detenido entregue una mínima información y la tortura no se detiene hasta que entregues toda la información que ellos quieren. Cuando logran sus objetivos, la víctima de la tortura queda transformada en estropajo y la huella queda grabada en el alma, como una espina clavada que con el

correr del tiempo será muy difícil de extraer, por ello es que el torturado deberá ser tratado por un profesional, para que con el tiempo le ayude a sacarse ese peso del alma y pueda recuperar su autoestima.

La tortura puede ser soportable, pero deben existir ciertas características en la víctima: en primer lugar, un gran amor a la causa por la que el afectado se encuentra trabajando y mucho afecto a la gente con la cual se rodea, el afecto crea lazos de compromiso con las personas; y ese compromiso posibilita resguardarlas, evitar que les suceda algo, uno está dispuesto a dar la vida por las personas por las cuales siente cariño y por la causa que uno defiende. El trabajar por el cambio social, por transformar esta sociedad de injusticias, es una acción simplemente de amor. En segundo lugar, también ayuda el hecho de haber tenido una vida esforzada, de trabajar desde temprana edad para ganarse el sustento diario, la dureza sistemática de las obligaciones para sobrevivir, hacen que las personas tengan una mayor fortaleza física para resistir los momentos tormentosos.

En la acción de resistir la tortura conocí compañeros que tenían una impresionante capacidad física para resistir el dolor, soportaron meses de martirio día y noche. Como una forma de soportar el dolor, los torturados le respondían con insultos a los equipos de torturadores. Es el caso de Víctor Toro, dirigente del MIR, que estuvo alrededor de ocho meses en suplicio constante. Otro caso emblemático en su capacidad de soportar la tortura fue la periodista Gladys Díaz. También fui testigo de un militante del PC, recuerdo que era tío de Chamaco Valdés, un conocido futbolista de Colo-Colo. Lo escuché en Villa Grimaldi, resistiendo la tortura con insultos y maldiciones a los torturadores. Conocí el caso de un compañero socialista que le pusieron a su hijo al frente y lo amenazaron que si no delataba, asesinarían al niño; respondió que si él quedaba con vida podría engendrar nuevos hijos. Ante respuestas de este tipo, los torturadores quedaban perplejos y sin saber como actuar. Mi experiencia de resistir la tortura siempre fue de gritar hasta más no poder, como una forma de resistir el dolor, cuando me colocaban almohadones en la boca para que no siguiera gritando, orinaba y defecaba. En la tortura si uno opta por resistir, todo lo que se pueda hacer es válido. Así como hay compañeros que tienen una capacidad física admirable y resisten combatiendo en la tortura, los que no

tenemos esa capacidad física podemos resistir usando otras formas menos heroicas, pero también eficaces.

Los servicios de seguridad del ejército en nuestro país, inician el proceso de selección de los posibles torturadores, desde el mismo momento en que los jóvenes ingresan a la institución para realizar el servicio militar obligatorio. A los jóvenes que detectan con mayor rudeza y que aparentan un buen estado físico, los seleccionan para unidades de comandos y su preparación es para destrozarse físicamente a supuestos enemigos. En la Región Metropolitana existe el campo de instrucción de Peldehue, donde preparan las unidades de comandos. Un joven que pasó por esa experiencia, me contaba en una ocasión, que a cada miembro de la unidad a la cual él pertenecía le dieron de cargo la crianza y preparación de un perro y cuando este animal era parte importante en la afectividad del amo, el oficial a cargo daba la orden de sacarle el corazón al animal, mientras este permanecía con vida. Si el instruido llevaba a cabo la operación sin titubear, sobrepasando el afecto al can y sin demostrar remordimientos, el discípulo estaba en condiciones de aprobar la instrucción.

El segundo hecho que producía terror entre los detenidos, era el ser nombrado por los parlantes del Estadio para que se presentara frente a la marquesina y se detuviera a esperar junto al disco negro. Este era un objeto de señalización usado en las jornadas de atletismo, para que los atletas tuvieran una idea sobre las distancias durante las competencias. Ahora ese icono era nuestro terror. Cuando alguien llegaba allí llamado por los parlantes, debía esperar hasta que se formara una fila con todos los requeridos para después ser sacados del lugar, llevados en fila india marchando por la pista de cenizas y conducidos hasta el velódromo del Estadio, que se encontraba separado del recinto futbolístico alrededor de dos cuerdas, y que era usado normalmente para las competencias ciclistas. En esa época existía un gran campeón nacional del pedal, cuyo nombre todavía es recordado: Sergio Tormen. Este campeón sería detenido por los servicios de seguridad cuando la dictadura militar ya llevaba cerca de un año de terror en el país, junto a su amigo Luis Guajardo Zamorano y hoy día ambos compañeros son parte de la larga lista de detenidos desaparecidos. En el velódromo, además de las tradicionales pistas para que compitan los pedaleros, existían instalacio-

nes que sirven de camarines y otros espacios para la de venta de cigarrillos, bebidas y golosinas. La construcción de estas instalaciones tienen formas de caracol, que se hicieron siniestramente famosos porque los golpistas los usaron como centros de torturas en esta fase del golpe militar.

Un día fui nombrado por los parlantes del Estadio y tuve que hacer todo el proceso de formación delante del disco negro. Durante el tiempo que estuve retenido en el velódromo, realizaron conmigo una sesión de tortura, tengo la impresión que fui usado como objeto de instructores extranjeros expertos en el oficio de tormentos físicos, para capacitar a futuros torturadores locales. Al entrar al caracol me vendaron la vista y me empujaron para que corriera, al hacerlo choqué mi cabeza en una pared y caí de espaldas. Me levantaron pinchándome el ano con un objeto puntudo, algo así como una aguja. Varias veces repitieron la operación. Cuando me negaba a correr, aquel objeto se incrustaba fuertemente en mi cuerpo, produciéndome agudos dolores que me hacían gritar. Para los verdugos era una especie de fiesta y gozaban a rabiar a juzgar por las carcajadas que lanzaban. En algún momento alguien con acento argentino o uruguayo dijo que me refrescaran la mente, me tomaron de un brazo y me condujeron, al parecer, a un baño. Ahí me tomaron la cabeza y me la empujaron fuertemente hacia abajo, sentí que mi cuero cabelludo se introducía en un tiesto con líquido y mi nariz quedó impregnada de orines. Entonces me di cuenta que era un W.C., porque me aplastaron la cabeza con la tapa y tiraron la cadena del estanque. Cuando salió todo el líquido del estanque, a duras penas podía respirar en esa posición. Esperaron que el estanque se llenara de nuevo y volvieron a hacer la misma operación. Al parecer la repitieron varias veces, pero yo fui perdiendo el sentido a medida que me faltaba el oxígeno.

Sólo recuerdo que al recuperar el conocimiento estaba aparentemente tirado junto a una pared, totalmente empapado y siempre con la vista vendada y las manos atadas. En esa posición permanecí largo tiempo sin atreverme a mover mi cuerpo para evitar que siguieran torturándome mientras escuchaba como eran torturados otros compañeros en diferentes lugares de los caracoles. A diferencia de lo que había ocurrido conmigo, a la mayoría los interrogaban. En general oía que estos negaban o decían que no sabían nada, o sen-

cillamente lanzaban alaridos de dolor. Quien recibió más torturas en ese lapso fue un hombre que hablaba, lloraba y suplicaba hasta por los codos. Los torturadores le prometían que si hablaba no le harían daño. Pero cada vez que daba algún nombre o alguna dirección o se culpaba de algo, una voz con acento portugués decía que lo apretaran otro poco porque debía saber más.

Cuando alguien ordenó que juntaran a los que estaban listos, porque había que llevárselos, yo empecé a moverme y a quejarme para llamar la atención, con el fin de que me sacaran de allí, no sabía para donde, pero quería escapar de aquel lugar. Alguien me tomó de un brazo y me dijo algunas palabras, sobre que yo me repondría y que caminará con confianza. Después me sacaron la venda y me di cuenta que estaba fuera de los caracoles. Había allí unos treinta compañeros, tanto o más maltrechos que yo. Nos tuvieron sentados unos veinte minutos, mientras se reunían más torturados. Desde allí podíamos ver con nostalgia los rostros de algunos curiosos que de vez en cuando se detenían a observar desde la esquina de la calle Pedro de Valdivia con Guillermo Mann, a través de un enrejado de fierro que separaban los terrenos del estadio. Cuando marchamos en dirección a las graderías del campo de fútbol ya se encontraba anocheciendo.

Una noche llevaron a un hombre conducido entre cuatro golpistas, hasta el lugar desde donde se suponía que saldríamos en libertad, lo llevaban tendido en una frazada sostenida en cada punta por cada uno de ellos. El hombre había sido duramente torturado. -Aquí le traemos a su Presidente para que lo cuiden -dijo un militar. Nosotros no salíamos del asombro. El hombre que llevaban, tenía un gran parecido con el Presidente Allende, con la diferencia que era un poco más alto que el gobernante. Al día siguiente, el hombre amaneció físicamente mejor, ya podía caminar y no tuvo problema de conversar y contarnos de su vida y el por qué estaba detenido allí. Era dueño de un pequeño local de abarrotes en un barrio cercano a la Estación Central de Ferrocarriles. La mañana en que lo detuvieron estaba atendiendo a unas vecinas en el negocio, cuando llegó una patrullera. Sin decirle nada lo agarraron a golpes, llevándose lo detenido sin que apenas pudiera darse cuenta el resto de la familia. En la patrulla lo habían seguido castigando y en el Estadio se lo llevaron directamente a los caracoles. Mientras lo torturaban y dis-

frutaban a costa de él, recién supo que estaba allí por su parecido con el Presidente asesinado. Estuvo cinco días con nosotros y salió libre una mañana.

Durante esos cinco días los golpistas iban a visitarlo hasta las graderías, preguntaban por él y cuando lo ubicaban le daban un par de golpes y se marchaban riendo, orgullosos de ser y comportarse como tarados mentales, ante la heroica hazaña de golpear a una persona indefensa, por el simple hecho de tener un parecido físico con el Presidente Allende. Tampoco faltaba alguno de los que se encontraba detenido, por congraciarse con los golpistas, les celebraba la gracia. Uno de esos días un compañero tomó por el cuello a uno de estos cautivados por las bromas militares, y sin hacer ruido lo empezó a asfixiar. Dejamos que lo hiciera para que le sirviera de lección. Cuando vimos que el tipo estaba morado, intervinimos para evitar otra desgracia.

Así como existía una diversidad de personas, también eran diferentes los motivos de las detenciones, algunos solían ser pintorescos. Por ejemplo, un hombre nos contaba que para el día del golpe celebró, porque era contrario al régimen de izquierda. -Siempre le he tenido mala a los comunistas -decía- nunca pensé que iba a estar junto a tantos de ellos, pero ahora me doy cuenta de que ustedes no son tan malos; en estos días ustedes han sido mejores amigos que todos los amigos que he tenido. ¿Sabe por qué estoy aquí? Yo tenía amores con la mujer de un paco. Hacía como un año que me acostaba con ella. Me gustaba, pero no estaba enamorado. Por ahí conocí una comadre soltera y me enamoré, pero no me atrevía a darle la cortada a la mujer casada, porque ahí tenía hasta platita para el bolsillo cuando andaba medio corto.

Cuando sucedió esto del golpe, pensé que si llegaba a saber el paco me iba a salir cara la gracia de pegarle en la nuca. Decidí terminar la aventura con la mujer y le expliqué mis temores. No quedó muy conforme, pero no pasó nada en un principio, pero por ahí indagó, supo que yo tenía otra minita y me llamó un día para que fuera a su casa. Cuando entré a su hogar, me hizo un tremendo escándalo. Al final empezó a gritar que la estaban violando. Ahí no más llegaron los vecinos, trajeron a los pacos y por poco me fusilan. No sé cómo al final entendieron que era despecho, pero me tuvieron a punto de despachar para el patio de los callados. Me llevaron no

sé dónde, me tuvieron de espaldas a una pared y con un grupo de pacos listos para disparar. No sé qué dije en todo lo que supliqué, que al oficial que los mandaba se le ablandó el corazón y por último dijo que me patearan por huevón, para que nunca más me metiera con la mujer de un uniformado. Estaba tan asustado que no me di ni cuenta como llegué al Estadio.

Otro hombre me contó que estaba allí porque un día pasó por su barrio una patrulla de uniformados y frente a su casa existía un negocio que se encontraba cerrado, porque sus dueños no se encontraban en ese momento. Los uniformados habían descerrajado los candados, abierto las cortinas metálicas y se habían llevado varios cajones con mercancía. Por miedo de que le echaran la culpa a él o a otros vecinos, el hombre hizo la denuncia en una comisaría. Los uniformados lo tomaron detenido, manifestándole que de dónde sacaba que los militares eran unos ladrones. Lo mantuvieron durante dos días en el cuartel policial y luego lo llevaron directamente a los caracoles del Estadio.

Nueva Habana: Una Experiencia de Poder Popular

Al momento de mi detención, cuando se produjo aquel fatídico golpe militar, yo vivía en el campamento Nueva Habana, ubicado en unos terrenos de la zona sur oriente de la ciudad. El campamento estaba compuesto por mil quinientas familias, todas de origen muy humilde, los grupos familiares que no tenían una vivienda digna donde vivir y con una necesidad habitacional en extremo, deciden tomarse algunos terrenos, como forma de presionar a las autoridades para obtener una solución al problema que les afectaba.

Por aquella época, los partidos de izquierda al ver las necesidades habitacionales de una parte importante de la población, se dan la tarea de encuestar y organizar a los pobladores sin casa, para posteriormente conducirlos en la realización de acciones de ocupaciones de terrenos baldíos, de esta forma se aprovechaba la coyuntura eleccionaria del año setenta, pensando que las autoridades en el gobierno no serían extremadamente severas en la represión. Usando esta táctica, se aprovechaba la oportunidad de conquistar votos para las próximas elecciones. En esa coyuntura política, el MIR estaba recién constituyéndose en una nueva alternativa como proyecto político y en su afán por

tomar contacto con los sectores obreros, patrimonio histórico de los partidos de la izquierda tradicional, se embarcó también en la tarea de organizar a los pobladores sin casa. En este caso no habían intenciones de obtener votantes para procesos electorarios. El MIR, en conjunto con los pobladores, inician la construcción de nuevos proyectos organizativos a partir de las ocupaciones de terreno y con características distintas a las tomas efectuadas hasta ese momento. Las acciones que se realizan no sólo cuestiona el problema habitacional, en la práctica se va produciendo un cuestionamiento de fondo al tipo de modelo social existente y desde los asentamientos urbanos surgen nuevas formas de organizar un proyecto de sociedad que permita encontrar soluciones a las diversas carencias de los sectores más marginados.

Con la fantasía de construir algo nuevo, los militantes de la izquierda revolucionaria desarrollan iniciativas proyectadas ha cimentar desde la base nuevos modelos de organización con las familias que participan de las experiencias, es así como se van creando al interior de los terrenos tomados nuevas formas de relaciones humanas entre los integrantes, se instauran estructuras de organización en relación directa con las necesidades de la gente y se inicia un aprendizaje mutuo que involucra a militantes políticos y a grupos de pobladores que participan de las tomas de terrenos, aprendizaje que es el inicio de una nueva cultura, lo que podríamos llamar cultura liberadora. En la medida que las nuevas prácticas de vida se fortalecen, lo propio sucede con la organización y los pobladores la sienten como propia, en ese momento los dirigentes están seguros que pueden mirar y contactarse hacia el exterior estableciendo convenios de apoyo con instituciones estatales y otras organizaciones de carácter popular, con la seguridad de que pueden negociar sin transar.

El campamento Nueva Habana era el resultado de tres tomas de terrenos efectuadas en diversos lugares de la zona sur oriente de Santiago. Los pobladores, en combativas movilizaciones, obtuvieron que el Gobierno, a través de su Ministerio de Vivienda, comprara a unos particulares el fundo Los Castaños, que se ubicaba en el límite de las comunas de La Florida y Peñalolén. El 1° de noviembre de 1970 se produce el traslado de los poblado-

res desde los terrenos ocupados, hacia los terrenos adquiridos por el Estado. Las tomas originales tenían nombres de algunos mártires chilenos fallecidos en luchas populares, en este caso eran los campamentos Magali Honorato, Elmo Catalán y Rancu. Con la llegada de las familias a los nuevos terrenos, se constituye un nuevo asentamiento compuesto por mil quinientas familias, en espera de que el Ministerio de la Vivienda diera la aprobación para la construcción de las viviendas definitivas. Hasta ese lugar había llegado yo un fin de semana del mismo mes de noviembre, recién reclutado por el partido y sin ser todavía un militante, ya que ser militante del MIR no era tarea fácil, primero había que demostrar el compromiso con la clase proletaria y los aportes personales con el proyecto que el partido estaba construyendo. Fui trasladado a ese lugar desde otra ocupación, con el fin de ayudar en las funciones de organización. La primera persona que conocí en este mágico lugar fue al jefe de campamento, a quien todos llamaban el Micke. Con el tiempo supe que su nombre era Alejandro Villalobos. Me ubicó en un sitio que estaba desocupado, al centro de una de las unidades base del asentamiento, las manzanas, en donde residían sesenta y tres familias, las cuales constituían una mini colectividad, dentro del gran colectivo, compuesto por veinticuatro manzanas. Alejandro Villalobos resultó ser un gran compañero, en esa época debía tener unos 26 años, su origen social era tan humilde como la mía y tenía ese carisma de líder con el que nacen ciertas personas, cuyo carácter es un privilegio. Si me piden que hable sobre un revolucionario, yo tendría que decir que el Micke fue un revolucionario de excelencia: por su perfil humano, la serenidad para tomar decisiones, la tolerancia que lo caracterizó y su capacidad política para dialogar y argumentar con quienes no estaban de acuerdo con la orientación del proyecto. El Micke dirigió la organización del campamento durante los tres años que alcanzó a durar la experiencia y tuvo la sabiduría de controlar a todos aquellos opositores que desfilaron por pasajes y calles tratando de cambiarle el curso a la experiencia que estaba en permanente construcción, me refiero a las agrupaciones políticas que funcionaron dentro del campamento y que estaban más a la izquierda del MIR, como fueron los troskistas, la vop y los

comunistas de orientación china, también de aquellos que eran más conservadores, como la gente vinculada a la Unidad Popular y los Demócratas Cristianos.

El Micke despertó aquella mañana del día 11 sobresaltado por las informaciones que se estaban entregando a través de los medios de comunicación, había dormido muy pocas horas, ya que la jornada anterior resultó ser de mucho ajeteo. Salió de su domicilio despidiéndose de Carmen, su esposa, y se dirigió a la sede para reunirse con la jefatura del campamento, y la directiva del comité de obra de la construcción de las viviendas, para organizar la resistencia local. En la reunión se acordó que tanto trabajadores como pobladores resistirían juntos, para ello el Micke asumió la tarea de colocarse a la cabeza de un pelotón encargado de obtener abastecimiento de víveres para los potenciales combatientes. Pasado el medio día salió con su equipo en dirección a la calle Vicuña Mackenna, regresando al anochecer con un camión repleto de alimentos no perecibles obtenidos en la distribuidora «Agencias Grahajam». A esa hora regía el toque de queda impuesto por los golpistas, por lo que fue muy dificultoso el regreso al campamento en la acción de sortear a las patrullas militares y de muchos sobresaltos por la cantidad de balas que disparaban las fuerzas de ocupación en las horas de la tarde.

La noche del 11 de septiembre se quedaron en sus puestos de trabajo la totalidad de los obreros que trabajaban en la construcción de las viviendas, esperando el armamento que nunca llegó para poder resistir el golpe, más de seiscientas personas dispuestas a entrar en acción por la defensa de sus ideas proletarias, que se sumaban a las mil quinientas familias del campamento que aquella primera noche de ocupación militar permanecieron en vigilia resguardando su entorno. El Micke, que no se daba respiro, después de dejar el camión con víveres en el casino popular, convocó a todos los pobladores a una asamblea que se realizó durante la noche. En esos momentos ya era claro que la ocupación militar era total en el país y que las fuerzas populares no contaban con armamento para responder al golpe sufrido. La asamblea resultó ser una despedida informal entre la masa poblacional y su líder natural.

El Micke pasó a la clandestinidad, no volvió a su hogar y fue a

dormir a las viviendas en construcción junto con los compañeros obreros que se habían quedado en sus puestos de trabajo. Joel, que era el jefe de partido para el sector, le asignó la tarea a Domingo, un militante de partido, de cuidar la seguridad del líder poblacional, transformándose en la sombra protectora de su jefe de campamento. Durante el día 12, previendo que la resistencia se tornaría inútil por la nula existencia de armamento, ambos trabajaron en preparar el repliegue de los trabajadores de la obra y para ello se les distribuyó una canasta con alimentos, de los traídos el día anterior. El día 13 se levantó el toque de queda por algunas horas, momento en que aprovecharon los frustrados combatientes para regresar a sus respectivos domicilios. Al día siguiente ingresó al campamento Alexis, dirigente del MIR, en su automóvil se llevó al compañero Alejandro Villalobos para transportarlo a una casa de seguridad. La despedida con Domingo fue con un fuerte y emotivo abrazo, con el mensaje al resto de los compañeros del campamento, de que cuidaran de sus hijos y de su esposa que se encontraba embarazada. Tiempo después sería asesinado cobardemente en una emboscada que le tendió un comando de los servicios de seguridad, al mando de un cerdo asqueroso que llamaban Guatón Romo, en enero de 1975, al llegar a un domicilio, en el Cerro Chorrillos de la ciudad de Viña del Mar, en la Quinta Región.

El campamento Nueva Habana tenía el hechizo que tiene todo proyecto que está en construcción, en este lugar todo lo que se hacía era nuevo, no existían otros modelos de sociedad en el país como el que se estaba levantando allí. La solidaridad, el afecto, la dignidad, la lealtad, eran los valores que iban surgiendo y fortaleciéndose a la luz del trabajo colectivo que se desarrollaba en diversos frentes de trabajo, como el Frente de Trabajadores Revolucionarios, encargados de diseñar y construir las viviendas definitivas, sin depender de las instituciones propias del Estado. El Frente de Salud, encargado de la higiene ambiental, de la prevención en la salud de los pobladores y en especial de los niños, manteniendo un policlínico central y un hospital para internar a los niños que se encontraban afectados por algún grado de desnutrición. El Frente de Abastecimiento, preocupados de que a ningún poblador le faltara alimentos para su grupo fa-

miliar, administraba el almacén popular y cada familia tenía acceso a una canasta de alimentos, con productos traídos directamente del productor, con un precio muy por debajo del mercado tradicional. Tal como estos frentes, existían otros que tenían tanta importancia como los nombrados.

El funcionamiento de cada uno de los frentes era dirigido y coordinado por algún miembro de la jefatura, elegidos mediante sufragio universal al interior del campamento. La organización, en general, se desarrolló independiente de las estructuras clásicas que imponen las disposiciones estatales. La organización de los pobladores en este lugar fue una experiencia única en este período, por su forma y su práctica, constituyéndose en un mini proyecto de sociedad alternativa con manifiesta viabilidad, la orgánica mostraba hacia el exterior del campamento características de fuerza, disciplina y seriedad, que se daba el lujo de establecer convenios de colaboración de igual a igual, con instituciones y empresas del Estado, por ejemplo, la policía no estaba autorizada por la organización para ingresar al interior del asentamiento, cualquier problema de delincuencia o de violencia entre personas era visto y le buscaba solución el frente de vigilancia. Sólo en casos de gravedad, la vigilancia interna detenía al individuo y se le hacía entrega a los funcionarios de la policía civil. De la misma forma funcionaban las otras instancias, con convenios que se establecieron desde el frente de salud hacia el servicio de salud pública, o el frente de abastecimiento con empresas distribuidoras de alimentos y organizaciones de campesinos, que colocaban las verduras y las frutas de primera mano en el campamento mismo.

En el plano de la educación, el frente de cultura y educación estableció convenios con la Municipalidad de Santiago para que los pobladores disfrutaran de funciones en el Teatro Municipal y creó una escuelita al interior del campamento, que fue el orgullo de los pobladores; la planta de educadores, todos voluntarios, encabezada por el profesor Carlos Herrera, actualmente concejal de la comuna de Macul. Esta es parte de la historia del barrio en el cual todavía sigo viviendo y que desde que los militares asumieron el poder total de la nación, este barrio, del que fui protagonista como miembro del directorio en un comienzo y como

gestionador de la pavimentación de calles y pasajes en años siguientes, hoy día lleva por nombre Población Nuevo Amanecer. La unidad básica de la organización territorial eran las manzanas, con sesenta y cuatro sitios cada una, de los cuales, sesenta y tres eran habitados por los grupos familiares y uno estaba destinado para ser ocupado como sede comunitaria, espacio utilizado por los vecinos para realizar sus reuniones semanales, las de tipo social, cultural y deportivas. Los vecinos de la manzana elegían un delegado para que los representara en el directorio del campamento, quien a la vez desarrollaba el rol de jefatura de esta unidad básica, a la vez, se nombraban dos delegados para trabajar en los frentes específicos. El directorio estaba compuesto por los veinticuatro jefes de manzana más los siete miembros de la jefatura de campamento. La jefatura se elegía a través del sufragio directo, una vez al año y la primera mayoría era nombrado como jefe máximo de la organización, puesto que en forma indiscutida era ganado por Alejandro Villalobos, los otros seis integrantes de la jefatura asumían la responsabilidad de tener a cargo los frentes de trabajo. El directorio sesionaba una vez a la semana (en momentos especiales, todas las veces que fuera necesario) y cumplía un rol legislativo. En esa instancia se acordaban las normas internas de la convivencia comunitaria, se veían las carencias orgánicas y de infraestructura; se tomaban los acuerdos para el funcionamiento de los frentes específicos y las movilizaciones hacia el exterior. La asamblea general era la instancia donde participaba el conjunto de los pobladores, una vez al mes. En ellas se entregaba información relevante y la jefatura colocaba en debate temas de interés general.

El proyecto Nueva Habana fue posible porque surgió desde los sectores más marginados por la sociedad al interior de la ciudad, desde aquellos grupos familiares que nada tenían, por lo tanto la contaminación con el modelo de sociedad que existía en esa época era mínimo. El gran valor de los dirigentes que le dieron conducción a la experiencia, fue el hecho de mirar y ver más allá de la simple necesidad de una vivienda y el proyecto se fue diseñando sobre la base del conjunto de carencias por las cuales atravesaban las familias populares que constituyeron el asentamiento, en ese sentido se fue constituyendo en una expe-

riencia inédita, porque salió de los márgenes clásicos del tipo de tomas de terrenos que conocemos. En esta ocasión la organización se fue construyendo al interior de cada una de las veinticuatro manzanas, con la participación directa de los pobladores y en la búsqueda constante de encontrar respuesta y solución de fondo a las necesidades reales de los afectados, no existió la común venta de pomadas con la intención de obtener simpatizantes que entregaran el voto en las elecciones siguientes. En esta ocasión se experimentó la creación de un modelo de sociedad alternativo a lo tradicional, por ello puedo decir que la experiencia del proyecto Nueva Habana fue al igual que el Micke, de excelencia revolucionaria.

En el transcurso de esta experiencia conocí a mi primera compañera, de cuya relación nacieron un hijo y dos hijas. Catherina, mi primera hija, contaba con seis meses de edad al momento de producirse el golpe. Aquella tarde que me encontraba recordando la experiencia de la organización de mi barrio, me había ubicado en lo alto de las graderías del Estadio, llevaba cerca de un mes de detención sin que mi familia supiera nada de mí, son estos momentos en que uno se aísla del resto del mundo para recordar a los seres queridos, de esa forma evocaba a mi compañera y a la niña con nostalgia. Desde lo alto de las graderías que dan a la Avenida Grecia observaba con los ojos fijos a miles de mujeres y niños agolpados frente a las puertas principales del Estadio. Lo más probable que estuviesen preguntando si estarían sus seres queridos detenidos en aquel lugar.

Los golpistas habían acordonado el Estadio y fuertemente armados obligaban a la multitud a permanecer alejadas del recinto. Todos los días insistían desde la mañana y hasta cerca del toque de queda, miles de personas tratando de sobrepasar los cordones de protección y desafiando los fusiles de los guardias, en la búsqueda de una respuesta por el familiar que se encontraba desaparecido, sólo quedaba la esperanza de que aquel hombre o mujer desaparecida estuviera con vida y detenido en aquel elefante blanco que era el Estadio Nacional. La gente dentro de su desesperación y angustia, cada vez que un detenido lograba llegar hasta el borde de las graderías, allá en lo alto del recinto deportivo, creía ver a su ser querido y de pie en medio de la Avenida Grecia, saludaban con pañuelos blancos. Llegar al lugar donde me encontraba no era fácil, ya que estaba

prohibido acercarse al borde de las graderías, para evitar ese tipo de manifestaciones desde la calle. Yo estaba ahí esa tarde, no sé por qué los guardias no me habían retirado del lugar. Abajo se podía apreciar ese espectáculo impresionante y conmovedor de pañuelos que se agitaban para saludar, creyendo ver en mí, por la distancia tal vez, al pariente desaparecido. No respondí, no podía hacerlo si quería permanecer un espacio de tiempo mayor en el prohibido lugar. Creía también ver a mi mujer con la niña en brazos, esta ya tenía siete meses de edad, era posible que estuviera afuera con la multitud o tal vez no. Tal vez nuestra población, tan frágil, con sus pequeñas viviendas de madera instaladas unas encima de otras, sin otra defensa que sus techos de cartón impregnados de alquitrán, podía haber sido atacada por los golpistas, así como fue atacada la Población La Legua.

Mientras observaba y reflexionaba escuché la voz de un guardia, que me hacía volver a la realidad, ordenándome el retiro de aquel lugar del Estadio. Cuando bajaba, vi que conducían a un grupo de hombres por la pista de ceniza junto a la cancha de fútbol. Seguramente los llevaban a alguna de las graderías. Entre ellos creí ver a un camarada que era dirigente en el campamento. Sentí como un golpe en el pecho, mi corazón comenzó a palpar con fuerza, era como si una decena de caballos estuvieran galopando en la pradera. Bajé todo lo rápido que mis piernas podían dar hasta llegar a la malla que separaba las graderías de la cancha con la pista de cenizas para llamar al camarada. Lo llamé con voz ronca y no muy fuerte para no llamar la atención de los guardias. El Chico Emilio levantó la cabeza y me reconoció. Sin hacer caso de los guardias, corrió los cinco metros que lo separaban de la malla y con dificultades intentó estrecharme la mano. Caminamos juntos veinte metros, uno a cada lado de la malla. Alcanzó a decirme que mi familia estaba bien, que en la fábrica le habían dicho a mi compañera que me habían asesinado, por lo tanto en el barrio me daban por muerto y que los amigos acudían a los lugares donde aparecían personas fusiladas para ver si ubicaban mi cuerpo. A él lo habían detenido hacía diez días y aparentemente al día siguiente lo llevarían a algún lugar de la zona norte del país. Nos despedimos calurosamente mientras se lo llevaba un guardia a empujones para reincorporarlo al grupo.

También hay guardias que pueden ser amigos

Como ya llevábamos tantos días sin que nadie nos diera una respuesta del por qué no nos dejaban salir en libertad, ya nos habíamos hecho conocidos de algunos guardias y oficiales. Uno de ellos cumplió un relevante rol de solidaridad para quienes nos encontrábamos detenidos en el recinto deportivo. Era un sargento primero, lo habían traído de Antofagasta y estaba allí con sus pelados, como él llamaba al grupo de reclutas que tenía a su cargo. Casi no conocía Santiago, pero cada vez que terminaban sus guardias, se dedicaba a contactar familiares de los detenidos e ingresaba pequeños encargos, tales como cigarrillos y chocolates. Era de apellido Castro y como se ganó el cariño de nosotros, le llamábamos Castrito, de esa forma lo hacíamos sentir como uno más de los nuestros. Además, por su aspecto físico, bajo, delgado y muy moreno, representaba al típico hombre del norte de nuestro país. Hay que recordar que es histórico el compromiso de hombres y mujeres del norte grande del país, en aquella zona del desierto inhóspito, para los ideales de transformación social por los que siempre luchó la izquierda chilena.

Cuando se encontraba Castrito de guardia, al mando de su unidad, no teníamos dificultades para movilizarnos hacia otras graderías del estadio. Si un guardia nos obstaculizaba el paso, decíamos que estábamos autorizados por el sargento y así conversábamos con mucha gente que estaba en otros sectores del recinto deportivo, que no tenían ninguna esperanza de salir en libertad. Un día conversé con un camarada de una fábrica cercana a la empresa nuestra y me contaba su paso por la tortura. Junto a otros camaradas había sido golpeado y electrocutado, lograron pasar la tortura sin mayores problemas, pero dentro de su grupo andaba uno de los obreros de la masa laboral de la fábrica de muebles donde trabajaba, que había sido detenido junto con ellos. Era de esos hombres que con sólo mirarlo cualquiera se da cuenta que no pasaba de ser un trabajador normal, con mínima experiencia en organizaciones. Cuando lo interrogaron, gritaba como un niño: que nunca había hecho nada, que sólo leía el diario cuando los marxistas lo repartían. No tuvieron que golpearlo muy duro para que dijera quienes eran los marxistas de la empresa. Así que los torturadores, como ya tenían las fichas, no tuvieron más que mandar a buscar a los compañeros a las graderías. -Sabes compadre, nos tuvieron dos días en el caracol. Para

empezar, sin preguntar nada, me sentaron no sé en que cosa. Debe haber sido en una silla de metal. Me amarraron de pies y de manos con la vista vendada y me amordazaron. Lo único que podía hacer era caerme al piso con silla y todo. Desnudo me conectaron un cable eléctrico en el pene y dieron la corriente.

-En el transcurso de las torturas intentaba gritar de dolor, pero los gritos se ahogaban de mi boca porque tenía doble mordaza. Estos desgraciados no se conformaron con tenerme un cable conectado entre el miembro y los testículos. Con otro terminal de cable me recorrían el cuerpo de arriba a abajo. Me electrocutaban dentro de los oídos y en las fosas nasales, no sé cuanto tiempo duro el martirio. Perdí el conocimiento y no supe nada de nada. Después que volví en mí, me interrogaron, me decían que habían probado con algo suave y, que si no hablaba, iba a saber lo que era la tortura. Y me preguntaban sobre mi tiempo de militancia en el partido, cuanto me pagaban por vender el diario y pedían nombres, lugares, armas y montones de cosas que ya no recuerdo. Como no consiguieron nada, me colgaron de los pies con la cabeza hacia abajo. Debo haber estado medio día así. Cuando perdía el conocimiento traían un cubo de agua y me introducían la cabeza para que volviera en mí. Después que me sacaron de allí, no me dejaron dormir en la noche. Cada media hora me tiraban un cubo con agua para mantenerme despierto. Yo no era el único, habían otros seis compañeros en las mismas condiciones. Pero fue conmigo y con el flaco Pedro con quienes se ensañaron.

En otra ocasión, andábamos dando vueltas con Horacio, el presidente del sindicato, por el lado de la puerta de Marathon, cuando nos encontramos con un doctor que era amigo de él. Nos contaba que trabajaba en el Instituto Médico Legal y que en los momentos del golpe militar estaba realizando turno. Nos contaba que era tanto el movimiento de cadáveres, que pasaron varios días trabajando sin poder moverse del lugar, sin saber qué hacer con tantos cadáveres, especialmente los cinco primeros días después del golpe. A pesar que de cada cinco camionadas de víctimas, dejaban sólo una en el Instituto Médico, mientras las otras cuatro pasaban de largo para el cementerio. Era para volverse loco -nos decía -todos llegaban sin identificación, por lo que no podíamos hacerles ficha. Muchos familiares empezaron a llegar a partir del tercer día, buscando a sus

seres queridos e íbamos mostrando los muertos que teníamos en el lugar. Pero pocos de esos familiares eran los que encontraban a alguno de sus desaparecidos. Después de varios días, cuando perdíamos la esperanza de que fueran reclamados, los enviábamos a la fosa común.

-Un día, cuando revisábamos los cadáveres llevados por un camión de transportes de la empresa Progreso, de entre el montón de muertos, se sentó un hombre. Casi nos fuimos de espalda. En la puerta teníamos vigilancia día y noche y ese hombre al que la providencia había salvado de morir, lo ponía en nuestras manos para que lo alejáramos definitivamente del peligro. El hombre había perdido la memoria y no recordaba su nombre ni de donde era. Nos comunicamos clandestinamente con gente de confianza del Hospital J. J. Aguirre, al segundo día de tenerlo escondido, lo sacamos disfrazado de milico y lo trasladamos al hospital. Ahora estamos aquí y no sabemos por qué. Un día llegaron los militares al Hospital y al Instituto, faltó poco para que se trajeran hasta los enfermos detenidos. Nadie nos ha tocado y ni siquiera nos han preguntado los nombres -terminó diciendo el amigo de Horacio. Cada día que pasábamos detenidos en aquel recinto, nos encontrábamos con alguien que nos contaba hechos vividos en aquellos días, y en cada uno de ellos se escondía más de un drama.

Un día fueron llamados cinco compañeros de la fábrica para salir en libertad. Entre ellos estaba Chambo y en ese momento renació nuevamente la esperanza de salir. Vinieron los abrazos de despedida y los mensajes para nuestro familiares, le entregué algunas de mis pertenencias a mi amigo y camarada, para que fuera donde mi compañera y le informara que yo estaba con vida. Despedimos a nuestros compañeros como lo hacíamos con la gente que diariamente salía en libertad pero, en esta ocasión, en el grupo iban cinco compañeros y amigos de la empresa. Así que con todas las fuerzas de nuestros pulmones, los que seguíamos detenidos y con nuestros pañuelos en las manos, agitándolos en el aire, entonábamos junto al resto de la gente que se encontraba en las diversas graderías, la canción del cantante español Nino Bravo, «Libre»:

*«Libre como el sol cuando amanece,
yo soy libre, como el mar...»*

Esta canción fue nuestro himno en el Estadio Nacional. Con el tiem-

po, un humorista que era famoso en aquella época, Bigote Arrochet, por congraciarse con la dictadura adopta esta canción y la cantaba como homenaje a los miembros de la junta golpista de gobierno. Este amor le duró hasta el día que andaba realizando vida nocturna con un amigo peruano y una patrulla militar los baleó en la Avenida Matta con San Diego, muriendo el amigo de Arrochet y él se salvo por milagro. Después de este hecho, el humorista tomó sus maletas y se fue a España, aparentemente dejó de ser lame poto de Pinochet y sus esbirros.

Otro día se nos fue el Sargento Castrito, regresaba a su Antofagasta. El alto mando del ejército daba las órdenes de que la unidad que vino desde el norte a reforzar las acciones del golpe militar, había cumplido su misión, por lo tanto regresaba a su territorio de origen. Improvisamos para él una despedida, cantamos algunas canciones folklóricas y hubo palabras de agradecimiento por su ayuda en esos momentos difíciles. -No todos los agentes del enemigo son enemigos nuestros -dijo alguien. Castrito lloró de emoción y nos hizo llorar a nosotros, cuando uno se encuentra en situaciones tan difíciles como esta, aflora la sensibilidad con mucha facilidad. -Veinticinco años en el ejército -dijo el sargento- y nunca había hecho amigos tan honestos y sinceros como ustedes y en tan poco tiempo. Espero que cuando se de vuelta la tortilla, ustedes no me hagan la desconocida. -No se preocupe Castrito, que usted va a tener un lugar de combate al lado nuestro -respondió el gordo Vicente.

Otra persona importante para nosotros fue el Administrador del Estadio. Era el único civil con paso libre para transitar por todo el campo deportivo. En las noches, cuando estábamos arropados en las frazadas, pasaba haciendo una lista de quienes querían encargar cigarrillos y otras cosas menores. En algunas oportunidades llegaba con cartones de cigarrillos que no sabíamos como los conseguía; hoy día, con la distancia del tiempo, uno puede pensar que los cigarrillos y chocolates con los que llegaba eran parte de los enseres que enviaban desde la calle, aquella enorme cantidad de personas que a diario se instalaba fuera del estadio preguntando por sus familiares, y hacían llegar paquetes con mercaderías y golosinas para Pedro, Juan o Diego. Paquetes que no se entregaban a nadie y se los repartían entre los propios golpistas. De todas formas, las acciones del administrador le adjudicaba una pausa más humana a la

estadía forzada en aquel local. -Les voy a poner condiciones -decía el administrador- no le echen tanta talla al compadre que corta el pasto de la cancha, porque tiene muy mal carácter. Se refería al hombre que día por medio pasaba su máquina de cortar pasto desde el sur hacia el norte, cortando el césped de la cancha de fútbol, para que estuviera en buenas condiciones y la Selección Nacional pudiera tener un buen desempeño en las clasificatorias del campeonato mundial de fútbol, que se disputaría en Alemania el año siguiente. Justamente, para diciembre estaba pendiente el encuentro de revancha con la Unión Soviética.

Cada vez que el hombre pasaba por debajo del arco, estallaban en las graderías gritos de júbilo en tono de broma, celebrando el gol. Entonces se enojaba y levantaba los puños amenazadores hacia lo alto. Lejos de atemorizar a sus obligados hinchas, servía para que estos se regocijaran más y pudieran así matar el tiempo y olvidarse de los malos tratos recibidos. A veces se organizaban verdaderas competencias de barras entre los distintos sectores del campo. Otras veces las competencias eran de canto. Para estas acciones que eran organizadas por los propios detenidos, se contaba con el entusiasmo de compañeros con muchas aptitudes artísticas, en especial un compañero al cual le denominaban El Peineta; animaba los actos iniciando su presentación con un tradicional «hola que tal» y la respuesta del resto de los detenidos no se hacía esperar con un «yeh, yeh». Los actos, en algunas ocasiones, resultaban de bastante calidad. Todas las actividades recreativas cumplían el rol de relajar y humanizar algunos momentos a quienes nos encontrábamos allí, incluso, hasta los propios soldados que realizaban guardia se recreaban con las competencias, ya que a ellos los habían traído obligados desde provincias para que fueran nuestros cancerberos, también estos shows eran usado por los militares para mostrar al país y hacia el exterior a través de los medios de comunicación, a un reducido grupo de detenidos en estado de festividad permanente. En uno de los primeros días de octubre, no recuerdo exactamente cual, tuvimos en el Estadio la visita del Cardenal Raúl Silva Henríquez. En aquél momento, lo primero que pensamos es que era una maniobra de la dictadura para limpiar su imagen y que el Cardenal se estaba prestando para ello y, por lo tanto, era cómplice del aplastamiento que estaba sufriendo la población del país. Por ello, su

presencia fue recibida con un silencio frío. Al dirigirse a nosotros por los parlantes del Estadio, el Cardenal nos hizo ver que su visita era de espiritualidad, nos pidió que perdonáramos los malos ratos que hasta ese momento habíamos sufrido y a cambio las nuevas autoridades nos perdonarían a nosotros los posibles errores cometidos; y que no olvidáramos de rezar por la reconciliación de los chilenos. La verdad, en aquél momento nos quedó la duda si el Cardenal iba en una visita de espiritualidad, preocupado por nuestro estado o en apoyo al régimen dictatorial.

Con el tiempo fui conociendo la obra del Cardenal y ahora si que no me cabe ninguna duda: Monseñor Silva Henríquez estuvo de visita para darnos ánimo espiritual, pero nosotros no supimos interpretarlo de esa forma. El Cardenal demostró durante los diecisiete años de dictadura su compromiso con los derechos humanos, con quienes sufrimos el flagelo de las detenciones y la tortura, su preocupación por los detenidos desaparecidos en su constante apoyo, en la búsqueda realizada por sus familiares. Reconocemos en el Cardenal a un hombre santo, por su preocupación de crear una Vicaría que se especializó en la defensa de los detenidos y perseguidos por el régimen.

De la misma forma que el Cardenal se preocupó por el derecho de las personas humildes y de los luchadores, hubo sacerdotes y religiosas que se destacaron en este período en el apoyo a los perseguidos. El Vicario de la Zonal Oeste, Obispo Enrique Alvear, fallecido como consecuencia de un cáncer en diciembre de 1982, fue conocido en vida como el Obispo de los Pobres. Monseñor Alvear tuvo una comunicación constante con los detenidos y sus familiares. Es histórica la celebración de la misa que efectuó en la Catedral Metropolitana el 15 de septiembre de 1979, ante el hallazgo de los cuerpos de quince campesinos que fueron asesinados en septiembre de 1973 y encontrados en unos hornos de la localidad de Lonquén. Los familiares de los detenidos desaparecidos siempre tuvieron un espacio para cobijarse como organización y como personas bajo el techo de la Vicaría Zonal Oeste, todavía recuerdo cuando la dictadura levanto la ley de estado de sitio y los detenidos de los campos de concentración salieron en libertad, en noviembre de 1976, Monseñor Alvear invitó a todos los ex prisioneros a un acto de recibimiento en el local de la Vicaría Zonal, con la actuación del cantor y

poeta popular Jorge Yáñez. Otro obispo importante fue Monseñor Fernando Ariztía que tenía a su cargo la Diócesis de Copiapó. En 1983, cuando estuve detenido en carácter de relegado político en Inca de Oro, Monseñor Ariztía envió a su secretario personal para que se asegurara de que la Iglesia local se preocupara de mí. Este Obispo también falleció producto de un cáncer, al comenzar la última semana de noviembre de 2003.

Hay que destacar el rol cumplido por los sacerdotes de base, en especial el Padre José Aldunate, que hasta el día de hoy sigue siendo un puntal de los derechos humanos, organizando el Vía Crucis Popular año tras año y apoyando el trabajo de la Fundación Villa Grimaldi, por nombrar algunas de sus obras. El Padre Rafael Maroto, que hasta el día de su muerte, siempre estuvo apoyando las causas revolucionarias, con la fe de que algún día tendríamos una sociedad con justicia, en especial para los hombres y mujeres de trabajo. En las poblaciones hubo sacerdotes que se destacaron desde sus Parroquias. En la Población La Victoria, el Padre Pierre Dubois, quién tuvo un rol importante en la defensa y seguridad de los perseguidos de su población, hasta el punto de sufrir atentados de parte de los agentes de la dictadura. En uno de esos atentados murió el sacerdote André Jarlan. En la Villa Francia se destacaba el accionar del sacerdote Mariano Puga comprometido con las causas obreras. En Lo Hermida, siempre será recordado el Padre Gerardo Whelan. En la Parroquia María Magdalena de Puente Alto, el Padre Pizarro, quien después sería candidato a la Presidencia en representación de la izquierda; y en Talca es necesario recordar la labor desempeñada por el Obispo Carlos González y el cura obrero Florentino Molina. En el Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU) destacó la madre Blanca Rengifo, en la Vicaría de la Solidaridad, la hermana Mercedes. En la fundación Missio, la hermana Carolina, en Villa Francia, la hermana Dolores. Estos nombres son para dar un ejemplo del compromiso de estos y muchos otros religiosos y religiosas que se ligaron en la noble tarea de la defensa de los Derechos Humanos.

Un par de días después de la visita del Cardenal Silva Henríquez, los militares escondieron un viejo tanque que tenían al interior del recinto para la defensa del campo, en caso de un ataque enemigo. Ese tanque era tan viejo, que cada vez que lo movían, temblaba todo

el estadio y daba la sensación que se desarmaría en cualquier momento, más que para defensa, servía para ser expuesto en un museo de antigüedades. Junto con retirar el tanque y esconderlo en el lado sur del estadio, retiraron los detenidos desde las graderías, quedando solamente los que estábamos para ser dejados en libertad, que en ese momento no éramos más de quinientas personas, el resto fueron todos devueltos a los camarines, ubicados en los subterráneos del recinto. La explicación de todo esto empezó a tomar cuerpo, cuando apareció por la puerta de Marathon una comitiva formada por unas cien personas, algunas de ellas muy bien vestidas, al parecer algunos eran diplomáticos extranjeros. Otros llevaban prendidas las insignias de la Cruz Roja Internacional. Otra gran mayoría eran reporteros gráficos y camarógrafos de televisión, los que a juzgar por el color de sus cabellos, provenían de países europeos. Previo a esa visita, un oficial nos advirtió que en cualquier circunstancia debíamos guardar un correcto comportamiento. No debió ser tan correcto nuestro comportamiento, ya que ese día nos dejaron sin alimento, como forma de castigo.

Cuando los camarógrafos empezaron a filmar, nosotros empezamos a gritarles que eran unos vendidos, que estaban al servicio de la dictadura. En esas circunstancias, uno desconfía de todos, piensa que por el hecho de haber sido autorizados para ingresar al campo, son cómplices. En realidad la visita de esta delegación se obtuvo por presión de las Naciones Unidas y la Cruz Roja Internacional. Las imágenes sobre detenidos en el Estadio Nacional que se muestran cada año para del 11 de septiembre, son las que tomaron aquellos camarógrafos. Cuando nos dimos cuenta que era una ocasión de denunciar lo que pasaba con nosotros, empezamos a gritar cuál era la realidad y cuando los periodistas más se interesaron fue cuando les gritamos que había cerca de cinco mil detenidos ocultos en los túneles. Los de la prensa corrieron hasta aproximarse, levantando sus grabadoras en el aire para captar nuestras denuncias. Hasta ahí llegaron los buenos modales de los guardias, los golpistas iniciaron el desalojo de los periodistas que se habían aproximado a la malla que separaba el campo deportivo con las graderías y donde se habían agolpado para recibir nuestras declaraciones. A ellos los retiraron y nosotros nos quedamos sin alimentos.

Reflexiones críticas

Estábamos en pleno octubre. Un mes grato para la ciudad de Santiago, época en que las temperaturas heladas le dejan paso a los días asoleados y la calidez del sol hace de la ciudad y los campos de la región, un período agradable. En los cerros más cercanos de la cordillera, en lo alto, por el lado donde se encuentra la quebrada de Macul, se podían apreciar las laderas cubiertas de pinos y de eucaliptos; más arriba, en los picachos andinos, se mantenía aún el fresco recuerdo de las nevazones de los meses anteriores, mostrando el blanquear de la nieve. Detrás de esos picachos blancos aparecía la luna llena, clara, redonda y sonriente, como coqueteando con nosotros. En esos atardeceres observábamos esa vista soberbia, siempre sentados en aquellas graderías, como eternos soñadores de la libertad.

Era el contraste que nos ofrecía la naturaleza: la nieve, el cielo azul, las tardes cálidas y la luna con su belleza que incitaba al romance. Solo faltaban los finales felices para que fuera como los cuentos de hadas que nos relatan los mayores cuando somos niños. Esos cuentos donde los malos eran tipos grandes, de voces graves, barbudos y andrajosos. Siempre queriendo hacerle daño a los buenos, que por el contrario, eran bien vestidos, limpios, con peinado impecable y cabalgando en hermosos caballos para salvarle la vida a alguien, por lo general a la niña protagonista de la historia. ¿Y salvarla de qué? De las garras de los perversos y facinerosos, que por lo general, iban a parar a la prisión como un castigo ejemplar.

Nuestra apariencia como detenidos en el Estadio, era como la de los malos de los cuentos. Es cierto que lavábamos la ropa dos veces por semana. Como no contábamos con detergente, la mugre de todos modos quedaba pegada al ropaje y algunas prendas de vestir ya se habían roto. Ni pensar en hacerse la barba. ¿Con qué navaja? Así es que cuando nos deleitábamos viendo salir la luna, éramos como el patito feo clamando hacia lo alto, que le enviara belleza.

A mediodía sufríamos en las graderías cuando el sol daba de lleno sobre nosotros. Pero no era por el sol, sino por los deseos de comer una fruta, mientras en la pista de cenizas paseaban las naranjas, manzanas y plátanos en los carros que andaban manejando las voluntarias de la Cruz Roja Nacional. Veíamos como se paseaban

esas manzanas rojas y verdes, haciendo contraste de colores con ese amarillo vivo de las naranjas y el otro amarillo más pálido de los plátanos. La boca se nos llenaba de saliva, viendo como la producción de fruta, que era un orgullo nacional, desfilaba frente a nuestros ojos y nosotros sin poder tomarlas constituyéndose en fruta prohibida. Para peor, esa fruta prohibida estaba siendo enviada por nuestros familiares que se agolpaban afuera del Estadio en la búsqueda de sus seres queridos. Diariamente entregaban esos paquetes esperando que les llegara al hijo, al esposo, o al padre que suponían debía de estar entre los detenidos. Esos paquetes rara vez llegaban a su destino. La mayoría de esos supuestos «detenidos» no estaban allí y tal vez nunca más se sabría de ellos.

Con los días, esa fruta se podría en algún lugar del campo y al verlas pasar nos ilusionábamos con saborearlas. A veces les rogábamos a las señoras para que nos facilitaran algunas. Era como pedir limosna, sacaban cinco naranjas del carro y las lanzaban a las graderías. Se formaban unas tremendas bataholas por alcanzar una de las frutas, al final igual se repartía cada unidad a la mayor cantidad de compañeros y aprovechábamos hasta las cáscaras de la naranja, cada trozo era un tesoro que se cuidaba y se consumía con una delicadeza propia de caballeros.

Pero además de ser un mes importante por el clima y la llegada de las frutas, octubre era significativo por sus fechas históricas, especialmente para todo militante revolucionario. Para aquel hombre y mujer que lucha contra la sociedad establecida con el fin de quebrar la dominación impuesta por el sistema imperialista y lograr la creación de un nuevo orden, que permita la transformación del hombre hacia formas de conducta creativas y solidarias. En los primeros días de este mes, siempre estará presente la muerte del Che Guevara, caído en combate en territorio boliviano un día ocho de octubre y la de Miguel Enríquez, caído en la comuna de San Miguel. Es entonces, el mes en que se recuerda a los revolucionarios caídos. El año anterior, en esta fecha, habíamos realizado una celebración especial en el Campamento Nueva Habana. Fue toda una semana de actividades, donde se incluían expresiones culturales realizadas por grupos de teatro y folclor, películas en pantalla gigante al aire libre, además de charlas y foros sobre diversos temas. Que distinto era aquello. La gente del pueblo, los más humildes rebosaban y

distribuían alegría, cómo si fuera un contagio se expandía por el ambiente y junto con ello crecían igual que las plantas, las manifestaciones de solidaridad. Desde las necesidades humanas del propio pueblo surgió, gracias al aprendizaje que entrega la organización popular, una red de autoprotección y de autoayuda para salir del profundo agujero en que la sociedad nos tenía sumergidos. A partir de la experiencia política del gobierno de Salvador Allende y con el aporte de las nuevas formas de organización que estábamos experimentando en este proyecto de micro-sociedad llamado «Campamento Nueva Habana», estaba surgiendo la nueva cultura, una forma de enfrentar la vida para transformar nuestro destino, y esto se desarrollaba en conjunto con todos los que nos rodeaban. El futuro no dependía de una acción individual, aislada. El cambiar nuestras formas de vida dependía del aporte de cada uno, pero en acuerdos tomados entre todos y en acciones desarrolladas en colectivo. Disfrutábamos de un avance importante en aquellos tres últimos años. Las formas de vida se habían hecho más humanas, en eso tenía toda la razón ese compañero que me conversaba en el Estadio Chile. Nos deleitamos de una época de oro, esos mil días fueron el veranito de San Juan para gran parte del pueblo chileno. Se lograron recuperar valores que hacen que el hombre crezca, se agigante en los dominios de su propio ser, de ese ser que en la medida que crece, más puede ver sobre sí mismo y sobre los demás. Podrá desde su altura tener una visión más amplia de lo que acontece a su alrededor y en el resto del mundo y sabrá analizar, sacar sus conclusiones en forma independiente, aportar ideas y desarrollar acciones. Este es el sueño de la creación del hombre nuevo, que quedó frustrado, pero aún permanece vigente.

Esa gran fantasía que estábamos construyendo y que todavía era una micro experiencia, se desmoronó con el golpe. Fueron solamente tres años, creo que íbamos por buen camino, en la construcción del nuevo proyecto, el problema es que el destacamento de revolucionarios que entendía para donde había que dirigir el asunto era aún muy pequeño, la enorme mayoría de la gente de izquierda y que incluso militaba, se contentaba con un proceso más simple, solamente reformar la sociedad existente, de humanizar un poco más lo que existía, sentía que el medio litro de leche diario para cada niño ya era un gran avance y que la reforma agraria ya era lo máximo

en revolución y si a eso se le sumaba la nacionalización del cobre, ya estábamos al otro lado, con eso estaba asegurado el triunfo en las próximas elecciones. Pero no tomaban en cuenta que las reformas impulsadas por el gobierno de Allende, atentaban directamente a lo más sagrado de la derecha chilena. Frente a ello, la oligarquía criolla, con el apoyo económico del gigante americano, no se quedaría con los brazos cruzados y estaba claro que usarían todos los recursos para recuperar lo que para ellos es el principio fundamental de una sociedad «libre»: la propiedad de la tierra y los medios de producción.

El proyecto que estábamos construyendo, iba por buen camino. En poblaciones, campamentos, industrias y centros de reforma agraria. Se estaba haciendo sentir el poder del pueblo, a través de la germinación de un nuevo tipo de organización creada por los propios protagonistas de acuerdo a las necesidades del período, paralelo a ello, en las empresas que fueron abandonadas por los empresarios, los trabajadores asumieron la responsabilidad de hacerlas producir, de esta experiencia surgió un interesante propósito denominado Control Obrero, que consistía en la participación de los trabajadores, no sólo en la planificación de la producción, también en la gestión administrativa de la empresa y la supervisión de la plusvalía que esta dejaba. Este nuevo proyecto, que se estaba transformando en alternativo, frente a las prácticas tradicionales del sistema que imperaba y de las propias propuestas del gobierno de Allende, ya no era sólo una consigna. En las grandes movilizaciones obreras y populares, la gente coreaba «crear, crear poder popular», pero ya en 1972, las consignas tenían una avanzada realidad.

El Poder Popular se estaba transformando en un proyecto real. Pero aquí viene un problema que es muy propio de nosotros los chilenos y que en esta ocasión aceleró el golpe militar. El discurso de nuestros líderes a nivel nacional se adelantó a la realidad que se estaba construyendo. Se habló mucho de la revolución y de la vía armada y no sólo en los discursos, también en las movilizaciones las consignas manosearon en demasía lo del pueblo armado y tanto se habló, que la derecha se lo creyó y presionó a la Unidad Popular para que en el congreso se aprobara una ley de control de armas, instrumento usado por los militares para iniciar la búsqueda de posible armamento al interior de las organizaciones populares, incluso nosotros

nos creímos el cuento de que éramos un pueblo en armas, debe haber sido por que el hecho de saber usar un linchaco y de que los militantes andábamos en la búsqueda de palos de coligüe para fabricarse uno y salir a las movilizaciones con el artesanal armamento de procedencia asiática a la cintura, con eso ya nos sentíamos a la altura de los combatientes vietnamitas. En esta experiencia se hace válido el dicho popular «por la boca muere el pez», ya que cuando se produce el golpe, nos quedamos en nuestros puestos de trabajo esperando ese armamento que no existió nunca y que nosotros pregonábamos como un hecho para nuestra revolución. El armamento casero que teníamos en nuestro poder, de poco nos sirvió para enfrentar los tanques militares.

Si el Poder Popular, como proyecto alternativo, lo hubiésemos construido con menos efectos publicitarios, con un poco más de lentitud y con menos soberbia, habríamos tenido un tiempo mayor para seguir fortaleciendo el propósito, antes que se nos viniera encima el golpe militar. Tres años para transformar en cultura los nacientes valores del hombre y la mujer nueva, es un lapso muy corto. Se necesitan diez o más años para que los nuevos valores sean asumidos y para que quede como práctica permanente en las personas. La dictadura militar estuvo diecisiete años para hacer de nosotros un pueblo de hombres y mujeres insertos en una cultura dominante, donde predomina el individualismo, la competencia, la falta de respeto y la pérdida de los sueños que siempre nos acompañaban en nuestras perspectivas. En los primeros años, el nuevo régimen desarticuló todo lo que habíamos construido como prácticas colectivas. Se asesinó y se encarceló a los líderes, se destruyó nuestros partidos, porque éramos demasiado peligrosos, no porque tuviéramos armas; ellos se dieron cuenta en forma rápida que las armas no existían, fue por las ideas de cambio social y porque teníamos la experiencia en construir y hacer realidad un nuevo sueño de sociedad. La dictadura aplicó su proyecto neoliberal, para que ese plan funcionara, nos impuso en nuestra mentalidad sus ideas, sus formas de vida y hoy somos el pueblo más individualista de América Latina. Nos creemos el cuento de ser el país más moderno, con más avances tecnológicos, pero al mismo tiempo somos el país donde su población es más infeliz. Cada día hay una mayor insatisfacción sobre lo que somos y lo que hacemos. No tenemos nuevos sueños

de vida, ni como personas y menos como pueblo.

Renegamos de nuestras raíces, no queremos reconocer que nuestros ancestros fueron indígenas, queremos parecernos a los europeos y norteamericanos, sentimos vergüenza de nuestras negras cabelleras y se hace uso del teñido para transformar el aspecto personal. Sin embargo, aunque muchos renieguen de nuestro pasado, por dentro seguimos siendo mestizos, con un alto grado de ascendencia mapuche, de donde se desprende la sabiduría y la rebeldía para no dejarse atropellar. Tengo la convicción que en algún momento nos liberaremos de la sumisión que tenemos introducida en el alma y nos mantiene esperanzados de que nos traerá la alegría prometida. Espero que en algún momento podamos liberar desde nuestro interior, esa parte indígena que cada uno posee.

Hacia un mes que nos hallábamos privados de nuestra libertad y gran parte del tiempo sentados en aquellas graderías del Estadio Nacional. A medida que avanzaban los días nos internábamos más en la época primaveral. Las noches eran mucho más tibias que un mes atrás. Tal vez por eso durante el anochecer atravesaban el espacio, al interior del recinto, bandadas de murciélagos, revoloteando de un lado a otro, entre las torres del alumbrado. Causaba cierta repulsión verlos de cerca, eran tantos que semejaban una nube negra ante la luz que se reflejaba de los potentes focos de alumbrado. Su figura negruzca nos recordaba al encapuchado, ese ser diabólico que nos amenazaba diariamente.

El encapuchado, era repulsivo, y una amenaza directa a nuestra integridad física. Estos atardeceres de octubre, además de los murciélagos y el temor al encapuchado, nos ponía nostálgicos y resurgían los miedos por lo que pudiera estar sucediendo afuera. No teníamos ninguna información de nuestras familias, vagamente sabíamos algo de lo que sucedía en los barrios populares. Cuando intentábamos descansar, tendidos sobre el piso, arropados con una frazada que en algún momento logramos obtener de nuestros carcerberos, nos acordábamos de nuestras esposas, de nuestros hijos, padres y hermanos, la familia era tema de conversación en estos momentos de nostalgia, y junto con ello salían a la luz las confidencias personales.

Uno de esos días un compañero estuvo de cumpleaños, cumplía veinticinco y recordaba a su hermano de veinte que estudiaba en la

Universidad Técnica y con el cual la familia perdió contacto cuando salió a clases hacia la Universidad el 11 por la mañana. Aquella noche recordaba a su hermano, ya que en su afán por encontrarlo fue detenido por una patrulla militar, en horas de toque de queda, el día siguiente después del golpe. Ya llevaba más de un mes detenido y no sabía si su hermano reapareció por el hogar. Todo aquel tiempo temió que le hubiese ocurrido lo peor al interior de la Universidad. Tenía clara conciencia del compromiso social que poseía, lo conocía de sobra, sabía el valor humano, su creatividad, su entrega solidaria para con quien lo necesitara. Y el problema mayor para su familia, es que producto de su detención, ahora nadie sabía de él. Para su familia, los desaparecidos ahora eran dos.

En otra ocasión, un compañero recordaba a su esposa que por aquellos días debía cumplir veintitrés años. Había sido asesinada por los militares en una empresa electrónica que quedaba por la calle San Diego. Ambos eran padres de un niño de tres años, quien al momento del golpe se encontraba con los abuelos. Todos los que estábamos allí rendimos un minuto de silencio en homenaje a la compañera. Hasta ese día, yo todavía no sabía de la muerte de una mujer como consecuencia del golpe, imaginé el dolor de ese hombre. Varios de nosotros lloramos junto a él, una mujer que muere en su puesto de trabajo, resistiendo en la defensa de sus ideales, es una heroína y por supuesto que su valor debería quedar grabado en la mente y en el corazón de su compañero por toda la vida.

Un año después de haber salido en libertad desde el recinto deportivo, tuve la noticia de la muerte de otra mujer. Con ella trabajé durante algún tiempo en la organización de partido, a través del cordón industrial de Vicuña Mackenna, y habíamos establecido un fuerte vínculo de amistad. Ella era Lumi Videla Moya, valerosa militante revolucionaria, cuya muerte en noviembre de 1974, me produjo una pena que arrastré durante mucho tiempo. Ella falleció mientras era torturada por miembros de los servicios de seguridad en el cuartel que mantenía la DINA en la calle José Domingo Cañas, en la comuna de Ñuñoa. La última vez que vi a Lumi fue el 10 de septiembre de 1973 en la noche, estuvimos trabajando juntos hasta alrededor de las diez de la noche y nos despedimos después de descansar un rato, sentados en una solera de la esquina de Vicuña Mackenna con Es-

cuela Agrícola, mientras nos comíamos un pan que compramos en una panadería que existía en la esquina del paradero cinco. A Lumi la conocí tiempo antes, en su apoyo al trabajo de la construcción del proyecto Nueva Habana, con el nombre político de Laura. Al parecer, usaba este nombre como homenaje a su tía (otra gran mujer), la doctora Laura Moya. Quienes trabajábamos con ella, la llamábamos la Negra Laura, ya que era una morena con un atractivo muy especial, que deslumbraba con el mirar de sus ojos y sobresalía como militante por su agudeza política y la creatividad en el campo de la organización de partido.

Cuando estaban por cumplirse los treinta años del asesinato de Lumi, su familia en gestiones ante los tribunales de justicia, logró que se reabriera la investigación de su muerte. El cuerpo fue exhumado por los peritos judiciales y severamente analizado, para determinar lo que todo el mundo sabía, que el fallecimiento fue producto de la tortura recibida. El domingo 28 de marzo del 2004 el cuerpo de Lumi fue entregado nuevamente a sus familiares, su hijo Dagoberto, su tía Laura y un selecto grupo de amigos y amigas, habían organizado una pública despedida, en la calle José Domingo Caña, justo frente del lugar donde existió la casa de torturas. Centenares de personas acudieron a darle el justo adiós a la compañera mártir, en un acto artístico y cultural lleno de emotividad que sirvió como reencuentro de muchos ex militantes del MIR, partido del cual Lumi fue una destacada militante, en época donde los jóvenes luchaban contra los dueños y administradores del capitalismo para hacer realidad los sueños de la patria con justicia social.

Finalmente los restos del cuerpo de la compañera fueron trasladados al Memorial del Cementerio General para rendirle un homenaje político, a cargo de los Amigos de los Miristas Caídos, ahí se congregaron los viejos militantes, que se abrazaban con lágrimas en los ojos después de muchos años sin verse, muchos de ellos habían estado en el exilio, otros estuvieron largo tiempo detenidos en las cárceles de la dictadura y otro número importante estuvo hasta no hace mucho tiempo sumergido en la vida clandestina. Pero también estuvieron los jóvenes, algunos de ellos hoy día tratan de construir partido político y el grueso participa de la actividad social y política en las nuevas organizacio-

nes que están surgiendo en los campos universitarios, liceos y en las poblaciones humildes del gran Santiago. Todo este semillero de jóvenes salió del vientre de su madre en período de dictadura y a partir de la segunda mitad de los años noventa ingresaron paulatinamente a correr en esta larga pista revolucionaria, recibiendo como legado una cultura mirista que se manifiesta en el mundo popular de múltiples formas. Lumi Videla Moya fue parte constructora de esta cultura político social que hoy día los jóvenes la toman como propia y que el 28 de marzo lo demostraron en sus discursos y en sus lienzos con aquella despedida de un **¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!**

La mañana del 15 de octubre amaneció absolutamente despejada y a temprana hora ya estaba caluroso, suele suceder que por mucho tiempo en la vida no pasa nada y de repente, en un día, pasan muchas cosas, lo primero que me sucedió en esa jornada, fue el encuentro con un compañero que era dirigente del Campamento Nueva Habana que conocía como el Viejo Mario. De pronto escucho que alguien me llama por mí nombre, desde una gradería que estaba al lado de la nuestra y que nos separaba una malla de alambre acerado. El Viejo Mario también tenía la información que me habían ejecutado los militares. Así que se refería a mí como el resucitado y me contaba que en el Campamento se había sentido mucho mi muerte. Como la mañana estaba relajada y daba para bromas, estuvimos durante mucho rato, haciendo chistes sobre mi muerte y mi característica de resurrección, del susto que se iba a llevar mucha gente cuando me vieran caminado por la calle principal de nuestro barrio, lo más probable es que pensarán que era un alma en pena y me encendieran velas. En cambio, el compañero Mario estaba medio complicado, lo habían detenido y estaba en aquella gradería destinado para un traslado. En efecto, semanas después lo llevaron al campo de detención de Chacabuco, en el norte del país. Nuestro encuentro culminó cuando su nombre fue dado por los parlantes del Estadio para que se presentara en el disco negro. Lo perdí de vista cuando unos guardias lo tomaron de un brazo y se lo llevaron desde la pista de cenizas en dirección al velódromo del estadio.

A mediodía divisé en una gradería distante a una compañera que también era dirigente de pobladores. Ella también me vio y nos saludamos agitando las manos. Tiempo después la encontré en la calle,

me contó que fue detenida en siete oportunidades en el transcurso de un año. Le habían hecho los peores flagelos y vejámenes que se puedan imaginar. Pero lo que más le había trastornado síquicamente, fueron las violaciones sexuales de parte de los torturadores y de los perros que tenían especialmente adiestrados para estas atrocidades.

La angustia de salir en «libertad»

Alrededor de las tres de la tarde de aquel 15 de octubre, apareció un oficial con un listado de personas, que serían puestas en libertad. Fueron llamadas cerca de doscientas, en la que estaba incluido junto a otros cuatro compañeros de mi grupo. Fue enorme la alegría de los que éramos dejados en libertad y de los que quedaban todavía prisioneros, de nuevo se abría la esperanza para salir a la calle en corto plazo. Nuestra ilusión se había desvanecido con los días, después del optimismo que tuvimos cuando habían salido los primeros cuatro compañeros de nuestro grupo, veinte días atrás. Después no sucedió nada más, hasta ese día donde nuevamente se abrían las esperanzas y se renovaba el optimismo. De nuestros compañeros recibimos una despedida difícil de olvidar, con cantos a la libertad y abrazos. Todos entregaban direcciones para que fuéramos donde sus familiares a entregar noticias.

Después de ser nombrados, nos llevaron a un lugar para ser fotografiados y hacernos la ficha definitiva. Un oficial hizo el discurso de despedida, arengando sobre la unidad nacional y los valores patrios. Se refirió a los marxistas que nos habían engañado, lavándonos el cerebro para utilizarnos en pisotear los valores propios de la patria, pero como eran otros los culpables de habernos concientizado, se nos perdonaba y podíamos salir con la confianza de que nadie tomaría represalias, por el bien de la reconciliación de todos los chilenos.

Algunos compañeros se emocionaron con la palabras del oficial, creyendo tal vez en la posibilidad de unidad entre los chilenos. En seguida nos sacaron a la pista de ceniza, nosotros íbamos rebosantes de alegría y con una sensación extraña en el pecho, caminando en dirección a la puerta de la maratón, para salir en definitiva hacia la Avenida Grecia. Arriba, los compañeros que quedaban en las graderías y tribunas, hacían vibrar el estadio con himnos a la libertad, semejantes a palomas. Se levantaban los pañuelos blancos,

agitados por las manos sinceras y fuertes de aquellos compañeros que quedaban detenidos y con un futuro incierto.

Muchas veces habíamos hecho gestos semejantes con mis compañeros de grupo, para despedir a otras personas que recobraban la libertad, ahora éramos cinco los que habíamos cambiado de lugar y desde abajo recibíamos la despedida emotiva y sincera de los compañeros que seguían sentados en las graderías. Imaginé como debían sentirse los deportistas en el Estadio cuando conquistaban un título y daban la vuelta olímpica, triunfantes ante miles y miles de personas que los aplaudían con entusiasmo. Estuve allí muchas veces como espectador e hincha deportivo, en especial de la Selección Nacional. Entonces disfruté coreando buenos goles y jugadas, pero nunca había pisado esa pista y ojalá nunca más la vuelva a pisar en circunstancias como las vividas durante esos treinta y tres días. Al llegar a la puerta de la Marathon, juré que jamás pisaría nuevamente el Estadio Chile y el Estadio Nacional mientras los militares se mantuvieran en el poder. La próxima vez que pisara esos estadios sería para rendirles homenaje a los mártires caídos.

Al atravesar la puerta de salida, hubo un contraorden. Debíamos volver a nuestro lugar en las graderías. Nuestro pesar fue grande y muchas fueron las interrogantes que surgieron. Nos imaginábamos mil cosas. Nuevas torturas, pasar frente al encapuchado o que tal vez se olvidaran de nosotros y quedábamos presos para siempre, de vuelta a nuestro lugar con el resto de los detenidos. Alrededor de las siete de la tarde fuimos llamados nuevamente y por fin pudimos salir a la calle. Al hacerlo me acordé que un compañero me había entregado un mensaje para su familia que vivía muy cerca del Estadio, en unos departamentos en Avenida Grecia, por un costado de la Avenida Pedro de Valdivia. Ya eran las siete y media de la tarde y a las nueve era el toque de queda, me propuse pasar a dejar el mensaje. Mi llegada al departamento del primer piso de un block habitacional fue recibida como la visita de un Ángel de la Guarda. La esposa y la madre de mi amigo, junto a los hijos mayores, me abrazaban llorando de felicidad por llevarles noticias de su ser querido, del que no habían sabido nada desde el mismo día del golpe de Estado, ni una sola información, estando detenida a no más de trescientos metros de su domicilio.

Mi aspecto personal no debe de haber sido el mejor, seguramente

impresionó mi estado de semi desnutrición, sin afeitar, con la ropa en mal estado y no muy limpia, porque cuando lograron serenarse medianamente, alguien me tomó de un brazo y me sentó ante una mesa. En pocos momentos tuve ante mi una paila con huevos fritos, platillos con queso, mantequilla y mermelada para acompañar una humeante taza de café con leche. Consumí todo lentamente, saboreando la dulzura de los manjares y empujado por la ternura de las mujeres que insistían en que no debía quedar nada en los platillos. Entre tanto, a grandes rasgos narré parte de nuestros sufrimientos en las prisiones golpistas. Ellas me contaban todo lo que hicieron para ubicar a Juvenal en los diferentes lugares de reclusión. Pero todo había sido inútil. Uno de los niños, hijo de Juvenal, que debía tener unos diez años, decía que un día fue a mirar por encima de unas panderetas por el lado de la Avenida Marathon hacia el Estadio y vio como unos equipos de hombres tomaban cuerpos de personas sin vida y balanceándoles en el aire los lanzaban sobre un camión cerrado que decía «Transportes Progreso». Era la fiel imagen de los hombres que trabajan en los molinos y trasladan sacos de trigo. La esposa de mi amigo decía que el niño había llegado a la casa con los sentidos perdidos y desfalleciente de tanto correr y que lo único que lograba decir era «mi papito debe estar entre esos muertos». Hasta ese día el niño sufría constantes pesadillas.

Me despedí de aquella hermosa familia a la que nunca más fui a visitar. Estuve con ellos exactamente cuarenta y cinco minutos, que parecieron sólo cinco. Mi único afán en ese momento, luego de cumplir la misión que me encargó el compañero, era llegar a mi vivienda lo antes posible. Mi salida a la Avenida José Pedro Alessandri fue la de un solitario en una ciudad fantasma, faltaban cuarenta y cinco minutos para el toque de queda, no había una sola persona en la calle, sólo las luces se veían encendidas por las ventanas de casas y edificios. Por la avenida circulaban vehículos militares fuertemente armados y uno que otro particular que pasaba velózmente en dirección a su hogar.

Me hallaba a unos quince minutos de mi hogar en locomoción colectiva, pero caminando eran cerca de dos horas. La desesperación por no ser víctima del toque de queda me llevó a detenerme en medio de las calles Macul con Grecia, tratando que algún particular me encaminara, pero fue todo en vano. El aplomo y la seguridad que

demostré mientras estuve detenido, dejó paso a la tensión nerviosa y al miedo por los vehículos pardos con golpistas armados. Solo, en medio de la calle, si me detenían de nuevo no habría nadie que me reclamara, podría ser baleado sin testigos. Así que decidí correr por el medio de la Avenida Macul en dirección al sur. Mi única alternativa era llegar antes de las nueve hasta una calle conocida como Las Torres e introducirme a unos potreros, caminar atravesando el campo y dando algunos rodeos podría llegar hasta mi familia. Corrí desesperadamente. Pero pasada las primeras cinco cuadras me sentí agotado, estaba demasiado débil para exigirme un esfuerzo semejante.

Sólo el deseo de no ser aprehendido de nuevo me daba fuerzas para seguir corriendo. Pero me dio una maldita puntada en el pecho que no me dejaba respirar y las piernas me pesaban, como si los zapatos estuviesen llenos de plomo. Muchas veces se me doblaron las piernas y caí al pavimento, me levantaba y tambaleándome como un ebrio seguía mi camino. Estaba en Macul con Agrícola y faltaban sólo cinco minutos para el toque de queda y me hallaba todavía a unas ocho cuadras de las Torres, cuando a mis espaldas surgió la salvación. Un taxi bus del recorrido Macul-La Higuera avanzaba fuera de recorrido para ser guardado en su terminal. Me clavé en medio de la avenida agitando ambos brazos. El chofer debe haber comprendido mi desesperación y notado mi aflicción, porque se detuvo a pesar de que también iba atrasado. Me dejó a cuatro cuadras de mi vivienda, exactamente a la hora de inicio del toque de queda. Desde el lugar donde me dejó fue mi última carrera para llegar a la modesta vivienda del campamento. Mi llegada al sector fue recibida con la siniestra melodía que producen los fusiles, mientras sorteaba las frágiles y pequeñas chozas de madera que se alineaban unas junto a otras al interior del campamento Nueva Habana.

La llegada al hogar no pudo ser más decepcionante, había corrido tanto para encontrar la vivienda vacía, tuve que acudir a los vecinos para obtener noticias de mi compañera y mi pequeña hija, habían ido a cuidar la casa de un familiar que andaba fuera de Santiago. Mi llegada produjo un gran revuelo en el vecindario, la noticia que estaba de vuelta y vivo se esparció rápido y entre el tronar de los fusiles y las carreras de los militares a través de los pasajes, vecinos y familiares se las arreglaron para hacer uso de las sombras de la

noche y clandestinamente me iban a saludar. A poco más de un mes de dictadura, me di cuenta que ya no se usaba la palabra compañero y se había reemplazado por la de vecino. Algunas personas me llevaron algo de comida y, de cualquier forma, todos me hacían una atención. Aquella noche supe lo que era ser protagonista pero lo que más me impresionó fue la llegada de un tío, al que alguien avisó y llegó a media noche a saludarme, me abrazaba e intentaba decirme algo pero de su garganta no salía sonido alguno. Al principio creí que la emoción no lo dejaba articular palabras, pero otras personas me dieron a entender que había sufrido un shock nervioso que le hizo perder las facultades auditivas y vocales.

A partir del golpe, todos los días empezaron a aparecer cadáveres acribillados por la espalda en el sector de Departamental con José Pedro Alessandri; los primeros quince días, la cantidad de cadáveres no bajaba de siete por jornada. El tío iba diariamente a revisarlos para ver si me encontraba entre ellos. Como se les había comunicado en la empresa que había sido fusilado, quedaba la esperanza de que mi cuerpo fuera lanzado cerca del lugar de residencia. Pero no era así, ni yo había sido fusilado, ni los cadáveres pertenecían necesariamente a personas del sector. Después supe por otras personas que también iban a revisar cadáveres, que algunos portaban su documentación y tenían su residencia en otros extremos de la ciudad. Toda esta rutina de revisar cadáveres fue produciendo un trauma que lo llevo un día a tener un shock nervioso y quedar semiparalizado. Mi regreso le produjo una alegría tan inmensa que originó una reacción positiva que motivó la recuperación del 50% de sus facultades, pero demoró alrededor de medio año recuperarse totalmente.

Esa noche no dormí, al quedar solo en casa sentí miedo. Era la herencia que me había dejado la detención. Afuera se oían pasos de golpistas que pasaban a cada rato corriendo y disparando, las balacera nocturnas duraron más de medio año. Al llegar la hora del toque de queda empezaba la refriega y toda la gente se encerraba en sus viviendas, con el terror metido en el cuerpo, ya que además de tiroteos, en las horas de la noche los golpistas aprovechaban para realizar allanamientos de domicilios y detener gente, después de ser golpeados, algunos eran devueltos a su hogar pero otros más desafortunados eran trasladados a algún campo de detención o de torturas.

Toda esa gente valerosa, capaz de enfrentarse a la policía cuando se luchaba por la conquista y construcción de una casa, con el sueño de obtener una vida digna, dentro de un modelo de sociedad en el cual existiera equidad en la distribución de los bienes, ahora se encerraba en esas cuatro paredes de madera totalmente aterrada. Entre esa gente estaba yo. Pasaron más de cinco meses para que lentamente empezara a recuperar mi seguridad y salir de la inmovilidad. Aun así, mi vida familiar cambió absolutamente, fui despedido de la empresa, no logré obtener nuevamente un trabajo estable, se desarticuló mi vida de pareja. Me vi obligado a realizar vida clandestina, porque nuevamente empezaron a buscarme. Con el tiempo, igual fui detenido en más de una oportunidad. Mi detención siguiente fue en diciembre de 1975 y en esa oportunidad me tuvieron por algún tiempo en el campo de torturas de Villa Grimaldi, para después ser trasladado a los campos de detenidos de Tres Álamos y de Puchuncaví. Después de toda esta historia, tuvieron que pasar más de diez años para que los agentes de la dictadura me dejaran definitivamente tranquilo.

A la mañana siguiente del regreso de mi detención, fui al lugar donde se encontraba mi compañera, estaba ansioso por verla, a diferencia del día anterior, me sentía nervioso. No sabía cuál sería su reacción después de haber vivido esa dura experiencia. A medida que me acercaba al lugar, mayor era mi ansiedad y mis nervios. Días antes del golpe militar me había propuesto integrar a mi mujer a mis actividades, le pedí ayuda a Lumi, la compañera que era mi jefa de unidad al interior del partido. Por desgracia no pudo hacer mucho, porque nos faltó el tiempo, se produjo el maldito golpe de Estado y Lumi más tarde pasó a integrar las filas de las mujeres mártires. Cuando toqué el timbre, salió a abrir la puerta de la casa una prima suya. Gina, mi compañera, no se dio cuenta de mi llegada hasta que estuve a pocos pasos de ella, en la cocina. Ahí estaba la morena, con sus diecinueve años, un delantal corto, un cuchillo en las manos y una cebolla. No me vio porque estaba de espaldas. Presintió mi presencia y se dio vuelta lentamente, como con temor de encontrarse con una sorpresa. De pronto me vio, yo quise decir algo, pero se me hizo un nudo en la garganta, por más que me esforcé, no pude decir nada, es que en situaciones como esa ¿será necesario decir algo? A ella se le cayó de las manos la cebolla, movió sus labios sin

decir nada y de sus grandes ojos negros salieron las lágrimas, lanzado un sollozo se abrazó a mí. Desde un dormitorio se escuchó el llanto de una guagua. Era nuestra hija que reclamaba la presencia de sus padres.



Segunda parte

La Organización Popular

Entre el hambre y el miedo

Al salir en libertad e integrarme nuevamente al quehacer cotidiano, descubrí que en las cinco semanas que estuve detenido en las mazmorras habilitadas por la dictadura, la gente en el barrio ya no actuaba de la misma forma que antes, el miedo aterrador a los disparos de los fusiles golpistas, la delación traicionera, oportunista y vengativa de algunas personas, que generaba allanamientos y detenciones de vecinos, estaban produciendo sus primeros efectos. Los vecinos cerraban las puertas de sus viviendas a tempranas horas de la tarde, se evitaba mantener comunicación fluida con sus pares del barrio, se habían deshecho de todo escrito y se autocensuraban cualquier posibilidad de tener acceso a un medio de comunicación que no fuera autorizado por las autoridades golpistas.

La reintegración a esta nueva realidad no fue fácil después de haber estado detenido en compañía de antiguos compañeros de trabajo con los cuales compartíamos un proyecto político y cultural común. Durante el período de detención nos quedamos pegados a los ideales del antiguo proyecto, ideales que se convirtieron en instrumento de resistencia frente a las acciones criminales de los agentes del golpismo que teníamos a la vista durante las veinticuatro horas del día en nuestra custodia. En esas circunstancias las ideas se conservan y mantienen las esperanzas de que se pueda revertir la situación. Al salir en libertad, durante los primeros días me encontraba con personas que me acogían con mucha alegría de saber que continuaba con vida, pero también me fui encontrando con antiguos compañeros y compañeras que en pocas semanas se habían acomodado a las nuevas circunstancias e intentaban evitar el encuentro conmigo. En un par de oportunidades me crucé con personas que

no respondieron a mi saludo, en una ocasión me topé en la calle con alguien que empezó a gritar como loco denunciándome como extremista y otros que me saludaban e inmediatamente me advertían que no fuera a involucrarme en política porque lo podía pasar mal. La advertencia era velada, como queriendo decir, ahora encontré un nuevo camino, así que tenga cuidado compadre o de lo contrario lo puedo denunciar.

Dentro de esta nueva realidad, la violencia contra la población civil se transformó en una práctica cotidiana impuesta por el nuevo régimen. Se amenazaba a la gente honesta que sostenía ideas no afines con la dictadura, tratándolos de delincuentes políticos y se efectuaban llamados al resto de la población para que cumplieran el rol de delatores. Se buscaba crear una red de soplónaje para que la propia población civil fuera colaboradora del régimen y participara en la vigilancia del entorno y la denuncia de aquellos que intentaran subvertir el nuevo orden social. De esta forma se va produciendo una cadena de desconfianza al interior de la vida comunitaria y junto con ello los golpistas van desarmando las instancias de encuentro y participación popular, de tal forma que la gente no tuviera ni una sola posibilidad de encontrarse y brindarse apoyo entre sí, desarticulando todo tipo de convivencia.

Hasta 1973, el antiguo Estado burgués chileno sobrevivía en el continente con la alternancia en el gobierno de los conservadores partidos de derecha y con crisis económicas cada vez más constantes, que afectaban directamente a los sectores asalariados con sus grupos familiares. Este modelo de sociedad se fue reformando a partir del gobierno demócrata cristiano, encabezado por Eduardo Frei Montalva, en el período de la Unidad Popular se profundizó su transformación, pero igual seguía siendo un proyecto donde la distribución de los bienes y las utilidades económicas eran extremadamente desiguales. En el actuar cotidiano de los jóvenes de la época, fue surgiendo una actitud crítica que se manifestaba de diversas formas: desde la creación de un movimiento de jóvenes hippies, hasta la creación de nuevos movimientos políticos con una tendencia más radicalizada que apuntaba a la destrucción del prototipo burgués. Ese mismo modelo estatal, al cual nosotros queríamos cambiar por otro que fuera equitativo en la distribución de los bienes y de los beneficios monetarios, que a la vez, creara una cultura donde los hombres y las mujeres tuviéramos una vida de mayor felicidad, aho-

ra estaba siendo desarticulado por la dictadura militar en una forma brutal, con una violencia que nadie, ni siquiera gran parte de los mismos adherentes al golpismo, se lo imaginaron.

Se desarticulan las organizaciones propias del pueblo; se persigue, encarcela y asesina a sus miembros, en especial sus dirigencias; se suspende el funcionamiento de las instituciones del antiguo modelo estatal burgués y a una parte de los poderes de ese mismo Estado; se va creando la red de colaboradores al interior de la población civil y nos encontramos con un pueblo que se divide internamente; se desarman las amistades, ya que entre los propios amigos surgen las desconfianzas; se dividen los grupos familiares, hay parientes a los que les cierran las puertas de los hogares, en algunos casos por miedo a tener problemas con los uniformados, ya que Juan, Pedro o María tenían ideas de izquierda y podía perjudicar a tíos, primos o los propios hermanos, en otros casos porque sencillamente una parte de la familia se creyó el cuento que difundían los medios de comunicación, que por la seguridad de la nación, había que delatar a los traidores de la patria.

Dentro de todo este proceso de cambios negativos, que se da en forma muy acelerada al interior del país, reaparece el hambre, una de las formas de violencia más masivas y crueles al interior de los grupos familiares, la dictadura coloca todos sus esfuerzos para la desarticulación del antiguo modelo de sociedad, incluyendo la economía anterior. Se profundiza una crisis económica, cuya visibilidad es más clara en 1975, a esa altura ya habían cerrado sus puertas gran parte de las grandes empresas relacionadas con los gremios del cuero y el calzado, textiles, metalúrgicos, electrónicas, etc. Al mismo tiempo, las empresas estatales habían reducido al mínimo su personal, como Ferrocarriles, Codelco y los propios ministerios.

Todos los centros laborales ocupaban una gran cantidad de mano de obra, cualquier empresa contaba con una plantilla superior a las mil personas y el trabajo que se efectuaba lo podemos calificar de buena calidad, la producción se centraba en la manufacturación de muchos tipos de productos, los cuales se comercializaba en el mercado nacional, por lo tanto teníamos un mercado laboral con sueldos nada despreciables y con porcentajes de cesantía mínimos, estamos hablando de una cesantía real de un tres por ciento. De esta forma el consumo de esos productos por parte de la gente era

bastante alto, el comercio en general no tenía necesidad de gastar dinero en publicidad para atraer clientes, porque los chilenos contábamos con un poder comprador que no necesitaba de liquidaciones para adquirir e incluso cualquier obrero se daba el gusto de llevar a su grupo familiar al cine u otras recreaciones.

Con una gran masa laboral cesante, sin dinero para poder adquirir ni siquiera el mínimo de la alimentación, el hambre hace estragos en forma violenta, con niños que lloraban por comida y sin tener un peso para comprar un pan o una modesta bolsita de té. El estómago se altera, se crea un vacío al interior, que en un principio se manifiesta con tripas que se revolucionan y exteriorizan su malestar en forma ruidosa, con el paso del tiempo, el estómago se acostumbra a no recibir alimento suficiente y se acomoda a la nueva realidad y no se siente el crujir al interior del abdomen, pero uno ve como a los hijos les va creciendo el vientre y se empequeñece el resto del cuerpo. Es la desnutrición que avanza y no transa, las piernas se van notando más débiles y al salir a caminar por las calles de la ciudad en búsqueda de trabajo, se sabe que no existe, pero algo hay que hacer, aunque sea engañarse a sí mismo, las piernas están débiles y no responden a caminatas tan largas, no hay dinero para comer, menos para cancelar un pasaje de micro, estas circulan vacías, el pueblo no tiene para financiarse la locomoción y cuando uno está agobiado y agotado de caminar, deja de lado la dignidad propia del obrero industrial, sube a un bus y le pide al conductor que lo lleve algunas cuadras por veinte pesos. Al vivir esta experiencia, sentía que las pocas personas que iban como pasajeros me miraban de arriba hacia abajo, como queriendo decir «pobre infeliz».

Nunca antes había visto tanta gente en los botaderos de basura a la espera de los camiones recolectores, para hurgar entre los desperdicios buscando algo para comer, en la basura siempre hay algo, las sobras de los casinos de los uniformados, a ellos no les falta el alimento e incluso se podían dar el gusto de botar sus desperdicios, igual que los restaurantes donde se alimentaban los beneficiados por el nuevo régimen, ya que no todo el mundo estaba pobre, existía algunos pocos que se estaban favoreciendo y ganaban mucho dinero. También llegaban a los botaderos productos que en algún momento fueron botines de acaparamiento por parte de los enemigos del gobierno de Allende y que después de su derrocamiento fueron

sacados de las bodegas clandestinas para ser comercializados, pero como el pueblo estaba cesante y no contaba con dinero, estas mercancías quedaron en estado inservibles al vencer sus fechas de elaboración y hubo que llamar al camión recolector. Allí estaban las mujeres e hijos de cesantes esperando diariamente a los camiones que aparecían por los botaderos llevando su cargamento, que en muchos casos estaba al borde de la pudrición y en las disputas por obtenerlos, se armaban bataholas entre los afectados.

En la calle Departamental y a pasos hacia el poniente de la Avenida Américo Vespucio, existía uno de estos botaderos de basura, exactamente en el espacio de terrenos donde hoy día está construido un restaurante que es conocido como «La Cuca», ahí también existe hoy día, un vivero, cuya especialidad es el cultivo de árboles gigantes. Esos terrenos primero habían sido usados por empresas mineras para la extracción de áridos y producto de ello quedaron en el lugar unos grandes pozos, los cuales con el tiempo se les dio el uso de botadero de basura y a diario se repletaba de personas que iban de las poblaciones cercanas a recopilar desperdicios para poder alimentarse. Mientras en el día sucedía este fenómeno, en la noche, amparados por el toque de queda, un tractor bulldózer trabajaba sepultando cadáveres de personas asesinadas en diversos lugares de la ciudad por los agentes de la dictadura, llevados al sector y lanzados a los pozos más profundos.

A una cuadra de distancia, en Departamental, en el punto donde termina la Avenida José Pedro Alessandri y se da comienzo a la Avenida La Florida, circulaba un canal de regadío que hoy está entubado, pero en esa época corría a caudal abierto, al lado existía una pandereta a medio destruir y que en algún momento sirvió como línea divisoria de alguna propiedad. En la actualidad quedan como mudos testigos cuatro viejos eucaliptos, si ellos pudiesen hablar, nos dirían la cantidad exacta de personas asesinadas alrededor de sus raíces. Ese lugar, por alrededor de un mes, los agentes de la dictadura lo usaron como paredón para fusilar a personas detenidas. Los cadáveres, por lo general eran cerca de siete personas por noche, las que quedaban tiradas en el mismo lugar como una forma de exhibición, para que el vecindario, al salir de sus hogares, se encontrara con los cuerpos de los infortunados. Recién alrededor del mediodía, aparecían camiones del ejército y levantaban los cuer-

pos de las víctimas, llevándoselas a lugares desconocidos. Por aquella época estaba en construcción la rotonda Departamental, la que sería aislada del entorno con la instalación de un cierre metálico y usado en los meses y años siguientes, como campo para mantener detenidos en forma transitoria a los residentes de las poblaciones cercanas, que cada cierto tiempo debían soportar allanamientos masivos de las tropas militares, quienes haciendo uso del poder que les otorgaba el mandato de un gobierno dictatorial y el temor que producía el armamento que usaban, detenían en sus hogares, maltrataban y vejaban a los hombres mayores de quince años, los que eran trasladados al interior de la enrejada rotonda para interrogarlos y continuar maltratándolos. Después de treinta años, en una conversación con una vecina del barrio, me contaba que al tercer día de producido el golpe, cuando se levantó el toque de queda por un espacio de tres horas, ella tuvo que trasladarse caminando desde el campamento Nueva Habana hasta la Avenida Vicuña Mackenna y en su trayecto por Departamental, se dio tiempo para contar la cantidad de cadáveres tendidos, treinta y cinco personas, algunos de ellos eran devorados por roedores. Lo más probable que la mayoría de estos casos no aparezcan en las estadísticas de personas asesinadas, ni tampoco la rotonda Departamental esté siendo considerado como campo de detención masivo, mientras los hechos y las víctimas quedan fuera de la memoria nacional. Mientras tanto en las poblaciones, durante los fines de semana, los cesantes varones, para matar el tiempo y recrearse, organizaban partidos de fútbol entre equipos del barrio o buscaban adversario en barrios vecinos y el equipo dueño de casa, por lo general, le hacía un recibimiento a la visita, los esperaba con un cordero cocinado a la cacerola, las visitas debían llevar el vino para que la comida no fuera en seco. Para nadie era un misterio que el cordero no era otra cosa que alguno de los más fortachones perros del barrio, que se les hacía guardia toda la semana y al momento de descuido de los amos pasaba a integrar el listado de perros perdidos; en otros casos, la comida la hacían entre amigos de más intimidad, cayendo a la olla un par de gatos que circulaban por sobre los techos de las viviendas. Nunca antes en la historia de este país hubo tanta escasez de perros y gatos en las viviendas de los barrios populares.

La primera institución que salió al paso de la hambruna que acosaba la población fue la Iglesia Católica. El Cardenal Silva Henríquez solicitó a las iglesias locales que enfrentaran de alguna forma el problema que estaba viviendo gran parte de la población y se da inicio a un programa de alimentación, que en principio estaba orientado a los niños de edad escolar, pero que con el tiempo se fue extendiendo al grupo familiar. Así fue como nacieron los comedores infantiles, a los que se les hacía llegar parte de la alimentación desde la Vicaría de la Solidaridad de cada zona pastoral. Recuerdo bien esta acción porque estuve colaborando con algunas vicarías zonales, realizando labores de educación familiar, con la intención de que el comedor infantil no fuera sólo un espacio para la alimentación y se viera complementado con el crecimiento personal del grupo familiar.

La iglesia local colaboraba en cada sector, ayudando a organizar a las personas que sufrían la necesidad alimenticia y, como los productos enviados por la Vicaría no eran suficientes para la alimentación de tantas familias, se organizaban grupos de señoras que salían por los negocios del barrio y las ferias libres a solicitar donaciones y así enriquecer el menú diario. De esta forma nacen las primeras manifestaciones de solidaridad y los embriones de una nueva forma de organización popular que más adelante tendría una gran importancia, cuando van tomando vida propia y se extienden, dando paso a las ollas comunes y los huertos urbanos, transformándose en instancias populares de autoayuda que, con el tiempo, fueron bases para el surgimiento de una masiva resistencia popular, que estuvo muy cerca de derrotar la dictadura.

Las primeras manifestaciones populares de resistencia

Producto de la pobreza económica por la que atravesaba gran parte de la población chilena, la Iglesia Católica, a través de la Vicaría de la Solidaridad, extiende su acción en apoyo de los afectados. Por un lado está la preocupación por las víctimas directas de la represión que se ejerce desde los cuarteles, que va dejando una estela de dolor ante la muerte y el desaparecimiento de miles de personas vinculadas al quehacer político y social del país y, por otro lado, la gran masa popular se desnubre debatiéndose en la miseria, como consecuencias del cierre de las empresas productivas. La Vicaría de la Solidaridad surge con la perspectiva de acompañar a los fami-

liares de las víctimas de la represión en la búsqueda de los detenidos desaparecidos y prestar atención jurídica a personas que se encuentran detenidas en campos de detención y cárceles a lo largo del país. Asume también la tarea de crear espacios en los templos locales para que las personas cesantes, además de acudir a los comedores infantiles y familiares, se organicen en pequeños grupos laborales y ofrezcan desde la capilla o la parroquia, los servicios a la comunidad y particulares que estuviesen en condiciones de contratar mano de obra. Así surgen las bolsas de cesantes, donde se integran trabajadores de la industria de la construcción, algunos dirigentes sindicales que habían perdido su trabajo y detenidos políticos que iban quedando en libertad. Estas experiencias se van masificando desde principios de 1976 en adelante.

Hay algunas bolsas de cesantes que se destacaron en su organización y en obtener sus propósitos, entre ellas estaba la que organizó el sacerdote Mariano Puga en la Villa Francia. El sacerdote era integrante activo de la organización y no era raro verlo subido en un andamio con una brocha, pintando fachadas en la calle Ahumada y cantando en francés mientras trabajaba, con el comentario de admiración de los turistas que transitaban por el centro de la ciudad, elogiando a los obreros de la construcción por su alto desarrollo cultural. Las bolsas de cesantes tuvieron un desarrollo político con la integración de dirigentes laborales y militantes de partidos que venían saliendo de prisión, entre los que me cuento. Después de quedar en libertad desde el campo de prisioneros políticos de Tres Álamos, en noviembre de 1976, la Vicaría de la Solidaridad me sugirió ingresar a una de estas organizaciones, eso hicimos con algunos compañeros y nos dedicamos a realizar tejidos artesanales para comercializarlos a través de la propia institución y de otras instancias menores.

Las bolsas de cesantes, con el ingreso de personas que tienen experiencias en organización popular, van adquiriendo autonomía en su relación con la Iglesia Católica, el mayor grado de organización se produce con la creación de una Coordinadora Metropolitana de Bolsas de Cesantes y el apoyo activo a las acciones que realiza la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, especialmente en la histórica huelga de hambre que se efectuó desde el 22 de mayo al 8 de junio de 1978. En esa oportunidad se organizaron

pequeños grupos de personas que iniciaron un ayuno de carácter indefinido y ocuparon locales de la Iglesia Católica a través de todo Santiago, los ayunantes permanecieron diecisiete días sin declinar de su acción, con el objetivo de obtener de la Junta Militar una respuesta sobre el paradero de miles de detenidos que permanecían desaparecidos. El movimiento de los familiares de las víctimas estuvo acompañado activamente por los cesantes organizados en las bolsas y los estudiantes universitarios que habían iniciado un proceso de articulación orgánica. Acompañar a los familiares significaba integrarse al ayuno activamente y en la organización de manifestaciones callejeras diariamente, en el centro de la ciudad.

Las acciones de movilización social se pudieron realizar porque ya existía una red importante de pequeñas organizaciones que funcionaban en las poblaciones al alero de la Iglesia y en las universidades, en el contexto de las reivindicaciones de los estudiantes. Se podría decir que estas fueron las primeras manifestaciones públicas de resistencia popular, en las cuales además de participar sujetos comprometidos con el drama de los derechos humanos, también se integran personas que aparentemente no tenían historial de militancia política, pero el hecho de estar participando en un grupo de base y de conocer el dolor por el cual estaban atravesando aquellas miles de familias que andaban en la búsqueda de una respuesta por sus seres queridos, daba pie para involucrarse y arriesgar la integridad física, estamos hablando de movilizaciones en el centro de Santiago donde el número de personas no sobrepasaban las ciento cincuenta, en un período donde la represión seguía siendo muy fuerte y no cualquier civil se atrevía a dar un paso tan significativo como desafiar a la policía y los servicios de seguridad.

Pero no sólo los cesantes son los que asumen el desafío de impulsar organización, en el frente de los trabajadores activos surgen algunas experiencias de reanimación sindical, entre ellas el nacimiento de la Coordinadora Nacional Sindical, donde se destaca la participación de Manuel Bustos, militante demócratacristiano, y Héctor Cuevas, militante comunista. También por el lado de la Avenida Cerrillos existen manifestaciones de reagrupación sindical, a través de la Coordinadora Maipú-Cerrillos. En esa época, los cesantes organizados también estuvieron involucrados en el nacimiento y desarrollo de la CNS, así como en la organización, promoción y parti-

cipación en las jornadas de conmemoración de los Primero de Mayo, como fecha símbolo de las luchas populares de los trabajadores.

En la conmemoración de los Primero de Mayo en las calles de Santiago, se repartían volantes llamando a la población civil a la desobediencia, barricadas en algunos puntos de la ciudad para demostrar que era factible rebelarse, rayado de paredes y el intento de realizar marchas por el centro de Santiago, eligiendo la Plaza Almagro como punto de encuentro. Con estas actividades, que se realizaron a partir de 1977, van surgiendo los primeros intentos del mundo social popular de rescatar los símbolos históricos de los trabajadores como instrumentos para la reagrupación y la movilización. Así, los trabajadores intentan retomar su propio camino, en el largo y difícil trayecto de reanimación y se van separando de la conmemoración del Día del Trabajador que realiza la Iglesia Católica, con la misa de Jesús Obrero.

Los intentos de marchar por las calles de Santiago se transformaba en una carrera que igual terminaba con nuestro ingreso a los templos católicos, nuestra búsqueda de refugio mientras huíamos de la policía, coincidía con los momentos que se estaba efectuando la ceremonia religiosa. Era común encontrar ahí a don Clotario Blest, con su clásico overol de obrero, al Padre Rafael Maroto y al Vicario de la Pastoral Obrera, monseñor Alfonso Baeza, como protagonistas de la actividad religiosa, asumiendo el rol de parlamentar con los oficiales de carabineros para que levantaran el bloqueo policial que efectuaban alrededor del templo.

En este período se va tejiendo una red de organización social en las principales poblaciones populares de diversas comunas del gran Santiago. Además de las bolsas de cesantes, existían talleres laborales específicos, una muy buena experiencia fue el taller de lavandería popular en la Población Lo Hermida, integrado por mujeres dueñas de casa que asumían la realidad de la cesantía de los varones y se juntaron alrededor de quince, con la ayuda de Verónica, una amiga que es comunicadora social, creando el taller para lavar ropa ajena. Desde la Capilla Espíritu Santo ofrecían sus servicios a la comunidad y a sectores de clase media. En las poblaciones obreras se multiplicaron las prácticas de este tipo, ofreciendo servicios y productos que se manufacturaban en forma artesanal, como la reparación y confección de calzado, ropa de niños y adultos. Entre las

experiencias curiosas, conocí a unos compañeros que tenían un taller donde trabajaban los cachos de animales vacunos, que se usan para beber la chicha en la época de fiestas patrias.

Merecen especial mención los talleres de Arpilleritas, integradas por mujeres dueñas de casa, que al igual que las mujeres de la Lavandería, no contaban con ninguna trayectoria de organización. La primera experiencia fue realizada por la Vicaría de la Solidaridad, con mujeres familiares de detenidos desaparecidos, en la perspectiva de usar la confección de arpilleras como terapia, ante el inmenso dolor de estas mujeres que dejaban los pies en la calle buscando información, y los pañuelos empapados de aquellas lágrimas de amor y de impotencia humana. Los momentos más duros se vivieron cuando algunas publicaciones que, supuestamente, provenían del extranjero, daban a conocer la nómina del fallecimiento de 119 militantes del MIR en enfrentamientos entre sí. Enfrentamientos que resultaron ser falsos, ya que todos los compañeros habían sido asesinados por los servicios de seguridad en el Plan Cóndor. Fue un golpe extremadamente duro para los familiares y las funcionarias de la Vicaría de la Solidaridad que dentro de su desesperación por ayudar a mitigar el dolor de las familias afectadas, entre otras acciones, crean la práctica de diseñar y confeccionar arpilleras con desechos de géneros y con partes bordadas. Desde el mismo momento en que aparecen los primeros trabajos, los motivos reflejados en la obra manifiestan el dolor que sienten en su alma las creadoras.

La Iglesia Católica toma contacto con organismos humanitarios de Europa y estos asumen el compromiso de promocionar y adquirir los trabajos de las compañeras y frente al éxito de la promoción, la Vicaría de la Solidaridad extiende la experiencia a mujeres que sufren la cesantía y el hambre en las poblaciones, como un intento de paliar los niveles de pobreza en el mundo popular. Se inicia la labor artesanal en poblaciones de las comunas del sector sur-oriente, para después extenderse a otras zonas de la ciudad. Entre los talleres que tuve la oportunidad de conocer y de compartir con sus integrantes, puedo destacar los de Villa O'Higgins y Nuevo Amanecer en La Florida, otro en la Población Lo Hermida de Peñalolén y uno en la comuna de Puente Alto. Todos los trabajos que efectuaban estas compañeras coincidían en las temáticas de denuncia sobre los hechos que sucedían al interior de las poblaciones, en ellas se incluían las detenciones arbitrarias de personas en los allanamientos masi-

vos que se efectuaban en los barrios populares, el desaparecimiento de detenidos políticos, las torturas, el hambre, la cesantía, la prostitución y drogadicción callejera, como efectos de la pobreza.

En la red de organizaciones sociales que se fue creando, fue muy importante el surgimiento de expresiones culturales que acompañan al crecimiento de la organización y sus manifestaciones de resistencia a la dictadura: el canto, la música, el teatro y la creación de murales se levantan al calor de los hechos y se convierten en instrumentos de expresión cultural que ayudan a iniciar el despertar de importantes sectores del pueblo. En las poblaciones con mayor tradición de organización y en las universidades se produce un estímulo por el canto popular, los jóvenes empiezan con las canciones de Silvio Rodríguez, Víctor Jara, Violeta Parra y otros, para continuar en la composición de sus propias letras. Al igual que las Arpilleritas, en los temas se van contando los sucesos que ocurren en cada población: la cesantía de Juan, los juegos callejeros del Luchín con sus amigos, la venta de su cuerpo de María para ayudar al alimento de la familia, las barricadas de los jóvenes y el enfrentamiento con la represión en las jornadas de protesta. Suma y sigue, los temas son coreados por los vecinos que acuden a la peña folclórica que se organiza en la capilla de la iglesia local, como forma de recreación al calor de una resistencia popular que poco a poco va en aumento.

El teatro es otra de las manifestaciones que tiene un importante rol en este período. Surgen grupos con la intención de abrir espacios donde la gente, además de recrearse, pueda pensar y debatir en torno a los temas que van planteando las obras en sus contenidos. Se van creando los talleres de teatro que se caracterizan por el medio al que representan, en especial el poblacional y universitario, pero tampoco se queda atrás lo que podríamos llamar el teatro profesional, integrado por gente que estudió actuación. Nuevamente los locales eclesiales son usados para presentar los trabajos a la población, algunos grupos salen a la calle y se transforma en cotidiana la práctica del teatro callejero. Se realizan festivales, con una excelente respuesta de parte de la gente: el festival que organizaba año tras año el Taller 666 del Barrio Bellavista, en el cual participaban los grupos que venían desde los tres frentes sociales antes nombrados. Otro de los encuentros importantes lo organizaba el Grupo La Carreta en la comuna de La Granja y los festivales que

emprendía la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) que marcaron un momento histórico en la preocupación de los jóvenes por recuperar la democracia.

También es importante destacar el surgimiento del arte plástico al interior de las poblaciones. En los muros de viviendas, edificios o simplemente los cierres divisorios de terrenos, los jóvenes van dejando grabados sus sentimientos, la visión que tienen de los hechos represivos con su secuela y las respuestas del pueblo que resiste, todo ello graficado por las brochas que manejan con maestría los emergentes artistas populares, dejando a su paso una multiplicidad de colores. Las poblaciones donde más se destacan con este arte muralista son la Villa Francia y La Victoria.

Las manifestaciones culturales que surgían desde el mundo popular en resistencia, por lo general, pasaban desapercibidas para el sector más formal, quienes hablaban del apagón cultural en que estaba sumergido el país, pero no miraban lo que se estaba construyendo a nivel popular. Este mundo formal es el mismo que después se hizo cargo de gobernar el país, desconociendo completamente como se fue tejiendo desde 1977 esta red de pequeños grupos que trabajaban como verdaderas hormigas en poblaciones y centros de estudios de nivel superior, empezando por lo más básico, para desembocar el año 1983 en las jornadas de protestas nacionales. Hay quienes aseguran que dichas jornadas fueron exitosas gracias a la convocatoria realizada por la Confederación de Trabajadores del Cobre. Es cierto que ellos convocaron a un Paro Nacional, pero si uno vuelve atrás y revisa el resultado en el ámbito de los trabajadores, la respuesta fue bastante pobre. Sin embargo, desde las poblaciones, al paro se le dio carácter de protesta y estas no habrían sido posibles sin la existencia de esta rica red de miles de pequeñas organizaciones a lo largo de las principales ciudades del país. Los integrantes de estas redes fueron los que promovieron las protestas en cada barrio o población. Lo curioso es que ningún partido político se interesó por apoyar a estas organizaciones y quienes le dieron la conducción fueron ex presos políticos y antiguos militantes descolgados de sus partidos. Nunca como en ese período, los militantes del MIR y el PC trabajaron más unidos. No había órdenes de direcciones superiores que interfirieran en el trabajo de unidad y todos nos abocamos a trabajar por una misma causa.

Las ollas comunes fue otra organización importante, surgió a partir de los temporales que azotaron la zona central del país en el invierno de 1981. En Santiago se desborda el canal San Carlos a la altura de lo que actualmente es la comuna de Peñalolén, afectando especialmente a las poblaciones de la Faena y Lo Hermida. La gente pierde sus enseres y también se pierden algunas vidas producto de las inundaciones, el hambre entre los pobladores se hace crítico y para poder sobrevivir organizan ollas comunes. Nuevamente la Vicaría de la Solidaridad se hace presente con víveres, lo mismo realizan otras ONG y vecinos de otras poblaciones cercanas, que acuden a colaborar con sus pares. De esta experiencia, en los meses siguientes, se constituirán nuevas unidades de alimentación común las que se extenderán por toda la Región Metropolitana y en las ciudades más importantes del país, junto con las ollas irán surgiendo nuevas iniciativas que servirán de apoyo al mejoramiento de la alimentación, como los Huertos Urbanos y los Comprando Juntos.

Jornadas de Protesta

En la década de los ochenta, el régimen militar, antes de terminar de levantar cabeza de la crisis económica y social que afecta al país, nuevamente cae en otra de igual o de mayor magnitud y como es lógico, los más afectados siguen siendo los sectores de escasos recursos, sumándose los atropellos sistemáticos a los derechos humanos, los allanamientos masivos de barrios y poblaciones en el afán desesperado de las fuerzas represivas por evitar el avance organizativo y la restauración del movimiento popular. Todo ello trae como consecuencia, que la red de organizaciones que se había venido gestando a nivel de las poblaciones, se fue ampliando a otros sectores sociales y se empiezan a rearticular las clases medias a través de algunos colegios profesionales, trabajadores del arte e intelectuales, hay inquietudes en el ámbito de dirigencias sindicales y se gestan coordinaciones entre federaciones gremiales, ya que algunas de ellas todavía conservan antiguos dirigentes con trayectoria de organización, los cuales empiezan hacer buen uso de la voz y se preparan para impulsar acciones a partir de los pequeños espacios que les pueda dejar el Plan Laboral. En poblaciones y barrios la gente se va sacudiendo el miedo y hacen visible problemas históricos que se habían mantenido velados por muchos años, de esta forma las familias que viven allegadas inician un proceso de organi-

zación y se van constituyendo los comités de pobladores sin casa. Por otro lado, las mujeres están manifestando reivindicaciones propias del género y aprovechan la coyuntura política que está en transcurso de apertura y organizan los primeros referentes para que las representen en el complejo mundo de la sociedad civil.

Ya estamos en el año 1983, en el contexto del inicio de un pueblo que despierta e intenta sacudirse el yugo de la dictadura, haciendo uso del derecho civil a la crítica. Los trabajadores dedicados a labores en las áreas del arte y la cultura inician la conformación de la Agrupación de Trabajadores Culturales. Al organismo se adhieren artistas plásticos, de teatro, música, canto, educadores populares, en fin, un amplio conglomerado. Varios de los adherentes son personas connotadas en el ámbito público, por su aparición en los medios de comunicación o por los tipos de trabajos artísticos mostrados en su trayectoria. El estreno público de la Agrupación Cultural se realizó en la calle y fue espectacular. Con una preparación minuciosa, cuidando de la seguridad física de los integrantes, un día de abril, cuando el cañón del cerro Santa Lucía anunciaba que estábamos en la mitad de la jornada, decenas de personas aparecieron de diversos lados de la Alameda y se sentaron en las escalinatas de la Biblioteca Nacional con una mordaza en la boca y un lienzo alusivo a la creación de la Agrupación. En el diario vespertino *La Segunda*, en su edición de esa tarde, apareció una fotografía a lo largo y ancho de toda su portada, dando a conocer la acción realizada. El estreno en sociedad se realizó en un máximo de siete minutos, el tiempo justo que se demoraron en llegar los servicios represivos del régimen con su cargamento de bombas lacrimógenas y sus carros lanza agua, momento en que las ciento cincuenta personas participantes se entremezclaban con el mar humano que transitaba a esa hora por el lugar.

Abril era un mes de mucho movimiento, se estaba trabajando con anticipación la conmemoración del Primero de Mayo, actividades absolutamente prohibidas por el régimen dictatorial, por lo tanto todo el trabajo de organización y promoción se realizaba en forma clandestina. Para ese año existía un acuerdo entre las organizaciones sindicales de la región de realizar las actividades de celebración en el frontis de una parroquia que queda en pleno centro de Maipú, a una cuadra de las instalaciones de la Municipalidad. Después, la Agrupación Cultural había programado un acto en la sala de teatro

«El Ángel» que quedaba en una galería de la calle San Antonio, en el centro de la ciudad, para hacerle un homenaje especial a Tennyson Ferrada, un conocido actor del teatro nacional.

La conmemoración del Primero de Mayo en esa ocasión, para mí fue muy especial, primero porque el sacerdote se arrepintió de facilitar el frontis de la Parroquia; segundo, la llegada de la policía no se hizo esperar, en este afán de convencer al Padre de que no habría peligro, carabineros nos atacó con todo su arsenal mientras permanecíamos en la calle. Tuvimos que huir en la búsqueda de algún lugar más seguro. Mientras corríamos de un lugar a otro, un dirigente del Cordón Industrial Cerrillos-Maipú, hizo anuncios de que nos reuniéramos en el local del Sindicato GoodYear, situado a unas cuadras del lugar y el tercer hecho que marcó positivamente el resto de mi vida, fue el conocer a una compañera, que al igual que yo y que otro centenar de personas, corríamos de la policía y nos reagrupábamos en otra esquina para lanzar consignas y volver a huir del carro lanza aguas y de las bombas lacrimógenas. Entre correr de un lado a otro con la desesperación de quienes se ven enfrentados al efecto de los proyectiles del servicio represor y la agitación del esfuerzo físico, se produce el encuentro con una compañera, a la que tomo de la mano, ayudándola a huir del lugar para evitar las consecuencias de la represión.

Así conocí a Hilda Amalia, quien en el transcurso de los meses siguientes se constituiría en la mujer con quien iniciaría un largo camino a través de la vida, que ya se ha extendido por más de veinte años. A esa altura de la vida me encontraba sin pareja y padre de tres hijos menores que vivían conmigo, por lo tanto mi rol era un tanto complejo, ser padre y madre a la vez, es nada de fácil. Cuando cuento esta parte de nuestras vidas con Hilda Amalia, todos nuestros amigos reconocen que no podríamos conocernos de otra forma, debía ser en la calle realizando acciones de protesta contra la dictadura. Con la compañera teníamos un pasado con algunas coincidencias, para empezar habíamos sido militantes del mismo partido, los dos fuimos ex detenidos políticos: éramos sobrevivientes de la casa de torturas de Villa Grimaldi y ambos estuvimos casi en la misma época detenidos en el campo de prisioneros de Tres Álamos, en la actual comuna de San Joaquín.

Conocer a Hilda Amalia y tomar la decisión de ser pareja ha resulta-

do ser, para mí, el mejor premio que permite compensar esta vida dura que me tocó vivir. Cuando alguien me pregunta sobre cual sería mi reacción si tuviera la fortuna de obtener un premio millonario en los juegos de lotería, mi respuesta es que ese premio ya lo obtuve. Es una menuda y atractiva morena que trabaja como una hormiga, dándole tiempo a todo, extremadamente competente en su trabajo formal, con una consecuencia extraordinaria en su trabajo de organización popular, en especial en el mundo femenino, y siempre tiene tiempo para estar conmigo y en permanente preocupación por nuestros hijos. A pesar que de los cuatro hijos que circulan por nuestro hogar, tres son de mi anterior matrimonio y sólo la menor es producto de nuestra relación, pero para Hilda Amalia no hay preferencias.

Con este nuevo panorama en mi vida personal, surge la convocatoria de la Confederación de Trabajadores del Cobre, con el apoyo de la Coordinadora Nacional Sindical, llamando a un Paro Nacional para el 11 de mayo. Desde todas las instancias en las que participaba se inicia una preparación para hacer del paro una jornada de protesta desde las poblaciones. En ese tiempo era parte de un colectivo que aún existe, el Taller de Acción Cultural, desde ahí estábamos adheridos a la Agrupación Cultural y a la vez colaboraba en actividades del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU). La tarea de difundir, promover y organizar la preparación de la jornada de protesta, fue intensa. Se hicieron volantes, se imprimieron instructivos sobre como actuar el día de la jornada y nos movimos por las diversas zonas de Santiago, motivando a las organizaciones sociales con las cuales teníamos contacto para que, llegado el momento, se organizaran mítines, marchas, caceroleos y organizar a la población para evitar víctimas por la represión. Adelantándonos a los hechos, se conversó con profesionales de la salud para que apoyaran la jornada, realizando talleres sobre como atender casos de urgencias, no faltaron los profesionales más comprometidos que durante la noche se quedaron en vigilia en los puntos de mayor conflicto.

El 11 de mayo, el activismo social se mueve al interior de las poblaciones, jugándose la opción para que la protesta en horas de la tarde pueda ser efectiva. El paro en los sectores laborales transcurre con débil respuesta. Al llegar la noche, los pequeños grupos que

constituían la red de organizaciones dieron la pauta marchando en sus respectivos lugares y haciendo sonar tarros, ollas y otros objetos que produjeran ruido, pero la participación todavía seguía siendo muy débil de parte de la población. Los integrantes del Taller de Acción Cultural se trasladaron a Lo Hermida para apoyar las actividades y en ese lugar, con las arpilleristas, el taller de lavandería y un taller que se dedicaba a la elaboración de cachos, se realizó una mini marcha. Cuando el grupo se retiraba desmoralizado porque no lograba respuesta de la población, se produjo la explosión popular tan deseada, primero el sonar de unas ollas en forma aislada, para masificarse como protesta en muy pocos minutos. El equipo de Acción Cultural se sintió asombrado porque de pronto surgió un ruido de cacerolas por toda la ciudad y la gente empezó a salir a la calle, los más osados sacaron neumáticos de vehículos y los encendieron, el grupo por fin se sintió acompañado.

Junto con la explosión popular, aparecieron los carros policiales lanzando su artillería. El resultado positivo de aquella primera protesta urbana fue el despertar activo de la gente que residía en esos lugares del mundo popular con mayor experiencia de organización. Lo negativo, los resultados que dejó la represión, dos muertos, cincuenta heridos y más de trescientos detenidos. La primera víctima se produjo en la Población La Victoria, con el asesinato por fuerzas policiales del joven Andrés Fuentes.

Finalizada la primera protesta, se activa el mundo organizacional, los trabajadores a nivel de cúpulas se entusiasman y empiezan a preparar una nueva convocatoria, para ello crean el Comando Nacional de Trabajadores, compuesto por la Confederación del Cobre, la Coordinadora Nacional Sindical y otros organismos sindicales. En el plano poblacional ya existía la Coordinadora Metropolitana de Pobladores y pasada la protesta, desde el CODEPU se da a conocer un Manifiesto Popular por los Derechos del Pueblo y se plantea la posibilidad de crear un nuevo referente poblacional. Así surge la Coordinadora de Organizaciones Populares (COAPO) con la presidencia de René Tapia, un poeta y dirigente poblacional que pertenecía a las organizaciones populares de Pudahuel.

La Segunda Protesta Nacional es convocada por el nuevo Comando Nacional de Trabajadores para el 14 de junio. La convocatoria ya no es para un paro, el llamado del Comando de Trabajadores es en

forma abierta como Protesta Nacional, por lo que desde un principio, la responsabilidad directa de la preparación y ejecución recae en los hombros de las organizaciones poblacionales. Con la experiencia de la protesta anterior, se trabaja en hacer más eficiente la convocatoria, organizar la defensa local y recopilar materiales de primeros auxilios. Se sabe que las poblaciones serán rodeadas por las fuerzas militarizadas durante la noche y desde el exterior la policía ataca con balines de goma y municiones de guerra.

Los heridos que se produjeron en la jornada de protesta anterior, fueron llevados a los servicios de salud pública, donde fueron detenidos por la policía en el momento de solicitar la atención médica. Para la Segunda Protesta Nacional se realizó una masiva capacitación de personas en primeros auxilios. De las tareas instructivas se encargaron las ONG que trabajaban el área de la salud y desde esas preparaciones surgió la red de botiquines populares en diversas poblaciones. Tal es el caso de la Población La Victoria en la zona sur de Santiago, donde los botiquines se implementaron por cada manzana y antes de convocar a la Tercera Jornada de Protesta, ya existían funcionando sesenta y cinco botiquines y como tales desarrollaron su propia orgánica, denominada Salud por Cuadra.

Además de prepararse en el campo de los primeros auxilios, para asegurar el éxito de paralizar la población al máximo, se envió cartas a todos los recorridos de buses urbanos para que no salieran a trabajar. La preparación fue intensa durante todo el mes, cuando finalmente llegó el día de la jornada de protesta, esta fue con creces más masiva que la anterior y la acción concertada de la población estuvo acompañada de muchas barricadas, existieron sectores poblacionales en los cuales los uniformados no pudieron ingresar y debieron reprimir desde el exterior lanzando lacrimógenas y disparar municiones tanto de goma como de acero.

Resultado: cuatro personas muertas, setenta heridos atendidos en locales hospitalarios y mil trescientos cincuenta y un detenidos por las fuerzas policiales.

Con la intensificación de las jornadas de protesta, el régimen, además de reprimir violentamente las acciones de la población, decide que a un número importante de los detenidos que se van registrando, se les imponga una pena administrativa de noventa días de relegación en lugares apartados del país. De esta forma, las pequeñas

localidades del sur y norte de la nación se fueron sembrando de hombres y mujeres que en su gran mayoría eran de la capital. Esta experiencia de relegación la viví en carne propia junto a otros compañeros del ámbito cultural, en el transcurso de la Tercera Jornada de Protesta que se desarrolló el 12 de julio. Esta, a diferencia de las dos anteriores, es convocada por una concertación de partidos políticos denominada «Alianza Democrática», más las organizaciones sociales que se encontraban coordinadas localmente y aquellos referentes poblacionales que respondían a tendencias ideológicas.

A partir de la Tercera Jornada de Protesta, los partidos políticos entran al ruedo y retoman el rol de protagonistas. Se había estructurado la Alianza Democrática, una concertación de partidos de centro izquierda que asumió la convocatoria de la tercera jornada, los partidos rescataron a los militantes que se mantenían activos trabajando pero sin conducción y los pusieron en línea. Hasta ese momento eran las organizaciones sociales lideradas por antiguos dirigentes y militantes, desvinculados de los partidos, los que organizaron desde la base a pequeños grupos de personas, en relación a sus necesidades y la realidad del período. Todos unidos, militantes y ex militantes de partidos populares, tolerantes entre sí, soportando la represión, levantamos esa red de pequeñas organizaciones, despreciadas por los partidos desde la clandestinidad, porque ese tipo de organizaciones no eran viables para desarrollar una acción de resistencia, sin embargo, todos los otros proyectos que involucraban el enfrentamiento directo con los organismos de represión fueron derrotados, incluyendo un alto costo en vidas humanas. Muchos de los mejores hijos del pueblo murieron en acciones heroicas, pero que obedecían a estrategias mal diseñadas de las direcciones partidarias.

A los cinco años de haberse puesto en práctica un trabajo de hormigas, empezando por la búsqueda de iniciativas para enfrentar el problema del hambre entre la población más modesta, con la integración de los jóvenes que realizan un gran aporte desde la acción de expresiones culturales, el rol desarrollado por la Vicaría de la Solidaridad, la complicidad de sacerdotes y religiosas en los templos locales hacia la causa de los perseguidos, el modesto trabajo realizado por los más humildes de la población; se obtiene como resultado el surgimiento de una explosión de resistencia social que

se muestra como una gran llamarada, que deslumbró los ojos de aquellos que no se atrevían a mojarse los pies por temor a un resfrío. A partir de aquí se produce la alucinación, comienza una carrera competitiva por obtener la apetecida democracia, se diseñan distintas estrategias y cada referente que se va constituyendo, elabora o reforma sus propios proyectos de sociedad, ya que históricamente la democracia como cultura de vida es de una forma para algunos y para otros es diferente, depende del tipo de anteojos que cada cual usa y de los intereses personales de quienes están al frente de cada colectividad. Se acelera la rearticulación de los partidos políticos, los de izquierda rescatan a sus militantes que se encontraban descolgados de la estructura partidaria, les dan instrucciones y vuelven a surgir las antiguas diferencias entre integrantes de los diversos partidos y nuevamente volvemos a los vicios de parcelar lo que existe y disputarse lo que tanto costó armar, se elaboran en secretaría los discursos triunfalistas y, sin asistir a ningún gimnasio, se ejercita ampliamente la muñeca, ya que se necesita habilidad para manejar las nuevas situaciones.

Del armamento casero fabricado para defender las barricadas, pasamos al armamento sofisticado que lo reparten personas anónimas en los días de protestas, desde vehículos en marcha para enfrentar a las fuerzas policiales, fusiles y granadas de alto poder. Pero los jóvenes que están en las barricadas no saben manejar este tipo de armamento, ni saben como sacar en buena forma la espoleta a las granadas y tenemos bajas producidas por la falta de preparación en el uso de un armamento que distribuyó no se sabe quién y después que pasa la jornada de protesta, es usado por las fuerzas represivas como excusa para realizar allanamientos y detener a los jóvenes de la población. En algunos casos los allanamientos son masivos, se registra toda la población y los varones mayores de quince años son detenidos, llevados al campo deportivo o la plaza más cercanas, los golpean y muchos de ellos son llevados a otros campos de detención y enviados a relegación por decisión administrativa.

Relegación a Inca de Oro

El 12 de julio, en el transcurso de la Tercera Jornada de Protesta, un equipo de educadores de acción cultural decidimos apoyar una actividad formativa que tienen programada jóvenes de la Coordinadora de Organizaciones Populares de Pudahuel, en una Capilla de la

Iglesia Católica ubicada en la Población El Montijo; este lugar en la actualidad pertenece a la comuna de Cerro Navia, sector oeste de la ciudad. En dicha Capilla, además funcionaba una olla común para las familias del sector. Cerca del medio día, cuando estábamos realizando varios talleres de formación con los jóvenes, con otro compañero, enseñábamos técnicas de periodismo popular, apareció la policía con un fuerte despliegue de vehículos y contingente uniformado. Fuimos todos detenidos, alrededor de treinta personas, entre instructores culturales, jóvenes, que en su mayoría pertenecían a las comunidades cristianas, y mujeres que a esa hora estaban cocinando en la olla común. Éramos los primeros detenidos de la jornada de protesta y fue con escándalo. La población salió a la calle y se enfrentó con piedras y barricadas al dispositivo militar, tratando de rescatar a los miembros de su comunidad, mientras tanto, los uniformados que realizaban el operativo respondían con bombas lacrimógenas.

Al cumplirse los cinco días de detención en la comisaría ubicada en la calle Teniente Cruz, entre San Pablo y General Bonilla, casi la totalidad de la treintena de detenidos se fue en libertad, salvo tres que pertenecíamos al equipo de instructores culturales que fuimos entregados a los servicios de seguridad, quienes nos trasladaron a un cuartel de torturas y nos tuvieron otros días retenidos. En ese lapso estuve en interrogatorio y tortura durante muchas horas en el cuartel que la CNI tenía en la calle Borgoño con Avenida Independencia. Después de esta nueva experiencia de brutalidad, fuimos entregados a la policía de investigaciones, quienes jugaron a los buenos con nosotros, dándonos un trato preferencial, para luego embarcarnos en unos pequeños aviones. Uno de estos aparatos voló con dirección al sur del país, llevando alrededor de seis detenidos en calidad de relegados, entre ellos estaba Cristián, uno de mis compañeros del equipo de educación cultural, que además de ser profesor de castellano, también era poeta y estaba siendo trasladado a un lejano pueblo de las Islas de Chiloé. Otro avión estaba destinado para la zona norte, en éste último fui embarcado junto a Toño Cadima, otro compañero del equipo de acción cultural, con destino a un pueblo al interior de la Cuarta Región, además iban otras personas, las cuales no ubicaba. El avión fue deteniéndose en ciudades importantes para ir dejando parte de su carga. El primero en

bajar fue el Toño y otra persona en la ciudad de La Serena, en Copiapó me tocó el turno a mí y otro compañero que iba con destino a la localidad del Salado, en ese momento yo supe que mi destino era la localidad de Inca de Oro, un pequeño pueblo que estaba a más de cien kilómetros al interior de Copiapó.

El viaje empezó alrededor de las nueve de la mañana, llegando cerca de las seis de la tarde al lugar de destino. Los policías de investigaciones de Copiapó no fueron tan atentos como los de Santiago, al recibir a dos tipos que bajaban de un pequeño avión en calidad de detenidos para ser trasladados desde el aeródromo hacia los pueblos del interior, en una camioneta, en la que tendrían que recorrer alrededor de trescientos cincuenta kilómetros entre ida y vuelta. Además en las emisoras de radio estaban transmitiendo un partido de fútbol de la Selección Nacional, que estaba jugando en algún lugar del extranjero y el receptor del vehículo sólo tomaba la frecuencia cuando la camioneta iba circulando en lugares de alturas. Cuando las ondas radiales no permitían escuchar el partido, los policías descargaban su frustración lanzándonos groseras maldiciones por nuestra calidad de prisioneros subversivos.

Un martes 19 de julio, exactamente una semana después de haber sido detenidos en Santiago, cuando eran cerca de las siete de la tarde, fui entregado a personal de Carabineros, en el retén policial de Inca de Oro, me hicieron firmar un libro donde quedaba registrada mi estadía en calidad de relegado y, como norma, debía firmar ese mismo libro cuantas veces al día fuere requerido por el personal de guardia del recinto policial, por el momento el horario de reportar mi presencia ante Carabineros sería cada doce horas, es decir; a las ocho de la mañana y en la noche, a las veinte horas. El resto del tiempo era libre de transitar por las calles del pueblo pero sin ingresar a lugares públicos ni conversar con la gente en la calle, dejando registrada las visitas de amigos y familiares que venían desde el exterior y otra serie de prohibiciones de menor rango.

De pie, fuera del retén policial, estuve observando aquel cielo absolutamente despejado, en un pueblo del que nunca antes supe su existencia. En medio de la pampa y a dos mil metros de altura, con un viento tan helado que atravesaba las vestimentaás, pero con el brillo soberbio de las estrellas, en aquel infinito que se veía bastante más cercano al que estaba acostumbrado a observar en el centro

del país. Pero el problema era qué hacer en aquella hora de la noche, con frío y en un pueblo desconocido, la respuesta me la dio un uniformado que salió del recinto policial para decirme que en la Parroquia de la Iglesia Católica local había gente esperando mi llegada desde el medio día, hora que apareció la información por el canal estatal de televisión. El mismo uniformado me fue a dejar al lugar. Mi sorpresa fue grande, un grupo de mujeres todas pertenecientes a la Comunidad Cristiana del lugar, estaban esperándome con una mesa puesta, donde sobresalía un termo con agua caliente y algunas exquisiteces para alimentarse. El estado físico calamitoso en que me encontraba, después de una semana detenido y de pasar las últimas doce horas sin probar alimento, encontrarme con aquel grupo de mujeres a las cuales no conocía pero que me estaban recibiendo como si fuera parte de su comunidad, me emocionó hasta lo más adentro del pecho. Después de las presentaciones y de deleitarme con café y las exquisiteces, me trasladaron a un cuarto que existía en la misma Parroquia, donde había una cama que estaba esmeradamente preparada para que descansara durante aquella noche y las noches de los próximos noventa días.

La solidaridad no se detuvo allí, en los siguientes días me encontré con un sin número de expresiones solidarias de mucha gente del lugar que se comunicaba conmigo, en algunos casos en forma anónima y en otros, abiertamente, para darme fuerzas o simplemente acompañarme, en aquellos primeros momentos uno se encuentra en el proceso de adaptación a la nueva realidad. En la mañana siguiente, lo primero que hice después de levantarme y de tomar café de aquel termo que continuaba con su agua caliente, me dirigí a un negocio cualquiera del pueblo para adquirir útiles de aseo, ya que todavía no me daba un buen baño. El primer gesto de la persona que atendía el local fue de generosidad extrema, sin preguntarme sobre quien era yo, no me quiso cobrar por la compra de los artículos y me manifestó que todo el pueblo ya sabía de mi existencia. Desde ese momento tuve que asumir que para la gente del lugar era una especie de nueva autoridad, una autoridad alternativa a la que les había impuesto la dictadura militar. Para algunas personas era el señor relegado y para otras era el compañero relegado, en general con mucho respeto. En este pueblo mi nombre fue reemplazado por este cargo no oficial de relegado y estaba a la misma altura que el

del señor delegado, que era la autoridad máxima y que representaba al gobierno comunal de la zona. Entre otros cargos de autoridad, se podía contar al sargento de carabineros, que era el jefe de la unidad policial, el director de la escuelita, el cura párroco que visitaba el pueblo una vez a la semana los días viernes y un señor jubilado que transitaba por las calles conversando con toda la gente y que tenía cerca de setenta años, se llamaba Horacio Gallo y se jactaba de ser familiar de los creadores del Partido Radical. Don Horacio era todo un personaje y los próximos tres meses sería mi guía e informante sobre las personas que habitaban el pueblo y la historia de la zona.

Con don Horacio nos encontrábamos a diario, en la casa de una familia que se ganaba la vida entregando alimentación a personas como yo, que requerían un lugar donde almorzar y cenar, lo que comúnmente se le denomina pensión. Don Horacio era pensionista del lugar y yo durante tres obligados meses también lo fui y nos quedábamos con este anciano realizando sobremesa, ya que siendo él jubilado y yo relegado, siempre teníamos más tiempo disponible que el resto de las personas que acudían a la pensión y de él obtuve más información sobre Inca de Oro y leyendas relacionadas con sus habitantes. Inca de Oro era un pequeño pueblo ubicado a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Diego de Almagro y más de cien kilómetros de Copiapó, la capital de la Tercera Región. Don Horacio solía decir que en ese pueblo hasta las paredes contaban con oro y efectivamente era así, ya que gran parte de las paredes estaban construidas con adobes fabricados en el mismo lugar y como el adobe se fabrica con tierra y paja, obvio que dicha tierra tiene algún polvillo de oro, para darse cuenta bastaba con observar detenidamente las paredes del pueblo.

Inca de Oro era una localidad donde en aquella época, cuando los militares me enviaron relegado por considerar que era un peligro para la estabilidad del país, residían alrededor de seiscientas personas y sus orígenes venían desde fines del siglo diecinueve.

Cuando los Norteamericanos que llegaron por esos lados descubrieron oro en un sector que ellos mismos denominaron «Las Guías de California». El lugar fue un importante yacimiento explotado por una empresa yanqui y el terreno donde se ubica hoy el pueblo fue un caserío montado por los empresarios mineros

que lo mantuvieron por mucho tiempo como casa de residencia para los administradores y como campo de almacenaje para las toneladas de material que se extraía de las profundas excavaciones realizadas en los faldeos de los cerros cercanos. Don Horacio recordaba haber pasado por aquel lugar cuando era niño, en 1907, y aquello no pasaba de ser un caserío, con no más de seis viviendas, además de la estación de ferrocarriles, lugar obligado de detención de los vagones para que la empresa minera pudiera cargar el material extraído desde los piques construidos en aquellos cerros de multiplicidad de colores, y trasladarlos hacia Copiapó para iniciar el proceso de chancado y venta del mineral, pero que también se aprovechaba para abastecer de agua a las locomotoras y que los conductores estiraran un poco las piernas.

Recién en 1930 se corre el rumor de la existencia de oro en aquella zona, después que la empresa norteamericana ya había explotado gran parte de las reservas. Los mineros de las pampas salitreras que regresaban al centro del país a raíz del desastroso quiebre de las empresas explotadoras de salitre, que arrastró al cierre de oficinas de los diversos cantones pampinos, pasan a probar suerte en las laderas de los cerros al interior de la ciudad de Copiapó, pero la especialidad de estos mineros no es la búsqueda de oro, ellos golpean la roca con sus barretas y combos y este no aparece, muchos toman sus enseres se lo echan al hombro y desaparecen del lugar, mientras otros, después de tanto hacer agujeros, descubren la existencia de delgadas líneas con roca claveteada, que después de meses de trabajarlas, les sirven como guías para llegar donde está la veta del preciado mineral. A base de esfuerzo y perseverancia, la misma experiencia les enseñó conocer el terreno.

El caserío, que en un principio se llamaba San Pedro de Nolasco, no pasaba de una decena de viviendas, rápidamente se fue poblando, los interesados en viajar al interior de la zona pasaban por la gobernación en la capital de la provincia, para solicitar que se les asignara un sitio para construir una vivienda en San Pedro de Nolasco y de ahí era cosa de esperar un cupo en el tren que salía cada cierto tiempo desde Copiapó hacia el interior. Alrededor de 1915, al pueblo se le cambió de nombre y empezó a

denominarse Cuba y todo el mundo le decía la Cuba Chica, hay quienes dicen que el cambio de nombre fue en homenaje a la lucha que dio José Martí por independizar la República de Cuba del imperio español y otros manifiestan que se comparaba a este pueblo del norte chileno con el país caribeño por el carácter de festividad permanente que adquirió el lugar en aquel período. En cinco años se convirtió en un próspero pueblo de alrededor de diez mil personas y en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda se decreta cambiarle nombre a la localidad por la gran confusión que provocaba en Correos de Chile cuando se seleccionaba la correspondencia, ya que muchas de las cartas se desviaban hacia el caribe y se extraviaban. Finalmente el pueblo adopta el nombre de Inca de Oro, como una forma de mantener en la memoria histórica el recuerdo de la Sierra del Inca, lugar de ricos yacimientos mineros en la zona.

La existencia de tanta gente, que día tras día fue llegando al lugar atraída por las historias de oro en abundancia, fueron levantando viviendas, la mayoría de ellas en un primer momento de calaminas y los más pudientes preparaban adobes, construyendo de esa forma con material sólido. Para abastecer tanta gente se necesitó una infraestructura mayor y el estado hizo esfuerzos y se abrió una huella que conectara por tierra el nuevo pueblo con la ciudad capital y a la vez con el puerto de Chañaral. Por esta huella llegaron envueltos en una nube de polvo los negociantes, algunos de origen chino e indú, el polvo del nuevo camino se transformaba en remolino producto del fuerte viento que se levantaba al atardecer. Los mercantes llegaron montados en modernos camiones para esa época, que causaban la admiración de niños y adultos, el aullar asustado y lastimero de los perros y el nervioso pisotear de las mulas sobre la dureza del roquerío. Con los negociantes llegaba el capital que le daría vida al pueblo, pero al mismo tiempo, traería su muerte. Con él capital llegó mayor infraestructura para la minería, pero también una mayor explotación para el pirquinero, aquel hombre que no ingresaba a trabajar directamente con los empresarios, prefería ser autónomo y rasguñar laderas de cerros por su cuenta, pero igual dependía del empresario y el negociante para chancar el mineral, elaborarlo y transformarlo en oro y el mercader se instaló en

el pueblo, trajo los trapiches y los molinos para moler la roca y esperaba la llegada del pirquinero para tasarle la ley del mineral y adquirirlo de acuerdo al precio que el comprador le asignaba. Con la llegada de los negociantes también llegó la diversión, una alegría temporal para el sufrido pirquinero, pero también la pérdida de valores que marcaban la moral de la familia. En 1940 la forma de vida en Inca de Oro era tan liberal como lo fue en cualquier ciudad de Europa, para divertir a los mineros se instalaron catorce cabaret y treinta quintas de recreo con sus correspondientes pistas de baile; para darle más realce a la diversión de los mineros, se llevaron de las diversas ciudades del norte y centro del país, las doscientas prostitutas con mejor figura, vestidas con ropa confeccionada por los diez mejores diseñadores de vestuario contratados en la capital del país. Inca de Oro se convirtió en uno de los lugares de mayor diversión en todo Chile. Los artistas de mayor renombre que llegaban al país, después que actuaban en Santiago y Viña del Mar, eran trasladados al norte, para que actuaran en la moderna sala de teatro de la que aún permanecen sus restos en el centro del pueblo, después de haberse incendiado años atrás. El pueblo en corto tiempo se transformó en una gran sala de prostitución, donde la noche y el día se fundían en uno solo, en el que todo el mundo se emborrachaba, el baile era una práctica permanente y hacer el amor tirados en cualquier lugar de los salones, se realizaba con el ritmo que aportaban las monedas o el crujir de los billetes.

Mientras tanto en los cerros, los pirquineros sumergidos en las profundidades de las minas o en las laderas mismas, hacían toda clase de esfuerzos, dando de golpes con su combo sobre el barreno y cargando el capacho sobre sus espaldas, transportando el mineral y luchando para que el día fuera siempre día y no existiera la noche, para que las dos semanas, o el mes en algunos casos, tiempo que por lo general permanecían allá arriba, permaneciera invariable la luz solar y con ello la claridad que permitiera trabajar, sólo trabajar. Las jornadas eran agotadoras, pero la motivación de bajar al pueblo con sacos o toneladas del bello roquerío claveteado con perlas doradas y pasar por la agencia para realizar la venta e introducirse a esa noche de goce interminable, daba el alivio y el aliento necesario para él autoes-

fuerzo. El encuentro con esas hermosas y elegantes mujeres, que lo besuquearían y lo acariciarían hasta lo más profundo de sus bolsillos. A ellas no les importaban para nada sus desgastadas ropas o lo pobremente vestido, ni el polvo que los cubría desde la cabeza hasta los pies. Ellas no se preocupaban de que sus elegantes trajes quedaran grises con el polvo de las ropas del minero. Sólo interesaba el dinero del hombre, si este traía los bolsillos repletos con el producto del trabajo de semanas de esfuerzo, a ese hombre había que hacerlo feliz.

Toda esta gran farra producto de la fiebre del oro llegó a su punto máximo en 1945, en esa época el lugar todavía era mas conocido con la denominación de la «Cuba Chica» que como Inca de Oro, porque al igual que la república caribeña, este pueblo perdido en la pampa al interior de Copiapó, se había transformado en prostíbulo de mineros, pero también de muchos extranjeros que fueron atraídos por las rocas claveteadas. Desde 1945 en adelante, la roca claveteada fue desapareciendo y fue quedando solamente el lastre, el cual los pirquineros más viejos, que no se encuentran capacitados para bajar a los piques, siguen hasta el día de hoy con pala y arnero dándole vueltas para sacar algún gramo por cada tonelada de tierra que arnean. Hoy sólo quedan los recuerdos de aquellos tiempos de oro y una que otra historia que se le asigna a hechos protagonizados en su juventud, por algún anciano que circula en el pueblo y se le señala: «Ese viejo es Don Juan, cuando era joven y participaba en la procesión de la Virgen del Carmen, en vez de encender velas, usaba como antorchas encendidas, billetes de quinientos y de mil pesos. Ahora este pobre viejo vive de las limosnas que le pasan los más jóvenes».

A este lugar, con un historial desconocido para mí, me asignaron por decreto administrativo para cumplir tres meses de relegación. Don Horacio, este anciano que se jactaba de ser bien gallo y descendiente de Pedro León Gallo, un político, militar y empresario que junto a los Matta el año 1857 organizaron el partido Radical y dos años después protagonizaron una incursión insurreccional desde la ciudad de Copiapó hacía el centro del país. Se enfrentaron con el ejército regular el 14 de marzo de 1859 en la localidad de Los Loros, ganando esa primera batalla, pero cae derrotado dos semanas después en la ciudad de La Serena. De esa familia con largo histo-

rial dentro de la zona, provenía don Horacio; cuyos miembros residían entre Copiapó y La Serena; él, para no ser menos, era rebelde por naturaleza. Se fue del hogar a temprana edad y para ganarse el sustento diario, se desarrolló como músico tocando la batería, primero en las pampas salitreras y después, en los años de la gran fiesta en Inca de Oro, siguió su carrera de músico en las casas de remolienda, ahora hacía su vida como jubilado y se dedicaba a caminar por el pueblo y a contar sus historias a cuanto relegado o forastero asomara la cabeza por aquellos inhóspitos lugares.

Pasaron los tres meses en Inca de Oro, en pleno invierno hubo una lluvia no común para esos lugares del norte que dejó varios estragos, y un movimiento sísmico que causó mucho pánico y destrucción, especialmente en el pueblo vecino de Diego de Almagro. En esos tres meses fui acompañado en forma solidaria por personas de la zona, lo que facilitó mi estadía, entre ellos algunos mineros que me visitaban un par de veces a la semana, con los que me tomaba de vez en cuando unas cervezas, escondidos de la policía, en un reservado que nos facilitaba el dueño de un restaurante; la señora María que pertenecía a la Comunidad Cristiana y me iba a buscar los días domingos para que fuera almorzar con su familia; Rosita, una tía del jardín infantil, que fue una admiradora fiel y de mucha lealtad, que me acompañaba casi todas las tardes, relatándome los pormenores que acontecían entre las mujeres del pueblo y evitando que fuera tentado por alguna de ellas; la señora Viviana encargada de la Parroquia que me facilitaba la ducha de su casa para mi aseo personal, además de tomar mi ropa y llevársela para el lavado; un profesor de la escuela, quién había tenido problemas con las autoridades locales por su militancia socialista, me hacía llegar revistas y libros que los dejaba en horas de la noche por debajo de la puerta de la Parroquia, en forma anónima, desde el primer día de mi permanencia en el lugar; y el Padre Juan, el Párroco, que viajaba los días viernes desde Diego de Almagro hasta Inca de Oro, para efectuar la tradicional misa de los viernes.

El Padre Juan, de nacionalidad española, resultó ser un tipo fuera de serie, nos hicimos amigos y salíamos los viernes a recorrer el pueblo y sus alrededores en una camioneta de doble cabina que él conducía. Cuando los uniformados del pueblo realizaban acciones represivas contra mí en el transcurso de la semana, el Sacerdote

amigo iba el viernes a la unidad policial y colocaba de vuelta y media a los policías. Además era un tipo bastante buen mozo y las mujeres casaderas del pueblo lo acosaban cada vez que se presentaba la ocasión y me pedían a mi si podía interceder para buscar la forma de que el Padre entrara en pecado, total, expresaban: «Si la cachita es por una buena acción con sus feligresas, debería tener la bendición de Dios».

A pesar de la compañía que disfrutaba a diario y de las visitas que me llegaban desde el exterior, en especial de Santiago, Copiapó y Chañaral, siempre me afectaba todo lo que sucedía en Santiago, especialmente los días de jornadas de protestas. En Agosto se efectuó una jornada que duró dos días, el jueves once y viernes doce, en esa ocasión ejercía como Ministro de Interior del gobierno dictatorial, Onofre Jarpa, un político de derecha que de vez en cuando todavía aparece en los medios de comunicación, jugando a ser campeón de la democracia. El Ministro envió a la calle a dieciocho mil soldados para reprimir las protestas, resultado de ello, 29 muertos en diversas poblaciones, cien heridos y más de mil detenidos. Radio Cooperativa era la emisora que me acompañaba en el noticiario de cierre en la medianoche y a través de sus ondas supe que ese día falleció un niño de diez años, a la llegada al servicio de urgencia; que en una población, un joven murió baleado en el pasillo de su vivienda, que otros tres niños, de ocho, nueve y diez años, murieron en distintas poblaciones como consecuencia de las acciones de los dieciocho mil soldados; que mi amigo Arturo Sorondo de las Comunidades Cristianas de la Población Lo Hermida, fue detenido desde su casa, junto a su grupo familiar y días después sería embarcado en un avión y enviado al exilio. Era la contradicción, una semana antes salió en las portadas de los diarios junto con el Cardenal Silva Henríquez y días después era secuestrado por los agentes de la dictadura y enviado fuera del país.

El día sábado 13 fueron a visitarme cuatro trabajadores del arte que iban desde Copiapó, uno de ellos era un poeta amigo de Toño Cadima, al que detuvieron conmigo y que se encontraba relegado en Alto el Carmen, al interior de la cuarta región. Junto con este grupo de amigos artistas venía Griselda Núñez, una cantora popular de la localidad de Batuco, conocida por sus presentaciones en el programa de sábados gigantes, como La Batucana. Todavía no salía de la

sorpresa de tener como visitas a esta delegación del arte, cuando apareció por la puerta de la Parroquia la figura de Hilda Amalia. Se había conseguido una semana de permiso en su trabajo y durante toda esa semana me acompañaría en mi relegación. Tres semanas antes de haber sido detenido, habíamos iniciado una relación afectiva y el tenerla allí de visita, acompañándome por una semana, significaba que estaba frente a la mujer que bien podría ser la pareja de mi vida y en definitiva así ha sido. Su presencia en estas inhóspitas tierras, haciéndome compañía por el transcurso de unos días, sellaron un compromiso que nos convirtió en pareja, aceptando tres hijos pequeños de mi anterior matrimonio, tarea que no le ha sido para nada fácil y de recibir una cuarta hija, que sería el remache de oro, producto de esta decisión surgida, en Inca de Oro.

El viernes 19 de agosto, Hilda Amalia regresó a Santiago, habíamos pasado una semana maravillosa, en la que soñamos diseñando nuestro futuro. Ese día en la tarde, cuando subió al camión que la trasladaría a Diego de Almagro, sentí que lo mejor de mi vida podía estar al lado de aquella mujer. Después de la partida de Hilda Amalia, todo volvió a ser como antes de su llegada, regresaron las visitas de la gente del pueblo y volví a escuchar las ondas radiales de Radio Cooperativa, que lograba sintonizar solamente en la medianoche y en la mañana antes de las siete, en otra hora del día era imposible. Así me enteré que en los primeros días de septiembre se produjo una toma de terrenos gigante en la comuna de La Granja, alrededor de cinco mil familias se habían tomado unos terrenos en la calle San Francisco con Lo Blanco. Actualmente ese lugar es línea límite entre las actuales comunas de La Pintana y El Bosque y los campamentos de la toma de terrenos ya no están. Después de la relegación tuve la oportunidad de trabajar, apoyando en mi calidad de educador popular, los asentamientos que se llamaban: Cardenal Silva Henríquez y Monseñor Fresno; que algunos años después se les edificó viviendas y fueron distribuidos, tanto en la comuna de La Pintana, como en la comuna de El Bosque.

Todavía me quedaba por sufrir en relegación los hechos que sucedieron en la quinta jornada de protesta, convocada por la Alianza Democrática del 8 al 11 de septiembre. La situación se da en forma parecida a las jornadas de protesta anteriores, el resultado que deja la represión es de quince muertos, cuatrocientos heridos y seiscien-

tos detenidos. Entre los fallecidos se encontraba el obrero del Programa Ocupacional para Jefes de Hogar (POJH) de la Municipalidad de Pudahuel, Pedro Marín Novoa, baleado por un miembro de seguridad del Municipio el día 11, fecha en que la dictadura celebraba los diez años del golpe militar. Por esa razón convocaron a los siete mil trabajadores que laboraban en los programas sociales para ser trasladados al acto central de celebración en la región Metropolitana. A los trabajadores le habían ofrecido trescientos pesos y tres días de permiso como compensación para participar de las actividades conmemorativas, pero llegado el momento de abordar los buses en los que serían trasladados desde el complejo Santa Corina, un porcentaje importante de obreros no subió a los transportes y los que lo hicieron empezaron a corear consignas en contra de la dictadura, las autoridades comunales, al detectar las manifestaciones de protesta de los trabajadores, se apoyaron en carabineros para que reprimieran y los propios civiles que trabajaban en seguridad al interior de la Municipalidad apoyaron a los uniformados haciendo uso de armas de fuego. Una de las balas disparadas por un funcionario que viajaba en un jeep de color rojo, impactaron en el joven Marín Novoa, produciéndole la muerte casi en el acto, otras treinta personas heridas fueron atendidas por la organización de salud comunitaria de los vecinos del sector en que se produjeron los hechos.

Los logros obtenidos por las acciones populares hasta este momento, después de cinco jornadas de protestas, no eran tan significativos en relación a la cantidad de muertos. Los políticos de profesión estaban reagrupados y conformando referentes que les permitiera demostrar que eran representativos de una parte de la sociedad y en razón de ello se habían dedicado a negociar, primero entre referentes políticos y después con miembros representativos de la dictadura. Los que negociaban no eran los políticos que se mojaban el traste en medio de las barricadas, eran aquellos que por buena conducta no fueron enviados al exilio y otros que por igual razón se les abrió las puertas para que retornaran, estos le ofrecían a la dictadura una salida digna de Pinochet, incluso con honores de comandante en jefe. Se negociaba a esa altura de la contienda, un paquete de leyes orgánicas que sería anunciado por Onofre Jarpa más adelante, en las que se incluía un llamado a plebiscito, el fin del estado de emergencia y el regreso de algunos exiliados. Nuevamen-

te se estaba repitiendo la historia; el pueblo coloca los muertos y los profesionales de la política negociaban cómo se distribuía el poder. Por fin se cumplieron los tres meses de relegación y en la medianoche del 15 de octubre firmé el documento donde el Estado de Chile me dejaba en libertad y pude volver a Santiago a reiniciar mi vida normal junto a la familia y amigos. Era la segunda vez que firmaba una libertad en un quince de octubre, la vez anterior había sido diez años antes en el Estadio Nacional. Estas dos libertades, más la fecha de nacimiento de Anahí, una de mis hijas, hacen de esta fecha un día especial en mi trajinar por este mundo. Todo esto vino a mi memoria en el momento que estaba con el lapicero en la mano y el sargento de Carabineros me extendía el documento para ser firmado, junto con darme la mano en señal de despedida con el trato de señor y me deseaba un feliz retorno a mi vida como ciudadano de la nación. Así se dio término a mi relegación, pero ya las despedidas habían empezado el día viernes, en la misa que realizaba el Padre Juan en la Parroquia. Fue una ceremonia muy especial donde no faltaron los lagrimones tanto míos como de las personas que pertenecían a la Comunidad Cristiana y que estuvieron durante esos tres meses asistiéndome.

Como una forma de retribuir la compañía y el afecto que recibí de toda aquella gente humilde, hice entrega a la Comunidad de una arpillera que me enviaron las artesanas de la zona oriente de Santiago, diseñada especialmente para ser entregada como agradecimiento y otra arpillera a la señora María, que era la persona que me invitaba a almorzar los días domingos, integrante destacada de la Comunidad Cristiana. El inicio de mi viaje, empezó con el traslado a Diego de Almagro en un bus donde el deportivo del pueblo iba a participar de un encuentro de fútbol en la localidad de él Salado. En el club participaban todos mis amigos pirquineros con los que nos tomábamos unas cervezas de vez en cuando y que en la noche anterior me acompañaron a la unidad policial en el trámite de firmar el documento sobre mi libertad. Fue una linda despedida, los cincuenta kilómetros que separaban Inca de Oro con Diego de Almagro, con cantos y tallas referidas a mi estadía y mi regreso. Pero no podía terminar este cuento, si no me despedía en la Parroquia de Diego de Almagro del Padre Juan, que además en las próximas semanas debía regresar a España, finalizando su misión de cinco años en Chile.

De vuelta a la realidad local

En Santiago no faltaron las bienvenidas, pero lo más importante fue la reintegración a todas mis actividades y el inicio de nuevos proyectos como instrumentos de apoyo a la organización que se estaban dando los pobladores. Con un pequeño equipo de compañeros creamos un boletín para apoyar el trabajo de la Coordinadora de Organizaciones Sociales (COAPO), fue un modesto medio informativo que circuló durante un par años con un tiraje mensual de tres mil ejemplares por número, «Avance Popular», apoyado por el CODEPU. El Sacerdote Rafael Maroto era nuestro asesor, el guía espiritual y político en este trabajo. Con otro grupo de amigos echamos a caminar el Colectivo Amaranto y ahí también diseñamos una revista «Punto Crítico» que era de análisis político, nuestro guía orientador era Agustín Dávila, fallecido recientemente después de una dura lucha con un cáncer al que no pudo vencer. Agustín, vencedor de muchas batallas durante su vida, hizo un importante aporte teórico a las luchas que en la práctica realizaron los grupos sociales y políticos en todo el período de la dictadura. Entre los integrantes del Colectivo participaban Verónica, el profesor Carlos Sandoval, el maestro de historia y geografía Patricio Sobarzo, entre otros compañeros. Patricio fue cobardemente asesinado por los servicios de seguridad alrededor de dos horas después de que habíamos finalizado una reunión de trabajo, el 2 de julio de 1984. Su muerte se produjo en una lluviosa noche de invierno en las intersecciones de las calles José Pedro Alessandri con Avenida Américo Vespucio, en los momentos que realizaba una llamada telefónica desde un teléfono público, solicitando ayuda para socorrer a un miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que se encontraba herido, el que también fue acribillado en dicha ocasión.

En los funerales de Patricio Sobarzo, Agustín Dávila en su intervención a nombre del colectivo, en parte dijo lo siguiente:

«Ni su cuerpo robusto tendido sobre el pavimento, nunca antes
tan frío, duro e inhóspito.

Ni su mano inmóvil, abierta en su último gesto de cordial recibimiento.

Ni sus ojos clavados en un cielo oscuro que lloraba de antemano,
sirvieron para convencernos de su muerte insospechada.

Hoy compartimos, tenaces, majaderos, una común sensación de
irrealidad permanente.

Pretendemos ignorar el negro boquete abierto en nuestras almas.
Diremos, ansiosos, que los golpes inútiles de absurdos burócratas,
no lograrán romper la profunda dignidad de su rostro.

Sostendremos, con cansada esperanza, que su vida potenció
nuestras vidas y fue una dicha tenerlo entre nosotros».

Patricio Sobarzo, tenía treinta y un años de edad, casado con Inés,
otra gran compañera, que como consuelo le quedó un hijo, Simón
Ernesto. Patricio fue fundador y presidente de la Agrupación de Profesio-
nales Democráticos y dirigente regional del Comité de los Dere-
chos del Pueblo. En marzo del año 2004 y con motivo de despedir
los restos de Lumi Videla, me encontré con Simón Ernesto, ahora
veinte años después del asesinato de su padre es un joven que
curso el cuarto año de derecho en la Universidad de Chile y el pare-
cido físico con su padre me hizo recordar aquellos tiempos de lu-
chadores, cuando le colocábamos el hombro intentando derribar la
dictadura militar.

En la décima Jornada de Protesta que se realizó los días 4 y 5 de
septiembre de 1984, hubo un total de ocho muertos en Santiago y
dos en la ciudad de Copiapó. El primer día de protesta, el sector sur
poniente de Santiago ardía en barricadas. La gente de las principa-
les poblaciones de la ciudad estaba en la calle y a las fuerzas represoras
les era muy difícil ingresar a las unidades poblacionales. Cada
población, por algunas horas, era territorio libre y los pobladores se
regocijaban y aprovechaban de organizar marchas a través de las
calles internas, como una forma de crear espacios para que todo el
mundo participara, mientras marchaban se coreaban consignas y
cantos alusivos a que pronto debería caer la dictadura. En el sector
sur poniente, la Población La Victoria llevaba la delantera en organi-
zación y participación de sus habitantes en este tipo de acciones
anti-dictadura. Esa noche se encontraban rodeados por las fuerzas
militares, pero estos últimos no se atrevían a ingresar y bombardeaban
a los pobladores desde la Avenida La Feria hacia adentro. Pero
nada atemorizaba a los pobladores, fue así como un comando de
carabineros al ver que por las entradas principales no podían ingresar
a la población, aprovecharon las sombras de la noche e ingresaron
por la parte poniente, por el lado donde se extiende la línea de

ferrocarriles y sorteando calles y pasajes secundarios, llegaron hasta la casa que habitaban los sacerdotes de la Parroquia.

El sacerdote Pierre Dubois, Párroco de la Población La Victoria, durante los años de dictadura se destacó por desafiar a los uniformados en la defensa por los derechos sociales y humanos de los pobladores. La represión le tenía el ojo puesto por su condición de líder natural, la noche del 4 de septiembre, el comando de policías llegó hasta el frontis del hogar de los sacerdotes ubicada en la calle Ranquil y divisaron a través de una ventana del segundo piso a un religioso que estaba de rodillas frente a una imagen religiosa en acción de oración, el oficial a cargo del operativo no lo pensó dos veces y ordenó disparar hacia el interior de la vivienda. El sacerdote recibió el primer disparo en plena frente, falleciendo de inmediato, pero el religioso asesinado no era el padre Pierre, éste no se encontraba en ese momento en la vivienda, él se encontraba en la calle junto al resto de la población colaborando en la asistencia de los heridos, producto del bombardeo que realizaban desde el exterior las fuerzas represivas. La víctima del asesinato resultó ser el Padre André Jarlan, que tenía a cargo el trabajo de rehabilitar personas alcohólicas del sector.

Pasada la balacera en contra de la vivienda de los religiosos, una vecina que, a la vez realizaba labores domésticas para los sacerdotes, ingresó al hogar y se encontró con el padre Jarlan fallecido, sentado en una silla con la mitad de su cuerpo doblado sobre un escritorio. A los cinco minutos la noticia estremeció a la población y en especial al padre Pierre Dubois. Una vecina que vivía al frente, sacó un paquete de velas que mantenía guardado para ocuparlas en caso de corte de energía eléctrica, encendió un fósforo, aplicó la cerilla a la vela y dando lumbre, la adhirió al piso de cemento de la acera, segundos después vino otra vecina e hizo lo mismo y en pocos minutos por la calle Ranquil se extendió una larga hilera con velas, la fila salió hasta la calle 30 de Octubre y se extendió desde la población hacia los dos lados de la Avenida La Feria, alcanzando Departamental por el sur y San Joaquín por el norte y en pocas horas las calles de la capital de Chile eran una larga cadena de lumbres encendidas rindiendo tributo a un sacerdote que hasta ese momento era desconocido, pero el solo hecho de morir en la Población La Victoria lo convertía en cura mártir. En la noche del día 5 la

protesta continuó y nuevamente las calles se llenaron de velas, lo mismo sucedió en la protesta del 11 de septiembre y en el paro nacional del 30 de octubre.

Esta acción espontánea iniciada por una vecina de la Población La Victoria, se transformó en tradición nacional y todos los 11 de septiembre en las calles de Chile se rinde homenaje a las víctimas de la dictadura realizando velatones. Si usted vive cerca de la calle José Domingo Cañas, número 1367 de la comuna de Ñuñoa, o se da una vuelta por ahí, los días miércoles cuando empieza a oscurecer, se encontrará con un grupo de esforzadas compañeras encendiendo velas como forma de rendir tributo a los compañeros y compañeras que estuvieron detenidos en ese lugar y que los servicios de seguridad hicieron desaparecer sus cuerpos, que según las últimas investigaciones del juez Guzmán, fueron asesinados y lanzados al océano.

Las jornadas de protestas continuaron mes a mes y siguieron creciendo las movilizaciones en las calles, la resistencia popular a la dictadura era por momentos muy intensa, cuando se creía que el régimen dictatorial se encontraba sobrepasado por las acciones populares, nuevamente se recomponía y sacaba fuerzas para reiniciar conversaciones con los sectores menos radicalizados de la oposición, logrando fortalecerse y golpear a quienes consideraban sus enemigos irreconciliables. De esta forma, como se desprende de la recopilación de información de la época realizada por los historiadores Mario Garcés y Gonzalo de la Maza, en el texto de ECO (Educación y Comunicación) «La Explosión de Las Mayorías», en las once primeras protestas que se desarrollaron entre el 11 de mayo de 1983 y el 30 de octubre de 1984, fueron asesinadas por las fuerzas de represión noventa y una persona, en su mayoría jóvenes de las diversas poblaciones de Santiago, entre ellos algunos niños; quedaron heridas ochocientas noventa y dos personas, todas ellas de diversa consideración, atendidas en los servicios de urgencias con heridas de balas o balines; fueron detenidas, seis mil novecientas veinticinco personas, en su mayoría quedaban en libertad dentro de algunas horas y en algunos casos pasaban a los servicios de seguridad, donde eran torturadas y enviadas a relegación por disposición administrativa, por un lapso de noventa días en algún inhóspito lugar del país.

Entre la Frustración y La Esperanza

Otro proyecto frustrado

Una noche del frío mes de agosto de 1984, apareció sorpresivamente por mi domicilio un antiguo compañero y amigo, con quien habíamos militado juntos, y estuvimos detenidos en 1976, en el Campo de Prisioneros Políticos de Puchuncaví, en la V Región. El Negro Manuel Antonio, compañero obrero, forjado en las duras faenas del carbón en Lota, al sur de Chile. Se había venido a vivir a la capital a fines de los años sesenta y trabajaba como obrero de la construcción, cuando ese gremio era uno de los más combativos que existían en nuestro país. El Negro tenía la característica natural del obrero chileno, ser franco y directo en sus opiniones, característica muy propia del trabajador que posee plena conciencia que es parte de una clase social y que tiene clara su ubicación dentro de la sociedad y del rol que le corresponde para revertir la realidad que le es adversa a la gente de trabajo. El Negro era un revolucionario por naturaleza y esa práctica cotidiana de crítica al sistema, se había enriquecido en su calidad de militante al interior del partido.

En noviembre de 1976, cuando se cerraron los Campos de Prisioneros Políticos, justamente el mismo día que el Negro y yo estábamos de cumpleaños, recibimos como regalo, quedar en libertad. Nuestra decisión fue reintegrarnos a la dinámica organizacional para ayudar en la reanimación de la organización popular al interior del país y no salir al exilio. Para empezar precisábamos comunicarnos con la gente, pero aquella posibilidad estaba absolutamente prohibida en este país, así que se nos ocurrió crear un grupo de teatro poblacional. Buscamos entre los profesionales del teatro a alguien que tuviera amor por la causa popular y además ostentara las agallas para trabajar un proyecto tan difícil de desarrollar en un período de tanta inseguridad para las personas. Desde el Grupo de Teatro Imagen se fue a la población a trabajar con nosotros, una linda pareja de actores: Oscar y María. María se gana la vida hoy vendiendo libros usados en una galería en la calle Providencia, en las torres de Tajamar y Oscar falleció hace ya varios años, a causa de un cáncer. Pero mi amigo Manuel tuvo muchas dificultades mientras desarrollá-

bamos el proyecto junto a otros ex-presos políticos y algunos pobladores dispuesto a jugárselas al lado nuestro. Sufrió constantes hostigamientos por parte de los servicios de seguridad, lo seguían en forma permanente, hasta que una noche lo sacaron de su hogar y después de golpearlo brutalmente fue abandonado a orillas del canal San Carlos. Ante estos hechos, el mismo grupo de teatro lo animó para que se fuera al exilio, porque su vida y la de su grupo familiar estaba amenazada por los asesinos que dependían de organismos estatales.

Pero su compromiso con la lucha por derrotar la dictadura fue más grande que el apego a la vida, o de vivir tranquilamente junto a su familia en la lejana Europa y haciendo de tripas el corazón, en una de esas heladas noches de los meses de invierno de 1978 en la ciudad de Estocolmo, le comunicó a su grupo familiar que regresaría a Chile, para integrarse a la lucha de la resistencia. A su mujer y a sus hijos la decisión de nuestro amigo cayó como un balde de agua fría sobre sus espaldas, originándose un conflicto que hasta el día de hoy le produce un fuerte peso que no logra superar.

Desde ese momento se integra a un proyecto de retorno clandestino, para dar inicio al interior del país de un proceso de creación de guerrilla rural, participando en un intensivo plan que incluía una intensa preparación militar. Los voluntarios integrados a este proyecto debieron soportar varios meses de apresto con el sueño de volver a la patria y ser los colonizadores de una guerrilla que se iniciaría en el sur de Chile, aprovechando la vegetación existente en las zonas de la octava y novena región, para después extender la experiencia a otras zonas. En 1981, por diversos pasos cordilleranos y por el propio aeropuerto internacional, ingresan al país decenas de hombres y mujeres que vienen con una gran misión: combatir a la dictadura. Quienes ingresan por el aeropuerto internacional y por el paso los Libertadores deben permanecer algunos días en Santiago. Se establece una red de protección popular para conseguir casas de seguridad para que los compañeros puedan habitar sin ser percibidos por los servicios de inteligencia, las personas que facilitan sus hogares como casas de seguridad tienen muy claro que están hospedando a miembros de la resistencia, pero nadie pregunta sobre el tipo de misión que estas personas van a realizar, entre menos información se tenga más se facilita el éxito de la misión, lo importante para

las familias protectoras es que se está realizando un aporte para que se combata a la dictadura, por lo tanto, a los compañeros se les atiende con respeto y admiración.

Entre estas decenas de compañeros se encuentra mi amigo Manuel, que ingresa como otro cualquier mortal por el aeropuerto Internacional, es recogido por la red de protección y conducido a la casa de seguridad. Nuestro amigo quisiera recorrer Santiago, ir a visitar a sus amistades de la población, pero tiene claro que no lo puede hacer. Ingresó al país con documentación falsificada y no puede exponerse a ser visto por alguien que lo pueda reconocer, tampoco puede andar por la calle porque se expone a uno de los tantos controles de rutina que la policía realizaba por aquella época. Es la vida en clandestinidad del militante revolucionario, se deja de ser quién es para asumir una nueva identidad; un proceso personal que no es fácil llevar a la práctica, porque nadie prepara al militante clandestino en forma psicológica para que deje de ser quién es, este es un fenómeno que tiene que ver con la cultura de cada uno. Durante un tiempo se produce un período de transición, el militante se sacude una determinada forma de vida para asumir otra nueva. La vida en clandestinidad es una pesada carga de transformación cultural, que uno asume con poca conciencia, lo hace solamente por el amor a la causa revolucionaria, jugársela por una sociedad más justa, fue la entrega generosa de muchos hombres y mujeres militantes en la perspectiva de obtener espacios para que los humildes fueran más felices.

El proyecto de construcción de bases guerrilleras rurales, para variar, fue un rotundo fracaso, uno podría decir que es la mala cueva del chileno. Pero no es mala suerte, en este tipo de proyecto no existe algo tan liviano que justifique los hechos. Al poco tiempo de instalarse un destacamento de compañeros en la zona de Neltume, ubicada al interior de la novena región, fueron detectados por los militares; durante algún tiempo los compañeros resistieron en forma heroica, la mayoría de ellos fueron detenidos y asesinados por las fuerzas represivas. Mi amigo se encontraba en un destacamento que actuaba en la cordillera costera de la octava región, más conocido como Nahuelbuta y los destacamentos que funcionaban en dicha zona tuvieron más tiempo para iniciar la retirada y abortar la misión, algunos de ellos también fueron apresados a la salida de la

región y después presentados a los medios de comunicación como terroristas muertos por una bomba, en momentos que realizaban un supuesto atentado a la vivienda de un ministro de Estado del gobierno de Pinochet. Mi amigo no salió de la zona, se mimetizó como campesino e hizo vida de tal durante largo tiempo. Cuando las aguas se calmaron, pudo salir de la zona y regresar a Santiago. En esa etapa fue cuando lo encontré y a partir de ahí reestablecimos los lazos de amistad.

Aquella noche en que el Negro Manuel Antonio apareció por mi casa, toda la familia se puso en alerta, porque pensamos que necesitaba ayuda, pero no era así, ya estaba ubicado en una casa de seguridad y lo que andaba buscando era encontrarse con un amigo y conversar. La vida en la clandestinidad no lo permite, porque uno nunca sabe cuanto puede confiar en las personas que tiene alrededor, ya que normalmente se las conoce en el instante que lo están hospedando. Mi amigo quería conversar y esa noche lo hicimos, nos contó a mí y a mi compañera sobre el desastre militar de las bases guerrilleras en el sur, producto de una errada decisión política. La determinación de llevar a efecto las acciones de preparación para una lucha subversiva, se había realizado con información que se tenía sobre la zona de antes del golpe militar, cuando albergaba una fuerte vegetación y mucha vida obrera en torno al desarrollo forestal. Pero ocho años después, la realidad era otra: Ya no existían los obreros, porque la política económica de la dictadura desarticuló los procesos productivos, la gente se tuvo que marchar en búsqueda de trabajo en lugares más cercanos a la ciudad y también los árboles habían desaparecido, ya que los militares con sus conceptos de soberanía Nacional, le entregaron los bosques a las empresas extranjeras y que en un abrir y cerrar de ojos, talaron los árboles nativos y los estaban reemplazando por pinos.

El campo donde efectuar las operaciones estaba cambiado, encontrar un lugar donde establecer un campamento no era fácil, los pocos lugareños que quedaban por la zona estaban muertos de miedo y no querían verse envueltos en nada, ya que los antiguos líderes de la zona, a partir del golpe militar fueron apresados y asesinados, sólo algunos de esos antiguos dirigentes lograron salir e huir del lugar.

El proyecto de la misión en el sur lo fui conociendo desde el momento que llegaron los primeros retornados, ya que participé en la red de ayudistas para la búsqueda de casas de seguridad y meses después, cuando se produjo el desastre, colaboré en rescatar sobrevivientes, situarlos en lugares seguros y recopilar documentación de identidad que se pudiera adulterar, con el fin de poder sacar nuevamente a los compañeros fuera del país. La conversación aquella noche fue hasta el amanecer, acompañados con ese aromático café que prepara Hilda Amalia y que todos quienes nos visitan en nuestro hogar lo conocen y lo disfrutan muy bien, incluso, hicimos una excepción, al compañero le permitimos que fumara dentro de la casa, un hecho poco común ya que con mis hijas somos muy poco tolerantes con los fumadores y especialmente por aquella época, ya que Hilda Amalia estaba con un embarazo de siete meses.

Al amanecer el compañero se marchó, sin aceptar que lo fuéramos a encaminar y se nos perdió de vista por algunos meses, un domingo por la tarde apareció de nuevo por nuestra casa, a esa altura de la historia ya había nacido mi nueva hija, Rayén. En esta ocasión el compañero venía a despedirse, tenía que salir del país, la vida clandestina lo estaba aplastando. No tenía ningún contacto con su familia que se encontraba en Suecia, ya eran más de seis años que no veía a sus hijos y mientras más pasaba el tiempo de clandestinaje, el hecho de actuar con otra personalidad, estaba pesando una enormidad en los hombros. Era necesario salir para retomar nuevamente su identidad y de esa forma ingresar al país siendo el mismo. Antes de marchar al extranjero quería tener más información sobre la organización popular y yo en cambio pretendía que me diera información sobre mi amigo Chambo, él compañero con el que trabajaba en el cordón industrial Vicuña Mackenna, estuvimos detenidos juntos en el Estadio Nacional y tiempo después nos encontramos en el campo de detenidos políticos de Tres Álamos, en el que también estuvo el Negro Manuel. Pero el negro tampoco sabía nada. Chambo salió al exilio, también se fue a Suecia y Manuel me contaba que al llegar a Europa, Chambo se desligó absolutamente de la actividad política, al parecer su compañera tuvo más fuerza y lo separó definitivamente de toda actividad y hasta el día de hoy, nadie me supo decir sobre el paradero de este antiguo amigo.

Las poblaciones en los '80

Le fui contando a mi amigo Manuel Antonio lo que estaba aconteciendo en el campo de la organización popular y mis aprehensiones, yo veía que las cosas no estaban muy claras, las jornadas de protestas estaban muriendo, el régimen permanecía en pie y la cantidad de personas muertas en las acciones eran demasiadas para un resultado todavía incierto. La red de organizaciones que existía al comienzo de las jornadas de protestas estaba desapareciendo, los partidos políticos nuevamente habían asumido el protagonismo e incluso la izquierda se encontraba en un serio conflicto. Un sector estaba por la lucha dura, mientras otro se encontraba en alianza con el centro político y estaban en negociaciones con los políticos de derecha que actuaban al interior de la dictadura, hecho que debilitaba enormemente las acciones rupturistas.

Nuestro gran problema desde el accionar de la organización popular, es que efectivamente un pequeño grupo nos dimos la tarea de apoyar, crear e impulsar organización y siempre lo hicimos al margen de los partidos políticos, porque estos no valorizaron lo que estaba en gestación. El largo proceso de crear se vio compensado con el surgimiento de estas jornadas de protestas, junto a la red de organizaciones hicimos un camino al actuar, pero no teníamos un proyecto en el cual pudiéramos afirmar nuestra acción, por lo tanto, lo que hacíamos en las poblaciones estaba cojeando. Las decisiones erradas de las direcciones políticas, aunque bien intencionadas, estaban alejadas de la realidad. Concluyó con la vida de gente valiosa y el desperdicio de importantes recursos, que podrían haber significado un valioso aporte, para un resultado mas favorable en la coyuntura política de 1983 en adelante.

Cuando le iba contando a mi amigo sobre mis conjeturas, este me observaba con cara de preocupación. Así que di vuelta la página, y el relato lo orienté por un lado mas positivo. -Pero no todo es tan negro compadre, la gente igual ha perdido el miedo a la dictadura, está el hecho de las tomas de terrenos por una cantidad apreciable de familias en las comunas del sector sur de Santiago y lo otro importante es el surgimiento de una red de expresiones culturales al interior de las poblaciones. A partir de 1978, en las poblaciones los jóvenes empezaron cantando canciones de Silvio Rodríguez, Violeta Parra y Víctor Jara y hoy día en todas las poblaciones con trayecto-

ría de organización tienen sus propios trovadores. Los chiquillos se han transformado en cantautores y no hay fin de semana que no se realicen peñas folclóricas y los artistas locales le cantan a la olla común, al comité de allegados y hasta las propias barricadas. En letras de canciones escuché una el otro día en la Villa Francia, era un verdadero manual de como realizar una barricada, como ve compadre, el arte del pueblo resurgió y tiene vida propia, pero me sigue preocupando la práctica de los partidos, este sector de la izquierda que está por la salida rupturista, de la que estoy de acuerdo, pero el discurso se da fuera de la realidad, y como los compañeros no han hecho un camino junto con la gente de las poblaciones, por razones comprensibles; algunos han estado en el exilio y porque para otros, la vida en la clandestinidad es un obstáculo que obliga a estar la mayor cantidad de tiempo encerrado, alejado del mundanal ruido popular, entonces, el problema es que cuando diseñan las acciones, lo hacen sin tomar en cuenta la realidad que existe en la población y cuando uno hace sugerencias, no las toman en cuenta, porque quienes venimos de extracción popular, supuestamente no estamos facultados para pensar. Es posible que sea así, pero somos observadores y el olfato popular que nos da la experiencia a veces nos permite visualizar mejor que un buen análisis.

Mi amigo Manuel me interrumpió para decirme qué las calles de las poblaciones, éstas siempre, dicen cosas. -Las calles, los pasajes y su gente siempre hablan, sólo hay que estar dispuesto a escuchar. Un día había escuchado en el campamento Monseñor Fresno, que la UDI, un movimiento organizado por un sector de la derecha más apegada a Pinochet, contactó a un vecino, se lo trabajó y lo convenció para que se instalara con un almacén al interior del campamento, le pasaron el dinero y al hombre le estaba funcionando bien el negocio, además de independizarse en forma económica, le había dado prestigio en el vecindario, de esta forma, la derecha mantiene al interior del campamento a un hombre respetable que maneja mucha información, ya que todo el mundo al almacenero le cuenta algo. Una buena forma de tener espías al interior de las organizaciones de pobladores y tenga por seguro compañero -me expresaba mi amigo- que esta experiencia, la derecha la va a masificar. Y le tengo otra compadre y esta si que no me la va ha creer, los servicios de seguridad seleccionaron a las poblaciones más combativas de Santiago

y colocaron a prueba un proyecto piloto de distribución de pasta base, ellos calculan que si resulta, se acabarían las poblaciones combativas en Chile. Ve compañero como la calle habla, si el dato que le estoy pasando es real, los resultados hay que verlos en los próximos años.

Mi amigo Manuel, que es el amigo más de pueblo que yo conozco, me dejó helado con la información que me estaba dando, vivía en la clandestinidad, pero se había dado el tiempo para escuchar lo que las calles y pasajes de las poblaciones hablaban. Aquella conversación quedó dando vueltas en mi cabeza, claro que con el correr de los días uno se introduce en una dinámica diferente y lo conversado se desvanece. Mi amigo sacó un cigarrillo de aquellos que no le faltan nunca, lo encendió, lo aspiró profundamente y así estuvo por algunos minutos, en el juego de aspirar y expirar el contenido del blanco cilindro que subía y bajaba desde sus labios y antes de que se marchara de nuestro hogar, despidiéndose de mi grupo familiar, ya que lo más probable es que pasarían varios años para que lo viéramos de nuevo, le relaté en parte otra de las experiencias que me había tocado conocer y apoyar. A cambio de la información que mi amigo me entregaba, le fui relatando las experiencias por la que estaban atravesando las organizaciones populares del sector oeste de la ciudad: Pudahuel es una de las tres comunas en que fue dividida la antigua comuna de Barrancas, junto a la de Cerro Navia y Lo Prado mediante una iniciativa del régimen dictatorial, en su plan por desintegrar las grandes zonas urbanas con fuerte componente popular.

El arzobispado de Santiago, para su trabajo pastoral, tiene la región Metropolitana dividida en Vicarías zonales. La zonal oeste abarca las comunas que correspondieron a Barrancas, además de Maipú y Cerrillos, lo curioso es que en esta zonal, después de producido el golpe militar, quedaron trabajando los sacerdotes y religiosas con mayor compromiso social del arzobispado y el obispo encargado de la Vicaría era monseñor Enrique Alvear, con una clara opción por favorecer a los sectores más pobres. Esto explica en parte, el hecho de que el trabajo pastoral efectuado por religiosos y religiosas en las poblaciones, estuviera dado en reflexión constante sobre los hechos que acontecían en el lugar. Los templos católicos de los barrios populares, en aquellos primeros años de dictadura, fueron

de las pocas partes donde en voz a susurro los jóvenes que participaban en las comunidades juveniles comentaban e invocaban por la suerte de los vecinos que se estaban convirtiendo en víctimas de la violencia golpista.

Con la llegada del decenio de los ochenta, los jóvenes de las comunidades juveniles de la zona oeste, estaban radicalizando su debate sobre el que hacer frente a la violencia de los militares y sentían que la respuesta debía ir más allá de la oración, pero tampoco tenían claro cual debía ser el camino. En un momento determinado, los jóvenes con mayores inquietudes fueron creando instancias de discusión paralela a la que efectuaban en los templos, de ellas primero surgieron tareas para denunciar lo que estaba sucediendo en la vida cotidiana, tales como pequeños rayados en lugares públicos y panfletos diseñados a mano con grafitos. A esta altura los jóvenes habían organizado una estructura a la que se le denominó «Coordinadora Juvenil Popular». Con el paso del tiempo aparecieron en algunas zonas urbanas del país, las primeras respuestas armadas de pequeños grupos de resistencia, que correspondían al proyecto de propaganda armada del MIR. Con esto los jóvenes de las comunidades cristianas descubrieron que de igual forma era posible crear respuestas que podían ir mas allá de la denuncia sencilla que ellos mismo estaban realizando, y salieron del ámbito de la Iglesia a buscar contacto con gente que tuviera una mayor experiencia en acciones de resistencia más pesada.

Los jóvenes de la zonal oeste se encontraron con dos militantes del MIR que andaban por la zona creando partido político y organizando comités de resistencia. En la primera reunión quedaron deslumbrados al conocer a este par de compañeros que no tenía nada que ver con la imagen estereotipada de activistas subversivos que daban a conocer los medios de comunicación del régimen. Estas personas eran de aspecto común y corriente, vestían en forma ordenada y nadie podría apuntarlos con el dedo para señalarlos como extremistas. La diferencia de estos sujetos con el común de los mortales de la época, era el lenguaje que utilizaban para referirse al período político y social en que se vivía, expresiones absolutamente desconocidas por los jóvenes de la CJP y que producto de estós encuentros empezaron a asumirlos como propios, ya que en pocos meses fueron capacitados para emprender tareas conspirativas al interior de

la zona.

Después de asumir la conspiración como práctica de vida, los jóvenes fueron seleccionados para tareas distintas, algunos se quedaron en el sector realizando trabajos de organización social y otros salieron del lugar para consumir acciones de propaganda armada, inmersos en la desconocida vida de la clandestinidad. Los jóvenes que quedaron con las tareas de organizar a la población, juzgaron que su formación cristiana se reforzaba con esta práctica de introducir entre sus vecinos la necesidad de juntarse en torno a los problemas de hambre, cesantía y falta de viviendas. Crece de esta forma la red de organizaciones al interior de la gran cantidad de modestas poblaciones que se ubican alrededor de las principales calles de la zona: San Pablo, Mapocho, J.J.Perez, Carrascal y otras, de este trabajo surge la Coordinadora de Organizaciones Populares de Pudahuel (COPP), que tuvo gran relevancia en los años ochenta en el marco de las protestas populares en contra del régimen dictatorial. La acción más destacada fue la convocatoria y conducción de un paro comunal realizado el 26 de julio de 1984, cuyo resultado fue la paralización total de la comuna. Desde tempranas horas en las principales calles no circulaba ni un solo vehículo de locomoción colectiva, tampoco de carácter privado, salvo aquella renoleta blanca que conducía mi amiga Verónica, desde la cual andábamos reportando para el boletín «Avance Popular» del Comando de Organizaciones Populares. La idea del paro comunal surgió de una asamblea popular realizada en febrero de ese mismo año y la fecha de ejecución quedó como tarea de estudio para la dirección de la coordinadora.

Durante 1984 suceden varios hechos como producto del accionar de la COPP al interior de la zona oeste, por esa época existía mucha efervescencia por el nivel en que se encontraba la organización y el discurso en general era muy triunfalista, se apuntaba a una alza permanente del movimiento de masas y a la creación de instancias de poder popular. Los líderes, toda gente muy joven, se entusiasman con la idea de que la comuna de Pudahuel era la zona territorial con un mayor avance de organización popular y que por ese camino, en algún momento, puede constituirse en un espacio liberado. Con esas perspectivas se realizan acciones de masas de envergadura mayor, el 27 de marzo se efectúa una gran marcha que finaliza con la expo-

piación de productos del supermercado La Africana, dos días después en otra acción cae muerto el miliciano Mauricio Maigret en un enfrentamiento con la policía uniformada, los días 7 y 8 de mayo son detenidos por las fuerzas de seguridad varios dirigentes de organizaciones de base; el 26 de julio por la mañana, en el transcurso del paro, caen detenidos cuatro integrantes de la coordinadora, horas después; en la calle Huelén con Mapocho, en un enfrentamiento con las milicias, cae muerto el teniente de Carabineros Julio Allende.

Después de realizado el paro comunal de Pudahuel con un éxito que resultó ser momentáneo, ya que en los próximos días los servicios de seguridad concentrarían todas sus fuerzas para aniquilar la organización, algunos compañeros fueron detenidos y otro número importante de personas hubo que sacarlas clandestinamente hacia la localidad de Mendoza en la República Argentina; finalmente en otra acción realizada por miembros de las milicias que persistían en revertir la experiencia desde la clandestinidad, es muerto por las fuerzas policiales en la calle Janequeo, el músico y artista popular de la comuna, Luis Díaz, el 29 de diciembre de 1984. Con todos los golpes represivos, la COPP siguió adelante, pero ya muy debilitada, perdiendo los niveles de convocatoria y la efectividad de sus acciones. Nuevamente nos encontramos con una experiencia donde sus integrantes se ilusionan con esperanzas libertarias, pero por una visión triunfalista de quienes entregaron la línea política, hacen de Pudahuel un foco de rebelión frustrado, a pesar de que se hacen los intentos por crear varios frentes poblacionales de igual magnitud en otras zonas de Santiago, estos no logran desarrollarse con la misma fuerza de Pudahuel, salvo la coordinadora Caro Ochagavía, que también tuvo una suerte parecida por aquella misma época. Al no prosperar las otras experiencias, se siguió adelante con la práctica de la zona oeste, haciéndola avanzar con demasiada rapidez, sin esperar que el trabajo en las otras zonas de la ciudad tuviera un mayor desarrollo y en este rápido caminar, las fuerzas del enemigo se tomaron su tiempo para detectar la forma como se desenvolvía la organización, la descabezaron como ellos sabían hacerlo y perdió la fuerza, dejando de ser un peligro para la dictadura.

En el país la vida continuó; el dictador con su equipo de asesores, en negociación con un sector de la oposición, diseñó, planificó y efectuó un plebiscito para preguntarle a los chilenos sobre quién

era el más hermoso. La gente fue a las urnas tomó la papeleta y con un grafito marcó la opción en la que el tirano quedó reflejado como el comandante en jefe de una tropa de asesinos y que debía tomar sus pilchas e irse de La Moneda. Pero el sector de la oposición que estaba seguro de ser el próximo reemplazante en la casa de gobierno, definió que el anciano criminal debía dejar La Moneda como un caballero e incluso continuaría con el rol de guardián de la democracia, conservando el cargo de comandante en jefe del ejército. Algo así como dejar a un ratón al cuidado de una fábrica de quesos, por supuesto que el señor ratón se tentó con comerse el queso y movió a una parte de sus fieles roedores para meter sus sucios hocicos de nuevo, pero otro sector de sus fervientes seguidores le advirtió que se quedara tranquilo. Suficiente con haber metido las manos hasta el codo y haber traspasado gran parte de los bienes de todos los chilenos a las cuentas personales de los jefes del régimen y, por último, dejar las oficinas para que las ocuparan otros, pero también el modelo económico acompañado de un estilo de vida coherente a dicho experimento y permanecer como la gran obra, elaborada, implementada e impuesta a la población a de sangre y fuego. Con esa obra dejaban satisfecho a los sectores pudientes del país que quedaban con las puertas abiertas para seguir haciendo de las suyas amparados por las leyes de la nueva constitución política del Estado, con ello la impunidad estaba asegurada. -Así que filo contigo - expresó un pije- dejemos que el perraje sueñe de nuevo durante un tiempo, después se cansarán, se sentirán decepcionados y los amigos de la Concertación seguirán administrando la obra del régimen militar.

La alegría que nunca llegó

Con el revés que sufrió la dictadura en el plebiscito, el pueblo enloqueció de alegría, salió a las calles y celebró con cantos y consignas hasta enronquecer. No faltaron quienes en un gesto generoso saludaban en la calle a policías y militares, como diciéndole: somos amigos, somos hermanos. Por un momento la gente se olvidó de aquellos héroes anónimos de la resistencia que murieron por las balas de quienes estrechaban sus manos, embriagados de una euforia triunfalista, muchos no se acordaron que tenían familiares que fueron víctimas de largas noches de terror en los campos de



tortura y exterminio que administraban los servicios de seguridad, se olvidaron de todos aquellos años caminando por las calles en búsqueda de un empleo y con el estómago vacío por varios días de no haber comido y el de vivir aterrorizado al interior de sus casas, mientras los militares disparaban sus armas por calles y pasajes como una forma de mantener a los mas pobres del país en un miedo constante a perder la vida.

Después que el espejo le respondió a Pinochet que ya no sería más el rey, vinieron las elecciones para elegir al nuevo monarca y Pinochet eligió a uno de sus discípulos para que postulara a su reemplazo, el niño aquel resultó ser un bufón con un corte de pelo al estilo de la época de los Beatles, una nariz al estilo Pinocho (el muñeco) y aparecía en los medios de comunicación trotando por una ladera en búsqueda de una montaña que sabiamente no había bajado donde él y su pandilla de rufianes. Por otro lado se creó una alianza de partidos de centro y hojeando una biblia se encontraron con el nombre de un antiguo señor que había peleado mil batallas, pero no en contra de los militares, si no que usó la lengua hasta obtener que los militares se sublevarán con las armas al frente e iniciaran su guerra el 73. Este antiguo señor sabía que tenía todas las de ganar, en ser el nuevo rey supremo y sin siquiera moverse de su escritorio, hizo un ofrecimiento para impactar a la masa popular que soñaba con un país al estilo del cuento de Alicia.

El aspirante a nuevo monarca envió a sus equipos de campaña para que pintaran todas las paredes que encontraran en calles, pasajes, sitios eriazos del país, anunciando que la alegría llegaría. La gente se la creyó y se sentó a esperar, total después de tanto sufrimiento, de tanto trabajar creando organización, de tantos muertos en el camino, de tanta hambre en los estómagos, tendríamos un nuevo rey, el que convertiría a éste país en uno de maravillas. Han pasado catorce años y seguimos sentados con las nalgas cuadradas de tanto esperar que la anunciada alegría llegue.

Al quedarnos esperando, terminó por desaparecer la antigua red de organizaciones populares. En las poblaciones dejaron de funcionar las peñas folclóricas, que mantenían vivas las raíces del canto latinoamericano, de recrear al pueblo y ser sujeto de resistencia popular. Los jóvenes colgaron sus guitarras y no siguieron componiendo canciones, porque ya no existían motivos en qué inspirarse. El pueblo

se había ido a sus casas y sin pueblo en las calles se terminan las motivaciones de inspiración. Al Estado con sus instituciones les correspondía funcionar en beneficio del golpeado pueblo y así lo creyó la gente y quienes osamos en algún momento a manifestar que la nueva democracia requería de la participación nuestra, manteniéndonos activos en los barrios para reconstruir comunidad, nos tildaron de quedarnos en el pasado y de obstaculizar la llegada de la alegría, total, las instituciones deben funcionar; si no funcionan, el voto se lo damos a otros.

Así fue como el Estado sacudió con un plumero el polvo de las antiguas juntas de vecinos y las puso a disposición de los pobladores como organizaciones de vecinos democratizadas. En la población la gente conocía bien el rol de colaboración que estas organizaciones desempeñaron con las autoridades comunales designadas por los militares y al ser mostradas como democratizadas, se llamó a elecciones y como la gente esperaba que desde el nuevo gobierno se solucionaran los problemas más inmediatos, los únicos candidatos fueron los mismos ancianos y ancianas designadas anteriormente por los alcaldes de la dictadura. Votaron entre ellos y se repartieron los cargos entre sí y todo siguió igual. Total, al presidente de la junta de vecinos lo único que le interesaba era administrar el timbre y las llaves de la sede. La ley de juntas de vecinos especifica que dichos organismos son de colaboración con las autoridades comunales y de esa forma continuó la labor de cuidar los intereses de las autoridades en desmedro de los intereses de la población.

Con la llegada de la democracia desapareció todo tipo de organización popular, quienes veníamos de la escuela del antiguo campamento Nueva Habana sabíamos muy bien lo que es realmente una organización popular y cuales son sus propósitos, sabemos que debe ser independiente de las instituciones del Estado, no debe tener compromisos que le coarten su accionar en la defensa de los intereses del pueblo. La población sufrió muchas privaciones durante los diecisiete años de dictadura y si había cambio de régimen, se debió a la presión popular que costó muchas vidas, por lo tanto existía un compromiso de las nuevas autoridades de buscar alivio a las privaciones de la gente de trabajo y si estas no venían con mediana rapidez era necesario presionar como una forma de hacer un recordatorio a las autoridades.

En el sector de Nuevo Amanecer de La Florida, es decir la ex-Nueva Habana, se habían construido algo más de tres mil viviendas, asignadas y entregadas por las autoridades designadas por los militares, sin su urbanización completa, sin sus terminaciones interiores y con calles y pasajes sin pavimentar. Durante los diecisiete años de dictadura se habitó el sector en esas condiciones. Al producirse el cambio de gobierno, me presenté en forma voluntaria ante la directiva de la junta de vecinos para asesorarlos en la creación de un programa de adelanto comunitario; no me aceptaron porque, según los dirigentes, cualquier adelanto para la comunidad significaba presionar a las nuevas autoridades. Con otras personas, iniciamos la tarea de organizar a la población en función de obtener pavimentación, nos demoramos seis meses en constituir un movimiento con un plan de trabajo, que apuntaba a la participación integral de la población en torno al objetivo de obtenerlo. El proyecto resultó, se armó un equipo de alrededor de cuarentas líderes de pasajes y un ejecutivo de doce personas. Iniciamos una campaña de sensibilización para que la gente se integrara a participar activamente en la cruzada por la pavimentación y la campaña se realizó con la participación de los jóvenes que sacaron sus guitarras y cantaron en plazas y calles de nuestro lugar, otros jóvenes sacaron brochas y pinturas e hicieron murales y no faltó quién tuvo la iniciativa de crear un grupo y montar unos cuadros teatrales sobre el flagelo de la drogadicción.

Transcurrido tres meses de iniciada la campaña ya habíamos obtenido que se integraran a nuestro trabajo todas las fuerzas vivas de la población, salvo la junta de vecinos que se quedó en solitario haciéndonos la guerra. En esos primeros tres meses, logramos que el Ministerio de la Vivienda, en principio, aprobara una suma cercana a los cien millones de pesos para pavimentar las calles principales de la población, de ahí en adelante todo el mundo se encandiló con nuestra organización. El propio Ministro de la Vivienda de esa época le pareció novedoso nuestro proyecto y, a partir de él, diseñaron un programa de pavimentación masiva para todo el país, que llamaron pavimentación participativa.

Interesante experiencia de participación popular

Una experiencia de participación popular muy parecida había iniciado otro compañero y amigo en el sector de Lo Hermida. José Luis Flores, que también pertenecía a la escuela de Nueva Habana y con quién éramos vecinos del mismo pasaje en el campamento. Él se abocó al trabajo de organizar familias que no contaban con una vivienda y constituían una carga en calidad de allegados en hogares de parientes y amistades. El trabajo de organizar a las familias allegadas no era nuevo en el sector de Peñalolén, desde el término de las jornadas de protesta diversos partidos políticos estaban realizando intentos en ese sentido, pero todas las experiencias tuvieron resultados negativos y la gente que participó de los promisorios comités de allegados, quedaron con una profunda frustración al sentir que habían sido usados en los momentos preelectorales por los partidos de la concertación, como una simple muestra numérica, para después dejarlos botados.

Pero después de cada experiencia ni por muy frustrante que esta sea, siempre queda algo positivo y en esta ocasión quedó gente que aprendió la lección de no confiar en personas que surgían desde el infinito representando a una determinada corriente ideológica. De la experiencia anterior, entre otras personas, Olga Leiva asumió el desafío de que no hay primera sin segunda y desde las cenizas reactivó su antiguo comité en la Población Lo Hermida, en ese bregar se encontró con José Luis, quien se ofreció para colaborar en las tareas de organizar y, lo más importante, obtener que la gente volviera a confiar. De esta forma, en el año noventa se reactivan varios grupos en la comuna y deciden aunar esfuerzos creando una coordinadora de comités de familias allegadas. En esta ocasión, los afectados se transforman en protagonistas, realizan un estudio de las leyes y decretos concernientes a los programas de viviendas. Las reuniones las transforman en escuelas de educación popular, en las que todos se capacitan en la perspectiva de crear una propuesta de solución real al problema habitacional, la intención no es sólo beneficiarse así mismo, también estaba presente que el problema lo vivían otras once mil familias al interior de la comuna de Peñalolén.

De los estudios realizados, de las jornadas de debate interno y de las consultas y contactos que la organización efectúa con las autori-

dades, surge la idea de usar el subsidio habitacional que otorga el Estado a las familias que se inscriben en los programas de viviendas, para adquirir terrenos en la comuna y construir. Previamente se hizo un catastro de todo los terrenos desocupados de la comuna, se nombró una comisión que recorrió cada uno de los sitios y en esta tarea de inspeccionar, a la comisión le pareció interesante unos terrenos que se ubicaban en la pre-cordillera de la comuna, al final de Avenida Grecia, al otro lado del Canal de Las Perdices. Para despejar toda duda, en un amanecer se fueron caminando hasta los faldeos del cerro y quedaron impresionados por la vista hacia el resto de la ciudad y en ese momento decidieron que en esos terrenos se edificarían sus futuras viviendas.

Los terrenos estaban siendo usados como botaderos de basura y estaban divididos en cinco parcelas, dos de los predios pertenecían a un señor que no ofreció dificultad alguna en vender. Los pobladores hicieron las gestiones ante las autoridades para obtener el subsidio y tampoco existieron dificultades, pero estas vinieron en el momento de concretar la compra y de entregar una cierta cantidad de dinero al dueño de los predios para asegurar el traspaso. En este punto es donde los pobladores se encontraron con la lentitud de la burocracia estatal y ante ello emergió la disposición de lucha de la gente, se decidió acudir a la práctica de tomarse los terrenos que estaban comprando y de irse a una huelga de hambre para acelerar los trámites al interior de las reparticiones públicas. De esta forma, en diciembre de 1991 trescientas cincuenta familias de los seis comités de allegados de la comuna, contaban con un sitio y se estaba dando inicio a la construcción de sus viviendas.

Dado que la experiencia fue todo un éxito y la noticia se extendió por la zona oriente de Santiago, se crearon otras unidades de allegados, los que fueron a conversar con los dirigentes de la eficiente coordinadora, quienes ofrecieron su colaboración para que se estableciera una nueva instancia de coordinación y, esta vez, a nivel intercomunal, con comités que provenían de Peñalolén, La Reina y La Florida. En marzo de 1991 se crea la nueva instancia y José Luis es nombrado coordinador general dando comienzo a un largo caminar por obtener un sitio donde construir viviendas para otras ochocientas cincuenta familias.

Los terrenos elegidos para la segunda experiencia, fueron las tres

parcelas que colindaban con el asentamiento adquirido en el proceso desarrollado por la coordinadora, pero esta vez, la persona propietaria de los nuevos terrenos se aprovechó de la ocasión y empezó poniéndole un precio bastante más elevado que los sitios adquiridos anteriormente. Los pobladores no se amedrentaron y se dieron a la tarea de juntar el dinero para su adquisición, cuando tuvieron asegurado el monto trataron de amarrar la compra, pero la señora Filomena Narváez, dueña de la propiedad, que además era poseedora de otros bienes importantes como la universidad Iberoamericana y de una cadena de colegios técnicos, desconoció el monto solicitado anteriormente. Los pobladores, creyéndose estafados y burlados por la señora Narváez, echaron mano a una de las herramientas más eficaces usadas históricamente por el pueblo, la toma de los terrenos, el viernes 19 de junio de 1992. A una semana de las elecciones para elegir alcaldes y concejales, se crea el Campamento Esperanza Andina.

La toma de los terrenos es planificada hasta el más mínimo detalle por la directiva de la Coordinadora Intercomunal, de la cual José Luis debe ser la persona con más experiencia en tomas de terrenos que existe en el mundo popular. Nuestro amigo perteneció a la mejor escuela experimental en organización de campamentos, como fue Nueva Habana y dirigió dos tomas de terrenos en período de dictadura, el campamento 22 de julio en la Población La Bandera y la 14 de Enero. Con un dirigente con tanta experiencia, que además es astuto y creativo, entre otras características, la toma de los terrenos fue exitosa. Con tal acción las autoridades y las fuerzas de represión fueron absolutamente sobrepasadas, la ocupación del predio se planificó para triunfar y quedarse en los terrenos y así sucedió.

A partir del momento que la organización se afianzó en el lugar, se dio inicio a una serie de acciones que apuntaban a sensibilizar a la señora Narváez para que accediera vender el predio a un precio razonable, hasta 1995 el precio de las diecisiete hectáreas que se había mantenido en sesenta mil unidades de fomento, a pesar del precio, los pobladores seguían con disposición a la compra, los terrenos nuevamente vuelven a subir, esta vez a 85.000 UF. Tanto se estiró el monto que ya se transformaba en elástico. Los pobladores decidieron involucrar a toda la comuna de Peñalolén y a la opinión pública en general para obtener la expropiación del predio por parte

del Estado. Las autoridades comunales y ministeriales, estando de acuerdo con la expropiación, no poseían instrumentos legales para hacerla efectiva, solamente el congreso podía entregar esas facultades.

De paso, la organización del Campamento Esperanza Andina, en la serie de acciones para involucrar a la comunidad, se tomó las dependencias de la Municipalidad de Peñalolén y como pasaban los días y no se lograba convencer a la dueña de los terrenos, José Luis se jugó una carta personal; se declaró en huelga de hambre seca hasta las últimas consecuencias. Eran las seis de la tarde del 5 de septiembre cuando nuestro amigo se sirvió un vaso de leche y desde ese momento dejó de ingerir alimento y líquido. Los días pasaron, la solidaridad se hizo sentir a nivel nacional, los medios de comunicación se interesaron en la acción, José Luis desmejoró en su salud y el caso se transformaba en un hecho dramático, mientras la señora se negaba a conversar con cualquier tipo de autoridad. Un día en la mañana solicité una camioneta en la empresa donde yo trabajaba y fui a visitar al dirigente poblacional que tenía a medio Chile con el alma en la mano, autorizado para estar unos mometos con él por un equipo de personas que lo custodiaban en la sede principal del campamento. Dentro de la debilidad física en la cual se encontraba, en el apretón de manos que nos dimos, sentí la fuerza interior de este luchador que no estaba dispuesto a claudicar y en mi interior tuve la sensación que en cualquier momento se podía ir.

Al día siguiente, los dirigentes de la coordinadora, encabezados por Olga Leiva, en una dramática acción se la jugaron con todo para obtener una conversación entre la señora Narváez y el Ministro de la Vivienda. Después de un intenso día de ajetreo, el propósito se logró y la dueña del predio firmó un documento comprometiéndose que en los próximos cuarenta y cinco días se concretaría la venta en las sesenta mil UF. De esta forma José Luis, en un momento de salud muy crítica y después de seis días de huelga seca, fue llevado a un servicio de urgencia y afortunadamente salvó de convertirse en mártir.

Para variar, el compromiso de venta se lo llevó el viento y nuevamente la propietaria de los terrenos se rió de todo el mundo. Como respuesta, los pobladores organizaron una marcha al congreso de la república que sesiona en Valparaíso, para solicitar de los honora-

bles, facultades especiales para que las autoridades de gobierno pudiesen expropiar los terrenos en cuestión. Al amanecer del 19 de noviembre, alrededor de mil trescientos pobladores dan inicio a una inédita marcha con dirección al principal puerto del país. Fue otra acción dramática y heroica que estremeció a la opinión pública, hombres, mujeres y niños de la más diversa edad, afirmándose unos con otros, con los pies llenos de ampollas y semi deshidratados ingresaron a las calles de Valparaíso al tercer día de iniciada la marcha. La gente de la porteña ciudad bajó desde los cerros llevando tiestos con líquidos para recibir en la planicie a los embajadores del pueblo sin viviendas procedentes de Santiago, que luchaban contra la burocracia estatal y la falta de sensibilidad de empresarios que se enriquecen a costa de la pobreza de muchos chilenos.

El congreso sesionó a las tres de la tarde de ese día y el resultado fue a favor de los pobladores, de esta forma el Ministerio de la Vivienda tuvo en sus manos las herramientas para expropiar los terrenos, el siguiente capítulo se resolvió en los tribunales de justicia, también en apoyo a las demandas populares y definitivamente, en febrero del 2000, las ochocientas cincuenta familias del Campamento Esperanza Andina pudieron iniciar el disfrute de su casa propia. Para conocer más de esta experiencia, el Taller de Acción Cultural (TAC) publicó un hermoso trabajo, donde sistematiza la experiencia y lleva el nombre de «Una noche, un pensamiento, una toma. Una población libertaria».

Los dos proyectos anteriormente descritos se desarrollaron en la misma época en forma paralela, sin que existiera una concertación para iniciarlos, ambos fueron de amplia participación popular y tuvieron una duración de cinco años, el de pavimentación, y ocho años el de construcción de viviendas, en la práctica de cada uno se buscaba algo más que la solución de un problema específico de los protagonistas. Siempre está la intencionalidad de quienes tenemos una experiencia y un sueño de transformación social, el inyectarle a la organización y a su gente el sano bichito libertario, ese trabajo se realiza en cada una de las acciones, en las reuniones de trabajo, en la misma forma en que se estructura el grupo y en las relaciones que el líder establece con las demás personas. En el caso del Campamento Esperanza Andina, José Luis es visto por los pobladores como dirigente modelo, no sólo por su capacidad, si no que fundamental-

mente por su entrega y por las relaciones de iguales que establece con el resto de la gente que compone la toma. Sin embargo, el conjunto de los pobladores, a pesar de vivir un proceso de organización un período de tiempo relativamente largo y de mucha acción frente a la burocracia y el abuso empresarial, en el momento de haber obtenido la preciada vivienda o la calle pavimentada, la gente se relaja y se queda cada uno en sus hogares, disfrutando su bien raíz y todo el producto organizativo se muere por inercia.

¿Qué hacer para que los proyectos populares sean triunfantes?

Si uno se da una vuelta hoy día por la Población Esperanza Andina, se encuentra con un conjunto de viviendas como la mayoría de las poblaciones de Santiago, enrejada por todos lados, para dificultar el paso a las posibles acciones de los delincuentes locales. ¿Qué busca el luchador popular cuando inicia una experiencia de organización? La intención es dejar, como mínimo, la idea de lo que es una organización popular, su autonomía y las prácticas de autogestión. Uno no espera que de la noche a la mañana la gente se organice y despliegue una práctica de poder local absoluta, pero sí la iniciación de un control popular sobre las instituciones del estado existentes en el sector donde una organización popular funciona.

Si en la población organizamos un colectivo (si es que no existe el partido como colectivo político) integrado por personas con experiencias anteriores de organización, desde ese colectivo deberíamos introducir gente en la junta de vecinos para sacarle un mejor provecho a la infraestructura vecinal y desde ahí formar las comisiones para debatir lo que queremos en políticas de salud para el sector, lo que esperamos en educación para nuestros hijos, como creamos los medios para mejorar la comunicación con el conjunto de los vecinos, como enfrentamos colectivamente el flagelo de la droga y la delincuencia sin acudir a los servicios policiales clásicos. Teniendo claro lo que la gente quiere, se establecen los contactos con el policlínico local, con las escuelas. Se debate y se instaura desde la organización una suerte de control popular, sin necesidad de decirlo. En la experiencia de Esperanza Andina, desde el momento que la gente recibió sus viviendas, habría sido factible dejar organizado un modelo de control popular.

Las juntas de vecinos son, por su nacimiento y por el rol que le asigna la constitución, el último eslabón de la cadena estatal. Es la

instancia que supervisa el territorio local y se coordina con el departamento de organizaciones comunitarias de la municipalidad, la búsqueda de soluciones a los problemas más visibles. Por ello, no podrán definirse en ningún momento como una organización popular. Las organizaciones populares tienen sus propias características, y la más fundamental es que deben ser independientes de las estructuras del Estado. Debe responder directamente a los intereses de la gente que vive en el lugar y que no son otros que mejorar la calidad de vida de los sectores populares, estar siempre vigilante y crítico a las políticas que diseñen e implementen las instituciones y reparticiones estatales o privadas que vayan en desmedro de la población. Las organizaciones populares son aquellas cuyos líderes tienen como tarea abrir en forma permanente espacios de participación, de creación y debate popular con el propósito de que las personas crezcan como tales y tengan una visión crítica de los temas en contingencia. En la medida que las personas crezcan y se desarrollen, se enriquecerá el grupo familiar, la comunidad y se ampliará el espacio de la propia organización.

La autonomía de las organizaciones populares es muy importante, ya que de ello depende su desarrollo, pero no significa aislarse del mundo y no relacionarse con nadie para no contagiarse con los demás, todo lo contrario, la organización popular debe tomar contacto con todo tipo de instituciones, debe darse a conocer entregando propuestas sobre los diversos temas que afectan a la población, los líderes populares deben tener clara una política de alianzas. Se trata de fortalecer la organización para fortalecer el proyecto y avanzar, solos no se llega a ninguna parte, si los miembros de la organización quieren resultados y estos no se ven, la organización se muere. No olvidar que el objetivo fundamental de toda organización popular, cuya función es política y social, es obtener las transformaciones de la sociedad y posibilitar de una vez por todas, una real calidad de vida para nuestra población y de esa forma las familias sean felices, sin sobresaltos económicos y con acceso a los bienes y servicios básicos fundamentales.

Las Juntas de Vecinos tienen un rol dado mediante la legalidad del sistema, pero la organización popular tampoco debe cerrarse a ellas, a las organizaciones de la institucionalidad hay que ganárselas, las juntas de vecinos son el puente que tiene la población para relacio-



narse con las autoridades locales y de ahí dependen muchas de las reivindicaciones para mejorar el barrio y la ayuda asistencial a las familias de más escasos recursos. El adelanto local es bien visto por los vecinos y desde la organización popular, sea esta un colectivo o los cordones de educación, también se puede dar conducción a las directivas de las juntas de vecinos, si son demasiado retrógradas, es posible realizar una intervención estratégica para realizar recambios en los períodos de elecciones. Un directorio más radicalizado en el vecindario puede abrir espacios para que los grupos populares ocupen salas en las sedes sociales. No olvidemos que los dirigentes de juntas de vecinos le tienen susto a los grupos con características populares, para ellos dichos grupos son anárquicos y destructivos, las salas en las sedes se las facilitan solamente a los ancianos para sus actividades de tercera edad, a las mujeres para que realicen aeróbica y jóvenes que desarrollan actividades deportivas. Las organizaciones populares no podrán reemplazar a las juntas de vecinos, ambas cumplen roles distintos, las juntas de vecinos no organizarán a los cesantes para que se movilicen presionando por trabajo, ni a los allegados para que realicen una toma de terrenos, no emprenderán actividades de expresión artísticas que contengan contenidos de la realidad social, tampoco marchas u otro tipo de actividades por los derechos humanos. Estas y otras tareas son de exclusividad de las organizaciones populares. Como vemos, ambos tipos de organismos no tendrían porque entrecruzarse disputándose tareas, pero si se pueden complementar si existiese un buen trabajo desde la organización popular hacia la junta de vecinos. Nunca el trabajo va a ser desde la junta de vecinos hacia la organización popular porque no corresponde; lo que es común ver, es la guerra de las juntas de vecinos hacia los grupos populares.

Otro campo al que la organización social debería prestar atención es el mundo de las religiones, en esta área se mueve mucha gente, especialmente jóvenes, todos en búsqueda de que alguien les pueda entregar una respuesta sobre el sufrimiento humano. Al parecer, la felicidad es la principal necesidad de las personas, independiente del color de la piel, edad y condición social. El modelo neoliberal ofrece como solución introducirse en el comercio y adquirir productos para el bien individual y del grupo familiar, pero, para ingresar a la competencia del consumismo es necesario contar con dinero y el

grueso de la población es lo menos que tiene y se ve en la necesidad de endeudarse, comprar a crédito y en estos casos el dinero plástico arrastra a la gente a la infelicidad, sobre todo si las personas quedan cesantes y no pueden cumplir con los pagos mensuales, transformándose los créditos en una pesadilla que no deja dormir, a raíz de los intereses que se acumulan en el tiempo con las casas comerciales y las entidades financieras.

Las religiones como espacios de la cultura dominante, cumpliendo un importante rol complementario al interior de los modelos capitalistas, salen al paso de los sufrimientos económicos, materiales y afectivos de la gente y se ofrecen como alternativas para remediar los dolores humanos, para ello desarrollan el viejo juego del bien y el mal. En la representación del bien promueven un Dios creado a imagen y similitud de los que conducen los modelos de las clases dominantes, vale decir de los hombres que controlan el poder económico, político y cultural de las naciones, de ahí que tenemos un ser aparentemente supremo que conduce a los feligreses como si fuera un dueño de fundo: ordenando una forma de actuar en el mundo terrenal con respeto absoluto a los bienes que son de propiedad privada, aunque ello sea en desmedro de aquellos que sufren.

Si una persona se encuentra agobiada por el hambre y hace uso de un alimento que no le pertenece para poder sobrevivir, entra al segmento de los pecadores y las escrituras sagradas le predicen castigo cuando llegue el momento de viajar a otra vida, pero mientras tanto en la vida actual lo detiene la policía y es llevado a prisión, por poner un ejemplo. Entonces tenemos un Dios que castiga a los necesitados y obliga a realizar sacrificios en beneficio de la fe, de la autoridad y los dueños de los bienes privados. Quienes están detrás de este Dios, aparentan una generosidad que no es tal, entregando limosna a los más pobres, últimamente las limosnas las han sofisticado, como es el caso de un techo para Chile, la entrega de una mediagua a quienes no tienen un lugar donde vivir dignamente, no es más que una limosna para mantener a la gente pobre en estado de agradecimiento y de resignación. Esta forma de actuar desde el mundo religioso, con proyectos de tipo paternalista hacia los más pobres, también es una forma de cautivar al mundo marginal en la trampa cazadora de votos para las elecciones de cargos públicos, no olvidemos que la conducción de algunas religiones en el país es

dirigida por sectores de la derecha reaccionaria con clara orientación religiosa del Opus Deis. De esta forma el bien y el mal son usados como contradicción permanente para guiar el proceder diario de la gente creyente y que no se extravíe del camino que muestra la religión dominante.

Las religiones mantienen un poder sobre la base del miedo, ofrecen una vida mejor, pero después de la vida actual, condicionada al comportamiento en el mundo presente. De esta forma atrapan a un importante núcleo de la población atraída por encontrar un mundo mejor y permanecen al interior de las religiones a pesar del miedo a lo desconocido, miedo a las iras crueles del padre celestial. Todos esos desasosiegos hacen de las personas el convivir con una enfermante sumisión. Si Dios no fuera mostrado al interior de las religiones como castigador y este fuera favorable a la justicia, no tendríamos tanta gente viviendo en la pobreza, no existirían tantas personas que día tras día acuden al suicidio como forma de terminar con su vida, ni tanta maldad humana entre nosotros mismos. ¿Por qué no tener un Dios que se abra al mundo, que sea a imagen y semejanza de los hombres y mujeres sencillos, un Dios generoso con la especie humana sin discriminación de situación social, ni de raza y permita una felicidad más plena? Con una Iglesia que no coloque restricciones en nombre de este ser celestial para que la gente aproveche los pocos espacios que encuentra para ser un poco más feliz en la cotidianidad. Que acepte el divorcio cuando las parejas no se entienden, que no se oponga al aborto en casos de una fecundación forzada o de deformación congénita, que los religiosos y religiosas tengan derecho a vivir plenamente una vida sexual, eligiendo públicamente la pareja con la cual se atraen afectivamente.

La vida al interior de las religiones pide a gritos ser humanizada, que los fieles no sean solamente objetos para el culto y buenos samaritanos entregando limosnas a los mendigos de las esquinas. Se necesitan personas de fe, con una mística no sólo en la celestialidad, también en el compromiso del desarrollo humano de las personas. Fieles que coloquen los pies sobre la tierra. Si no somos capaces de arreglar los problemas que tenemos en esta vida, tampoco solucionaremos las dificultades que puedan producirse mas allá de ella. Si nuestros sueños y nuestra práctica de vida es la creación de una sociedad de justicia, también es necesario ir desde ya creando una

Iglesia que trabaje en función de una religión liberadora, así lo entendió un sector importante de religiosos en los años sesenta y se creó el movimiento de cristianos por el socialismo y en el período de la dictadura las comunidades cristianas de base cumplieron un importante rol en la lucha de resistencia popular, no olvidemos que desde ahí surgieron importantes coordinaciones populares, es la experiencia de Pudahuel y de Caro Ochagavía por nombrar algunos ejemplos. Creo que está pendiente el iniciar un nuevo esfuerzo por la creación de una Iglesia popular, para ello hay que preparar personas para que trabajen al interior de los templos en la promoción de un Dios que promueva la justicia para los hombres y mujeres del presente, se proyecte en la equidad socio económica, se termine con la limosna y desde los templos se emprendan modelos de desarrollo social que hagan de las personas seres libres y dignas, en relación directa con las transformaciones de la sociedad, en la búsqueda para obtener una mayor cuota de felicidad. Hay muchas personas de buena voluntad que se mueven alrededor de las Iglesias del mundo cristiano, son parte de nuestro pueblo, es preciso entregarles instrumentos para que sientan en carne propia la necesidad de liberarse del Dios opresor y lo puedan transformar en un Dios con perfil a la similitud de los humildes de la tierra.

El regreso de un amigo

Después de cinco años de ausencia, volvió al país nuestro amigo Manuel Antonio. Había estado cinco años en el sur de Argentina intentando volver al terruño con su propia identidad, hasta que lo logró y se contactó conmigo, ya no era militante, después de veinte años entre estar detenido en Chile, exiliado en Europa, entrar clandestinamente al país e intentar la resistencia a la dictadura con las armas en la mano y de vuelta al exterior, para finalmente lograr la entrada con su documentación oficial y pisar sin restricciones las calles y avenidas de Santiago, visitando antiguos amigos, se veía cansado. Había tomado la decisión de renunciar al partido y a toda actividad política relacionada con algún tipo de asociación partidaria. El costo de ser consecuente con su militancia fue bastante alto, en el proceso perdió a su familia, especialmente a sus hijos que se quedaron en Europa y nunca entendieron lo que significaba la lucha por los cambios de sociedad. El golpe sentimental y no lograr la

comprensión de los hijos fue enorme y lo sintió, hasta transformarse en una mochila que le sigue aplastando la espalda.

Nuestro amigo empezó a visitarnos de nuevo y al igual que antes dimos comienzo a nuestras conversaciones, en esta primera visita, el tema central fue la muerte. Es curioso, cuando los años se nos dejan caer sobre nuestras espaldas, la muerte pasa a ser una preocupación, uno ve que el proyecto de vida familiar se encuentra a medio camino y que en algún momento ya no tan lejano, se nos vendrá encima la infaltable guía de los difuntos, quien generosamente nos arrastrará hasta una tumba de algún cementerio local, uno quisiera que fuera lo más tarde posible, pero ese desenlace no está en las manos ni en la decisión de cada uno, solamente se da. También existe la preocupación de como irá a ser ese período anterior al fallecimiento y vienen las preguntas del yo interno, ¿moriré de viejo, será de alguna enfermedad terminal o en un accidente? Lo que si tengo claro es que tengo miedo a que mi muerte sea por algún cáncer y si me preguntan sobre las características de mi final, siempre responderé que me gustaría irme de este mundo en forma digna, en el hogar y sin depender de terceras personas, no se si sería capaz de soportar la dependencia, ser carga física de mis hijas o de mi esposa, pero en fin, la última palabra todavía no está dicha. Mi amigo me pregunta si tengo alguna idea de cómo es la muerte en términos de imagen. Yo diseño una basada en las referencias que alguna vez leí en un texto de Carlos Castaneda, un antropólogo del que no está claro su nacionalidad y que residió hasta su fallecimiento en Norteamérica. De acuerdo a la hipótesis de Castaneda, me quedé con la idea de que la muerte es una especie de aliado que cada uno tiene, es algo así como el ángel custodio de cada individuo, por lo tanto la muerte no es una sola, hay tantas muertes como personas vivientes en la tierra, entonces la muerte es una réplica de uno mismo y siempre nos anda acompañando por donde quiera que uno circule o se encuentre en reposo. De ahí mi conclusión de que la muerte es una amiga nuestra y creo que alguna vez logré divisarla, fue un momento que me encontraba solo en mi hogar, la familia estaba de vacaciones en la localidad de Algarrobo y yo por razones de trabajo no las podía acompañar. Una mañana que salía desde el dormitorio, sin tenerla en mente, en un giro espontáneo de cabeza hacia el lado derecho de mi cuerpo, la sorprendí por una décima de

segundo. Era una sombra fugaz a medio metro detrás de mí, desgarbada y sonriente, a mi imagen y semejanza, yo creo que se dio cuenta perfectamente de que la ví, es más, pienso que se dejó ver, con la intención de medir la forma en que yo reaccionaría, creo que quedé sorprendido y preocupado pensando a que se debía esta aparición y he recordado lo que mi esposa dice cuando interpreta sueños, ¿No será alguna señal? Entonces me pregunto ¿Qué me habrá querido expresar con presentarse ante mí? Al final me he quedado con la idea de que fue puro buena onda, cachai.

El Negro Manuel me miraba meneando la cabeza de un lado para otro, con la impresión de que los milicos con la tortura me habían dejado loco y me recomendó un psicólogo. Yo seguí con mis argumentos, le expliqué sobre la cantidad de veces que nuestras vidas estuvieron en peligro. -Usted sabe que a mí no ha sido una vez, son varias las veces que por una u otra forma me he salvado de morir, siempre por instinto, no olvide compadre que después del golpe la gente me daba por muerto, y de verdad que los milicos estuvieron a punto de enviarme al patio de los callados y el instinto me salvó, ese instinto es parte del cuidado personal de mi muerte, ella siempre estará vigilante para que mi fallecimiento sea en el momento justo, en el que fui destinado previamente al nacer. Eso que me pasa a mí, también ocurre con usted compadre y con la mayor parte de las personas. De repente hay alguien que es muy obstinado y que no obedece a sus instintos, a ese mensaje de su yo interno y fallece antes del tiempo predestinado, en esos casos no habrá vacantes disponibles para que descansa su alma en el más allá y se queda por este mundo dando vueltas como alma en pena, ese fenómeno se da con las personas que se suicidan y con uno que otro que sufrió algún accidente o lo asesinaron. Mi amigo quedó un tanto dudoso con la imagen que le describí sobre la muerte, pero él tampoco tenía muy clara las ideas sobre el tema.

Aquella conversación la estábamos realizando al atardecer de un día de enero, en el verano de 1995, en el patio de mi casa a la sombra del parrón. Este diálogo sobre la muerte no se daba por casualidad, estaba dentro del contexto de la cantidad de jóvenes que murieron asesinados por las fuerzas de represión durante la dictadura militar, fue un período en que los viejos se dedicaron a enterrar a sus hijos, llorar por su ausencia, secarse las lágrimas y

retomaban la lucha de sus retoños, pero esta vez para exigir justicia. Los cuerpos de los jóvenes más talentosos de nuestras poblaciones fueron quedando tendidos en las frías lozas de las calles del país, como víctimas de una dictadura que no aceptaba desobediencias. Como símbolos de esta juventud poblacional sacrificada, año tras año para el día del joven combatiente, en el mes de marzo, se recuerda a los hermanos Rafael y Eduardo Vergara Toledo de la Villa Francia, comuna de Estación Central, quienes fueron asesinados por la policía uniformada el 29 de marzo de 1985, tiempo después tendría el mismo final Pablo, otro de los hermanos Vergara que fue asesinado junto a su compañera, la joven Araceli Romo de la Población Lo Valledor Sur. Así como los padres de los jóvenes Vergara no cesaran nunca de cicatrizar las heridas producidas por el dolor, existen muchas otras familias que, al igual que ellos, a la hora de sentarse a la mesa para cenar, no terminarían de conformarse al ver los puestos vacíos que fueron ocupados por aquellos seres queridos que ofrendaron la vida en la lucha por un mundo más justo.

Con la vuelta de una débil democracia a partir de 1990 las condiciones habían cambiado un poco, se dejó de asesinar jóvenes a través del uso de las armas de fuego por parte de los uniformados, pero se extendió a través de los barrios populares la drogadicción. Este proyecto de repartir pasta base en las poblaciones más combativas de Santiago y que al parecer fue idea de los servicios de seguridad, y con el recambio de gobierno, algunos de los torturadores se quedaron cesantes, se las arreglaron para masificar el negocio y de paso fueron desarticulando las redes de organización popular sin correr más balas, dejando a los jóvenes muertos en vida, sin derramar sangre, pero envenenándola con las drogas malditas, en especial con la pasta base por su mala calidad. Los jóvenes se dejaron atrapar y curiosamente eran los mismos que participaban de las jornadas de protesta.

Mi amigo me planteaba, que el fenómeno ocurrido con la juventud en el proceso de transición democrática se debía a las expectativas de mejoramiento de vida que se había creado en el mundo popular y especialmente en los jóvenes, como ellos, el único modelo de sociedad que conocían era el que representaba la dictadura. En cambio, nosotros los más viejos siempre estuvimos hablando de las maravillas de vivir sin tener un fusil que nos estuviera apuntando y de los

logros sociales para los trabajadores en los tres años de gobierno popular. Pero nos olvidamos de comentar que esos tres años fueron un veranito de San Juan para la gente de trabajo, cuando la realidad compadre, es que siempre los pobres fuimos objeto de explotación para los empresarios y clientes electorales en disputa permanente, para los candidatos que participaban en las elecciones.

-Tenemos que reconocer que el tema del tipo de democracia que queríamos obtener, no fue lo suficientemente trabajado con los jóvenes y nosotros que alguna vez también pasamos por esa hermosa etapa, fuimos críticos al modelo de sociedad que existía antes del golpe y no se olvide compañero que nuestra pelea era contra la democracia burguesa. Cuando los trabajadores de este país se jugaron en las urnas y eligieron a Salvador Allende como presidente, se presentó la oportunidad de ir democratizando esa vieja estructura, dando paso a un modelo de sociedad más popular y con esa imagen nos quedamos y eso es lo que trasmitimos a nuestros hijos y ellos permanecieron con el retrato que nosotros mismos le pintamos, otro error nuestro pues, compañero.

-Tiene razón compadre, entonces los jóvenes que participaban en las protestas se quedaron con la idea que nosotros fuimos trasmitiendo y pensaron que la democracia que vivimos en la época de la Unidad Popular, era un modelo de sociedad tipo y cuando se realizó el recambio de régimen, los jóvenes y adultos no se preocuparon más del asunto político y le dejaron la tarea a las nuevas autoridades. Al quedarse todo el mundo en sus casas, no hubo presión popular para que la concertación actuara en forma más radical y los jóvenes vieron que pasó el tiempo y el país continuó con los mismos problemas sociales y el único cambio era que ya no había tantos balazos contra la juventud, pero igual eran detenidos bajo el cargo de ser sospechoso de cualquier cosa. Y yo le puedo asegurar, compañero, que en estos cinco años, los jóvenes se desilusionaron y ojo que esta decepción es doble, primero con la dictadura y ahora con la democracia. Con esto los chiquillos se nos derrumbaron, muchos se hundieron en el frasco e hicieron de las bebidas alcohólicas una adicción y el grueso fue presa fácil de la drogadicción y, como usted decía, hace algunos años atrás, que esto de introducir la droga en las poblaciones fue obra de los milicos. Y claro, sin disparar ni un proyectil han matado tantos o más jóvenes que cuando entraban

disparando por calles y pasajes de la población. Pero esto de la drogadicción se ha transformado en un dragón con muchas cabezas y no sólo el problema lo estamos viviendo nosotros en las poblaciones, también los efectos se han extendido hacia los barrios pudientes, ya que la falta de dinero para adquirir la droga es un factor para que los chiquillos estén incursionando en la delincuencia como práctica cotidiana y de ésta habilidad salimos perjudicados moros y cristianos.

Este tipo de conversación en relación a los temas del momento, los cuales siempre tienen una vinculación con el pasado, se daban cada vez que nos encontrábamos con mi amigo Manuel, a veces él iba hasta nuestra casa y en otras ocasiones nos concertábamos para juntarnos en algún boliche, nos tomábamos un par de cervezas, esas mismas que en forma moderada no le hace daño a nadie y que permite fácilmente conversar dos o tres horas. Pero a mi amigo le sigue penando la relación con sus hijos, los fantasmas del pasado cada vez están más presente. Ya van a ser veinticinco años que los dejó en Suecia para integrarse a las tareas encomendadas por el partido, esa que uno estima como consecuencia revolucionaria, los hijos no lo han logrado entender así y no lo perdonan, pero el caso del Negro Manuel no es el único, ha pasado con toda la gente que salió al exilio y que tomó la opción de regresar para reintegrarse a la lucha contra la dictadura, muchas personas, han logrado superar recientemente este problema de relación, especialmente de madres con sus hijos, ya que no sólo padres optaron por reintegrarse a la lucha antidictatorial, también existen mujeres, algunas de ellas pertenecen a mi círculo de amistades. Los hijos quedaron con las familias en el exterior y años después, el reencuentro fue todo un drama que significó largo tiempo de tratamiento con psicólogo para superar en parte el problema.

Mi amigo ingresó al país en 1995, pero venía con las manos en los bolsillos y los años que estuvo en el exterior tampoco fueron buenos, así como existieron exilios dorados hay otros que fueron muy negros y éste es el caso de Manuel. Un obrero de la construcción que se dedicó exclusivamente a trabajar en solidaridad con los que quedamos al interior del país y que después se enganchó en el proyecto guerrillero en el sur. No se dio ni un respiro para estudiar otro oficio y siguió siendo siempre obrero de la construcción, que le fue

de mucha utilidad para sobrevivir en la experiencia militante, pero en la práctica cotidiana de una sociedad racista, esclavista y clasista como la que existe hoy en nuestro país, su vida se desenvuelve al borde de la marginalidad social.

Cuando regresó del exterior, se fue a una institución de derechos humanos para dejar registrado su caso, donde le aseguraron que le ayudarían comprándole herramientas para que se reintegrara a la sociedad chilena como obrero carpintero, oficio que sabe desempeñar en buena forma, pero el tiempo pasó, se cansó de ir a las oficinas y de llamar por teléfono y las herramientas nunca aparecieron, por último ingresó a una construcción trabajando como jornalero, con pala y picota en mano y una carretilla para correr por los andamios, con sus cincuenta y cinco años no era nada gracioso realizar aquella labor. Con los primeros meses de trabajo, adquirió las herramientas básicas de carpintería y cambió de jornalero a ayudante de carpintero y siguió escalando, hasta ser nombrado capataz de carpintería, en otros oficios se le llama supervisor.

El hecho es que mi amigo vivía con una previsión inestable, porque el trabajo en las empresas constructoras no es algo permanente, las obras duran algunos meses, terminan y no siempre la empresa constructora empieza otra de inmediato, de ahí al inicio de otra obra, pueden pasar varios meses. Así que con mi compañera lo empujamos para que hiciera los trámites para sacar la tarjeta PRAIS, (Programa de Reparación y Servicio Integral de Salud) otorgada por el Estado a las víctimas de derechos humanos para tener acceso a atención médica en los centros de salud estatales. Pero todos sabemos que la atención pública de salud deja bastante que desear; y en Chile ser pobre y depender de la salud estatal, en muchos casos significa la muerte de los enfermos, la búsqueda de obtener una miserable hora para que uno de los doctores lo atienda y cuando se logra, el enfermo es tratado como un objeto, como una carga para el Estado. En esa situación se encontraba nuestro amigo, cinco años después de haber regresado a su país con todas las de la ley. De verdad, su situación social y afectiva era complicada, arrendaba una pieza en la parte alta de Peñalolén, Su familia directa se encontraba en Suecia y no existía ningún contacto directo con sus hijos, aquí en Santiago sólo tenía una hermana con la cual tampoco se relacionaba demasiado. Así que las personas más cercanas éramos algunos

ex presos políticos, con los cuales se relacionaba, especialmente para conversar sobre los temas de la contingencia.

Nuestro amigo es renuente a los trámites en las oficinas públicas, pero igual logramos que fuera hacerlos para obtener la pensión de exonerado, por haber perdido su fuente laboral en los meses siguientes después del golpe militar, en esas gestiones estuvo varios meses e incluso años y se aburrió de seguir insistiendo, total es sólo un obrero de la construcción y ninguna de sus amistades cuenta con influencias al interior del sistema burocrático, para que le apremie la tramitación de pensionado, en cambio, conozco personas que no le trabajaron un día a nadie, que estuvieron en el exilio y al poco estar de vuelta, gracias a sus influencias en el poder, obtuvieron pensiones como exonerados nada de despreciables. Al parecer, esto del tráfico de influencias funciona bastante bien en nuestro país y llegado el momento de hacer su uso, no se distingue ideologías ni religiones, pero siempre serán discriminado los sectores más humildes de la población, para ellos sólo promesas en el momento antes de cada elección, una chuchería como obsequio en el período de campaña, pero después de obtener un puesto en las instancias del poder político o económico, los pobres sólo sirven como mano de obra barata.

Jóvenes de hoy: futuro esperanzador

Con la impresión de que nuestro amigo se encontraba con problemas de salud, porque lo estábamos viendo que se hallaba cada vez más delgado y con un estado de ánimo decaído; sus amigos, los ex detenidos, doctores de la vida, ya que siempre andamos realizando diagnóstico y dando remedios para aliviar males sociales, lo empujamos para que fuera al consultorio de salud cercano a su lugar de residencia y aprovechara la tarjeta PRAIS, con un buen chequeo médico. Después de muchos empellones logramos que lo hiciera y un día muy temprano se fue a la Población La Faena, al consultorio de salud pública que se ubica en los Orientales e inicio un proceso de atención médica. Mientras tanto, en el otoño del 2001, apareció otro tema digno de comentarlo.

Con la misma fuerza del cambio de siglo, hicieron su aparición en el escenario social los estudiantes secundarios del país, especialmente los de Santiago, lo hicieron de tal forma y con tanta fuerza, que

todos los sectores políticos de la nación no sabían como reaccionar. Fue una movilización que duró un par de meses. Todo empezó por un problema de los pases escolares, del cual los empresarios de la locomoción pretendían hacer negocio, cobrándolos dos veces. Los jóvenes en los liceos se constituyeron en una asamblea permanente para analizar no sólo el problema de los pases, también la dificultad de fondo por el cual año tras año los estudiantes de liceos y universidades se movilizan, para cobrarle al Estado la gratuidad de la educación y elevar la calidad de ésta, pero las autoridades siempre sortean el conflicto entregando un par de aspirinas. Al interior de los establecimientos educacionales, desde algún tiempo atrás, se venían organizando pequeños grupos de jóvenes, en unas instancias denominadas colectivos estudiantiles, pequeñas agrupaciones dedicadas al debate de hechos locales y de capacitación en el plano político. Con la experiencia obtenida, los jóvenes de varios liceos se juntaron y resolvieron crear un colectivo estudiantil mayor que comprendiera toda la región Metropolitana, al cual lo denominaron ACES, (Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios).

Cuando se produjo la creación de la ACES, consideré que hasta ese momento era el mayor logro de organización en el transcurso de los gobiernos de la concertación y lo digo porque seguí de cerca la experiencia, ya que ahí estuvo participando Rayén, mi hija menor. Tuve la sensación de que los jóvenes iniciaban un proceso organizativo donde la generosidad es el mayor valor que puede mostrar un colectivo compuesto por personas, fenómeno que engrandeció las luchas históricas de la clase obrera chilena y que se posesionó en la cultura de nuestro pueblo, hasta que fue barrido por el modelo neoliberal y nos arrastró a lo que somos hoy, un pueblo donde el egoísmo es un antivalor aplaudido por el modelo. La Asamblea Secundaria decidió hacer su presentación pública a lo grande, convocó a un paro de estudiantes, quienes se tomaron las calles de Santiago y durante dos semanas tuvieron en mal pie al gobierno, en especial a la incompetente Ministra de Educación que existía en aquella época. La novedad de la movilización de los estudiantes es el tipo de organización que mostraron. La Asamblea Secundaria no tenía dentro de su estructura ni presidente ni secretario general, por aclamación de las mayorías se nombraban voceros para las negociaciones con las autoridades y los moderadores de las asambleas eran espontá-

neos, el que poseía más cojones en el momento de la asamblea, se colocaba al frente y moderaba la participación de los jóvenes en el debate. Otra característica interesante de este tipo de organización, es el control crítico que efectuó la asamblea plena con los jóvenes que cumplen roles de liderazgos. Las reuniones eran larguísimas porque discutían de todo y evaluaban profundamente el protagonismo de los voceros, recuerdo que mi hija, se nos desapareció de las actividades familiares cerca de un mes, por estar bregando activamente en toda la práctica organizativa. Lo tradicional en nuestro país es que cualquiera sea el tipo de organización que surja, lo primero que se hace es nombrar un presidente para que dirija, un secretario para que tome actas y un tesorero para que se haga cargo de los dineros que recaude la organización. Por lo general el puesto de secretario y tesorero es de adorno, porque cuando se toma nota de los acuerdos, estos no se leen más y cuando se recaudan fondos, el tesorero desaparece sin dar cuenta de los cuatro pesos recaudados, en ese momento se pelean todos los integrantes y se acabó la organización.

Pero aquí fue distinto, hasta el punto de que los propios partidos de izquierda, que son muy formales y apegados a las tradiciones, no entendían este tipo de organización y aún siguen sin entenderlo e incluso dirigentes del PC se ofrecieron voluntarios para asesorar a los jóvenes y enseñarles como se constituyen organizaciones para luchar contra el sistema, pero los jóvenes, con mucha sabiduría, les dijeron que ellos querían resultados positivos y los partidos tradicionales de la izquierda no podían exhibir muchos éxitos en la trayectoria de los últimos años. Así que los jóvenes se quedaron sin el apoyo de los partidos de la izquierda tradicional, quedando demostrado en la práctica que no los necesitaban para nada y conservando su autonomía, nos dieron una lección de creatividad en la destreza de crear nuevos referentes orgánicos. Este tipo de organización en el cual no hay presidentes ni secretario general, empezó desde hace unos siete años a la fecha y tiene todas las características de una organización popular. En las universidades y liceos se han multiplicado los colectivos de jóvenes, los cuales están reemplazando el rol que cumplieron los partidos políticos y desde una función conductora se encuentran construyendo organización desde las bases estudiantiles, vale decir, desde los centros de alumnos y las carreras en

las facultades. Los jóvenes se encuentran actualmente experimentando nuevas formas de hacer política, en la creación de referentes que sean propios, que tengan que ver con su realidad más inmediata, que los identifique como tales y no depender de las decisiones del secretariado de un partido para actuar, cuando decide el directorio de un partido lo hace en relación a los intereses del partido y no necesariamente representa los intereses de los involucrados directamente.

Surgen nuevas experiencias de organización popular

Como experiencias actuales, existe en Santiago y en algunas ciudades de provincia, una red de educación popular, denominada Cordón de Educación. Es un proyecto impulsado por estudiantes universitarios que se encuentran organizados en los colectivos estudiantiles de los diversos centros de educación superior y desde ahí, los jóvenes en su afán generoso por realizar un aporte al cambio de la realidad popular, han tomado contacto con otros jóvenes que viven en los centros habitacionales de menores recursos y desde de julio del 2001, después de realizar un encuentro en la Población La Bandera, se da un fuerte impulso a la creación y ampliación del Cordón de Educación Popular, organismo que se estructura en divisiones zonales para hacerlo más operativo. De esa forma existe el Cordón de Educación Popular Zonal Poniente, otro en la Zonal Oriente y un tercero que se desenvuelve al interior de las Universidades. La tareas que desarrollan estos grupos populares consiste en apoyar a grupos de niños en reforzamiento de educación básica, en preparar a otros jóvenes para participar en las Pruebas de Selección Universitarias (PSU), la antigua prueba de aptitud académica; y en la creación de bibliotecas populares para incentivar una práctica de lectura entre los niños y jóvenes de las poblaciones marginales. Recientemente supe de experiencias en barrios del sector sur de la ciudad, los jóvenes están realizando alfabetización con adultos, hecho muy significativo ya que por desuso, muchas personas de una edad superior a los cincuenta años, se les olvidó leer o escribir. En la Villa Portales, un centro habitacional construido en mediana altura situado en la comuna de Estación Central, los jóvenes crearon un colectivo al que denominaron Claudio Paredes, nombre de un muchacho asesinado por los militares en la época de dictadura.

El colectivo se integró a la red del Cordón de Educación y en el transcurso del año que pasó, los integrantes se encontraron con textos del educador brasileño Paulo Freire, lo estudiaron y este año su trabajo de educación en el barrio es en base a la educación popular. Partiendo desde la realidad del educando que no es sólo el interés de prepararse para dar la prueba de selección universitaria, en estos momentos el proyecto se amplió en capacitación laboral y en recuperación de la enseñanza de educación de niveles básicos y medios.

En el proceso mismo del proyecto, los jóvenes que trabajan en estas experiencias organizan peñas, completadas y todo tipo de actividades que les signifiquen recaudar fondos para financiar pasajes de otros jóvenes, también de escasos recursos, que como voluntariado popular, cumplen roles de docentes dentro de la organización, quienes deben movilizarse de un lugar a otro de la ciudad para apoyar las tareas. Los escasos fondos, también son usados para apoyar a sus pares con mayores problemas económicos, aquellos muchachos que deben inscribirse en la pruebas de selección universitarias y no tienen el dinero suficiente para cancelar la inscripción. En esta misma dinámica, los jóvenes universitarios han reforzado su práctica de organización colectiva, coordinando sus experiencias en una instancia creada al calor de la conmemoración de las jornadas del joven combatiente en marzo del 2002 y que denominaron Cordón de Estudiantes Revolucionarios (CER). En noviembre del 2003 se realizó el segundo congreso de la instancia convergente y se autodefinen como una organización político social, en vías de construcción de una nueva izquierda revolucionaria, que se inserte en el mundo de la política trabajando desde el mundo social, sin caudillismo, ni líderes iluminados, partiendo con un debate constante desde la asamblea e ir creciendo como sujetos que agitan, organizan, educando, educándose y sistematizando las diversas experiencias de organización y lucha que van gestando.

Con mi amigo Manuel íbamos conversando sobre todos estos fenómenos que se estaban dando en el mundo de la organización y nos encontrábamos en nuestras reflexiones con dos prácticas distintas de funcionar al interior de la izquierda actual y que se manifiestan claramente en la organización social, que vienen en competencia histórica desde fines de los años sesenta del siglo recién pasado.

Los sindicatos, las juntas de vecinos, el comité de allegados, el club deportivo y otros organismos, tienen el sello y la estructura entregada culturalmente desde los partidos tradicionales de la izquierda chilena. En cambio, los cordones industriales, los campamentos de familias sin casa, los almacenes populares, los colectivos de jóvenes, de mujeres y de trabajadores, los cordones de educación popular, los grupos de hip-hop, por nombrar algunos, responden al proyecto de Poder Popular que fue propuesto y estaba en plena elaboración en el momento del golpe militar y que representaba una nueva propuesta de organización de la izquierda revolucionaria de aquella época; donde el MIR era el partido que lideraba dicha corriente. Hoy día, treinta y un años después del golpe militar, la cultura de crear organizaciones ligadas al proyecto de Poder Popular es retomada por las nuevas generaciones. Ya no existe el MIR de aquella época, pero existen diversas agrupaciones que heredaron la cultura mirista y la practican.

El MIR se definía como un partido de cuadros centrados en el accionar político y militar, entonces es justo reconocer que dicho partido encontró la hebra conductora en pleno período de gobierno de la Unidad Popular y su gran acierto político fue el visualizar por donde debía ir la organización del pueblo para hacer realidad sus sueños de felicidad como clase social. Tal es así que las últimas semanas antes del golpe militar, muchos militantes de los partidos tradicionales de izquierda, en fábricas y poblaciones, con el característico olfato de clase, solicitaban militar en el MIR. El partido como tal se vio sobrepasados para constituir bases de simpatizantes y de aspirantes. Hay que dejar en claro que en dicho partido no se ingresaba a militar directamente, se debía pasar por un proceso de capacitación con el fin de conocer al partido primero y de comprobar si el postulante estaba en condiciones de responder a las exigencias de la dinámica interna, primero se empezaba en una base de simpatizante, continuaba como aspirante, evaluando el desarrollo y crecimiento personal en relación a las ideas y las prácticas compatibles con las acciones revolucionarias, hasta obtener la militancia mirista. El golpe militar encontró al partido en un crecimiento desmedido, pero también quiero ser franco en plantear, que si bien fue un acierto político el liderar el proyecto que buscaba la instauración de un poder del pueblo, en el plano militar el MIR fue un fracaso, frustra-

ción que quedó reflejada en los diversos intentos por reanimar las acciones armadas en todo el período de la dictadura, las cuales fueron aplastadas una y otra vez por los servicios de seguridad y las fuerzas represivas, dejando como herencia la inscripción en la historia de un número importante de mártires populares.

En el período de la Unidad Popular se destinaron muchos cuadros para desarrollar un trabajo militar, pero en el momento que se necesitó el fruto de dicho trabajo para apoyar la autodefensa en poblaciones y fábricas, no hubo nada concreto. Los discursos sobre la lucha armada fueron sólo eso y siempre estuvieron por sobre la realidad, esos mismos discursos aceleraron el golpe militar. Si los propios militantes nos creímos el cuento de la lucha armada y esperábamos la distribución de armas el día del golpe, con mayor razón se la creyó la derecha chilena, en especial los militares, los que, en el momento de efectuar el golpe, tenían la idea de encontrar a un sector de la izquierda con armas suficientes para resistir. Los trabajadores se pusieron, se quedaron en las empresas dispuestos a resistir con las armas en la mano, pero esas armas jamás existieron, los trabajadores creyeron en la izquierda revolucionaria, pero estuvimos lejos de poder responder a la confianza que depositaron en nosotros.

-Como estoy lanzado en esto de la sinceridad mi estimado amigo, le tendré que decir, aunque a usted le duela, que en el período de la dictadura la estrategia militar del MIR, fue aún peor que antes. Para empezar, la dirección política debió haber salido del país, para dedicarse a pensar como se enfrentaba la nueva realidad, sin perder el tiempo en andar evadiendo a los servicios de seguridad que andaban como locos removiendo todo para exterminarlos, ellos eran los mejores hombres de aquella generación y se quedaron sólo para ser sacrificados. Usted compadre sabe tan bien como yo lo necesario que son esos compañeros en estos momentos. Hay un dicho popular que dice «soldado que corre sirve para continuar la guerra en otras batallas», y para qué le sigo enumerando otros ejemplos de la falta de pensadores en estrategias militares. El fracaso de crear las guerrillas en el sur lo dice todo.

De los otros partidos ni hablar, al Partido Comunista le sucedió algo parecido, con el proyecto de creación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, les incautaron el armamento que estaban descargando

en la costa de la tercera región, trataron de cazar al dictador en su regreso a Santiago desde el Cajón del Maipo, y el viejo se les escapó jabonado, por suerte, porque si muere en esa ocasión, lo habrían transformado en héroe y estaría al mismo nivel de Allende. El problema es que después de cada fracaso en las operaciones, la víbora se levantaba y picaba más fuerte, en cada mordida eran varios compañeros asesinados por los servicios de seguridad. Todo esto compañero, es como un mea culpa y sirve para que las nuevas generaciones lo tomen en cuenta y, el día de mañana, cuando las organizaciones con características de poder popular vayan ganando espacios, se preparen para defender los espacios, para que no vayan a repetir los mismos errores nuestros de ganar un espacio y sentirnos poderosos, se lo contábamos a todo el mundo y siempre agrandábamos los pequeños logros que obteníamos. Este es otro mal nuestro, sobrevalorar cada cosa que hacemos y ese mal sigue existiendo, ¿por qué no hacer las cosas en forma más silenciosa? Ir paso a paso, asegurarnos que lo que hacemos está bien hecho y prepararnos para defender los pequeños logros sin jactarnos que somos los campeones de la guerra.

-Todavía tenemos pendiente, compañero, una gran tarea, el impulsar un plan de organizar a nuestro pueblo pobre, que pertenecemos y que reside en el gran Santiago, en la periferia del anillo de la circunvalación Américo Vespucio. Como usted puede ver, desde la rotonda ubicada en la Avenida Grecia hacia el sur y dando la vuelta por el poniente y hasta llegar a la Avenida El Salto por el norte, vivimos las tres cuartas partes de la población de la capital chilena, los que sufrimos de las insuficiencias económicas y las penurias, somos la carne de explotación de las transnacionales y de los empresarios criollos, el caldo donde se alimenta el sistema de economía de libre mercado y el campo donde los políticos tradicionales siembran ilusiones con el fin de cultivar votos para asumir puestos de poder en las estructuras del Estado. Fue en estos sectores de la gran ciudad donde surgió la rebelión contra la dictadura y se realizaban las jornadas nacionales de protestas, de aquí es la gran mayoría de las personas que quedaron tiradas con los cuerpos llenos de balas en calles y aceras y que actualmente no figuran en ningún listado de víctimas del régimen militar. En esta parte de la ciudad no viven aquellos agentes de la política nacional que más adelante asumirían el histórico momento de recambio gubernamental, auto proclamándose cam-

peones de la recuperación democrática, y todo ese logro sin moverse de sus escritorios y con una muñeca privilegiada para negociar con las clases adineradas la forma de administrar el modelo de sociedad que dejaba como herencia el régimen dictatorial.

La tarea de organización popular será un proceso lento y va a requerir de mucha creatividad de parte de las nuevas generaciones de luchadores, deberán desempeñar un rol constructivo sobre la base de continuar y avanzar en el diseño de un proyecto popular surgido desde las necesidades e intereses del pueblo trabajador, existe en la gente un sentimiento depresivo en relación a la política y la organización social, son muchos los años en que el sistema dominante a bombardeado las mentes populares con el cuento de la competitividad individualista, con deslegitimar la acción corporativa y hacer aparecer lo asociativo como algo atentatorio a las buenas costumbres y a la sociedad. El comportamiento de los representantes de la ciudadanía en los cargos de representación pública no siempre es el más transparente y estos hechos repercuten en la imagen del mundo institucional, por todo ello las faenas de construcción de un proyecto para un mundo social nuevo son muy complejos, se requiere de un nuevo encantamiento sobre la base de agentes populares de reactivación que dejen a un lado los dogmas, las diferencias personales, las rencillas intestinales en las cuales se definen los caudillismos, que sepan aprovechar las habilidades de cada individuo que se vaya integrando al proceso de reanimación, que los nuevos constructores no sólo sean arquitectos del proyecto, deben ser a la vez jornaleros y maestros del cambio.

-La nueva organización popular compañero, debe iniciarse y desarrollarse en los barrios, en el lugar donde habita el trabajador, pasaron los tiempos en que el pueblo daba sus luchas desde sus lugares de trabajo, teniendo al sindicato como instrumento para la clase, hoy día es muy difícil crear una organización sindical independiente del sistema, los empleos son de mala calidad, los altos índices de cesantía y la inestabilidad laboral producto de los modelos de explotación, sumado al fuerte endeudamiento de los trabajadores en el mercado de consumo y en las entidades financieras, el modelo neoliberal obtiene mantener las manos amarradas de los trabajadores y sin libertad para actuar en defensa de sus intereses laborales. La nueva organización debe extenderse por toda la periferia de las gran-

des ciudades, creando un anillo que envuelva a las instituciones dominantes, para ello no se requiere de una conducción masiva, pero sí de buena calidad, los hombres y mujeres que cumplan el rol de activistas deben visualizar muy claro lo que pretenden, saber para donde hay que encaminar los pasos y quienes son los enemigos a los que hay que golpear y cuales son los amigos con los que se debe conversar para crear una red de aliados en el transcurso del proceso constructivo.

-Tiene razón compadre, la tarea básica en este momento es la ampliación de las relaciones sociales, primero, al interior del mundo popular, para después ampliarse a los sectores medios. Tomando en cuenta que la tarea fundamental hoy, no es luchar por tomarse el poder económico y político, pero sí, el ir cambiando las relaciones al interior de la sociedad, con el propósito de acortar la excesiva desigualdad económica que existe entre pobres y ricos. Una labor de este tipo debe ser realizada por una amplia coalición, donde no necesariamente deben ser sólo partidos políticos, los nuevos modelos de organización tienen mucho que aportar.

-Hay que trabajar desde el barrio, que los núcleos de constructores se instalen en los territorios y controlen junto con la gente el actuar de las instituciones que funcionan en la localidad, ya sea los colegios, el consultorio, o cualquier otro establecimiento. El control debe ser permanente, con una práctica crítica y constructiva, de tal forma que se obtengan mayores espacios de participación y mejoría en las reivindicaciones de la población ante las instituciones públicas y privadas. La idea es que el mundo popular sienta que es capaz de obtener logros gracias a sus gestiones, se revalorice y tome conciencia de sujeto, que deje de ser objeto de los vendedores de ilusiones que actúan en la política formal. Es necesario que las actividades de reanimación sean para que la gente retome la confianza en sus propias fuerzas, por lo tanto hay que hacerlo con transparencia y alegría, en este caso, históricamente han sido importante las expresiones de arte popular: hay que crear espacios para que los jóvenes canten, usen instrumentos musicales, pinten, dramaticen o sencillamente jueguen. Hay que producir un encanto por la organización popular, sin ese encantamiento es imposible avanzar. Cuando se obtiene el hechizo, se facilita el terreno para la capacitación política, para pasar del control popular a la fase de crear órganos de poder territorial.

-Otra tarea que falta por iniciar compañero, es golpear al sistema donde más le duele, en su propio bolsillo. Hasta el momento se han organizado comité de deudores habitacionales, en acciones de cuestionar las políticas habitacionales del gobierno, pero nadie ha tocado a las casas comerciales y agencias financieras que son el pulmón que le entrega el oxígeno al modelo neoliberal y mantiene endeudado a tres tercios de la población. Es necesario realizar un trabajo de organización con los deudores comerciales y financieros, junto con ellos, analizar sobre la forma de sacarle el mayor provecho a las tarjetas de crédito, movilizarse por bajar intereses y mantención, presionar por condonación de deudas, hasta llegar al cese de pagos cuando el momento sea apropiado. Si logramos golpear la columna vertebral del sistema, estaremos de verdad haciéndole daño al gigante. Para ello se requiere una organización mayor, ya que al mismo tiempo hay que organizar las brigadas de autodefensa para proteger a la población que se declara en cesación de pagos y el sistema judicial pretenda embargarle los bienes. Cómo ve compañero, existe mucho trabajo por realizar pero también hay que modernizar nuestras estrategias. Si no podemos hacer huelgas en las empresas en defensa de nuestros derechos, tenemos que luchar desde el barrio aporreando a los empresarios usureros que se lucran con lo que produce el trabajador.

Con la actual institucionalidad, la calidad de vida de la gente de trabajo seguirá siendo mala o peor, salvo que un golpe de suerte se haga presente en la vida personal de un elegido providencial y sea favorecido por un premio millonario en un juego de azar, pero eso se da uno en un millón, así que nada se saca con rezar y es necesario doblarle la mano a los privilegiados que administran las instancias del poder dominante, creando nuestro propio poder, el de las clases populares. Tenemos que tener claro, que la participación en la institucionalidad actual nos lleva ha enredarnos en el círculo dominante, ni por muy buenas intenciones personales que podamos tener, el mundo no lo podemos cambiar desde su interior, ante cualquier intento que se realice, seremos absorbidos como si fuéramos gotas de leche y en vez de cambiar el sistema, este nos cambiará a nosotros. Miremos bien hacia las instancias gobernantes y encontraremos ejemplos de compañeros con interés de cambiar el mundo, que ingresaron al círculo, le tomaron gusto al poder capitalista y hoy

día los tenemos engolosinados, tratando de dejar en el olvido sus años de luchadores populares. Podemos seguir participando como parte de la sociedad civil en las jornadas eleccionarias, eligiendo quizás al candidato que nos parece menos malo para nuestros intereses como gente de trabajo, pero tenemos que tener claro que con elegir uno u otro candidato, nuestras vidas no cambiarán en forma significativa.

-Igual me preocupa compañero, la forma en que actúan los jóvenes, ¿sabe usted que estos chiquillos son muy intransigentes? Está bien que estén impulsando un tipo de organización diferente a las tradicionales, creo que por ahí va la salida a la crisis de organización popular que hoy estamos viviendo. La organización tradicional se encuentra absolutamente desprestigiada. La relación que existe entre este tipo de organización con las instituciones del Estado y con las formas tradicionales de hacer política, han hecho que los jóvenes que aspiran a una sociedad distinta desconfíen de las prácticas que realizan los organismos actuales, por ello actúan en rebeldía y en disposición permanente de boicotear cualquier actividad que venga de este mundo formal. No se inscriben en los registros electorales, ya que para ellos no hay diferenciación entre las distintas corrientes partidarias que presentan los candidatos. Creo que está bien en desconfiar de ese mundo institucional, porque ya hemos visto que existen funcionarios y dirigentes sociales ligados a este medio que actúan fundamentalmente por interés en meter las manos y arreglar su vida personal gracias a las recompensas que entregan terceras personas relacionadas con empresas privadas.

Pero de igual forma, creo que no está bien que los jóvenes metan en un mismo saco a todo el mundo, ya que si existe en este medio institucional personas deshonestas, también las hay con decencia, la contradicción es en todo orden de cosas, por ello compadre, yo le solicitaría a los jóvenes, especialmente a estos chiquillos que los encuentro inteligentes, que están proyectando nuevas formas de constituir organización, que tratan de rescatar nuestras raíces en la búsqueda de la memoria histórica; y esto lo hacen a pesar de todo el lavado de cerebro que el sistema dominante realiza a través de los medios de difusión, les solicitaría que observen mejor y vean que hay personas que vale la pena contactar y organizaciones con las cuales es necesario coordinar.

Toda organización con características revolucionarias debe tener una política de alianzas, dirigidas hacia aquellos sectores que no coinciden con nuestras ideas, pero que tampoco concuerdan con nuestros enemigos declarados, si no se impulsan alianzas con quienes tenemos más cerca, corremos el peligro de quedarnos solos y así es muy difícil obtener resultados positivos, también me parece necesario hacerles ver a los jóvenes, que no desmerezcan las prácticas de liderazgos, si bien es interesante la forma de actuar en asambleismo, hoy día es bueno que surjan nuevos líderes, con características innovadoras. Hay una necesidad de reemplazar la mentalidad continuista de los actuales dirigentes, ellos y ellas representan el fortalecimiento del modelo neoliberal. Un nuevo proyecto requiere de una práctica distinta de organización, pero también requiere de nuevos modelos de personas con las cuales la masa popular se identifique, tienen que surgir nuevos Salvadores Allende, nuevos Migueles Enríquez, para continuar una tarea que quedó inconclusa, aprendiendo de los errores cometidos por nuestra generación.

-Sí compañero, pero usted me va a perdonar, como estamos en esta onda de hacer solicitudes, yo también les haría un llamado a todas estas personas honestas que se mueven en ese mundo de la política formal, para que se la jueguen y saquen la voz frente al circo en que se ha convertido toda esa actividad pública. ¿Cómo es posible que los mismos que ayer fueron miembros o cómplices de los crímenes de la dictadura, hoy se relacionen en redes mafiosas dedicadas a la trata de blancas, al narcotráfico y la pedofilia? Bueno..., rectifico, sí, es posible. Todos estos señores que actuaron a la sombra de los militares y que hoy han visto que su pasado ha quedado en la impunidad, se sienten intocables en sus partidos políticos populacheros. Sus bolsillos están llenos de dinero, en muchos casos mal habido, con ese poder se sienten con el derecho de saciar sus enfermedades viciosas y como parte de sus principios usan a los segmentos más pobres de la sociedad para satisfacer sus vicios sexuales.

Una vez más queda demostrado, lo necesario que es la pobreza de la población para este tipo de gente, si es que se les puede llamar gente. Si no existiera un segmento de la población con tanta pobreza, estos tipos no tendrían de donde sacar personas para esclavizarlas, lo que ellos hacen es sentirse señores feudales y le pagan a

los proxenetas para que les busquen esclavos y esclavas entre el mundo de más necesidad económica y cuando los tienen en su poder dan rienda suelta a sus bajos instintos, empleándolos para su uso personal. En este medio como en ninguna parte se dan los dobles standars. Para la vida pública se muestra al señor servidor de la sociedad, con un discurso en defensa de la familia, de la propiedad privada, de la moral con su no al divorcio y el Dios me libre sobre una leve mención del aborto. Por otro lado, cuando las cámaras de los medios de comunicación dejan de enfocarlos, se les caen las trenzas y se vuelven yeguas locas haciendo y rehaciendo todo aquello que en la vida pública ellos tanto critican. Por eso compañero, creo que quienes son servidores públicos de verdad, aquellos que lo hacen de corazón y yo sé que existen porque tengo algunos amigos que han demostrado su honestidad, les hago un llamado para que se la jueguen en desenmascarar a los hipócritas del mundo formal o de lo contrario, con el tiempo se van a quedar sin electores, ya que la juventud con todos estos malos ejemplos que dan algunos servidores públicos, han perdido la confianza en el rol social que podría desempeñar la política tradicional y se niegan a participar en cualquier tipo de elección y así, año tras año hay menos votantes, porque sólo participan los más viejos y como algunos van falleciendo, llegará un momento en que participarán de las elecciones sólo los candidatos.

-Tiene razón compañero, hoy día existe una cantidad superior a los dos millones de jóvenes que no están inscritos en los registros electorales porque se decepcionaron del tipo de democracia que se fue creando a partir de los gobiernos de la concertación, a pesar de eso, ellos siguen desarrollando soberanía a partir de las nuevas organizaciones que han ido creando. Con esa experiencia, los jóvenes podrían formar sus propios líderes, organizar su propio movimiento y competir con el mundo de la política formal eligiendo sus propios representantes en las instancias de poder que tiene el Estado chileno. Los jóvenes, al no estar inscrito en registros electorales, se niegan a ser clientes de los candidatos tradicionales, por ello nadie está dispuesto a tramitar proyectos que los favorezcan, todo lo contrario, vuelve a surgir la ley de detención por sospecha y la juventud vuelve a ser discriminada por las fuerzas policiales, en los barrios no se les facilita las sedes vecinales para que realicen activi-

dades culturales. Es increíble, en este país de jóvenes, los viejos cierran puertas y las nuevas generaciones no existen para la vida formal, ellos no votan en las elecciones por lo tanto se les coloca un manto para que no sean vistos cuando construyen algo distinto y después los viejos se lamentan de que sus hijos incursionan en el mundo de las drogas y la delincuencia. Es un buen desafío para los chiquillos de hoy, revertir esta realidad e impulsar nuevos proyectos que se encaminen hacia un verdadero cambio. Existimos algunos viejos que estamos disponibles para integrarnos y apoyar lo que los jóvenes construyan.

Así de conversación en conversación de visita en visita, a mi amigo terminaron de hacerle una serie de exámenes médicos en el consultorio local y en el Hospital Salvador. En enero del 2003, los doctores diagnosticaron; un señor de aspecto huraño, con voz grave y profunda, con un delantal de blancura radiante, dijo: Usted buen hombre, se encuentra perfectamente bien de salud, sólo le recomiendo fumar menos, para que no se agote tan rápido al realizar trabajos pesados, es posible que su mal tenga que ver más con el alma que con aspectos físicos, así que le recomiendo colocarse en tratamiento con un psicólogo.

Después del diagnóstico entregado por la medicina científica, los artesanos de la medicina de la vida nos reunimos con el Negro Manuel y entregamos un nuevo diagnóstico. No especificamos que era mal de ojo, porque el hombre estaba un tanto añejo para que una brujilda de esas que de repente se cruzan en la calle, le encontrara pinta de vedeto, detuviera su mirada en él y le traspasara sus malas vibras, pero llegamos a la conclusión de que efectivamente nuestro amigo estaba con serios problemas del alma. El problema estaba en la falta de comunicación con sus hijos que se encuentran en Suecia, que a estas alturas de la vida, se le aparecen frecuentemente en forma fantasmal en la cotidianidad de su existencia. Así que, cual neófitos jueces, golpeando con el puño sobre una mesa de bar, decretamos sentencia popular, «El Negro se va a Suecia» y para ello hay que juntarle ochocientos mil pesos para un pasaje de ida y vuelta; converse con sus hijos y de una vez por toda saque afuera todas sus aprensiones. No faltó el alumbrado que preguntó -¿De dónde sacamos el dinero? - Brillante intervención -replicó otro de los involucrados en el debate y empezaron a surgir las ideas de donde po-

dría surgir el vil y escurridizo billete. Lo más curioso de todo es que todas las propuestas se referían a obtener dinero con el menor esfuerzo posible: Desde jugar lotería, transformarse en narcotraficante, hacer retiros ilícitos de los cajeros automáticos, hasta que Cristina sacó la voz y dijo -Chanten la moto chiquillos -a la voz de chiquillos todos nos quedamos en silencio y cada uno observó las cabellos entradas en canas del resto y sin decir nada llegamos a la conclusión de que nuestra amiga se estaba burlando de nuestro medio centenar de años sobre los hombros de cada uno, pero no era así, lo que Cristina pretendía era levantar un poco el ego de los más ancianos y no echaran pies atrás en el momento de conocer la propuesta que aquella dulce y activa mujer nos tenía reservada.

-Vamos a colocar en práctica todo lo que hemos aprendido de las organizaciones populares en materia de autogestión -replicó nuestra amiga. Ahí nos dimos cuenta que ésta mujer hablaba en serio y que requería una mayor atención. -Realizaremos actividades que iremos planificando mensualmente y que signifiquen entrada de dinero para hacer un fondo en ayuda al viaje del compañero, la primera actividad que propongo, porque es lo más sencillo de efectuar, es una rifa, con venta de números en los círculos que frecuenta cada uno de nosotros, familiar o de amigos. Los premios serán a base de donaciones personales, estos deben ser austeros pero no simbólicos. -Esto suena a reparación -expresó un participante puntudo. Pero la compañera con un seriedad de apostolado continuó con su propuesta, - Hilda Amalia confeccionará las listas de veinte números por hoja y con un precio de quinientos pesos por unidad, Amelia que tiene buena voz de mando, se encargará de conseguir los premios entre nosotros mismos y el evento de premiación lo efectuaremos el próximo mes en igual fecha, en este mismo acogedor boliche y para entonces se sugiere traer propuestas de un lugar donde podamos efectuar una peña bailable, porque además de juntar plata para la causa reparadora del compañero, es necesario que lo paseemos bien y a los varones aquí presentes no me atrevo a darles tareas, porque me los imagino poco cumplidores.

Población La Victoria: rescatando la memoria de un líder

Durante todo el 2003 y parte del 2004 el grupo de amigos del Negro estuvo realizando actividades para reunir fondos y financiar el viaje del compañero hacia Suecia. Después de la rifa se organizó una

peña, más adelante se acudió a eventos que realizaban las organizaciones populares en las poblaciones y se vendían completos y choripanes, se realizaron tres recitales en vivo, con bandas de música rock y tropical, finalizando con un bailetón días después del primero de mayo, donde además de pasarlo bien se reunieron los ciento cincuenta mil pesos que faltaban para llegar a la meta propuesta. Mientras tanto, en las poblaciones las juventudes se iban transformando en verdaderos constructores de nuevas experiencias, en la Población La Victoria, esa misma en la cual fue asesinado el padre André Jarlan, un grupo de jóvenes que se congregan en una casa cultural denominada Pedro Mariqueo, nombre de un militante de la Izquierda Cristiana asesinado por las fuerzas policiales en 1980 en la Población Lo Hermida, desarrollan la experiencia muralista. Paredes y muros de las calles y pasajes de la población son intervenidas por la creatividad y las brochas de los jóvenes que van dejando estampados los hechos relevantes que les acontece en la cotidianidad a la comunidad vecinal. La droga, el alcohol y la falta de oportunidades para las nuevas generaciones, son temas obligados de reflexión para los muralistas y estos temas quedan impresos como mudos testimonios en los grabados de múltiples colores que dejan en sus incursiones de arte muralista, los jóvenes de Acción Rebelde.

La Victoria es una población que se encuentra ubicada en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, tiene sus orígenes en las márgenes del Zanjón de la Aguada, que nace en la quebrada de Macul y baja desde el cordón de cerros de la pre-cordillera, atravesando de oriente a poniente el área sur de la ciudad, y que empezó a poblarse a mediados de los años cuarenta del siglo recién pasado. Miles de familias que no contaban con un trabajo fijo o un salario digno y sin tener un lugar donde poder realizar su vida cotidiana familiar, se fueron amontonando durante varios años a orillas de este cause que servía para evacuar las aguas lluvias en la época invernal y trasladar aguas servidas y restos de regadíos en el transcurso del año. Las familias, en su mayoría, eran el resultado de la fuerte emigración existente en aquellos años del campo hacia la ciudad y de quienes todavía venían regresando desde los cierres de las calicheras nortinas, en la crisis del salitre. Las viviendas se construían con material extremadamente frágil, trozos de cartón impregnados de alquitrán,

una que otra plancha de zinc, o sencillamente se excavaba un hoyo y se dormía en su interior, estos miserables asentamientos eran conocidos como "callampas" y estaban expuesto a los anegamientos en el invierno y los recalentamientos en verano. Se calcula que en este lugar, hasta octubre de 1957 se produjeron sobre treinta incendios, afectando a centenares de familias, entre los más grandes se recuerda el que se originó en el sector de Las Torres, detrás de Famae, en noviembre de 1956, y el que se produjo el 15 de octubre de 1957, que afectó a más de medio millar de personas.

Fue el incendio del 15 de octubre el que llevó al Partido Comunista de la época a acelerar la toma de los terrenos que se ubicaban a un costado del camino La Feria. Los terrenos estaban en conversación entre las autoridades estatales y las directivas de decenas de comités de allegados, organizados por el propio Partido Comunista en las diversas poblaciones del sector sur de Santiago, pero la burocracia y la falta de sensibilidad social de las autoridades, habían mantenido con puro calmante a los dirigentes, mientras el problema se hacía cada vez más agudo para los miles de allegados y asentados de los callamperíos. Por aquellos años el PC estaba enraizado en la clase obrera chilena y los sectores más desposeídos de la sociedad construida hasta ese momento, por lo tanto, los pobres de la ciudad veían en el partido un guía para salir de la situación de miseria.

Cuando el partido dio la orden a su militancia de realizar la toma, en la noche del 29 de octubre, en las principales poblaciones del área sur la gente no durmió, unos prepararon sus carros de mano o sus carretelas, colocándoles trapos en desuso a ruedas y cascotes de los caballos para amortiguar los ruidos en su trayecto hacía la toma y otro número importante de personas para cumplir roles de apoyo. De esa forma en la madrugada del 30 de octubre de 1957, los terrenos de las chacras de la calle La Feria de propiedad de CORVI, los pastizales se encontraban con su mejor verdor y los yuyos lucían sus flores más amarillas que nunca, se sienten abruptamente pasados a llevar por miles de personas que con palos, frazadas y carpas, van tomando posesión de pequeños espacios de terrenos y entre risas y golpes de martillos, las flores de los yuyos van siendo reemplazado por la

tricolor nacional que con su estrella solitaria flamea simbólicamente en cada una de las improvisadas construcciones de las más de tres mil familias que llegaron esa noche al lugar.

Para que una acción de toma de terrenos sea un éxito, no sólo depende de la voluntad de los afectados y de la orientación del partido, también es necesario el surgimiento de líderes que tengan la capacidad de equilibrar los intereses del partido con los de los propios afectados. En esta experiencia, nadie hasta el día de hoy discute el rol desempeñado por Juan Costa, un obrero municipal en ese momento y que había llegado a vivir a los márgenes del Zanjón de la Aguada, justamente en el sector de Monte Carmelo, uno de los sectores afectados por los incendios, después de haber trabajado en el norte en las oficinas mineras de María Elena como obrero calichero. Su experiencia en las luchas obreras fue vital para que los pobladores del campamento La Victoria, iniciaran una trayectoria de protagonismo popular, que se arraigó en la cultura de quienes participaron de los hechos y que más adelante bregaron en autoconstruir sus propias viviendas.

El organizarse en pequeños grupos de personas primero y como un gran asentamiento humano después, a la gente les permitió compartir entre sí creciendo como seres humanos, intercambiaron sus problemas y alegrías y tuvieron la oportunidad de analizar y expresar lo humillante que es la relación como allegados y lo miserable que era para otros sobrevivir a orillas del Zanjón sumergidos en hoyos como si fueran topos. Fue esta experiencia de organización en torno a solucionar el problema de la vivienda, donde se aprecia la articulación de una cadena humana, en la cual el partido cumplió un rol de guía, el líder fue la persona con sabiduría que supo mantener el equilibrio de intereses y un pueblo con muchas carencias sociales, pero lleno de energías, los que formaron los eslabones que posibilitó ver, sentir y enfrentar el futuro en forma solidaria.

Años después, cuando se produjo el golpe militar, apareció nuevamente la disciplina que el Partido Comunista dejó como herencia en la cultura organizativa de los habitantes de la Población La Victoria, mujeres y jóvenes reaccionaron frente a la violencia impuesta por el régimen dictatorial y se constituyeron or-

ganizaciones para la sobrevivida primero, en clara disposición de enfrentar la hambruna del período y más adelante fue de resistencia popular, como forma de enfrentar los atropellos a los derechos elementales de las personas. El Comando de Pobladores de La Victoria, dirigido por Claudina Núñez, hizo historia en la resistencia popular contra la dictadura. La estructura organizativa que surgió desde la toma de terrenos con una representación local de delegados por cada cuadra, funcionó más adelante mientras la organización hizo como propia la ley de juntas de vecinos. Al irrumpir en forma violenta los militares en la vida política de la nación, los dirigentes de la época se negaron a ser colaboradores y la organización vecinal se transformó en un Comando para la Resistencia, rescatando la experiencia de los delegados por cuadra y capacitando gente para la autodefensa, en especial en el plano de primeros auxilios, en 1983, con el inicio de las jornadas de protesta. La organización de salud por cuadra llegó a implementar sesenta y cinco botiquines populares, para responder a las emergencias de atención de una significativa cantidad de heridos, que se producían en los enfrentamientos de los jóvenes con las fuerzas de represión estatal. No hay que olvidar que en la mayoría de las jornadas de protestas caía al interior de la población algún joven asesinado.

Con la llegada de la débil democracia, los dirigentes del Comando de Pobladores se plegaron a los pequeños cambios que se produjeron con los gobiernos de la concertación, renunciaron a seguir sosteniendo una organización poblacional que tuviera autonomía de las instituciones estatales, volvieron a constituirse en junta de vecinos y se empaparon del mundo formal institucional, creando campañas electorales para elegir las directivas vecinales y entraron de lleno a nombrar candidatos para disputar desde la población los puestos de Alcalde y concejales en el gobierno comunal. Claudina Nuñez, que hizo historia como mujer fuerte frente a la dictadura, hasta hace poco fue parte del Concejo Municipal. En esta población combativa que hacía noticia los años ochenta por su capacidad de autodefensa y autogestión popular, con el cambio de régimen político, se hizo más notorio el trabajo de los servicios de seguridad en intervenir la población con droga e incentivar la delincuencia, se destruyó la

organización popular y la gente que actuaba con dignidad, luchando por superar sus carencias económicas y sociales, se plegó a obtener soluciones a sus problemas más inmediatos a través de los favores que se puedan realizar desde las instancias municipales. Por último, el gobierno central en su lucha contra la drogadicción, en los meses recientes se instaló al interior de la población, con policías día y noche y con ofrecimiento de financiar pequeños proyectos a grupos organizados, que ha servido para el aprovechamiento personal de algunos y el desarme de instancias organizativas por la desconfianza ante el presunto aprovechamiento en la administración de dichos proyectos.

Desde mediados de los años noventa, aparece una nueva generación de jóvenes al interior de la Población La Victoria, que advierte con ojos críticos la regresión que tuvo la organización vecinal, en relación al momento histórico de la toma de los terrenos y la postura digna frente a los atropellos de la dictadura. Actualmente los jóvenes se esfuerzan por impulsar un tipo de organización alternativa, independiente de la institucionalidad, que permita rescatar el actuar digno de tiempos anteriores, por ello es que se encuentran incursionando en áreas que posibiliten obtener una buena relación y el encantamiento a la mayor cantidad de juventud. Un porcentaje importante de muchachos en el día de hoy se encuentran marginados de todo tipo de oportunidades y, muchos de ellos, en una lucha por alejarse del mundo de las drogas, de ahí la importancia de que surjan estos proyectos al interior de las poblaciones y que provengan de agentes juveniles que tienen una visión mas amplia sobre como enfrentar el mundo para revertir las carencias que afectan su universo juvenil. Actualmente existen experiencias de comunicación como la radio comunitaria Primero de Mayo, otro grupo trabaja la práctica televisiva a través del proyecto Señal Tres, un tercer grupo trabaja los temas de arte y cultura relacionado al tema de los presos políticos y la cuarta experiencia son los muchachos de Arte y Rebeldía que trabajan el área de educación popular, vinculados al Cordón de Educación Zonal Poniente, preparando jóvenes para dar la prueba de ingreso a las universidades y además mantienen viva la llama de los murales en calles y pasajes del vecindario. En los últimos días de abril estos compañeros viajaron invitados por los Consejos de Defensa de la Revolución Cubana, para dar a conocer el arte de los

murales en la hermana isla caribeña, dejando estampado su paso por Cuba, creando un gran mural en un hospital que lleva el nombre de Miguel Henríquez.

Villa Francia: entre sueños y rebeldías

En la comuna de Estación Central, se encuentra ubicada la Villa Francia, un asentamiento poblacional que tiene sus inicios a mediados de la década del sesenta y constituido por esforzadas familias obreras, cuyos jefes y jefas de hogar han creado su proyecto familiar con la esperanza de que sus hijos tengan una mejor calidad de vida y no tengan que sufrir las estrecheces económicas por las cuales históricamente han pasado los padres, de ahí el esfuerzo de los progenitores por financiar la educación de sus hijos y verlos pasar de la adolescencia a la adultez con un título técnico o profesional debajo del brazo, para tener así mejores perspectivas laborales. Pero los proyectos de vida de los grupos familiares de la Villa Francia, como la del común de los chilenos, han quedado truncados en el tiempo. Después de aquel 11 de septiembre de 1973, la vida cambió violentamente, los sueños se vieron ensombrecidos como consecuencias de aquella nube tempestuosa que atravesó la sociedad chilena, dejando en las tinieblas los senderos y caminos por los cuales se avanza en la vida y las familias de la población sintieron en carne propia los rigores de la mente enferma de los uniformados golpistas, como resultado del odio que inyectaron en sus pechos los dueños de las empresas transnacionales y las de sus socios criollos, que se definen como nacionalistas cada vez que olfatean la posibilidad de obtener dinero en forma fácil, aunque ello signifique vender a su propia madre.

Los años fueron trascurriendo entre la cesantía de los jefes y jefas de hogar como consecuencia de una economía que los nuevos gobernantes diseñaron para enriquecer sin límites a los patronos directos de los militares. Los pobres de la urbe y del agro se fueron acostumbrando a comer menos y se transformaron en artistas en apretarse el cinturón. Los nacidos entre medio de los años sesenta y principios de la década de los setenta, fueron creciendo en medio de un clima de inseguridad producida por la brutal violencia con que los agentes del Estado actuaban contra la población civil, en especial contra los trabajadores

ne sabios

y pobladores modestos, durante esos diecisiete años que gobernaron los militares, impusieron un terror que paralizaba a las personas de más edad, pero que a la vez, en los niños que fueron creciendo y se transformaban en jóvenes, fue surgiendo la rebeldía que se acrecentaba y propagaba a lo largo y ancho del país. La Villa Francia fue una de aquellas poblaciones populares del gran Santiago donde se reflejó más claramente las expresiones de rebeldía de parte de los jóvenes hacia la brutalidad criminal de las fuerzas golpistas.

Son los religiosos y religiosas de la Iglesia Católica los que abren las puertas de los templos ubicados al interior de la comunidad para que la gente humilde tenga un espacio para expresar sus dolores y sus miedos, donde las personas comprendan que no pueden seguir escondidos detrás de las paredes de sus hogares escuchando la metralla nocturna de los matones con uniforme que asaltaban viviendas, detenían a los moradores, saqueaban pertenencias, violaban mujeres y asesinaban a quienes se sospechaba de haber tenido un pasado de militancia en partidos políticos populares. Son los jóvenes que participaban en las Comunidades Cristianas los primeros en efectuar acciones de resistencia contra el régimen despótico, en un principio es el simple rayado en las paredes "Muera Pinochet", con el inicio de los ochenta las acciones de resistencia se van propagando y pasando a niveles de mayor envergadura, surgen las barricadas, aparecen las bombas incendiarias y los agentes estatales que paseaban como Pedro por su casa en los barrios de la capital, haciendo y perturbando a su regalado gusto, se fueron encontrando que la gente los enfrentaba y ya no era tan fácil realizar las atrocidades a las cuales se habían acostumbrado.

En esa década la juventud de la Villa Francia radicalizó sus posiciones, salió desde el interior de las comunidades juveniles y se fue integrando a las agrupaciones políticas que dirigían las acciones de resistencia popular. Surgieron las jornadas de protesta en donde los jóvenes practicaron la lucha callejera y liberaban por algunas horas su territorio, una época donde resurgió la esperanza de que a través de la lucha popular callejera, la dictadura expiraría. En esta práctica, en la que participaba un importante grueso de la población, los jóvenes colocaron a disposi-

ción de la comunidad poblacional sus vidas en aras de liberar la sociedad chilena de las manos de sus verdugos. De los gestos realizados por esta generosa juventud, resalta la solidaridad revolucionaria, el hecho de sentir que el habitat es propio y ningún agente externo tiene derechos de pisotear la dignidad de los vecinos y si así fuese, los jóvenes, como uno solo, estaban para defender la integridad física de ancianos, niños y dueñas de casa. Pero la dictadura, aunque se sentía golpeada por la población en rebeldía, se atrincheraba y negociaba con los sectores mas conservadores de la oposición, nuevamente se hacia fuerte y contraatacaba a las fuerzas populares. Esta guerra irregular y tan desigual en infraestructura, con un Estado con ciento de miles de soldados entrenados para matar, con armamento sofisticado y agentes de seguridad realizando tareas de espionaje al interior de fábricas y barrios poblacionales, fue produciendo bajas en las filas de la juventud popular, los jóvenes asesinados en las cobardes emboscadas fueron sumándose y los padres que soñaban un mundo más justo para sus hijos, debieron encabezar los cortejos fúnebres y dejarlos en el camposanto con la esperanza de un descanso en paz. En la Villa Francia son catorce los mártires que cayeron con la convicción de que el sacrificar sus vidas, algún día compensaría con una sociedad con justicia social para este pueblo pobre y marginado.

Han pasado treinta y un años desde aquel funesto 11 de septiembre y año tras año las familias de la población recuerdan a sus mártires. Para éste último aniversario las organizaciones populares del sector coordinaron esfuerzos y planificaron conmemorar internamente la fecha realizando actividades que facilitara la participación de la mayor cantidad de vecinos, con la intención de que la comunidad poblacional se integre sin el temor de verse afectados por la posible intervención de las fuerzas policiales, por ello, la programación estuvo centrada en instalar una pantalla para proyectar imágenes en el centro de la población. Cuando el sol desapareció detrás de la cadena montañosa costera y el atardecer se hizo presente con las primeras sombras, la pantalla estaba instalada y los técnicos audiovisuales dispuestos a proyectar videos para recordar hechos pasados, registrados por las cámaras de algún videísta.

Alrededor de las siete de la tarde, los vecinos, en forma tímida, se acercan al lugar, mientras tanto un joven los motiva a través de un micrófono para que los más indecisos se atrevan, de esta forma aparecen las primeras imágenes en la proyección, se ve la figura de Salvador Allende que se dirige a una multitud. Los tanques militares que se pasean en forma amenazadora frente a La Moneda, desde el grupo de personas que asisten a la proyección surge una silbatina en forma de protesta, las imágenes aparecen unas tras otras. La moneda en llamas y los aviones de los golpistas en vuelo rasante, en otro video aparecen las acciones de protesta del movimiento Sebastián Acevedo, grupo compuesto por hombres y mujeres, laicos y religiosas que se organizaron en homenaje a ese obrero de la ciudad de Concepción que se inmoló en noviembre de 1983 en plena plaza de armas, frente a la catedral, en su lucha por lograr la libertad de sus dos hijos detenidos por los servicios de seguridad del régimen y que en aquellos momentos estaban siendo brutalmente torturados.

Los vecinos se encuentran impactados por lo que ven, con el correr de los años, de las frágiles mentes se habían olvidados aquellos hechos. Lo que provoca mayor sensibilidad es la aparición de los rostros de aquellos chiquillos de la población, que veinte años antes ocuparon aquellas mismas calzadas para manifestar su rebeldía, defender la dignidad de las personas desprotegidas y crear las organizaciones de autoayuda en la perspectiva de hacer realidad el anhelado poder popular. Allí, frente a la pantalla, se encuentran familiares y vecinos de los cuatro compañeros que fueron detenidos y sus cuerpos desaparecidos los primeros días del golpe, con mayor razón se encuentran allí los padres, tíos y hermanos de jóvenes que fueron ejecutados años más tarde, como Domingo, Pedro, Rafael, Pablo, Eduardo, Luis Alberto, Miguel, Ervin, Erica, Rudecindo.

Ellos no están físicamente en el lugar, fueron asesinados por los agentes de la dictadura entre 1983 y 1988, pero cada 11 de septiembre, así como los 29 de marzo y los 5 de noviembre, la presencia de estos jóvenes se siente en el ambiente y la señora Luisa, don Manuel, Hernán, y en general, los padres de los mártires de la Villa Francia, sienten que estas son las oportunidades de reencontrarse con las figuras místicas de sus seres queridos

y en ese estar frente a la pantalla, entrecierran los ojos, se toman de las manos y disfrutan de la presencia virtuosa de sus hijos, que por un momento les produce un profundo sentimiento de nostalgia, con un pecho que se oprime y desde los ojos resbalan unas gotas luminosas; por la mente, en forma fugaz, atraviesan los recuerdos de un pasado que estuvo plagado de sueños, lo que permite darle al cuerpo nuevas energías, esenciales para obtener mayores fuerzas y superar las dificultades actuales y enfrentar de mejor forma una vejez que se aproxima.

La actividad frente a la pantalla finaliza, los integrantes del Centro Cultural por la Recuperación de la Memoria van ordenando a las personas que se preparan para iniciar una marcha por las calles principales de la población, una suerte de romería por los caídos, donde las velas y las cerillas son esenciales. Mientras se camina por el centro de la calzada, en las aceras van quedando sembradas unas tras otras las candelillas con su lumbre, proporcionándole a los protagonistas una cálida satisfacción interior por los momentos de reminiscencia que esa tarde están viviendo. La columna de vecinos avanza por la calle Quemchi en dirección a la Avenida 5 de abril, al fondo se divisa la artillería de las fuerzas policiales: los carros lanza agua, los furgones lanzadores de proyectiles con gases y la infantería policial fuertemente armada, todos ellos parapetados en la oscuridad, formando una barrera para defender un servicio de ventas de gasolineras existente en esa intersección y dispuestos a entrar en acción de combate. Los acompaña un nutrido grupo de corresponsales de guerra de los medios de comunicación, que ven venir por el centro de la calzada al grupo de pobladores en su noble tributo a la memoria de sus familiares asesinados.

Policías y periodistas permanecen a la espera, entre expectantes y con temor, porque estiman que los pobladores son enemigos peligrosos. Las cámaras de televisión enfocan los zoom hacia el interior de la Villa, de pronto una persona se desprende del grupo de manifestante y se ve como avanza con un objeto en la mano y se dirige a una barricada que acaba de ser encendida en medio de la calzada de Quemchi, todo el país a través de la pantallas es testigo de que la persona que se acerca a la barricada es alcanzado por las llamas y su ropa se enciende y desapa-

rece rápidamente de la vista de los televidentes al internarse al interior de un pasaje con las ropas en llamas. Al desaparecer de las pantallas televisivas el infortunado es auxiliado por los vecinos que participaban en la marcha y felizmente no paso mas allá de un susto y quedar como anécdota y soportar el sobrenombre de "manos de chicharrón" porque siempre ha tenido como premisa el colocar las manos al fuego en la defensa de la noble causa popular.

Curiosamente, la trinchera donde sucedieron esos hechos, los vecinos de la población la habían programado como una de las dos barricadas que encenderían en el transcurso de aquella jornada, una forma simbólica de recordar la fecha, al final de las actividades efectuadas durante el día. De esta forma finalizan para los pobladores las actividades programadas de otro 11 de septiembre, el número treinta y uno después del bombardeo a la casa de gobierno, el día fue agotador, se había iniciado con la marcha convocada por la Coordinadora de Derechos Humanos al Cementerio General, la cual siempre termina alrededor de las catorce horas después del bombardeo que efectúan las fuerzas policiales en contra de los manifestantes, sin ningún respeto por el descanso permanente de los cuerpos que se encuentran sepultados en el camposanto. Por ello, alrededor de las 22 horas, cansados y llenos de emotividad, es el momento que aprovechan las fuerzas policiales para ingresar a la población, esta vez lo hicieron con fuerza inusitada, al mas puro estilo de la época dictatorial, rompiendo vidrios en los ventanales de los domicilios y lanzando bombas con gases lacrimógenos al interior de las viviendas y por todo el territorio, ajenos a los principios de asfixia en niños y ancianos.

Cuando el vandalismo policial hace su retirada, queda el espacio despejado para que actúe el lumpen local, que acude de diversos sectores, el cual se aprovecha de la fecha y se toma las calles de la Villa Francia para realizar pillaje. Los vecinos están concientes que el modelo de sociedad existente debilitó y desarticuló la histórica organización social y que ese modelo es cómplice de la presencia delictual en las poblaciones. La represión policial curiosamente actúa cuando los pobladores desarrollan sus actividades y cuando se inicia el pillaje encabezado por quie-

nes son reconocidos miembros del narcotráfico, por supuesto son los que manejan armamento de fuego, la policía se retira del sector y deja actuar.

Después de la represión empiezan su actuación los tribunales de la mal llamada justicia, enviando citaciones a los dirigentes poblacionales para que se presenten ante los tribunales, con cargos de terrorismo, en esta ocasión, entre los citados figura un anciano de setenta y ocho años al que su edad no le permitía tener fuerzas para participar de las actividades, en cambio, los que realizan pillaje quedan en la impunidad, de la misma forma que continúan impunes los agentes de la dictadura que asesinaron, torturaron y se apropiaron de bienes y hoy caminan por las calles de ciudades y campos de la nación, con su actitud prepotente.



Epílogo

En septiembre del 2004, estaba iniciándose la primavera. Eran las seis de la mañana de un lunes y el grupo de amigos por la reparación familiar del Negro, me habían encomendado la tarea de pasarlo a buscar al lugar de residencia en los altos de Peñalolén para trasladarlo al aeropuerto internacional, porque el vuelo hacia Suecia estaba fijado para las nueve y media de aquel día. Cuando detuve el automóvil frente a la vivienda de nuestro amigo, los primeros rayos del alba se hacían visibles en las alturas del Cerro San Ramón y el compañero, con la puntualidad digna de un militante clandestino, apareció en el umbral de una puerta con un bolso en la mano izquierda, mientras que la diestra la usaba en despedirse del grupo familiar que lo acogía en su hogar e intentaba hacer un gesto de que lo esperara un par de minutos. Al llegar al terminal aéreo, como a las seis y media, ya se encontraban en el lugar la mayoría de los ex detenidos que constituíamos el círculo de amigos del Negro, los comentarios de cada cual se referían a lo caótico que resultaba atravesar la ciudad de Santiago para llegar hasta el aeropuerto, a raíz de la cantidad de trabajos de reparación y ampliación de calzadas en las diversas calles y avenidas de la metrópoli. -Son los males del modernismo- comentaba un compañero.

-Ojalá que este afán del Presidente Lagos por modernizar la ciudad se exteriorizara del mismo modo en clarificar y hacer justicia con los casos de derechos humanos- manifestó otro compañero, momento preciso para iniciar una conversación sobre el proyecto de reparación para los ex detenidos políticos, tema muy de moda por aquellos días, sobre todo entre mis pares. Fue Cristina, una de las compañeras sobrevivientes del intento guerrillero del sur, la encargada de llevar la voz cantante al manifestar que se sentía muy entristecida de ver cómo se sacaba de contexto la generosidad con que los ex detenidos pusieron su vida a disposición de sus hermanos de clase, en un primer momento para transformar la sociedad explotadora por otra de justicia y equidad, y después, cuando los militares desha-

cían lo poco y nada que favorecía a los más humildes, a nadie de nosotros se les ocurrió pensar si estaba en riesgo la vida o sería detenido en alguna acción de resistencia.

-Fue nuestro amor a la vida de los seres humanos lo que gatilló en cada uno de nosotros- continuaba manifestando la compañera -el hacer lo que hicimos, yo me lo pasé muy mal, al igual que nuestro amigo Manuel, tomé la opción de dejar a mi familia para integrarme a luchar contra la dictadura y el costo afectivo ha sido demasiado alto, en este largo caminar de resistencia al imperio militar, asesinaron a mi compañero, pero sé que no quedé sola porque los tengo a todos ustedes, que así como estamos apoyando a este viejo hoy, también me he sentido acompañada en mis momentos de tristeza, y no me arrepiento, porque felizmente con el tiempo he logrado la comprensión de mis hijos. Por eso me lastima esto de la reparación, la gente lo toma como si fuéramos oportunistas y que nos estamos aprovechando de nuestra condición de ex presidiarios políticos para que nos otorguen una pensión de reparación.

-En todo esto yo veo una jugada del gobierno- acotó Manuel -porque nos hacen aparecer como víctimas de derechos humanos y no como luchadores, que sería el término más apropiado para nuestra condición. Con colocarle precio a cada día de detención en las cárceles y campos de prisioneros políticos, lo que hace es segmentarnos del resto de los ciudadanos y de nuestro propio pueblo, la gente comenta de que somos privilegiados y claro, en este país donde nuestro pueblo es tan explotado y debemos trabajar más de doce horas diarias para ganar un salario que alcanza medianamente para alimentarse, saber que a una persona, por el hecho de haber estado detenido recibió una compensación en dinero, por supuesto que les parece mucho, pero nadie dijo que aquella persona estuvo tres, cinco o más años detenido, que en ese entre tanto le asesinaron familiares, que perdió su hogar y lo más importante compañeros, que estuvimos detenidos por ser luchadores, en la defensa de los derechos sociales y políticos de los ciudadanos de esta nación.

-¡Paren la chacra compañeros!- expresó Amelia, que hasta ese momento, no sé porque, no había despegado los labios para hablar. -A mí no me vienen con huevadas, yo no estoy dispuesta a recibir ni un peso por mi condición de luchadora, pero quiero dejarles bien en claro a quienes estén dispuestos a escucharme, que ahí en el con-

greso hay una tropa de señores, y que agradezcan que en público los trato de esa forma, que fueron parte del régimen de Pinochet, por lo tanto son cómplices de crímenes y torturas, que llegan a tener las bolas cuadradas de tanto estar sentados en un sillón bebiendo café y que el Estado más encima les paga de los dineros de todos los chilenos, más de ocho millones de pesos al mes. Esos gallos se hicieron millonarios en la época de la dictadura, adjudicándose empresas y tierras del Estado. Más encima, cuando los pobres de nuestro país los ven aparecer en las poblaciones, los reciben con aplausos y en las fechas de elecciones les dan el voto. A esta altura no entiendo nada.

Entre tanta conversación no nos dimos cuenta como pasó la hora, nuestro amigo había realizado todos los trámites previos antes de embarcar y estaba a la espera de que se hiciera el llamado a los pasajeros de su vuelo para ingresar a la puerta que lo llevaría a bordo del avión, faltaban cinco minutos para las ocho cuando el esperado llamado se produjo a través de los altavoces y de ahí vinieron las despedidas con los infaltables abrazos y la emoción de nuestro camarada, que hasta ese momento no le había tomado el peso al significativo paso que estaba dando. Iba al encuentro del pasado, para intentar mejorar sus relaciones afectivas. Se encontraría con sus hijos y su tarea era el lograr que ellos comprendieran que no los dejó abandonados a la buena de Dios, quedaron en las manos de su madre y en un país que les estaba entregando protección; en cambio, él tomo la opción de luchar junto a los hijos de su pueblo que se encontraban absolutamente desprotegidos de la bestialidad militar. Esa opción le significó un dolor en el alma muy grande en estos veinticinco años de separación con su familia, ese malestar por el cual estaba atravesando, debería ser entendido y comprendido por sus hijos. La iniciativa tomada un cuarto de siglo atrás, pudo ser buena o mala, pero se hizo con las mejores intenciones de luchar por revertir la dura realidad que estaba atravesando el pueblo chileno y lo menos que podía hacer, era un aporte personal en la búsqueda de obtener un país libre. Ahora, después de tantos años, cuando además por sus espaldas ya han cruzado la curva de los sesenta abriles, necesita vivir el ciclo de vejez con un poco más de felicidad.

FIN

Indice

Presentación	5
Agradecimientos	13
Dedicatoria	15
Palabras iniciales	17
Rastros de mi pueblo	
Primera Parte	25
11 de septiembre de 1973	25
Estadio Chile	59
Estadio Nacional	96
Segunda parte	149
La Organización Popular	149
Entre la Frustración y La Esperanza	187
Epilogo	247

En 1970, participa activamente en la campaña presidencial, como *coordinador de comités juveniles* de la Unidad Popular en la comuna de la Cisterna. Terminada la campaña, toma contacto con *jóvenes del Mir* y se integra a colaborar en el Campamento 26 de Enero, en el mes de diciembre del mismo año se va a vivir al Campamento Nueva Habana.

A raíz del golpe de Estado, a partir de septiembre de 1973 es detenido en varias ocasiones y sobrevive de los centros de tortura y campos de detenidos, colabora con la Vicaría de la Solidaridad y trabaja como Educador Popular en diversas poblaciones populares de Santiago. En horario vespertino termina sus estudios de educación básica y media e ingresa a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, donde se titula como Relacionador Público y Comunicador Social.

Creador de varios audiovisuales, entre ellos el documental, Nueva Habana: Para Volver a Soñar, y los libros: Rastros de mi Pueblo y Pasado Victoria del Presente.

Manuel nos trae algo más que sus relatos. Adentrándonos en su vida nos sumergimos en la de aquellos que vivieron una época particularmente dramática. Más aún, en el trayecto de sus relatos nos vamos encontrando nosotros mismos, y eso ocurre cuando habla un hombre sencillo de nuestro pueblo. Vamos recorriendo los hechos, lugares, conociendo la geografía, las culturas y vivencias de mujeres y hombres.